

# EL SUSTRATO ABULENSE DE JORGE SANTAYANA

Pedro García Martín



DIPUTACION PROVINCIAL DE AVILA  
INSTITUCION GRAN DUQUE DE ALBA



Institución Gran Duque de Alba

CDU 821.134.2-96 "18"  
929

PEDRO GARCIA MARTIN

# EL SUSTRATO ABULENSE DE JORGE SANTAYANA



Institución «Gran Duque de Alba»  
de la

Excmo. Diputación Provincial de Ávila

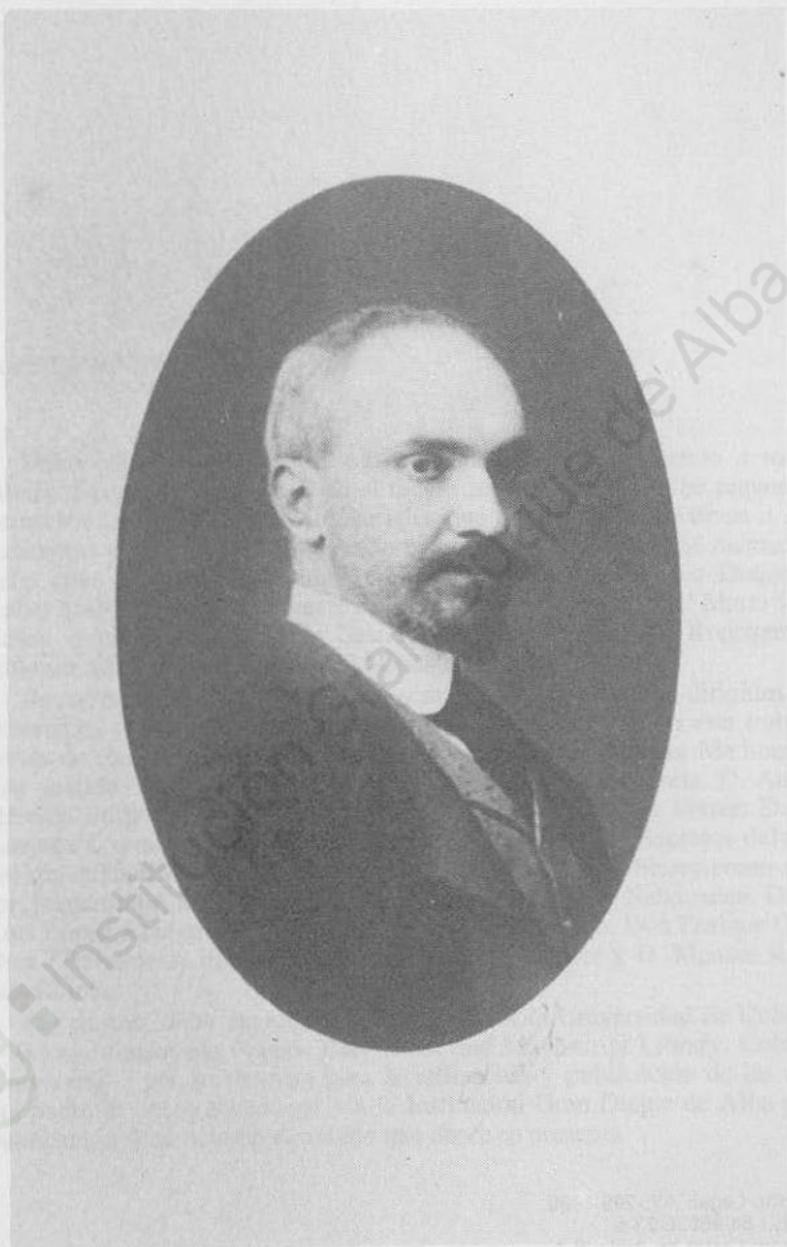


Institución Gran Duque de Alba

EN CUBIERTA: Aspecto de la parte posterior y patio de la casa de Santayana en Avila pintado por Don Rafael Sastre.

Retrato de Jorge Santayana —————→

(Ambos originales pertenecen a Doña Adelaida Sastre, con cuyo permiso se publican sus reproducciones).



Instituto  
de Alba



Institución Gran Duque de Alba

Depósito Legal: AV-299-1989

I.S.B.N.: 84-86930-23-5

Imprime: Diario de Ávila, S.A.  
Carretera a Valladolid, Km. 0,800  
Pol. Ind. de Las Hervencias.—AVILA

## AGRADECIMIENTOS

Debo expresar, en primer lugar, mi sincero agradecimiento a toda la familia Sastre por su amabilidad al recibirmé siempre que lo he requerido y permitirme ver y utilizar los materiales que se conservan relativos a Jorge Santayana y a su familia. Siguiendo el orden de las entrevistas mantenidas, debo citar agradecido los nombres de D. Baldomero Jiménez Duque, D.<sup>a</sup> Isabel Sastre, D.<sup>a</sup> Josefina Sastre (†), D. Eduardo Sastre (†), D.<sup>a</sup> María Josefa Sastre e hijos, D.<sup>a</sup> Adelaida Sastre e hijos, D.<sup>a</sup> Federica Rodríguez de Antonio, D. José Luis Sastre, y D.<sup>a</sup> Consuelo Sastre.

Por otro lado, mi agradecimiento y mi afecto expresos van dirigidos a los profesores y escritores que de un modo u otro han alentado este trabajo a través de conversaciones, lecturas o recomendaciones diversas. Me honra, en este sentido, recordar los nombres de D. Jacinto Pérez Moreta, D. Antonio Heredia Soriano, D. Javier Coy Ferrer, D. Juan José Coy Ferrer, D. José Jiménez Lozano, D. Jacinto Herrero Esteban y los cinco miembros del tribunal universitario que, convocados por D. Juan José Coy Ferrer como director, juzgaron mi tesis de doctorado en la Universidad de Salamanca; D. José Luis López Aranguren, D. Juan José Hernández Alonso, Don Enrique García Díez (Tristemente desaparecido), D.<sup>a</sup> Catalina Montes y D. Manuel Redero San Román.

Por último, debo agradecimiento especial a la Universidad de Columbia —George Santayana Papers, Rare Book and Manuscript Library, Columbia University— por su permiso para la utilización y publicación de las cartas del padre de Jorge Santayana y a la Institución Gran Duque de Alba por la publicación final de todo el trabajo que ahora se presenta.



A man must remain loyal to himself and his tradition, or he will be morally a eunuch and a secret hater of all mankind.  
GEORGE SANTAYANA *My Host the World* (p. 118)

(Un hombre debe permanecer fiel a sí mismo y a su tradición, o se convertirá moralmente en eunuco y aborrecedor encubierto de toda la humanidad)



## Preámbulo

*Un día, paseando por las calles de Avila, descubré, en la vitrina de la Oficina de Información Turística, un libro expuesto y abierto por una página en que se aludía a la vinculación abulense de Jorge Santayana. Fue un momento importante en mi vida, porque, desde entonces, en ese nombre ilustre confluyeron dos de mis más vivos intereses: el referido a Avila y lo abulense, como ciudad y ambiente de mis propias raíces naturales, y la cultura anglo-norteamericana, como especialidad de mis estudios universitarios.*

*Me ha interesado, por un lado, otear el amplio y variado paisaje literario de Santayana desde el alto mirador abulense, convencido de que sus ideas, como las de cualquier otro escritor, dependían en gran medida del lugar y ambiente en que se crió, del sustrato geográfico y socio-cultural primero del que se nutrió su imaginación; y por otro lado, me interesaba observar, a su vez, el ámbito abulense a través del prisma universal de Santayana.*

*Las vías de estudio que he seguido para llevar a cabo esta investigación, cuyo resultado presento ahora, han sido fundamentalmente las siguientes:*

*1. Contacto y entrevistas con personas que conocieron directamente a Santayana o que han tenido intimidad con su obra de alguna manera.*

*No son muchas las personas vivas que tuvieron el privilegio de conocerle y aquellas, entre sus parientes abulenses, que lo recuerdan, eran demasiado jóvenes para permitirnos recobrar ahora información de valor. En cualquier caso, las conversaciones que he mantenido con ellas y con otros parientes y personas que, aunque no le conocieran presencialmente, han mostrado interés por su figura, me han servido para hacerme una composición más exacta de lo que fue la realidad. Agradezco desde aquí la amabilidad mostrada por todas estas personas, algunas de ellas desgraciadamente desaparecidas hoy.*

*2. Investigación documental, no sólo a través de los documentos ya publicados, sino mediante el rescate para el público español de numerosas*

*cartas manuscritas e inéditas de indudable valor, como las últimas que escribió a la familia Sastre de Avila o el centenar largo de las que recibió de su padre desde España.*

*3. Lectura crítica de la obra del autor, fijándome muy particularmente en todo aquello que presentaba unas connotaciones autobiográficas más claras. Es evidente que, en este sentido, han sido especialmente relevantes su autobiografía en tres volúmenes, su novela autobiográfica y las cartas de él publicadas por su discípulo Daniel Cory.*

*4. Lectura crítica de la bibliografía secundaria a la que me ha sido posible acceder y que he creído pertinente con respecto al tema central de mi empeño.*

*5. Traducción de textos de Santayana que tratan expresamente sobre Avila y lo abulense.*

*Estas cinco vías me han llevado de la realidad a la literatura y al pensamiento de Santayana para volver de nuevo a la realidad abulense del presente. He estudiado la biografía abulense del escritor, he rastreado el proceso de elaboración filosófico-literaria desde esa realidad fundamental y he llegado a la convicción de la suprema importancia que esa literatura y esas ideas tienen para la vida abulense de nuestros días.*

*Creo haber contribuido con ello a algo que nos faltaba a los abulenses y españoles en general: la intimación cultural como uno de los grandes maestros vinculados a nuestra ciudad y, por tanto, a España. En mi opinión, Santayana es como un árbol frondoso que tuviéramos olvidado en el último rincón de nuestro huerto, cuyos frutos no puede ya nuestra pobre despensa permitirse el lujo de despreciar, para que sea pasto de los pájaros —a veces pajarracos— o vaya sólo a parar a los cestos de fruteros y consumidores foráneos.*

*Cierto es que estos frutos, por haberse desarrollado en climas diversos y extranjeros, han adquirido una apariencia y hasta un sabor extraños a nuestros paladares castellanos. Pero estoy seguro que sólo necesitaremos una pequeña adaptación o acostumbramiento por nuestra parte para reconocer, tras esa apariencia y ligero sabor anglosajones, la composición nutritiva inequívocamente castellana, o quizás con más propiedad, abulense. Como dice su discípulo Daniel Cory, «la savia de su imaginación permaneció leal al suelo de Castilla» y continúa: «Como los celebrados vinos de alguna bodega (sus emociones y sentimientos) retienen y revelan —incluso embotellados en pequeños párrafos— la región de su primera sazón. En muchos ensayos y poemas de Santayana el “bouquet” es inequívocamente español». *Español de Avila.**

Avila, 1987

## PRIMERA PARTE

### El sustrato abulense de Jorge Santayana



Institución Gran Duque de Alba



## Santayana y el Abulensismo

### JORGE SANTAYANA Y EL CONCEPTO DE ABULENSISMO

Una ciudad aparece siempre caracterizada por la serie de cualidades de tipo topográfico, arquitectónico, histórico-social e histórico-humano, cuya integración paulatina a lo largo de los siglos acaba imprimiendo al topónimo correspondiente su singularidad.

Todas las ciudades son, en este sentido integral, singulares; pero es notorio que algunas lo son más genuinamente que otras. La comunicación y el progreso tienden a uniformar las ciudades, mientras el aislamiento y el conservacionismo tienden a perpetuar las peculiaridades.

Avila es, sin duda, una ciudad perfectamente caracterizada y singular, pudiendo hablarse sin temor de «Abulensismo» para referirnos a la cualidad que Avila confiere o sugiere a las personas que con ella están o se sienten vinculadas. El «abulensismo» es un término literario, inventado, producto de la imaginación de los hombres que en Avila han vivido o a ella se han acercado. Inventar equivale a descubrir, según Gregorio Marañón, y en este sentido el invento del «Abulensismo» no es en último término más que un enamorado intento de descubrir—de seguir descubriendo Avila y lo abulense—. Por eso entiendo que este término hace referencia, no sólo y no tanto, a la calidad de *ser* abulense, es decir al hecho histórico, real y externo de estar vinculado legal o factualmente a la ciudad de Avila y/o a sus gentes, sino también y sobre todo a la cualidad mucho más profunda de *sentirse* esencialmente abulense.

La circunstancia de nacer, crecer, residir o morir en un lugar determinado le puede venir dada al sujeto sin su participación volitiva, incluso sin su conocimiento —pensemos en un niño que viva sus tres primeros años de vida en el lugar de nacimiento y luego sea trasladado; de ahí su carácter externo al sujeto. Por el contrario, «*sentirse*» implica necesariamente la intervención emocional de la persona que, consciente de esa realidad física o histórica, la acepta y la hace particularmente suya. Se trata del gran salto que sólo el hombre inteligente puede dar, desde el «*ser*» al «*querer ser*»; un salto humano trascendental en el que la realidad irrevocable acaba siendo trascendida, esencializada, eternizada de algún modo a través de la gran capacidad creativa de la imaginación.

La realidad irrevocable de Avila está situada a 1.127 metros sobre el nivel del mar, resultando así la capital de provincia más elevada de España. Asentada en un promontorio rocoso, rodeada de un paisaje árido y austero, con vistas radiantes de luz a un extenso valle limitado finalmente por una cadena montañosa cuyos picos permanecen nevados la mayor parte del año, fría, recogida, silenciosa y además sólidamente amurallada, su conjunto se ajusta perfectamente al ideal tradicional de lugar para el espíritu que nuestra cultura occidental ha venido alimentando. De ahí toda esa serie de «slogans» y tópicos literarios con que ha venido siendo descrita, entre los cuales destaco los siguientes:

- Ciudad caballeresca y monacal.
- Ciudad anclada en los siglos (arcaica y tradicional).
- Ciudad de quietud amurallada (ciudad convento).
- Ciudad horaña (de horaña soledad) y pacífica como el alma de un monje.
- Ejemplo de luminosa desnudez (de Castilla).
- Ciudad de silencio.
- Ciudad para experimentar todas las múltiples suertes de la renunciación.
- Lugar donde se cura la vanidad del mundo y surge el ansia de eternidad.
- Mundo más de esencias que de existencias.
- Etc.

Estos conceptos, que podrían ser considerados como simplemente teórico-imaginativos del lugar del espíritu, han sido a su vez históricamente refrendados de modo práctico por una serie de grandes personalidades maestras del misticismo, que de alguna manera se han visto vinculadas a Avila. Lo que no sabríamos delimitar es hasta qué punto ha sido la realidad abulense la que ha contribuido al florecimiento espiritual o la realidad histórica de éste la que ha influido en la evolución del concepto abulensista. Hoy sólo sabemos que ambas realidades son inseparables y que la espiritualidad tradicional abulense ha sido universalizada en las más diversas lenguas, desde el latín de la antigüedad imperial en que se expresó el obispo Prisciliano hasta el inglés de imperios más modernos en que está escrita la obra de Jorge Santayana, pasando por el hebreo del judío Mosé ben Shem Tov de León, supuesto autor de *Séfer-ha-Zohar* o *Libro de Esplendor*, y, por supuesto, el castellano insuperable de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz.

Jorge Santayana, que es el autor que nos ocupa en las presentes páginas, personifica todas las características típicas del tópico abulensista y enriquece a su vez el concepto con la aportación personalizada que hace de ellas. El fue, más que nadie, ejemplo de un perfecto caballero (gentleman) del siglo XX en porte y modales, llevando al mismo tiempo una vida retirada, casi monacal, de soledad hasta cierto punto horaña y, desde luego, pacífica; amante de lo antiguo y respetuoso con las tradiciones; aficionado a la quietud y al silencio; maestro de la filosofía de la desnudez y la renunciación, del «detachment» o desasimiento, en aras de la eternidad; morador e investigador del mundo de las esencias. Pero, además de representar todas estas cualidades características de la tradición abulense, la singular personalización que hace de ellas, las hace para nosotros más saludables y digeribles.

Es el suyo un abulensismo lírico-filosófico que yo me atrevo a llamar «de balcón». El balcón es el espacio de la casa donde uno se asoma de vez en cuando para ver la realidad de la calle, mientras dentro de la casa se lleva una vida propia, de interior, ajena a esa realidad. El «balcón» de Santayana es además literario, pues él, que no está realmente en la calle, observa lo que allí ocurre, lo recuerda y lo siente, lo analiza y termina describiéndolo con un estilo de belleza exquisita. Es un balcón por el que penetra mucha claridad y aire fresco.

Aunque Santayana no nació en Avila, ni tampoco vivió en la ciudad de forma continuada más que durante la infancia, su filiación es inequívocamente abulense y de por vida. En su libro *The Middle Span* (El Periodo Intermedio), hablando de la sociedad bostoniana dice: «He sido involuntariamente desarraigado. Acepto las ventajas intelectuales de tal posición, con sus impedimentos sociales y morales. Y me niego a ser anexado, a ser anulado o a ser injertado en otra planta de especie diferente»<sup>1</sup>. Se trata, sin duda, de la confesión característica del exiliado involuntario y, aunque dicha experiencia tuviera lugar en edad tan temprana, no pudo olvidar lo que dejaba atrás. Quedaba, entre otras cosas, su padre que había prolongado en el niño la sensación de pertenencia a Avila permaneciendo a su lado durante el primer año de exilio bostoniano y manteniendo después una correspondencia continuada y enriquecedora. Quedaba su lengua castellana nativa que siguió hablando en casa con su madre y leyendo en libros españoles. Y quedaba la religiosidad teresiana que su hermana Susana se había encargado de cultivar. Eran demasiadas influencias para que el recuerdo abulense se desvaneciera. Todo exiliado revive ensimismado los ambientes nativos que lleva dentro y la distancia poetiza y embellece estos ambientes. El abulensismo de Santayana había partido de unos hechos reales, pero en la distancia comenzó a impregnarse de contenido emotivo y su visión de Avila se idealizó. Después, con el paso del tiempo, el poeta-filósofo maduró y se convirtió en pensador lírico, quiero decir que el equilibrio juvenil en favor de las emociones pasó a ser, en su balanza vital, equilibrio perfecto en favor de las ideas y los conceptos. Equilibrio que apoyó siempre en la realidad de la que jamás quiso apartarse.

Consecuentemente, a Avila volvió con frecuencia y a través del contacto directo con la realidad sobre la que se apoyaba el ideal cultivado en la distancia, surgió finalmente su concepto elaborado de Avila y su aportación literaria al «Abulensismo».

Santayana quiso ver y tener en Avila un punto de apoyo elevado —un «locus standi»— desde el que asomarse al mundo, a pesar de las limitaciones tradicionales que este, por otra parte, privilegiado punto de mira presentaba y que él supo apreciar, comprender y superar imaginativamente.

La gloria de Avila había venido y ha seguido sustentándose tradicionalmente sobre dos pilares fundamentales: el eclesiástico y el militar; y para atestiguarlo

1. «I have been involuntarily uprooted. I accept the intellectual advantages of that position, with its social and moral disqualifications. And I refuse to be annexed, to be abolished, or to be grafted onto any plant of a different species». *The Middle Span*, p. 123.

ahí están la muralla, las mansiones y palacios señoriales, los conventos, las iglesias y los escritos. Pero en Avila la realidad histórica ha encontrado sostén, por supuesto, en otro pilar, el de los campos y las huertas, que ha permitido a los dos anteriores mantenerse erguidos. Sólo que, ni los campesinos ni los hortelanos tuvieron jamás la posibilidad de construir monumentos perdurables ni de aprender a escribir crónicas memorables. Ellos han vivido en chabolas y han escrito directamente sobre la tierra, de modo que su historia se ha regido por las estaciones agrícolas y empieza y termina con cada una de sus vidas o poco más.

Santayana no conoció a fondo la realidad de este tercer pilar fundamental de la historia de Avila, pero le cabe el honor de no haberla perdido de vista en su descripción abulense e indicárnosla desde su mirador urbano: «A esta altitud —nos dice— la naturaleza primitiva y pelada ha coexistido durante siglos con la más hermética y fortificada civilización eclesiástica y militar. Nadie necesita añorar aquí el «*rus in urbe*»; tiene lo contrario, que es un equivalente. Tiene lo que podríamos llamar «*urbs ruri*» o más bien «*oppidum in agris*»<sup>2</sup>.

Avila ha sido y es en gran medida todavía una ciudad doblemente amurallada, con un muro externo de piedra y otro interno de dogma que la han tenido cercada durante siglos bajo excusas defensivas frente al supuesto enemigo. Hoy nos es preciso despertar y comprender lo poco que nos serviría ya la muralla externa para defendernos del actual enemigo físico-nuclear-galáctico, y la poca vigencia real de la «muralla» religiosa interna como defensora de la moral, tal y como se ha venido entendiendo institucionalmente en Avila. Santayana, muy por delante de la ciudad a la que amaba y a la que pertenecía, supo muy bien librarse del cerco y ver en estas dos piezas de museo dos recintos acogedores, el uno material y el otro imaginativo, desde los que apreciar mejor el bello paisaje de la vida, simplemente asomándose a través de sus rendijas, de sus puertas o desde sus miradores y baluartes.

Por el lado material, la muralla no le impide ver las «realidades fundamentales» que «continúan siendo manifiestas», pues «las murallas de la ciudad, con toda su solidez, no ocultan el campo a la vista. A cada momento, a través de cualquiera de las puertas de la ciudad, o desde algún baluarte, el amplio valle se hace visible, con su tablero de campos arados y álamos dispersos que bordean las rectas carreteras, o se agrupan a lo largo de los charcos al lado del río; y por la noche, en las montañas, no tan lejanas, las lumbres de los pastores centellean cual estrellas bajeras»<sup>3</sup>; y por el lado inmaterial, su poética visión de los hechos

2. «At this altitude primitive bald nature has coexisted for ages with the tightest and most fortified civilization, ecclesiastical and military. Here no one need hanker after '*rus in urbe*'; he has the opposite, which is almost an equivalent. He has what we might call '*urbs ruri*', or rather '*oppidum in agris*'». *Persons and Places*, p. 98.

3. «Yet the fundamental realities are still in evidence. The town walls, for all their massiveness, do not shut out the country from the eye. At every turn, through one of the city gates, or over some bastion, the broad valley remains visible with its checker-board of ploughed fields and straggling poplars lining the straight roads, or clustered along the shallow pools by the river; and at night, in the not too distant mountains, the shepherds' fires twinkle like nether stars». *Persons and Places*, p. 99.

y las tradiciones religiosas le permite eludir la opresión y el fanatismo dogmáticos y asomarse, por las «puertas y baluartes» del escepticismo, al «amplio valle» de la vida espiritual y, en la «noche» del conocimiento racional de la realidad, percibir el «centelleo» de las «lumbres» esenciales de las cosas marcándonos, «cuál estrellas bajeras», el camino ascendente hacia las cumbres de lo eterno.

Es así como toda su filosofía se convierte, como tendremos mejor ocasión de ver, en un símbolo magistral del abulensismo. Sin embargo, este concepto filosófico esencial de la vida no es fundamentalmente originario de Santayana. Lo que sí es original es la versión personalísima que su vida y sus escritos nos muestran, por estar precisamente basados en su experiencia vital abulense. En último término, los hombres no somos tan distintos y los sabios, describiéndonos el camino de la verdad, se repiten a menudo; por eso acabamos siempre fijándonos en un maestro favorito, en un guía. Si además este guía resulta que ha pisado por donde nosotros también pisamos, si ha visto las mismas piedras y se ha despertado frente a las mismas montañas, nuestra confianza en sus enseñanzas se acrecienta, porque la composición primaria de éstas se debe a elementos que nos son connaturales y consecuentemente más fácilmente asimilables.

De Avila han venido hablando y escribiendo emotivamente los de dentro y los de fuera, pero es Santayana quizás el primero, o al menos el supremo exponente de una visión completa, desde dentro y desde fuera, porque él fue a la vez visceralmente abulense y culturalmente extranjero. Su abulensismo, familiar y afectivo por un lado y analítico por el otro, es exquisitamente liberador por ambos e imprescindible para ayudarnos a los abulenses a superar de una vez por todas nuestro endémico hermetismo secular.



## La base real de los vínculos abulenses

### LAZOS BIOGRAFICOS CON AVILA

Ante todo conviene comenzar analizando la base histórica, cierta y comprobable, de la pertenencia real de Santayana a Avila, y esto sólo puede hacerse hoy siguiendo sus propios escritos, básicamente su autobiografía y las cartas que de él se conocen, y atendiendo a las escasas referencias que las personas que lo conocieron pueden aportar. No obstante, sin apenas más datos externos, entendemos que sólo sus escritos son ya suficientemente probatorios de su abulensismo biográfico que duró casi lo que duró su vida.

Jorge Santayana no nació en Avila, sino en Madrid, en el número 69 de la calle Ancha de San Bernardo, el día 16 de diciembre de 1863. En Avila no poseía raíz familiar alguna y su llegada a esta ciudad debió ocurrir durante el verano de 1866, cuando aún no había cumplido los tres años. Los motivos de esta llegada nos los cuenta él mismo:

«Avila se convirtió en la sede de mi familia en España por casualidad; no existían vínculos hereditarios con esa ciudad antigua y nobiliar. El primero de los nuestros en llegar allí fue mi tío Santiago, destinado seguramente por sus superiores al peor de los puestos del gobierno en señal de castigo. Supongo que debía ser un tipo más bien vago y de vida alegre, dado a la bebida y de ninguna utilidad en el cargo; con todo, sus jefes poseían las virtudes y vicios del nepotismo; y, aunque la promoción recaía de forma automática sobre sus parientes y personas recomendadas por los peces gordos, también se hacía sitio para los cabezarrotas en alguna de las capitales de provincia más pequeñas y apagadas. Mi padre se tropezó con Avila porque su hermano se encontraba allí; y el lugar, una vez conocido, no necesitó de otra recomendación por encontrarse en la vieja Castilla de su juventud y ser lugar saludable, tranquilo y barato. Tampoco mi madre tuvo inconveniente en trasladarse y residir allí cuando, en 1866 acordó posponer su vuelta a América. Por lo menos la ciudad era accesible, encontrándose en la vía principal entre Madrid y París, habitable tanto en verano como en invierno y a suficiente distancia de la Corte, de la moda y de la corrompida sociedad»<sup>1</sup>.

1. «Avila became by chance the headquarters of my family in Spain; we had no hereditary bond with that ancient and noble town. The first of us to go there was my uncle Santiago, sent no doubt

La madre de Jorge, Josefina Borrás, antes de casarse con Don Agustín Ruiz de Santayana, padre de Jorge, había estado casada con un norteamericano de Boston, de cuyo matrimonio conservaba tres hijos: Susana, Josefina y Roberto. Seis fueron, por tanto, los miembros de la familia completa que se trasladó a Ávila y se instaló en un principio en la casa de Santiago, el hermano de Agustín, situada frente al Torreón de los Guzmanes. En esta casa y en este entorno urbano en el que se encuentra, transcurrió la infancia abulense de Jorge Santayana hasta su traslado a los Estados Unidos de América en 1872. Aquí tuvieron lugar los hechos y las emociones de que nos habla en el capítulo dedicado a «Early Memories» (Primeros recuerdos) en su primer volumen autobiográfico *Persons and Places* (Personas y lugares). Sin embargo, la familia no iba a permanecer estable durante estos años y la escapada de la madre a América, aplazada una vez, frustrada otra, cuando el padre debió ir a recogerla a París, tuvo definitivamente lugar en 1869. Dos años antes, Robert, el hermano mayor de Jorge, había partido también y ahora la madre se llevaba consigo a las dos hermanas.

Santayana explica en su autobiografía hasta qué punto era y había sido extraña la unión entre sus padres. Pero, a pesar de ello, el afecto surgido entre los niños, particularmente entre las dos chicas y Jorge, había enraizado definitivamente en Ávila. Precisamente la prueba de este arraigo efectivo la hemos encontrado entre las páginas de un libro de Susana que fue quien debió conservar con especial cariño durante toda su vida este entermejedor autógrafo. Se trata de una esquela que Jorge debió enviar a sus hermanas poco después de partir éstas y mientras realizaban el largo viaje a Estados Unidos, con parada en Londres para visitar a unos tíos. Es, a su vez, la contestación a la carta que padre e hijo parece que habían recibido de las viajeras, y se compone de dos partes diferenciadas, dedicadas respectivamente a cada una de las hermanas, de forma que se aprecia a través de estas breves palabras cómo Susana ocupaba ya un lugar privilegiado en el mundo afectivo del pequeño. Dice así:

«Querida Susana

He recibido tu carta que está escrita en Londres.

Lo que han dicho tus tíos que yo soy guapo eso no es verdad.

Dice papá que te ponga que tú sí que eres guapa y Josefina también; pero yo digo que esas son guasas, pero lo que sí es verdad es que te quiere mucho tu hermano y ahijado

Jorge

by his official superiors, as a sort of punishment, to the worst of government posts. I fear he was rather a merry and lazy fellow, given to drink, and not useful in the office; yet his chiefs had the virtues as well as the vices of nepotism; and if advancement went automatically to their relations and to persons recommended by the bigs-wigs, still room was made for the ne'er-do-wells also in the smallest and dullest of provincial capitals. May father lighted on Ávila because his brother was there; and the place recommended itself on acquaintance for being in the Old Castile of his youth, healthy, tranquil, and cheap. My mother too was willing to go and live there when, in 1866, she agreed to postpone her return to America. At least the town was accessible, being on the main line between Madrid and Paris, habitable in summer as well as in winter, and safely remote from the Court, from fashion, and from corrupt society». *Persons and Places*, p. 96.

Mi querida Josefina. No te se olvide escribirme cuando llegues a Boston y estés desocupada.

Yo también te escribiré mientras (ilegible) para que tengas siempre presente a tu hermano que se acuerda mucho de ti y de tus cuentos

Jorge»

A partir de esta temprana separación familiar y durante los tres años siguientes, de tanta importancia para el arraigo abulense de Santayana, quedó éste particularmente unido a su padre, en un ambiente hogareño tan poco aconsejable como el que al parecer, según el propio Santayana, proporcionaba la familia de su tío con quien convivían. Esta perspectiva familiar tan poco halagüeña parece haber marcado sustancialmente el escepticismo del futuro filósofo ante el matrimonio y la vida familiar<sup>2</sup>; desde luego, constituyó una experiencia negativa frente a esa otra positiva influencia que recibió al lado de su padre, durante los frecuentes y largos paseos juntos, observando simplemente el modo de vida de Don Agustín junto a sus amistades, impregnándose inconscientemente de la filosofía paterna, la más modélica que tuvo a mano.

Es lógico pensar que esa situación familiar tan poco edificante y la incapacidad de Don Agustín para proporcionar a Jorge otra mejor fueron las razones de más peso a la hora de tomar la decisión de llevar el niño a Boston, con el convencimiento de que allí encontraría mejores posibilidades de formación. Una decisión, por otra parte, bien poco apetecida, según se desprende de lo dicho en una carta posterior escrita a su esposa que Santayana traduce en *Persons and Places*: «Hubiera preferido que Jorge no hubiera sido separado de mi, pero me vi obligado a llevarle en persona y dejarle a tu cargo y al de su hermano y hermanas. ¡Infortunada obligación! Sin embargo, era mucho mejor para él estar contigo que conmigo, y prefiero su bien a mi gusto»<sup>3</sup>.

Consecuentemente, a principios del verano de 1872, partieron ambos hacia América, con lo que Jorge dijo adiós a Ávila por un período de once años. Fue sólo un adiós físico, pues sentimentalmente continuó unido a la ciudad, fundamentalmente a través de múltiples y reveladoras cartas que intercambió con su padre durante estos años, que sin duda contribuyeron a mantener viva en la mente del joven la «llama abulense» hasta su primera visita de vuelta del mundo americano. Puede decirse que el vínculo abulense de Santayana, que hasta el momento de su partida había sido biográficamente físico, se convierte ahora, en la distancia, en lo que podemos llamar «abulensismo emocional». Un sentimiento de lo abulense recreado a partir de sus primeros recuerdos infantiles que, poco después, cuando comienzan sus primeros escarceos literarios, se ve reflejado, ya sea veladamente, en algunos de los poemas platonizantes de juventud. He aquí algunas muestras de esta recreación emotiva:

2. Ver la referencia del propio autor en el capítulo «Early Memories» de *Persons and Places*, p. 119 (Traducido en el capítulo «Primeros recuerdos» de nuestra antología).

3. «I should have wished that Jorge should not have been separated from me, but I found myself compelled to take him in person and leave him in your charge and in that of his brother and sisters. Unhappy compulsion! Yet it was much better for him to be with you than with me, and I prefer his good to my pleasure». *Persons and Places*, p. 8.

A WALL, a wall to hem the azure sphere,  
And hedge me in from the disconsolate hills! <sup>4</sup>  
(UNA MURALLA, una muralla para cercar los cielos,  
Y protegerme de los desoladores cerros!)

.....  
WE needs must be divided in the tomb,  
For I would die among the hills of Spain,  
And over the treeless melancholy plain  
Await the coming of the final gloom<sup>5</sup>.  
(HEMOS de separarnos en la tumba sin remedio,  
Porque me gustaría morir entre los cerros de España,  
Y sobre la pelada y melancólica meseta  
Esperar la llegada de la última tiniebla.)

.....  
SLOWLY the black earth gains upon the yellow,  
And the caked hill-side is ribbed soft with furrows.  
Turn now again, with voice and staff, my plowghman,  
Guiding thy oxen<sup>6</sup>.  
(LENTAMENTE la tierra oscura gana terreno a la amarilla,  
Y la endurecida ladera adquiere una suave nervadura de surcos.  
Vuelve otra vez, con la voz y la hijada, labriego,  
Guiando tus bueyes.)

Pasaron así once años de su juventud soñando con volver a Avila, hasta que, al final de su primer curso en la universidad de Harvard, su madre le concedió la oportunidad del viaje. Era verano de 1883 y estaba ya cerca Santayana de cumplir los veinte años cuando este primer reencuentro con sus raíces tuvo lugar. Tenía entonces suficiente capacidad intelectual para que esta visita adquiriera ya carácter de «test» consciente a todo lo que emocionalmente conservaba en su imaginación. Quería «ver de nuevo con (sus) propios ojos ciudades viejas, catedrales, castillos y palacios y también el paisaje clásico de Europa: porque en América, al menos en las partes que conocía, tanto a la naturaleza como a la sociedad parecía faltarles contraste y definición, como si todo estuviera hecho a medias y tratara torpemente de encontrar su esencia»<sup>7</sup>. Y también quería ver a su padre. Ahora podía analizar más razonadamente la vida y las ideas de éste y compararlas con las que en él se iban formando.

El lugar de residencia paterna había cambiado y Santayana, a su llegada en los primeros días de julio, debió encaminarse a esta nueva casa solitaria, sita en

4. Soneto XV, *Poems*, p. 17. Edición de 1939.

5. Soneto XXXV, *Poems*, p. 39.

6. Oda IV, *Poems*, p. 79.

7. «to see again with my own eyes old towns, cathedrals, castles, and palaces, and also the classic landscape of Europe: because in America, at least in the parts I Knew, nature as well as society seemed to lack contrast and definition, as if everything were half formed and groping after its essence». *Persons and Places*, p. 203-204.

la plaza de Santa Ana, que a la larga se convertiría en la única propiedad inmobiliaria que el filósofo poseyó en su vida. La casa, adosada al antiguo acueducto que pasaba por esa plaza y del que aún pueden verse restos desde el interior del «edificio de sindicatos», no existe ya; pero una idea muy precisa de su apariencia puede extraerse de un cuadro que pintó Don Rafael Sastre —nieto de Don Celedonio Sastre— y que se conserva en Ávila en la casa de Dña. Adelaida Sastre —hermana de Rafael—. En dicho cuadro aparece la parte posterior de la casa con un hermoso corral o patio, que Santayana llama «garden» en su descripción.

Esta primera visita fue breve y, aparte una excursión a El Escorial y la convivencia directa con el padre, no parece dejar otras huellas reseñables en la joven mente del filósofo, pero importa por ser la primera de esa serie de visitas que realizaría a esta ciudad abulense, casi siempre en verano, y a lo largo de casi toda su vida, pues sólo cesó con la muerte en ella de sus seres más próximos y queridos y a causa, también, de su avanzada edad. «Por lo que a mí respecta —dice— no había aún cumplido los tres años cuando nos trasladamos a Ávila y casi tenía setenta cuando dejó de ser el centro de mis vínculos afectivos y legales más profundos»<sup>8</sup>.

Durante los dos años siguientes, 1884 y 1885 no volvió por aquí, pero en el año 1886 consiguió una beca para estudiar en Alemania al curso siguiente y, antes de comenzar dicho curso, realizó su segunda visita a su padre en el mes de julio y se quedó a pasar «un mes razonablemente agradable en Ávila»<sup>9</sup>. Lo de «razonablemente» quizás se debió a ciertas molestias digestivas que al parecer sufrió durante ese verano en Ávila, según cuenta en una carta dirigida a William James desde Berlín<sup>10</sup>.

Más larga aún fue su estancia durante el verano siguiente, permanencia deseada y planeada ya desde la primavera en Inglaterra. En una carta escrita en Oxford el 11 de mayo de 1887 dice a su profesor y colega William James: «Dejaré por tanto Oxford algo antes de final de trimestre, y me iré directamente a Ávila donde encontraré retiro e independencia absolutos. Espero ordenar de alguna manera algunos artículos sin terminar que tengo abandonados, mientras esté allí. Ávila es un lugar excelente para escribir, ya que resulta imposible para la lectura puesto que no llevo ningún libro conmigo»<sup>11</sup>. Pasó efectivamente un verano particularmente grato junto a su padre antes de bajar a Gibraltar para

8. «As for me, I was scarcely three years old when we moved to Ávila and I was nearly seventy when it ceased to be the center of my deepest legal and affectionate ties». *Persons and Places*, p. 96.

9. «I myself have spent a moderately agreeable month in Ávila». Carta a Henry Ward Abbot de 16 de Agosto de 1886. *The Letters of George Santayana*, p. 2.

10. «In health, too, I am feeling well, better a great deal than last year when, as you may remember, I was a little under the weather. In Spain, too, during the summer my stomach became refractory, ...». *The letters of George Santayana*, p. 23.

11. «I shall therefore leave Oxford somewhat before the end of the term, and go directly to Ávila where I shall have complete seclusion and independence. I hope to put some unfinished papers I have lying about into some sort of order while I am there. Ávila is an excellent place for writing, being an impossible one for reading as I carry no books with me». *The Letters of George Santayana*, p. 26.

recoger a su hermana Susana que, tras la frustración de su vida en los Estados Unidos de América, se venía definitivamente a España. Juntos volvieron a Avila y por lo que cuenta —«En Avila, a últimos de Septiembre tuve noticias de Russell»<sup>12</sup>— debió tardar en abandonarla ese año antes de volver a sus estudios en Alemania.

No debían, sin embargo, evolucionar muy a su gusto estos estudios en Alemania porque, ya en mayo de ese año de 1888, cuando Russell le invitó más persuasivamente a hacer un viaje por el Mediterráneo en su barco «Royal», tenía decidido dejar Alemania definitivamente y volver a los Estados Unidos; así que no tuvo inconveniente en aceptar la invitación de su amigo, a quien se unió en Valencia para realizar el crucero. Posteriormente vino a Avila y aquí se quedó durante el mes de julio y hasta mediados de agosto, según las cartas, fechadas en esta ciudad, que escribió por aquellos días a William James, anunciándole estas decisiones<sup>13</sup>.

Durante el verano de 1889 permaneció en Estados Unidos, pero sabemos que a últimos de junio del año siguiente estaba en Europa, concretamente en Londres. No existe certeza de que pasara por Avila, pero conociendo lo que le agradaba hacer sus escapadas a la ciudad de su padre podemos suponer que si no ese verano, al menos el de 1891, en que llegó a Gibraltar, pasó a Tanger y —según cuenta en *My Host the World* (Mi anfitrión el Mundo)<sup>14</sup>— estuvo de nuevo en Inglaterra, pasó también por Avila a visitar a su padre enfermo<sup>15</sup>.

En 1892 tampoco tenemos constancia de que pasara por aquí, pero en este año sucedió en Avila algo de extraordinaria importancia para la futura vinculación abulense del filósofo. Es el año del matrimonio de Susana con un abulense. Como ya queda dicho, la hermana de Santayana había vivido en Avila desde el año 1866 al 1869, antes de que la madre decidiera abandonar España definitivamente. Esos tres años, en su edad, desde los 15 a los 18, fueron decisivos para una jovencita de carácter que se había sentido halagada por algunos jóvenes de la ciudad. Parece que fueron unos años especialmente dichosos para ella, porque, cuando se sintió desorientada en los Estados Unidos, tras su frustrada experiencia en un convento carmelita, su instinto la trajo sin vacilación a España, seguramente con la mirada puesta en Avila; y aquí acabó casándose con un antiguo pretendiente de aquellos años juveniles, Celedonio Sastre, sólo que ahora Celedonio no estaba solo; había enviudado y tenía varios hijos. La boda tuvo lugar en 1892 y desde ese momento la casa que habitaba toda la familia, en la plaza del Marqués de Novaliches —luego Plaza del Ejército— se convirtió en un nuevo y definitivo centro afectivo y de destino abulense para el filósofo.

La circunstancia fue vital y particularmente oportuna, pues sólo al año siguiente, cuando Santayana ya había llegado vía Gibraltar, moría su padre durante el verano. Desaparecía así una de las dos personas más queridas del

12. «In Avila, late in September, I had word from Russell, ...», *The Middle Span*, p. 65.

13. *The Letters of George Santayana*, p. 30 y 32.

14. *My Host the World*, p. 77.

15. Carta al padre del 10 de Septiembre de 1891 (Microfilm de la Columbia University, New York).

filósofo y uno de sus dos vínculos humanos más importantes con Avila, pero, al mismo tiempo, asentaba su residencia definitivamente en la ciudad la otra persona que más peso tuvo en su vida y en su abulensismo, su hermana Susana. Las visitas de Jorge no se vieron, por tanto, interrumpidas; solamente el lugar de estancia en Avila había cambiado. La Plaza de Santa Ana se veía ahora sustituida por la que hoy es Plaza del Ejército.

No tenemos certeza de su vuelta a Avila hasta cinco años después, pero es de suponer que alguna escapada debió realizar durante ese periodo. Tras la primavera de 1896 disfrutó de «one year's leave of absence» o año sabático y vino a Europa, residiendo la mayor parte de su tiempo en Cambridge, en el Trinity College primero y luego, durante el año 1897, en el King's College.

En 1898 sucedió un hecho histórico de suma importancia para España que le afectó profundamente. Se encontraba en París cuando se enteró del anuncio del armisticio, tras la batalla de Santiago y su primera reacción fue la típica de un latino, dirigirse al centro de encuentro familiar —en este caso Avila— para compartir la gran tristeza: «Cuando se anunció el armisticio, bajé enseguida a Avila desde París (...) Y en Avila encontré a todo el mundo tan resignado y tristemente filosófico como yo, o como cualquier sabio antiguo»<sup>16</sup>.

Este mismo año de 1898 es el de su nombramiento como catedrático en Harvard. Esta labor más oficialmente académica debió restarle de alguna manera posibilidades de desplazamiento, pues, al menos durante algunos años, no encontramos referencia alguna de su contacto con Avila, si exceptuamos la correspondencia que mantuvo con su hermana Susana.

En 1904 encontramos una nueva referencia, en carta a William James desde Roma<sup>17</sup>, donde dice haber pasado seis semanas en Avila. Así parece que comenzó el disfrute de este nuevo año sabático que pasó entre Italia y Oriente, antes de comenzar su ciclo de dos años como profesor y conferenciante en la Sorbona y otros centros culturales franceses.

También en 1905 estuvo en Avila antes de su viaje a Egipto, Palestina y Grecia, como prueba la carta que desde esta ciudad escribe a A. S. Fuller con fecha de 5 de octubre<sup>18</sup>, en la que cita los libros que estaba leyendo en esos momentos.

Después de la experiencia francesa de 1905 y 1906 y hasta el año 1912, no se encuentran más referencias a su estancia en Avila que la que aparece en una carta a Susana fechada el 18 de abril de 1910 con los siguientes términos: «Espero, por supuesto, llegar a Avila en agosto, y me alegrará encontrarlos a todos como os dejé hace dos años»<sup>19</sup>, lo que confirma que estuvo aquí en 1908, y una carta al segundo Earl Russell que lleva fecha de Avila del 29 de julio de

16. «When the armistice was announced, I ran down to Avila from Paris. (...) And in Avila I found everybody as resigned and sadly philosophical as I, or as any ancient sage». *The Middle Span*, p. 168-169.

17. *The Letters of George Santayana*, p. 68.

18. Idem p. 77.

19. «I certainly hope to get to Avila in August, and I shall be glad to find you all as I left you two years ago». *The Letters of George Santayana*, p. 97.

1910 que prueba que también este año visitó la ciudad. Sin embargo, la frecuencia precisamente con que intercambia cartas con su hermana no deja lugar a dudas sobre la continua preocupación de Santayana por Avila y los temas españoles en general. Por ejemplo, en una de estas cartas, fechada el 18 de marzo de 1909, se interesa por el movimiento modernista religioso, en boga por entonces. «¿Hay algún movimiento o partido 'Modernista' en España?» —pregunta—; y a continuación cuenta que va a dar «dos conferencias a unos curas sobre la situación religiosa en los países Católicos» y que se servirá para ello de cierto periódico que solía leer en Avila, seguramente durante su estancia el verano anterior: «Lo que leí en Avila en la 'Lectura Dominical', aunque pequeña, va a serme de alguna ayuda. Ya sé, por supuesto, cuál es la posición teórica de la Iglesia y la de sus enemigos; pero lo que estos curas ignorantes quieren oír es cuáles son las inclinaciones del sentimiento popular ¿Hay católicos socialistas como Murri en España? Si tienes algunos panfletos o libros que traten este tema te agradecería mucho que me los enviaras. Ya al margen de mis conferencias, que tendrán que ser muy superficiales, el tema me interesa en sí mismo. Yo creo que he sido siempre un «Modernista»; sólo que nunca se me pasó por la cabeza que tal actitud fuera compatible con ser católico practicante o mucho menos sacerdote. ¿Cómo se puede estar tan ciegos?»<sup>20</sup>

Susana debió seguir enviándole este periódico durante cierto tiempo, pues todavía en Mayo de 1911, en carta dirigida a ésta, sigue Santayana haciendo eco de su lectura: «Continúo leyendo La Lectura Dominical con placer, especialmente la «Crónica». La política española es extremadamente interesante, y estoy deseando pasar una temporada en Madrid, para entenderla mejor»<sup>21</sup>.

Estas cartas que intercambia con su hermana son, a su vez, ilustrativas ante el hecho trascendental que iba a tener lugar muy pronto y demuestran que la decisión que el filósofo iba a tomar no era en absoluto precipitada, sino meditada con antelación. En una de estas cartas, fechada el 23 de diciembre de 1910, y refiriéndose a una serie de conferencias que debía dar en California, dice: «Esto corta la posibilidad de verte el próximo verano», pero un poco más adelante

20. «Is there any 'Modernist' movement or party in Spain? I have been reading Loisy, Tyrrell, Paul Sabatier (who is a Protestant, but a great friend of the 'Modernists') as well as the Pope's Encyclical 'Pascendi' and other documents. As I expect to be here this summer, I have agreed to give two lectures on the religious situation in Catholic countries before the parsons that come to the summer school here, and I am anxious to get any general information that I can. What I read at Avila in the 'Lectura Dominical', though little, is going to be a help. Of course, I know what the theoretic position of the Church and of her enemies is; but what these ignorant parsons want to hear is what are the tendencies of popular feeling. Are there any socialistic Catholics like Murri in Spain? If you have any pamphlets or books that deal with this subject I should be much obliged if you would send them to me. Quite apart from my lectures, which will have to be very superficial, the subject interests me in itself. I believe I have always been a 'Modernist'; only it never crossed my mind that such an attitude was compatible with being a practical Catholic, much less a priest. How can they be so blind? — *The Letters of George Santayana*, p. 91-92.

21. «I continue to read 'La Lectura Dominical' with pleasure, especially the 'Cronica'. Spanish politics are extremely interesting, and I am pining for a season at Madrid, to understand them better». *The Letters of George Santayana*, p. 104.

anuncia: «y después de otro invierno, puede que me veas quizá demasiado»<sup>22</sup>. Indudablemente, está ya anticipando lo que va a suceder en 1912, su alejamiento definitivo de los Estados Unidos y de la vida académica americana. En otra carta del 7 de noviembre de 1911, se lo anuncia de forma más explícita: «He considerado lo que podría hacer para dejar menos por hacer a otros cuando la casa se disuelva, lo que ocurrirá, supongo, antes de mi retorno —si es que retorno— en septiembre de 1913»<sup>23</sup>. Santayana sabía que su madre moriría pronto, por eso habla de la disolución hogareña americana, a la vez que se dispone a traerse consigo lo más preciado que allí tenía. Entre esas cosas máspreciadas parecían estar las cartas de su padre, a las que se refiere a continuación: «En cualquier caso, pretendo llevarlas a Avila, donde está la otra mitad de la correspondencia, supongo, en los paquetes grandes de mi escritorio que jamás he abierto»<sup>24</sup>. La carta termina anunciando que «parar(á) en Avila - antes de ir a Madrid. Esto será en febrero».

Algunas conclusiones pueden extraerse de esta serie de cartas confidenciales: en primer lugar que, a pesar de la antelación con que planeó su abandono del mundo americano, Santayana mantuvo sus intenciones en casi absoluto secreto y sólo reveló este secreto a la persona más íntima que tenía en Avila; en segundo lugar, que Avila fue el centro indiscutible de referencia y hasta de residencia en que pensó antes de venirse a Europa definitivamente, como lo prueba, entre otras cosas, ese anuncio hecho a su hermana de que después de otro invierno, quizás le iba a ver demasiado. La idea no era nueva, pues ya unos años antes, cuando Susana se había venido a España, cuenta Santayana que, de no haber sido por la precaria situación económica que ambos atravesaban, sin otros ingresos que los de su propio trabajo, «Susana y yo en aquel entonces, alrededor de 1890, podíamos haber unido fuerzas y haber vivido felizmente juntos, preferentemente en Avila. Hay allí casas antiguas muy agradables y podíamos haber restaurado una de ellas y haberla convertido en residencia digna y tranquila: en casa propia y con algunas comodidades modernas, tanto el verano como el invierno resultan allí placenteros y saludables»<sup>25</sup>. Todavía, durante uno de esos inviernos anteriores a la guerra de 1914, le rondaba esta idea por la cabeza: «Me di cuenta que Avila era el único lugar en España,

22. «This cuts off the possibility of seeing you next summer: but I had hardly expected to get to Avila in any case, so that nothing is lost in that direction; and after one other winter, you may see only too much of me». *The Letters of George Santayana*, p. 101.

23. «I have considered what I could do to leave less to be done by others when the house is broken up, which I suppose will be before my return —if I return— in September 1913». *The Letters of George Santayana*, p. 108-109.

24. «In any case, I mean to take them to Avila, where the other half of the correspondence is, I suppose, in the large packages in my desk, which I have never opened». *The Letters of George Santayana*, p. 109.

25. «Susana and I at that time, about 1890, could have joined forces and lived very happily together, by preference in Avila. There are nice old houses there, one of which we could have restored and turned into a dignified and peaceful residence: and both summer and winter there, in one's own house with a few modern conveniences, are pleasant and healthy». *Persons and Places*, p. 90-91.

donde podría vivir felizmente»<sup>26</sup>. Incluso después de la guerra, y a pesar de que ésta enturbió su relación con Avila, confiesa: «La idea de vivir finalmente en Avila, con una de mis hermanas o con ambas, seguía rondándome pero el momento no había llegado»<sup>27</sup>; y en tercer lugar, todos estos hechos nos llevan a subrayar la diferencia afectiva patente que Santayana muestra frente a sus dos mundos, el americano de su formación y el abulense de su crianza y querencia. En 1912 quedan definitivamente rotos los dos vínculos más importantes que le mantenían ligado a los Estados Unidos, el mundo académico y su madre. Respecto al primero siempre mostró su desagrado, tanto en su vida como en sus escritos y hay que decir que en esto quizás fue excesivamente ingrato al no reconocer en toda su extensión su deuda cultural con el país que le educó formalmente. En cuanto a su madre, algo similar hay que reseñar. Ella había sido el imán que lo había llevado al mundo americano y a través de ella tuvo acceso a una educación privilegiada y a una serie de beneficios económicos heredados de la familia de su primer marido. Sin embargo, cuando Santayana partió de Boston en 1912, sabía con certeza que su madre estaba a punto de morir y no se quedó a esperar el desenlace. Contrastaba claramente este comportamiento con el afecto incondicional que siempre mostró hacia los vínculos abulenses. Este contraste entre lo abulense y lo americano en su vida parece ser el contrapunto clásico entre lo genuino y lo anexo, lo propio y lo impuesto, lo querido y lo forzado. Hay que convenir en que Santayana fue americano de profesión y lenguaje, pero abulense por condición y vocación, o lo que es lo mismo, fue abulense PORQUE QUISO SERLO, además de por crianza y vínculos humanos, mientras que fue americano PORQUE NO LE QUEDABA MAS REMEDIO, dada su formación. Esta fuerte atracción de las raíces fue la que lo trajo de vuelta a Europa para no irse jamás.

¿Por qué, entonces, no se asentó definitivamente en Avila? Varias, quizás, fueron las causas que impidieron tal asentamiento. Por un lado los años americanos y su circunstancia cosmopolita le dificultaron en un principio el acoplamiento a un reducido tan provinciano como era Avila en aquel entonces. Por otro lado estaba la peculiar situación familiar aquí. Su padre había muerto y su hermana se había casado con un viudo que tenía varios hijos. Santayana no acababa de entenderse con su cuñado Celedonio y, aunque en la casa de éste tuvo siempre un cuarto particular —«el cuarto de tío Jorge»— en el que habitaba durante sus estancias vacacionales, la familia no acababa de ser la suya, sino la de Susana. Con todo, Santayana debió tardar en estar seguro de no acabar residiendo en Avila y hasta llegó a intentarlo de hecho en una ocasión, aunque esta vez la difícil situación fronteriza en Suiza, sobre todo para las personas de nacionalidad española tras la guerra civil, se lo impidió —recordemos que él jamás renunció a su pasaporte español—.

26. «Avila, I perceived, was the only place in Spain where I might live happily». *My host the World*, p. 157.

27. «The idea of eventually living in Avila, with one of my sisters or with both, remained with me; but the moment had not arrived». *My host the World*, p. 157.

En cualquier caso, volviendo a la descripción cronológica de su biografía abulense, encontramos que ese mismo año de 1912, después de visitar Inglaterra, vino a pasar 15 días, en marzo, a Ávila, y algunos días más, en abril, a Madrid, en casa de una antigua amistad de su madre<sup>28</sup>.

También en 1913 debió volver a pasar la primavera por aquí, desde su lugar de residencia temporal en Francia junto al filósofo americano Charles Augustus Strong, como prueba precisamente una postal dirigida por este último a Santayana, al número siete de la madrileña calle de Serrano, que hemos encontrado entre las páginas de uno de los libros que la familia abulense del filósofo conserva de él, y que dice así: «París, 24 de Abril. Margaret partió ayer, y desde entonces he comenzado a frecuentar el Closerie des Lilas, desde donde te escribo. París está cálido y precioso ahora. El verde tierno de los castaños, ahora en flor, ondea en lo alto, y la vida varia es tan interesante como siempre – Me alegra de que vengas tan pronto. C. A. S.».

Ese mismo año de 1913 volvió para pasar las navidades, pues fechada en Ávila el 28 de diciembre de este año, existe una carta escrita a Don Miguel de Unamuno agradeciéndole el envío y la dedicatoria que le había hecho de su obra *El sentimiento trágico de la vida*, y anunciándole su abandono previo de la cátedra que desempeñaba en Harvard.

Un mes más tarde, a finales de enero de 1914, le encontramos en Sevilla, desde donde escribe alguna carta contando cómo disfruta de la alegre vida andaluza, toros incluidos, y cómo en febrero de ese año ya empieza a trabajar sobre su colección *Realms of Being* (Los Reinos del Ser) que supondrá la consumación de su obra filosófica. Desde Andalucía vuelve a pasar por Ávila camino de París. Ese verano no volvió a España, sino a Inglaterra y allí le sorprendió el estallido del conflicto bélico mundial, aislandole del continente durante los cinco años que duró la guerra. Fueron cinco años tristes para el filósofo, que se sintió profundamente afectado por los hechos, no sólo desde el punto de vista físico, pues no pudo viajar a sus anchas durante ese periodo, sino también y sobre todo, en su intimidad y en su concepto filosófico de la existencia, como tendremos ocasión de ver más adelante. A Ávila, por supuesto, tampoco pudo regresar hasta 1919, sólo para encontrarse con que también aquí habían cambiado las cosas y la guerra había contribuido a enturbiar su relación con los parientes abulenses. En su autobiografía, el propio Santayana lo explica así:

«Esas agradables temporadas en Ávila me las interrumpió la guerra; y cuando volví en 1919, tras cinco o seis años de ausencia, aunque los lugares eran los mismos, encontré a las personas algo cambiadas. Todos nos estábamos haciendo viejos. A mí, en particular, me había afectado profundamente, no sólo la guerra, sino también una revisión a fondo y asimilación de toda mi experiencia inglesa y americana. Había escrito *Egotism in German Philosophy*, *Soliloquies in England* y *Character and Opinion in the United States*. No siendo capaz de fijar mis pensamientos en cuestiones abstractas, me había leído a Dickens, y había aprendido a amar el lado más humilde del sentimiento y la

28. Así lo atestiguan dos cartas escritas desde Madrid. *The Letters of George Santayana*, p. 115 y 117.

virtud ingleses. Sin llegar a buscar una razón, mi corazón había estado totalmente del lado inglés durante la guerra. En Avila las simpatías de todo el mundo se inclinaron totalmente al otro lado, y esta antítesis me desconcertó un poco. También el castellano, por desuso, lo hablaba ahora con menos fluidez. Había habido algunas muertes en la familia: la hija, su tía y uno de los hijos. Estas cosas limitaban un tanto el campo de conversación y lo amargaban. Yo me preguntaba por qué había de venir aquí si no era para disfrutar completamente»<sup>29</sup>.

No obstante, como dice a continuación, «Hay ataduras a personas y lugares que nos retienen hasta cuando nos hacen sufrir»<sup>30</sup> y en 1921 vuelve una vez más a España, esta vez para pasar dos meses de invierno solo en Toledo, según cuenta en una carta a Mrs. Frederick Winslow<sup>31</sup>, escribiendo su novela *The Last Puritan*, antes de ir a Roma, donde por aquel entonces comenzó a pasar todos sus inviernos, en tanto que los veranos siguió repartiéndolos entre París, Avila y a veces Glion, un lugar sobre el lago de Ginebra<sup>32</sup>.

El verano de 1927 parece haber sido el del adiós a Celedonio, su cuñado, que pensaba morirse pronto, aunque este hecho no ocurriera hasta el día 12 de mayo de 1930; sí fue, sin embargo, a pesar de no haber sido percibido en aquel entonces, el adiós definitivo a su hermana Susana que moriría durante el invierno siguiente, el 10 de febrero de 1928. Se deshacía así el último gran lazo humano que unía a Santayana con Avila. Todavía le quedaba su otra hermana, Josefina, que murió también en Avila dos años después, exactamente el 15 de octubre de 1930, día de Santa Teresa.

Fue precisamente este año de 1930, durante el verano, el de la última estancia de Jorge Santayana en Avila. El año 1928 también había estado en España para ver a su hermana Josefina que se encontraba en esos momentos en Galicia con una amiga, pero «eludió cuidadosamente Avila» para «evitar discusiones innecesarias» con su cuñado Celedonio<sup>33</sup>. Ahora que Celedonio había muerto, no tuvo ya inconveniencia para venir y arreglar todas las cosas de Josefina, quien ya se encontraba muy mal y moriría poco después, como queda dicho.

29. «Those pleasant seasons in Avila were interrupted for me by the war, and when I returned en 1919, after five or six years' absence, though the places were the same, the persons were somewhat altered. We all were growing old. I in particular had been deeply affected, not only by the war but by a thorough review and digestion of all my English and American experience. I had written *Egotism in German Philosophy*, *Soliloquies in England* and *Character and Opinion in the United States*. Not being able to fix my thoughts on abstract matters I had read Dickens, and learned to love that humbler side of English sentiment and virtue. Without so much asking for a reason my heart had been entirely on the English side during the war. At Avila, everybody's sympathies were entirely on the other side; and this antithesis rather disconcerted me. My Spanish too, from disuse, had become less fluent. There had been deaths in the family: the daughter, her aunt, and one of the sons. These things somewhat narrowed the field of talk and embittered it. I asked myself why I should still come here, if it were not to be a pleasure all round». *The Middle Span*, p. 90-91.

30. «There are attachments to persons and places that hold us even when they give us pain». *The Middle Span*, p. 91.

31. *The Letters of George Santayana*, p. 190-191.

32. *My host the World*, p. 159.

33. «studiosly avoiding Avila, because I knew that the state of Celedonio's mind was unfavourable, and I wished to avoid unnecessary discussions». *The Middle Span*, p. 93.

A partir de esta fecha Santayana no volvió más por Avila. Acabó así su vinculación física con la ciudad. Su relación continuaría, sin embargo, a través de su correspondencia con la familia Sastre, descendiente de Celedonio, como muestra la antología epistolar que aparece en páginas posteriores. Estas mismas cartas prueban que hasta los últimos momentos de su vida pasó por su cabeza la idea de volver a Avila. No es justo decir que fue la guerra de España la que lo hace un exiliado definitivo<sup>34</sup>. Ni siquiera la segunda guerra mundial le impidió el regreso, aunque es cierto que contribuyó a dificultárselo.

Finalmente decidió conformarse bastante felizmente en Roma e imaginarse su propia Avila allí. Don Baldomero Jiménez Duque, sacerdote abulense que le visitó en sus últimos años romanos, cuenta<sup>35</sup> cómo Santayana le hablaba de Avila y cómo una muralla que se veía desde su ventana en el «convento-hospital» en el que residió sus últimos años, le recordaba a la muralla abulense. En realidad, a todo el mundo le contaba cómo todo aquel barrio de la colina del Celio le recordaba a las calles y los cerros de Avila. Quizá el relato más expresivo lo encontramos en una carta dirigida a su primo americano, George Sturgis, en la que le dice: «Llevo ya tres días en este 'Hospital de Reposo' (Nursing Home) y me siento como si hubiera sido milgrosamente transportado a Avila. Esta cumbre del Celio es como la vieja Roma ruinosa y rústica de hace cien años, y la casa y las Hermanas, todas irlandesas, tienen la calidad de la buena gente provinciana de España —los Sastre, por ejemplo (...)

(...) Tu telegrama, dirigido aquí, me llegó el 15 de octubre. Es suficiente con que escribas la calle y el número, sin el nombre de la casa; sobre todo porque es casi la única en este viejo callejón amurallado —de nuevo muy similar a Avila ...»<sup>36</sup>.

Santayana, que siempre había disfrutado más del mundo de la imaginación que del de la realidad, se había creado por fin, imaginativa y emocionalmente su propia Avila donde morir, en retiro solitario tal y como él había imaginado mucho tiempo antes observando los últimos años de la vida de su padre.

34. Como parece inferirse del libro de Emilio Salcedo *Escritores Contemporáneos en Castilla y León*, Ed. Ambito.

35. Contado por Don Baldomero en una conversación particular en su casa de Avila.

36. «I have now been three days in this 'Nursing Home', and feel as if I had miraculously been transported to Avila. This top of the Caelius is like the old rustic ruinous Rome of a hundred years ago, and the house and the Sisters, all Irish, have the quality of provincial good people in Spain — the Sastres, for instance. (...)

Your telegram, addressed here, reached me on Oct. 15th. It is enough to put down the street and number, without the title of the house; especially as it is almost the only one in this old walled lane — again very like Avila ...». *The Letters of George Santayana*, p. 350.



## La influencia abulense

### IMPORTANCIA PSICOLOGICA DE LAS IMPRESIONES INFANTILES

Simplemente partiendo del dato biográfico conocido según el cual el niño Jorge Santayana fue traído a Ávila cuando todavía no había cumplido los tres años y que estaba próximo a los nueve cuando fue llevado a los Estados Unidos, estamos en disposición de afirmar, en términos generales, que el período fundamental de su infancia y crianza fue indiscutiblemente abulense. Esto significa, si nos guiamos por lo que la moderna Psicología nos dicta, que el solo hecho de su permanencia en Ávila en edad tan decisiva, tuvo que marcar la personalidad del autor de forma clara e imborrable para el resto de sus días. Veamos hasta qué punto.

Empieza por ser la infancia el período de la vida humana en que prima la capacidad de recepción sensorial. Las sensaciones o «puertas de la mente», como las ha denominado un eminentísimo médico español, constituyen verdaderos cimientos donde más tarde se apoyará el gran edificio de las ideas, los conceptos, los raciocinios y los juicios.

No es este período, sin embargo, un todo uniforme y los psicólogos lo dividen en tres o cuatro estadios, según las escuelas. En lo que todos coinciden es en señalar el comprendido entre los tres y los ocho años — precisamente el que coincide con la edad que Santayana pasó en Ávila — como el decisivo, el que más profundamente marca el desarrollo de la personalidad. El estadio anterior a los tres años es todavía poco diferenciador, mientras que el posterior a los ocho, parece de más pobre aportación a las directrices del comportamiento adulto futuro. Queda por tanto la edad de los tres años como el punto inicial aproximado de la etapa infantil más permeable al ambiente de crianza.

La característica más notable que marca el comienzo de este período es la conciencia de autonomía personal o conciencia del propio «yo» frente a todo lo demás. Es el momento en que el niño empieza a conocerse y a conducirse como persona independiente. A esto se añaden, y al mismo tiempo ayudan, las nuevas capacidades de «andar» y «hablar» que acaba de conquistar y que le proporcionarán múltiples ocasiones para diversificar sus relaciones con el medio.

Sobre esta etapa fundamental del desarrollo humano se han escrito numerosos tratados, describiendo minuciosamente las múltiples experiencias vitales e influencias que el niño siente y que van a modelar de forma inefable al futuro adulto. Sin embargo, para nuestro propósito sobre estas páginas, vamos solamente a fijarnos en tres características esenciales: las emociones, el apego a las personas y el desarrollo de hábitos morales.

El niño, con esa nueva conciencia de sujeto independiente, experimenta sus primeros contactos con el ambiente y las personas que le rodean, contactos que son primordialmente de orden afectivo. Lo que experimenta en realidad son emociones, que serán precisamente las encargadas de desarrollar los vínculos afectivos con el medio, anticipándose a las intenciones y al discernimiento. Se produce entonces lo que los psicólogos entienden como una especie de consonancia, ya sea de cariz positivo o negativo, es decir, de acuerdo o de oposición con lo que tiene a su alrededor; se establece, por consiguiente, una especie de contagio mimético o de contraste afectivo. En cualquier caso, en uno y otro sentido, lo que siempre queda es una huella indeleble de semejante andadura.

Como consecuencia de este predominio afectivo, empiezan a tomar mayor importancia para el niño las personas que le rodean. El apego a estas personas es una necesidad inevitable. Las imita, contrasta con ellas, las «marea» con preguntas incesantes y acaba por impregnarse de las maneras de ser de éstas, unas veces por contagio, como decíamos, otras por oposición y conflicto.

En último término, dada su abierta y limpia capacidad para sugestionarse con todo lo que se le ofrece y dada su credulidad y potente inclinación imitativa, se encuentra ya el niño en la edad más propicia para copiar y fijar modelos y para que en él se desarrollen inconscientemente los hábitos morales que marcarán su vida después.

Tenemos hasta aquí, por tanto, tres primeras claves del abulensismo de Santayana: el elemento emocional —más literario— enraizado y a menudo referido a Avila y al ambiente de su crianza; el elemento vinculante a las personas que más importaron en su vida afectiva, vínculo que nació en Avila y continuó, en los casos más significativos de su padre y su hermana Susana, ligado y dirigido a esta ciudad para siempre; y el elemento moralizador, verdadero timón que jamás abandonó el pensamiento del autor y cuya dirección vino marcada ya desde el puerto de salida abulense.

Un análisis más detallado de la naturaleza de estos patrones emocionales, personales y morales que Avila ofreció a Jorge Santayana antes de que fuera trasladado a América, constituirá el empeño principal que nos hemos trazado para los próximos capítulos. Pero antes y para finalizar este apartado sobre los fundamentos psicológicos de las influencias infantiles, nos parece indispensable resaltar uno de sus aspectos fundamentales, sobre todo si nos referimos, como en este caso, a la infancia de un futuro escritor: el aspecto lingüístico.

Al parecer no existe un total acuerdo entre los especialistas sobre la verdadera importancia de este aspecto en el desarrollo psicológico del niño. Así, mientras Piaget no parece concederle primacía, Heinz Werner, por el contrario, se siente mucho más inclinado a asignar a la evolución en el dominio de la lengua, la categoría de aspecto vital en la experiencia subjetiva del pequeño.

Sin entrar en la discusión, que no corresponde, pero en este mismo contexto, nos llamó poderosamente la atención un párrafo de otro gran especialista, el francés Henri Wallon, que citamos a continuación:

«Finalmente, durante su crecimiento, el niño es dominado continuamente por la función que está naciendo y revelándose. Pues antes de integrarse en su actividad, ella comienza por llenarlo con sus variaciones, sus ejercicios, sin meta ni fin. Parece que hiciera la comprobación de sus posibilidades en toda la extensión de sus mecanismos y de sus conexiones: por ejemplo, los sonidos indefinidamente modificados que produce la simple gimnasia de los aparatos bucal y fonatorio, sonidos que despiertan y educan el oído que pronto pasará a tomar la dirección de aquellos»<sup>1</sup>.

No es nuestra intención llevar este argumento sobre la importancia de esta «premisa psicofisiológica» más lejos de lo que corresponda, pero si, en efecto, el oído acaba tomando la dirección de los sonidos que centran el esfuerzo y la gimnasia de los órganos fonatorios, también por extensión podemos decir que, de alguna manera, la mente acaba adaptándose al lenguaje que empieza ya a constituir el medio de comunicación más importante entre el niño y el entorno humano que le rodea. Esta primera adaptación y esta gimnasia las realizó Jorge Santayana durante sus años abulenses en torno a la lengua castellana. Después, las circunstancias le obligaron a aprender y adoptar una segunda lengua, que acabó siendo su medio principal de expresión oral y, sobre todo, escrita. El estilo expresivo de Santayana ha llamado siempre poderosamente la atención por una «extraña belleza formal» hasta llegarse en ocasiones al extremo de achacarle una de las prosas más elegantes en lengua inglesa de todos los tiempos. ¿Hasta qué punto, se nos ocurre, esta «extraña belleza formal» no se debería a aquella primera gimnasia infantil de adaptación a las cualidades y calidades de su castellano nativo?

1. Henry Wallon, *Los orígenes del carácter del niño*, Editorial Nueva Visión, p. 27-28.

## LA CIUDAD DE AVILA

Para un escritor que tituló su autobiografía «Personas y Lugares», el lugar geográfico que albergó a sus dos personas más queridas y a él mismo en sus años infantiles, debió tener sin duda una importancia extraordinaria. Aunque sabemos que Santayana fue un hombre sin grandes apasionamientos que le hicieran abandonar, ni siquiera por momentos, su aparente olímpica imparcialidad, Avila y lo que esta ciudad supuso para él fueron obviamente la excepción que confirma la regla de su desasimiento.

Avila fue para él muchas cosas: fue su primer hábitat urbano, su primer ambiente familiar —quizá el único sitio donde tuvo realmente un ambiente familiar—, fue también el lugar de su primer contacto con la educación extrafamiliar, con los paisajes y con el ambiente social. Por esta razón también se convirtió en su centro de sugestión lírica y literaria más íntimo y subjetivo, apareciendo sólo expresamente en alguno de sus poemas y en su autobiografía.

La impregnación abulense comienza a tener lugar desde los enclaves urbanos en los que residió. Jamás permanecen ajenos a la sensibilidad humana, las piedras, los espacios, las vistas que rodean el hábitat cotidiano de la vida, máxime los de la vida infantil o de las épocas emocional y afectivamente más señaladas.

El primer enclave urbano de Santayana se sitúa en una zona de importantes resonancias históricas y literarias, dentro del núcleo amurallado. Sobre todo quedó grabada en su memoria la impresionante torre guerrera de los Guzmanes, o de los Oñate, como él la conocía, frente a la cual se encontraba la casa en la que vivió. Las plazoletas y callejuelas que rodeaban a ésta fijaron en su recuerdo emotivo ese ambiente de ciudad antigua que tanto añoraba en Boston y que ansiaba ver en su primera visita de vuelta a España. Las experiencias vividas en esta parte de Avila y los vivos recuerdos que de entonces quedaron en su memoria nos lo cuenta Santayana en el capítulo de su autobiografía que titula «Early Memories» (Primeros Recuerdos) que aparece en la antología final que presentamos.

El segundo enclave abulense de Santayana era de características bien diversas. Mientras él había permanecido en América, su padre había comprado una

casa a un antiguo conocido y amigo suyo en medio de la Plaza de Santa Ana: «La Casa del Inglés». Este, por tanto, había de ser el punto familiar de destino en Avila para el filósofo mientras vivió su padre. Parece que la mayor parte del tiempo y las experiencias de Santayana durante sus estancias en esta casa, giraron en torno al padre, pero, más allá de esta influencia paterna, el nuevo enclave supuso también un nuevo descubrimiento de las peculiaridades abulenses externas. Lo más sobresaliente quizás, desde este nuevo punto de mira, fue el encuentro con los paisajes. Desde esa altura de la plaza solitaria de entonces, podían divisarse perfectamente los picos de la sierra y el valle que los separa de la ciudad, en lo que constituye la eterna visión espiritual abulense. Si el entorno de aquella primera casa de la infancia quedaba limitado y cercado por las grandes torres y paredones de las casas señoriales del antiguo centro urbano, que emparedaban al niño entre las callejas, ahora, desde la nueva casa y sus alrededores, podía empezar a comprender y a amar eso que él llamaba la «apertura» ('openness'), la soltura del paisaje abierto visto desde un lugar urbano, sobre todo cuando dicha visión venía esencialmente magnificada por el esplendor y la luminosidad del cielo abulense. Santayana debió sentir aquí intensamente la gran experiencia del contraste, eso que tanto echaba de menos en los paisajes americanos que conocía, y de la ambivalencia. Y él, vital y circunstancialmente hombre de contraste y ambivalencia, debió desplegar aquí toda su flexibilidad y capacidad de recepción para impregnarse de los dos rasgos abulenses por antonomasia: la cerrazón y la apertura; la muralla y el gran espacio abierto del valle.

Creo que, concretamente en Avila, Santayana prefirió siempre la apertura, al menos la apertura de vistas, pues nunca se aventuró demasiado en el campo. Avila se presta como muy pocos lugares a este tipo de vistas porque es lo que podría llamarse una ciudad-balcón y nuestro filósofo, como buen observador, sintió siempre predilección por los balcones y miradores. Las propias casas donde vivió, primero la de su padre y luego la de su hermana, lo eran, pues ambas le proporcionaban la visión del valle y la serrana lontananza. Pero a su vez él mismo en sus paseos buscaba preferentemente este tipo de lugares. Así, el Rastro y su prolongación le permitían una amplia visión del valle, las carreteras bordeadas de álamos y el descenso del río; El Alto de la Hervencias y el Alto de Vicolozano, a donde se acercaba con su padre en frecuentes paseos comunes, le proporcionaban la misma visión de fondo con la cara este de la ciudad en primer plano. El panorama desde Sonsoles, que también frecuentó, era precisamente la «otra cara de la moneda», mostrándole a la ciudad al fondo y el valle en primer término, la visión de la ciudad desde el campo; pero quizás el paseo favorito, según él mismo nos cuenta, era el que realizaba siguiendo el curso del ferrocarril desde la misma estación y en dirección a Madrid. La amplitud de visión panorámica desde una altura considerable, pero de nivel constante, que le permitía disfrutar con los ojos sin que sus pulsaciones se alterasen con subidas o bajadas, era como un grandioso símbolo de su pensamiento a través del cual trata de darnos una gran visión del mundo desde una posición elevada, absolutamente relajada y sin altibajos emocionales. Una visión espiritual del mundo.

El tercer lugar de residencia en Avila, la casa del marido de Susana, localizada en la Plaza del Ejército—antes del Marqués de Novaliches—participa también, como queda dicho, de esta privilegiada situación geográfico-espiritual, pero quizás por coger al filósofo en edad más avanzada, en la que ya no realizaba paseos tan largos al exterior, le sirvió para un acercamiento aún más profundo a la visión interior de la ciudad. Sus paseos de sobremesa eran más urbanos y le detenían más en los aspectos monumentales de la ciudad: las iglesias, las plazas, los jardines, la muralla y sobre todo, la catedral. En su recinto, donde dice haber sido el último sitio en que fue capaz de oír misa, debió pasar muchas horas estivales de meditación estética y filosófica. La descripción detallada que de ella nos da en el capítulo «Avila» de su autobiografía —que presentamos en la antología final— escrita durante los últimos años de su vida, cuando hacía ya tanto tiempo que no la visitaba, así nos lo confirma.

Santayana mostró siempre una especial afición a la arquitectura y en Avila encontró suficientes edificaciones y estilos como para recrear esta afición. Pero su curiosidad no se limitó sólo a lo monumental y así, otros muchos lugares, personajes y ambientes abulenses fueron objeto en sus escritos de descripciones igualmente finas, bellas y minuciosas. En todas ellas el escritor aparece como mero espectador, ajeno a la acción, evidenciando siempre esa cualidad de consumado observador, innata en él, antes que de activo participante en el cuadro que describe. Así fue en la realidad. Resulta curioso comprobar cómo Santayana, a pesar de sus frecuentes visitas, pasó prácticamente inadvertido en Avila más allá del ámbito familiar en el que se desenvolvió. Podría decirse que Santayana conoció Avila, pero Avila no conoció a Santayana, lo que aún hoy, con muy pocas variaciones sigue siendo verdad desafortunadamente. La postura poco exhibicionista del filósofo la explica su propia confesión: «... prefiero permanecer libre y perfectamente desconocido en los lugares donde soy feliz»<sup>1</sup>; pero eso no puede ser nunca excusa suficiente para la despreocupación abulense por la figura de Jorge Santayana.

Avila ha sido siempre, pero especialmente en la época de Santayana, una mezcla de dos mundos, el urbano y el rural, ambos bajo un fuerte influjo religioso. Ambos también se han distinguido siempre claramente, asociándose lo urbano a las clases más acomodadas y lo rural y arrabalero a las clases pobres. Incluso si alguno de los acomodados debía su riqueza a posesiones rurales, como era el caso del marido de Susana, sus modales y forma de vida en la ciudad eran propiamente «capitalinos» —valga la expresión— y no pueblerinos, mientras que los pobres que habitaban en la ciudad seguían mostrando modales rústicos.

La vida de Santayana en Avila transcurrió siempre en el medio urbano y sólo como un turista cualquiera observó —y no creo que admirara— la apariencia y el colorido rural de los viernes abulenses. Sus años infantiles fueron ajenos al campo; después, con su padre, sólo se acercó a los alrededores abulenses en sus paseos; y mientras residió con la familia de su hermana Susana, el

1. «I prefer to remain free and perfectly unknown in the places where I am happy». *My Host the World*, p. 104.

campo sólo debió llegarle de oídas, pues su cuñado era terrateniente. Concretamente, a la finca de Zorita de los Molinos que poseía D. Celedonio Sastre sólo se acercó de visita en 1930; y esto se conoce por referencias de la familia Sastre y por una foto que conserva D. José Luis Sastre de aquella visita, con Santayana frente a la Ermita de dicha finca, pues él parece que jamás lo menciona en sus escritos, ni se interesa por ello en absoluto. Más al contrario, en una carta a Susana reconocerá esta falta de sensibilidad que descubre en Inglaterra: «Quizá lo que me lleve de esta prolongada visita a Inglaterra, más que ninguna otra cosa, sea un amor a los campos y al ambiente campesino; fue una de las carencias tremendas de nuestra educación que no tuviésemos nada de eso, y ahora lo siento como una incapacidad y desventaja permanentes»<sup>2</sup>.

Hay que reconocer, por tanto, que de Avila Santayana sólo conoció uno de los dos mundos a que hacíamos referencia anteriormente, el minoritario, pero, lógicamente, el más influyente. Concuerda esta circunstancia con la tónica general seguida a lo largo de toda su vida en la que contacta casi exclusivamente con los mundos y las clases más elevadas, no sólo artística y culturalmente, sino también económicamente. No se trata de una circunstancia particularmente buscada por él, sino de una casualidad histórica que le vino dada y de la que jamás renegó. Fue quizás una condición desafortunada, que al menos en Avila, le condujo a pasar por alto una parte esencial de lo que esta ciudad y Castilla significan, como base que lleva «sobre sus espaldas» todas esas construcciones arquitectónicas que él tanto admiraba.

Existe, sin embargo, un elemento que une en lo esencial a estos dos mundos y en esto la observación de Santayana sí fue integral. Me refiero al tema religioso, tan frecuente y profundamente tratado en los escritos del filósofo y tan fundamentalmente basado en sus observaciones del ambiente abulense. Seguramente los nobles —o en su caso los ricos— no se sentaran junto a los pobres en las iglesias, ni fueran tratados por el clero de la misma manera, pero, para Santayana, tanto unos como otros compartían un concepto equivocado de la religión. Santayana lo expresa así repetidamente y en esta desavenencia frente al hecho religioso es donde hay que buscar el principal motivo de distanciamiento entre el filósofo y su ciudad que aún hoy perdura. He aquí algunas pruebas.

Recordemos que fue tras la Primera Guerra Mundial cuando Santayana comenzó a notar la desavenencia. Algo que ya había barruntado desde el comienzo de la misma, según dice en una carta a Frederick Winslow el 11 de diciembre de 1914 desde Cambridge: «Mi instinto, sin embargo, desde la guerra, es más bien de ir a España. Pero temo al frío y a los pro-germanos, y no quiero estar disgustado con mi propio país. Así que permaneceré aquí por el momento, hasta que se aclare el panorama un poco y veamos lo que va a suceder»<sup>3</sup>. La confirmación y la explicación nos la da mucho después en los

2. «Perhaps what I shall carry away from this prolonged visit to England more than anything else will be a love for the fields and the country air; it was one of the dreadful lacks in our education that we had nothing of that, and I feel it now as a permanent incapacity and disadvantage;» *The Letters of George Santayana*, p. 52.

3. «My instinct, however, since the war, is rather to go to Spain. But I fear the cold and pro-Germans, and I don't want to be disgusted with my own country. So here I shall stay for the

siguientes términos: «Cuando volví a Avila después de la guerra percibí un claro cambio en el ambiente moral. Mi prolongada residencia en Inglaterra y el hecho de que mis simpatías durante la contienda hubieran estado firmemente del lado inglés, produjo en la familia de mi hermana cierta frialdad hacia mí. Sus sentimientos habían estado y continuaron estando inspirados por la opinión española nacionalista y clerical, que anticipaba lo que iba a suceder durante la Segunda Guerra Mundial. En aquella época no percibí del todo los fundamentos de tan violenta anglo-fobia. No estaba basada en un conocimiento de Inglaterra, como lo estaban mis sentimientos. Surgía indirectamente, a través del odio y el miedo tradicionales a la influencia inglesa en otros países europeos; y a esto se unía el aborrecimiento a la influencia francesa en España tanto en política como en religión. Estas buenas gentes no imaginaban (aunque el Papa sí) que la Alemania moderna era más anticatólica que Inglaterra o incluso que la Francia republicana, en que predicaba una vuelta entusiasta al paganismo; mientras Inglaterra y Francia eran simplemente Erastianas, mundanas, avaras y amantes del dinero, lo que ciertamente no era el alma católica de Castilla. Los pueblos latinos no predicaban una guerra racial basada, como pretendían los teutones, en las raíces judías de la Cristiandad, ni se proponían asentar una moralidad Nietzscheana en tierras pacíficas como Austria, Bavaria y la Región del Rhin que eran tradicionalmente católicas»<sup>4</sup>.

A través de esta larga cita comprobamos que Santayana achaca a la familia de su hermana, en este caso los representantes de la gente de Avila, una buena dosis de superficialidad e ignorante tradición católica y nacionalista. No critica la tradición, con la que él siempre se mantuvo respetuoso y fiel, sino la superficialidad y la ignorancia que conducía a estas gentes justo por el camino contrario al que esa tradición debía ayudarles a encontrar. Es la misma crítica que hace a la religión en general. No es la religión en sí misma la que resulta «opio del pueblo», sino la postura que los practicantes adoptan ante el hecho religioso y el uso que hacen de su doctrina particular. La religión entendida como creación de la imaginación humana, de suprema calidad poética, ayuda a elevar

present, until the sky clears a little and we see what is going to happen». *The Letters of George Santayana*, p. 146

4. «When I returned to Avila after the war I felt a distinct change in the moral climate. My long residence in England and the fact that my sympathies during the struggle had been strong on the English side, produced a chill towards me in my sister's family. Their sentiments had been, and continued always to be, inspired by clerical and nationalist Spanish opinion, which anticipated what it became during the second World War. At that time I didn't altogether appreciate the grounds of such violent Anglo-phobia. It was not founded on knowledge of England, as my feelings were. It arose indirectly, through traditional fear and hatred of English influence in other European countries; and to this was added the detestation of French influence in Spain both in politics and in religion. These good people did not suspect (although the Pope did) that modern Germany was more anti-Catholic than England or even than republican France, in that it preached an enthusiastic return to heathenism; whereas England and France were merely Erastian, wordly, greedy and money-loving, as the Catholic soul of Castile certainly was not. The Latin peoples did not preach a racial war based like the Teutonic claims on the Jewish foundation of Christianity, nor propose to saddle a Nietzschean morality on peaceful lands like Austria, Bavaria, and Rhine-land that were traditionally Catholic». *My Host the World*, p. 156-157.

la calidad de la vida humana sobre la Tierra y a que alcance en ésta una aceptable felicidad, pero tomada en su sentido más estrictamente dogmático, adosándose capacidades que no tiene, conduce al fanatismo, a la superchería y, consecuentemente, a la inadaptación y a la infelicidad.

Este falso recelo tradicional católico y esta ceguera dogmática ante la religiosidad verdaderamente profunda, al margen de ortodoxias inquisitoriales, llevó a la gente de ambiente culto de Avila, en su mayoría perteneciente al clero o dominada por él, a ese sentimiento de frialdad y hasta de rechazo frente a la figura y la obra de uno de los más insignes y universales abulenses. Como reflejo de este sentimiento reticente abulense, que desgraciadamente ha perdurado hasta nuestros días, reproducimos a continuación un artículo publicado en «El Diario de Avila» el día 7 de octubre de 1952, pocos días después de la muerte del filósofo en Roma. Era precisamente el momento en que la difusión de su obra debiera haber encontrado impulso, pero el efluvio inquisitorial que despidió este artículo nos ayuda a comprender mucho mejor el ambiente cultural que se respiraba en España y las razones de su olvido entre nosotros. He aquí el artículo completo:

#### *«LIMITES DEL ELOGIO*

(Hacemos nuestro el editorial que con este título publicó La Gaceta del Norte de Bilbao, sobre Jorge Santayana, acerca de cuya personalidad, tan destacada en la prensa de nuestros días, hemos recogido en las columnas de EL DIARIO DE AVILA reportajes informativos, señalando que vivió en la ciudad. Presentábamos oscuras nieblas en su filosofía porque habíamos leído hace tiempo comentarios en que se cargaban en cuenta de la universidad americana defectos de formación y ahora que nos atenemos a la indiscutible autoridad de nuestro colega del Norte, sentimos que Avila con su contenido espiritual no haya pesado más en la evolución del pensamiento del filósofo por cuyo eterno descanso, confiados a la Divina Misericordia, ofrecemos nuestras oraciones.)

¡Qué hermoso es elogiar! Elogiar la hondura de pensamiento de un filósofo, que se ha hecho lugar en el mundo moderno. Elogiar los sentimientos patrióticos de quien ha vivido en tierras extrañas, pero sintiendo constantemente el imán de los viejos muros de las ciudades castellanas, traspasadas por los siglos y la catolicidad. Pero es mucho más hermoso precisar con sencillez, porque los lectores de nuestros periódicos tienen derecho a que no engendremos confusiones en su mente y demos a cada cosa su valor. Cuando en 1946 un corresponsal de los Estados Unidos transmitía a su periódico el 'descubrimiento' de Jorge Santayana, hacía notar que este filósofo 'que vive en lo eterno', tenía que acabar por vivir 'en la Roma eterna por la catolicidad' y añadía este inciso 'aunque Santayana se siente menos católico que español'. Confesamos haber agradecido al brillante corresponsal honrado, que informa y juzga objetivamente.

Jorge Santayana ha muerto. Comenzará para él una nueva manera de vivir a través de sus obras, esa 'veintena' de volúmenes, que abordan todos los temas, desde el drama teológico como el 'Lucifer' que tiene ya más de medio siglo de existencia, hasta las reflexiones sobre 'la libertad y el gobierno', que ya se anuncia como próximo a aparecer en Madrid en versión española, con el título

de 'Dominaciones y Potestades'. Y a esta obra seguirán otras, sin duda alguna, porque Santayana ha cultivado una filosofía que se vuelca sobre la actualidad de cosas y personas. Y conviene que, cuando este nombre 'Nuevo' —vulgarmente hablando— va a ejercer su 'magisterio' en España a través del libro, sepan cuantos a él se acercan que 'se ha dicho más de una vez que Santayana no fue católico' y se ha dicho con razón y se puede repetir ahora con palabras del mismo, a pesar de haber muerto en un hospital de 'Hermanas Azules', en la ciudad de Roma.

.....

En un editorial sobre Santayana se aventuraba el juicio de que era un 'católico librepensador'. He aquí otro 'binomio' inaceptable. Ya que si hay algo típico del catolicismo es la negación del librepensamiento, que no reconoce magisterio. Por eso nos ha parecido que emparejar a Santayana con Raimundo Lulio —beato y fidelísimo hijo de la Iglesia— se halla fuera de lugar. Los otros nombres de escritores paganos (Séneca y Averroes) o heterodoxos (Miguel de Melinos) que, en el aludido artículo se citan, ya nos parecen más en consonancia con lo que, religiosamente hablando, ha sido Santayana. Pero nosotros —*sine ira et studio*— hubiéramos señalado la posición de cada uno de los escritores citados, para que el lector medio —no el profesional de la filosofía— estuviera orientado, cuando tome en sus manos el libro que le ponga en contacto con este actor (suponemos que será 'autor') al que puede elogiarle enhorabuena, pero poniendo límites al elogio para que no sea desorientador y nocivo»<sup>5</sup>.

Seguramente Santayana, a pesar de esa imperturbabilidad que le caracterizaba, hubiera sentido esta reticencia abulense, porque para él la gente de Ávila era «su familia» y como expresa en una de las cartas ya citadas, lo último que él quería era «estar disgustado» con las gentes de su propio lugar. Quizá esta actitud comedida del filósofo explique la aparente incongruencia de ciertas expresiones de tipo religioso convencional o ideas de cariz político partidario que aparecen en algunas de las cartas que en los años finales de su vida escribió a su familia abulense y que presentamos en la recopilación espistolar final.

Con todo, el sentimiento que Santayana albergó hacia su patria chica fue, durante toda su vida, inalterablemente afectuoso. Consciente como era de su realidad, para él siempre importó más la forma que esa realidad tomaba en su imaginación y es en este campo suyo imaginativo donde Ávila cobra mayor valor como trasfondo de su pensamiento y vivir filosóficos. Hoy a nosotros, como abulenses, más allá de la realidad histórico-biográfica más concreta del personaje, debe importarnos su visión subjetiva de esas realidades, del propio sustrato abulense.

Para entenderla así, hay que tener en cuenta en primer lugar que Santayana es, desde los ocho años, casi los nueve, un expatriado, una persona que se ve de pronto alejada del lugar de procedencia natural; y como todo expatriado, comienza a poetizar en la distancia. Fueron once años sin ver la ciudad y en su visión, la realidad fue difuminándose en favor de la añoranza y el lirismo. En los Estados Unidos él era un extraño que debía desarrollar y presentar su propia

5. «El Diario de Ávila», 7 de Octubre de 1952.

personalidad y, por supuesto, tomó como punto de apoyo su españolismo, concretamente su abulensisimo, que pasó a constituir así su seña de identidad. Conviene recordar, como nos dice Alonso Gamo en su libro<sup>6</sup> «que, en Harvard, a finales del siglo pasado, Santayana no tenía ningún renombre como filósofo, ni casi como profesor, sino que era conocido en los círculos intelectuales como ‘un joven poeta español misteriosamente exótico’». Pero tampoco más tarde, cuando adquirió ese renombre, cesó de potenciar esa peculiaridad suya de ser y sentirse abulense y así lo cuenta siempre en sus cartas y se lo hace saber a todo el mundo. Bertrand Russell, por ejemplo, cuenta cómo «En todo aquello en que estaba interesado su patriotismo español, desaparecía su apariencia de imparcialidad. Solía —sigue contando Bertrand Russell— pasar los veranos en casa de su hermana, en la antigua ciudad de Avila, y, una vez, me contó que, allí, las mujeres se sentaban a la ventana, coqueteaban con todos los que pasaban y, luego, reparaban ese pasatiempo confesándose. Comenté impremeditadamente: «Me parece una existencia más bien insípida». Se puso rígido y contestó bruscamente: «Dedican sus vidas a las dos cosas más grandes: el amor y la religión»»<sup>7</sup>.

Una cosa es que los abulenses hablemos mal de Avila y otra muy distinta que alguien, en el extranjero, nos hable mal de nuestra tierra. La intimidad con que se siente lo propio en la distancia lleva a veces a una provocadora parcialidad en reacciones espontáneas como la que cuenta Russell. Es una forma, quizás más propia de los pueblos latinos, de mostrar con cierta brusquedad chovinista el amor y la inalienable pertenencia al suelo que nos vió crecer. Santayana siempre comparaba cada lugar y cada ambiente con los abulenses. Y a medida que pasaban los años y comprendía la imposibilidad de volver a su querida Avila, retornaba con más frecuencia a sus recuerdos. Italia fue en realidad su España recreada. Cuando entraba en sus iglesias era: «con mis preconcepciones españolas de lo que una iglesia debía ser —sombria, devota y llena de altares—»<sup>8</sup>. Y lo hacía por razones y costumbres similares: «Posteriormente (1942) cuando vivía cerca del Laterano, a menudo cruzaba San Giovanni, tal y como solía cruzar la catedral de Avila, para evitar el fuerte sol sobre las ásperas calzadas»<sup>9</sup>. Hasta los veranos abulenses hubo de inventárselos en otro sitio cuando la ciudad castellana dejó de serle accesible, según cuenta Daniel Cory: «Santayana parecía encontrarse en Cortina como en su propia casa; decía que había algo en su marco natural, un tanto severo, que le recordaba su Avila nativa en España. La encontraba el lugar ideal para trabajar en verano ...»<sup>10</sup>.

6. José María Alonso Gamo, *Un español en el Mundo*, p. 35. (Ediciones Cultura Hispánica. Madrid 1966).

7. Bertrand Russell, *Retratos de Memorias y Otros Ensayos*, p. 93-94. Alianza Editorial nº 620. Madrid 1976.

8. «With my Spanish preconceptions of what a church should be-sombre, devotional, and rich in shrines». *My Host the World*, p. 166.

9. «Later (1942) when I lived not far from the Lateran, I often crossed San Giovanni, as I used to do the Cathedral of Avila, in order to avoid the hot sun on the rough pavement». *My Host the World*, p. 167.

10. «Santayana seemed very much at home in Cortina; he said that there was something about its rather severe setting that reminded him of his native Avila in Spain. He had found it an ideal

Finalmente, acabó haciendo de Roma y concretamente el barrio del Celio, su Avila de retiro donde las monjas que le atendían sustituyeron en la realidad a la familia abulense de su añoranza, tal y como queda dicho en páginas anteriores.

Esta recreación platónica de Avila tiene también, cómo no, su versión literaria, en la que lima esas asperezas patrioteras a las que hacía referencia Russell y, sin perder el lirismo, nos presenta una visión pulida, poético-filosófica y eterna de su ciudad. No fue mucho, sin embargo, lo que escribió sobre Avila a lo largo de su vida. En sus sonetos juveniles, la evocación abulense aparece más bien velada y oscura, basada en recuerdos infantiles y sólo algo más tarde fue capaz de realizar una descripción poética mucho más madura en su poema «Avila». Esto era todo lo que había expresamente en su obra hasta que en los últimos años de su vida se decidió a escribir sus tres volúmenes autobiográficos. En carta a F. Champion Ward de 26 de enero de 1935, y refiriéndose a su novela *The Last Puritan* que se publicó al año siguiente, habla un poco de todo esto: «Otra cosa. En mi novela apenas hay nada sobre España: pero si alguna vez escribo la autobiografía que tengo pensada, España cobrará su verdadero valor en mi vida. Siempre ha sido un hecho fundamental. El que yo haya mantenido siempre mi nacionalidad española legal no ha sido casualidad ni afectación: ha sido el símbolo de la verdad. Hasta la muerte reciente de mis hermanas (que habían vuelto a España) yo iba casi cada año a Avila, viviendo «en familia» allí. Fue sólo oficialmente, en mi lado literario, en el que España apenas contó»<sup>11</sup>. La autobiografía se escribió y Avila y lo abulense que le afectó aparecen allí minuciosamente escritos, poéticamente evocados y filosóficamente absueltos, alcanzando su culmen, a través de estos tres senderos literarios, en el capítulo «Avila» del primer volumen titulado *Persons and Places*.

spot for working in the summer ...». Daniel Cory, *Santayana: the Later Years: A Portrait with Letters*, p. 217-218.

11. «Another point. In my novel there is hardly a word about Spain: but if I ever write the autobiography I have in mind, Spain will come into its own in my life. It has always been a fundamental fact. That I have always retained my legal Spanish nationality has not been an accident or an affectation: it has been a symbol of the truth. Until the recent death of my sisters (who had returned to Spain) I went almost every year to Avila, living 'en famille' there. It was only officially, on my literary side, that Spain counted for little». *The Letters of George Santayana*, p. 292-293.

## EL PADRE DE SANTAYANA

Aunque, en general, se ha estado de acuerdo en señalar siempre a Don Agustín Ruiz de Santayana como una de las grandes influencias formativas durante la infancia y la juventud de su hijo Jorge, la verdad es que nadie se ha detenido lo suficiente a analizar de forma satisfactoria el alcance de esta influencia.

Por otra parte, la imagen que de él nos da el propio Santayana en su libro autobiográfico *Persons and Places* podría incluso contribuir, si no se tiene en cuenta otras fuentes, a devaluar en cierto modo su categoría y su importancia. Hay que tener en cuenta que el Santayana que escribe *Persons and Places* recuerda y analiza la figura de su padre desde una altísima cota intelectual desde la que se ven muy pequeñas las ideas paternas, pero quizás olvida que fueron precisamente esas ideas las que le dieron a él, como veremos, los primeros empujones ante la elevada cumbre intelectual y que siguieron, en gran medida, en el centro mismo de su madura filosofía.

Para completar una visión integral y objetiva de lo que este curioso personaje significó en la vida y el pensamiento de nuestro filósofo es preciso leer muy detenidamente el centenar largo de cartas que de él aún se conservan en la biblioteca de la Universidad de Columbia, dirigidas al hijo. Estos documentos constituyen una fuente imprescindible para el conocimiento del sustrato ideológico de Santayana, y la posibilidad de conocerlas hoy se debe indudablemente al valor que él mismo las concedió, conservándolas siempre a mano y releyéndolas en ocasiones, como cuenta en una carta a su hermana Susana poco antes de venirse definitivamente de los Estados Unidos: «Las cartas de mi padre, me he quedado con ellas y he estado leyéndolas con placer casi absoluto. Cuando haya terminado —son muchísimas— puede que te escriba algo sobre las impresiones y dudas que susciten en mí sobre la historia íntima de nuestra familia. En cualquier caso, mi intención es llevarlas a Ávila, donde está la otra parte de la correspondencia, supongo, en los grandes paquetes de mi escritorio, que no he abierto nunca»<sup>1</sup>.

1. «My father's letters, I have taken possession of myself and I have been reading them with almost unmixed pleasure. When I have finished —they are very numerous— I may write you

Don Agustín Ruiz de Santayana era de Zamora, uno de los doce hijos de un bajo funcionario que llegó, sin embargo, a estudiar en la Universidad de Valladolid, donde, según parece, tuvo cierta amistad con Zorrilla<sup>2</sup>. Aunque los estudios oficiales que allí consiguió y que después utilizó para su profesión fueron de Derecho, en una carta a Jorge del 11 de septiembre de 1876, cuenta que fue allí en un principio a estudiar tres años de Filosofía, aunque sin provecho porque, según él, estos estudios habían estado «mal dirigidos». Encontramos en el hecho, por tanto, un primer precedente familiar respecto a los estudios filosóficos. No obstante, a pesar de las deficiencias, él salió de la universidad con unos conocimientos culturales de nivel considerable. Había estudiado Latín y traducido incluso tragedias de Séneca, alguna de las cuales fue publicada en la revista «Peninsular» en 1857<sup>3</sup>.

Fueron, sin embargo, los estudios de Derecho los que le permitieron conseguir una plaza de funcionario y ser destinado a Filipinas, ocupando finalmente el cargo de «secretario financiero del Gobernador General de Filipinas, que en aquel tiempo había sido el General Pavía, Marqués de Novaliches»<sup>4</sup>. Esta experiencia colonial resultó de capital importancia en su vida, pues no sólo le permitió conocer el mundo, sino a la que sería después su mujer, una catalana llamada Josefina Borrás que llevaba allí casi toda la vida. Además, como resultado de su estancia allí escribió un libro sobre la isla de Mindanao titulado: *Mindanao: su historia y su Estado Presente con algunas reflexiones acerca de su Porvenir*, publicado en Madrid en 1862.

Josefina Borrás, casada anteriormente con un comerciante de Boston apellidado Sturgis, enviudó y volvió casualmente a España con los tres hijos de ese primer matrimonio. Parece que en el mismo barco también volvía Don Agustín, pero la verdadera relación que les llevó al matrimonio tuvo lugar seis años después en Madrid, a través de la familia Escalera, amiga de Josefina y conocida de Don Agustín. De este matrimonio nació Jorge el 16 de diciembre de 1863 en el nº 69 de la Calle Ancha de San Bernardo. Posteriormente, sin obligaciones profesionales y sin mejor sitio donde ir, la familia decidió venirse a Ávila donde ya vivía un hermano de Don Agustín, y aquí se quedó el padre para siempre, llevando una apacible vida de retiro y sirviendo a su vez de reclamo sentimental y afectivo para el hijo.

Hay que imaginar, por tanto, que cuando nació Jorge Santayana, su padre era ya un hombre viejo, próximo a los cincuenta años, y de vuelta de la vida, como suele decirse. Profesionalmente acabado, pero todavía con vivo interés cultural y, dada su experiencia, con cierto atractivo personal para los demás.

something about the impressions and doubts they raise in my mind about the inner history of our family. In any case, I mean to take them to Ávila, where the other half of the correspondence is, I suppose, in the large packages in my desk, which I have never opened». *The Letters of George Santayana*, p. 109.

2. *Persons and Places*, p. 12.

3. Carta del padre de 20 de Junio de 1881 (Manuscrito de la Universidad de Columbia).

4. «financial secretary to the 'Captain General' or Governor General of the Philippines, who at that time had been General Pavía, Marqués de Novaliches», *Persons and Places*, p. 19.

«Sin que fuera un hombre de sociedad, era apreciado por su ingenio y por su conversación bien informada. Hablaba poco —era muy prudente— pero hablaba bien<sup>5</sup>. Con todo ello a mí se me aparece como la clásica figura del consumado maestro de un joven, con la ventaja de ser además el padre de su alumno. En él coincidían el universitario de cierta cultura —«que sabía Latín»—, el cosmopolita experimentado en viajes y gentes —que había dado la vuelta al mundo dos veces—, y el hombre tradicional y profundamente enraizado en su tierra castellana que siempre tenía un sabio proverbio dispuesto para acompañar su discurso. El alumno no podía menos de sentir una especial admiración hacia el maestro, y, bien mirado, su vida iba a resultar en el perfeccionamiento e integración de estos tres factores: la cultural liberal, el cosmopolitismo y la tradición.

La relación profunda entre ambos comenzó en 1869 cuando quedaron solos después de la partida de la madre y las hermanas para los Estados Unidos. Jorge tenía entonces seis años y podía acompañar a su padre a todos los sitios: a Sonsoles, a pie o en el único carroaje de la ciudad que poseía el Marqués de Novaliches; A Vizcolozano, al jardín de San Antonio y también en viajes fuera de la ciudad, a la romería de San Isidro en Madrid, a Bilbao, Portugalete y Algorta. Es de suponer que pasaron mucho tiempo fuera de casa dado el desagradable ambiente familiar que se respiraba dentro, cuando la familia de su tío Santiago se vino a vivir con ellos, al poco tiempo de haberse quedado solos<sup>6</sup>.

Llegó de esta forma el trágico momento de la separación, exigida por las circunstancias y por el clarísimo deseo del padre de procurar un medio educativo al hijo que Avila ya no podía ofrecer. Consecuentemente, en 1872, ambos partieron para Boston y el padre se quedó allí durante un año, evitando así el corte brusco en la vida del pequeño y prolongando de alguna manera el abulismo en Estados Unidos.

Desde 1873 hasta 1883 pasaron diez años en los que padre e hijo no se vieron, pero la relación continuó intensamente a través de una reveladora correspondencia que se prolongó, después de esos años, durante toda la vida del padre. Una revisión cronológica de estas cartas nos permite seguir las vías de desarrollo del magisterio paterno que podrían sintetizarse en los siguientes apartados:

- Revivir e informar de lo español y lo abulense
- Enfocar y animar su educación en diversos campos
- Evitar obstáculos en su progreso intelectual
- Inculcar ideas fundamentales y talante intelectual

Y todo ello envuelto en un profundo e incondicional afecto.

Veamos, a continuación, el desarrollo detallado de estas vías.

Don Agustín comenzó a preocuparse de revivir y conservar la vinculación hispana de Santayana desde el mismo momento de dejar al niño en Boston. Al

5. «Without being a society man, he was liked for his wit and for his well-informed conversation. He spoke little—he was very prudent—but he spoke well». *Persons and Places*, p. 54.

6. Explicación del ambiente familiar en *Persons and Places*, p. 119.

llegar a España, de vuelta, lo primero que hizo fue renovar la suscripción a la «Ilustración Hispano-Americana» para que su hijo la recibiera y recordara el país de su procedencia. Pero, al mismo tiempo, las cartas que le escribía muestran el modo inteligente de suscitar recuerdos en el niño. En una de éstas, del 16 de mayo de 1874, después de recordarle que hacía tres años que ambos habían estado en la romería de San Isidro, le dice: «Me harías un favor si me dijeras en alguna de tus cartas qué cosas son las que recuerdas con más gusto de cuando estabas en España»<sup>7</sup>. Unido a esta invitación al recuerdo iba frecuentemente información adaptada a la mentalidad del pequeño sobre los diversos aspectos de la realidad española, incluyendo a menudo su propio comentario al respecto. Así, en esa carta citada anteriormente, continuaba: «Ya verás en los grabados de la Ilustración Española y Americana y leerás en otras en los periódicos de Madrid que yo envío, que en aquellos sitios tan bonitos que visitamos tú y yo cuatro veranos seguidos, Bilbao, Portugalete y Algorta se han estado matando muchos españoles y destruyendo los pueblos y caseríos». Le expresa, asimismo, sus dudas de que aquella guerra durase tanto como la otra que había durado de 1833 a 1840 «porque aunque ahora hay en España más *liberales* que en aquel tiempo, están muy divididos entre sí, sin que sea fácil ponerse de acuerdo unos con otros»<sup>8</sup>. Jamás deja pasar la oportunidad de enviarle cualquier detalle concreto que contribuya a mantener vivo el españolismo de Jorge, desde fotos o dibujos de edificios o lugares, hasta comentarios como aquel que se refiere a los árboles de San Antonio, de los que el niño solía, cuando estaba en Ávila, preguntar la edad y de los que cuenta «han muerto por un gusano que les ha chupado la savia»<sup>9</sup>.

Las cartas muestran, por lo general, una intención constante de enfocar y animar la formación integral del joven, tanto en lo que se refiere a sus aficiones como a las materias de estudio. La carta del 29 de agosto de 1874 es ejemplar en este sentido. Refiriéndose a un dibujo que había recibido del niño, le contesta animándole a seguir dibujando «para que no se pierda esa afición en la familia»; le anima, a su vez, a estudiar los idiomas con aplicación, incluidos el latín y el griego, «lenguas muertas, pero muy instructivas, porque de los pueblos que las hablaron parten casi todos los conocimientos del mundo civilizado... Luego más tarde me alegraría yo de que aprendieses Francés y sobre todo Alemán, porque Alemania es hoy la nación más poderosa del continente antiguo, y esa preponderancia que ha alcanzado prueba que es muy instruida», y añade además la gran utilidad y ventajas profesionales de los idiomas. Luego, en sucesivas cartas, sigue animándole en estos dos sentidos y en otra del 3 de diciembre de 1874, le repite la importancia de las lenguas clásicas para expresarse mejor, especialmente del griego. Respecto a unos dibujos de fachadas de iglesias que había enviado Susana, le envía su comentario particular y le recomienda que mientras esté sin profesor de dibujo, se dedique a imitar lo más perfectamente posible. «No se adelanta nada —le dice— con dibujar de capri-

7. Carta del padre del 16 de Mayo de 1874.

8. Idem.

9. Carta del padre de 11 de Agosto de 1875.

cho, más que ejercitar el pulso. El que no imita, no será imitado: el que no traduce no será traducido»<sup>10</sup>. Esta misma carta es muestra, además, de cómo el padre suscitaba el ejercicio de la escritura en el hijo, haciéndole múltiples preguntas para que al niño no le faltara tema o tuviera que pensar mucho. Comprendemos así dónde estuvo el origen de la afición pictórica de Santayana, de su interés por las lenguas más importantes del mundo occidental como el inglés, el castellano, el francés, el alemán y el italiano —todas, lenguas que él conocía— y muy particularmente, las lenguas y culturas clásicas, de las que fue un enamorado.

La gran preocupación del «maestro a distancia» era, por otra parte, evitar los posibles obstáculos que pudieran interceptar o reprimir el progreso intelectual de Santayana. En este sentido, el mayor obstáculo lo veía él en los dogmatismos y, en particular, en el dogmatismo religioso. Este fue el tema más repetido en las cartas, desde las primeras a las últimas. El 19 de enero de 1876, cuando Jorge no tenía más que doce años, ya le escribió una carta aleccionadora avisándole de los peligros dogmáticos que tenía tan próximos en su propia familia de Boston. En ella le dice: «Acerca de las polémicas de Susana y Roberto sobre religión y política, ya sé yo que son dos polos opuestos: Roberto representa las ideas americanas: el racionalismo de Emerson y de Mark Twain. Susana, dirigida por un jesuita no puede representar más que lo que éste la enseña y los jesuitas se consagran a establecer la soberanía universal del sumo pontífice romano. Entre dos opiniones o tendencias tan encontradas no cabe avenencia. Lo único que yo me atrevería a decirte es que no te adhieras sistemáticamente o por simpatía a determinadas personas, por muy queridas que sean, a ninguna opinión extrema o absoluta; sino que procures instruirte en la *historia* y la *geografía* de las religiones, y así cuando seas hombre podrás formar concepto ilustrado y sensato de lo que debes creer y practicar en punto a religión, materia sumamente delicada y espinosa, aquí en España por lo menos. Puede ser que hayas tropezado en tus lecturas con aquella parábola del aveSTRUZ que acosado por los cazadores, esconde su pequeña cabeza detrás de un árbol porque cree que no viéndolos, no le ven ellos a él, mientras les deja descubierto todo su enorme cuerpo.

Ese ejemplo se aplica con mucha propiedad a aquellas personas fanatizadas por una idea cualquiera que se resiste a ver y oír nada que no esté conforme con ella»<sup>11</sup>. Repite estos avisos sobre el mismo tema en otras cartas y, concretamente, en una del 10 de febrero de 1887 confesaba con claridad la razón de su preocupación y la intención de tanto sermón epistolar, consciente como era de la impulsiva influencia de Susana. «Lo que yo no quería —explica—, lo que temblaba era que te infundiera a ti una preocupación incompatible con todo progreso intelectual. Hay aquí muchas personas, como aparenta ser Don Pelayo, que no quieren oír ni leer ni saber nada, sino por conducto y órgano clerical. Hablando una tarde del movimiento de la tierra le decía yo que anda 300 leguas por hora, y me contestó que eso no era creíble, y que todavía hemos de venir a

10. Carta del 3 de Diciembre de 1874.

11. Carta del 19 de Enero de 1876.

reconocer que la tierra no se mueve, sino que el sol gira a su alrededor como dice la Sagrada Escritura, que no puede equivocarse. Y Don Pelayo ha cursado once años en la universidad de Salamanca! Aquella universidad tan célebre en otro tiempo, se había convertido en un seminario de curas, bajo el imperio de la iglesia»<sup>12</sup>. Confirman estas cartas que D. Agustín tenía su plan bastante definido en cuanto a lo que debía ser la formación intelectual de su hijo y que en ningún momento abandonó su empeño a pesar de la distancia.

Esta distancia se acortó en el verano de 1883, cuando el joven Santayana volvió a Ávila después de su primera ausencia. Ambos tuvieron ocasión en este encuentro de fundamentar más sólidamente su relación y de intercambiar puntos de vista sobre infinidad de temas, en los que debieron coincidir más que discrepar. Así se lo hizo saber Don Agustín a su hijo en la primera carta que le escribió tras su visita: «Harto echo de menos tu presencia y siento la falta de aquellas conversaciones que teníamos; mucho me gustaría continuarlas, sin olvidar en ellas la Teología y la metafísica, otrosí de política. Mucho pueden suplir tus cartas si me escribes de vez en cuando, con más frecuencia que antes. Creo que nos comprendemos»<sup>13</sup>.

Se comprendían y empezaron a comprenderse más, porque a partir de ese momento la correspondencia se incrementó; Jorge siguió viniendo a Ávila en los veranos y la necesidad de comunicación llegó a tal grado que decidieron, en años posteriores, escribirse todas las semanas. Hasta ese primer encuentro, el padre, desconocedor del verdadero desarrollo intelectual del hijo y temeroso de las posibles influencias negativas externas que sobre éste podían estarse ejerciendo, se había mostrado bastante comedido en sus cartas. Se había dedicado más a alertar a Jorge sobre los falsos caminos, que a indicarle abiertamente aquellos que él consideraba acertados. Tras el encuentro, ambos encontraron la puerta abierta para dar rienda suelta a la sinceridad.

Está claro, dada la persuasiva influencia de su hermana Susana, que el tema que más preocupaba a Jorge en aquellos años era el de la religión. El padre lo percibió así —en realidad, ya lo había percibido de hecho, como prueban citas anteriores— y no dudó un instante en volcarse para mostrar las cosas a su hijo tal y como él las veía, desde luego, de forma bien distinta a como las veía Susana. Para Don Agustín las cosas habían estado claras desde que tenía 17 o 18 años, según cuenta en una carta del 19 de enero de 1876: «En religión tengo yo parecer propio desde la edad de 17 o 18 años, pero nunca me he propuesto sostenerlo, ni aun manifestarlo claramente, vista la diversidad de opiniones y la confusión que reina en todas partes en este particular. Además de eso, siempre he pensado que los demás hombres se hallan en el mismo caso que yo y tienen concepto por sí mismos y ninguno necesita de mis lecciones o conceptos». Como vemos, un tipo de liberalismo y de tolerancia en el tema religioso que fue heredado por Jorge Santayana. Sin embargo, este talante liberal y antidoctrinario que caracterizaba al padre, comenzó a mostrar su excepción en comunicación con el hijo, en las cartas que le envió a partir de ese verano de 1883, como

12. Carta del 10 de Febrero de 1887.

13. Carta del 24 de Agosto de 1883.

consecuencia de la mayor confianza mutua. Comenzó a partir de ese año una riquísima correspondencia intelectual entre ambos que marcó los puntos de vista de Santayana para el resto de sus días. La primera gran confesión ideológica del padre al hijo en esta materia la encontramos en una carta del 17 de diciembre de 1884. Jorge había escrito una carta anterior en la que, al parecer, contaba que tenía tres amigos, uno judío, otro «medio» católico y otro protestante, a lo que el padre contesta: «puedes decir que presencias cuarenta siglos. Te faltaba un amigo 'agnóstico' que representara en tu imaginación la edad futura. Pero en su defecto acuédate de mí, que en mi corto entendimiento estoy firmemente convencido de que no está lejos el tiempo en que se reconozca universalmente que el hombre no puede comprender nada sobrenatural, y que todas las religiones son inventos o creaciones humanas, como los poemas. Entonces no habrá cultos, ni sacerdotes. No habrá más que un sentimiento de admiración por lo que está fuera de nuestro alcance»<sup>14</sup>. He aquí pues la idea fundamental que subyace en toda la filosofía del padre, la misma que subyace en la filosofía del hijo desde que la expusiera por primera vez en su obra *Interpretations of Poetry and Religion*. El gran número de cartas posteriores que hacen referencia a la religión no vienen sino a corroborar esta idea fundamental; lo mismo que en la obra filosófico-religiosa de Jorge Santayana, los libros posteriores no hacen sino demostrar y ampliar razonadamente la idea expresada en esa primera obra citada.

Generalmente, como hemos visto, Don Agustín no se había sentido fuertemente afectado por la gran diferencia existente entre su concepto de la religión y el concepto general que reinaba en la sociedad. Pero, cuenta en una carta del 6 de diciembre de 1887 que, a su vuelta de Boston en 1873, había comenzado a exasperarse como consecuencia del efecto producido por el resultado de la guerra civil de aquellos años, provocada, según él, por «los curas que sorbían el seso a los ignorantes». Una idea reiterativa que ya había expresado en otra carta anterior en los siguientes términos: «Desde luego te aseguro que en esta materia soy tolerante sin afectación. Lo único que yo no resisto es que la religión sirva para tiranizar a la sociedad, para mantener ejércitos de hombres inútiles, y en España en particular, para promover la guerra civil»<sup>15</sup>; y que vuelve a repetir año y medio más tarde en otra carta en la que informa del envío de algunos periódicos, entre ellos el «Globo», «órgano de Castelar», que contiene el discurso cómico-lírico íntegro que el político acababa de pronunciar en la cámara. Al respecto comenta Don Agustín: «Lo único que no me gusta en nuestro orador-poeta es que apoye la unión de la iglesia y el estado que Salmerón llama 'un complot contra la dignidad humana'»<sup>16</sup>.

Junto a esta lectura de los hechos históricos, está la otra lectura experimental de observar a los individuos frente al hecho religioso. El ejemplo humano más próximo era Susana, la hermana de Jorge, que el 29 de mayo de 1885 ingresaba en un convento carmelita en los Estados Unidos. En una carta del 4 de julio de

14. Carta del 17 de Diciembre de 1884.

15. Carta del 23 de Mayo de 1885.

16. Carta del 23 de Diciembre de 1886.

ese año Don Agustín afirma que Susana no se habría metido monja si no se considerara infeliz y augura que tampoco será feliz en el convento. En otra carta del 23 de ese mismo mes y año vuelve a lamentar lo de Susana quien, según él, «se engañará a sí misma». Estaba tan convencido de lo que pensaba que llegó incluso a escribir una carta a la propia Susana, según cuenta el 25 de enero de 1886, «porque no puedo pasar porque se diga que la religión hace a los hombres mejores o más felices, creo todo lo contrario, que la religión erigida en sistema social hará a los hombres peores y más infelices que lo son por naturaleza. Abundan los ejemplos y las pruebas en favor de esta opinión, no sólo en España, que es en este respecto el país más desgraciado de Europa, sino en todo el mundo»<sup>17</sup>.

Don Agustín, lejos de la cerrazón, era un hombre documentado y buscaba el fundamento racional de sus conceptos en la ciencia y en la filosofía. En una fecha como el 8 de octubre de 1885, tan lejos de aquellos 17 o 18 años en que «ya tenía parecer propio», todavía confesaba su curiosidad por el hecho religioso: «Cada día tengo más curiosidad de todo lo que toca a la religión y cada día me admiro más del influjo que tiene en el modo de ser de cada pueblo y nación. Como ya leo poco y vivo en un sitio donde no hay nada que se parezca a una biblioteca o librería pública, tengo que morir en mi ignorancia, y en mi admiración. Lo que me alegra es pensar que tú suplirás mis faltas en esto como en todo». No obstante, algunos libros sí debían llegar a Avila, pues en sucesivas cartas habla de infinidad de temas eruditos que llaman su interés, digamos *El Fausto* —carta del 10 de diciembre de 1886— o Goethe en general —carta del 18 de diciembre de 1886— o incluso Kant —carta del 5 de enero de 1888—. Cabe resaltar, en este sentido, un párrafo de la carta del 6 de diciembre de 1887 en el que habla de un libro que había publicado el hijo de Darwin y que él quería transcribir a Jorge «para que vieras lo que dice de las ideas y opiniones de aquel grande hombre en punto a religión. Es casi lo mismo que yo he pensado siempre desde la edad de 18 años, afirmándome en ello cada día más. La sustancia es que nuestro entendimiento no alcanza ni puede alcanzar a comprender las primeras causas de lo que vemos, y todas las religiones son fruto de nuestra imaginación e inventiva». Jorge debió contestar a esta carta, como contestaba cada domingo a todas las de su padre, y en la carta del 23 de diciembre de este 1887 el padre se hace eco de la contestación, reproduciendo en primer lugar las propias palabras del hijo que habían sido: «Está bien, pero hay que acordarse de que el instinto religioso es mucho más fuerte en unas personas que en otras, y que los hombres no quieren opiniones verosímiles, sino doctrinas simpáticas», y comenta a continuación: «Ciento, ciertísimo. En todos tiempos, lo mismo en los pueblos cultos que en las tribus salvajes han prevalecido las creencias religiosas, y en muchas partes han sido y son todavía la base fundamental del sistema social y político. Este es un hecho que salta a la vista recorriendo la historia y la geografía. Ese es un argumento a favor de todas las religiones, cuya consecuencia lógica es una benevolencia y tolerancia racional para con unas y otras. Pero me parece a mí que un hombre instruido amante del

17. Carta del 25 de Enero de 1886.

saber y de la verdad debe aceptar únicamente el fundamento originario de esas creencias que es el asombro, la admiración que nos causa el espectáculo de la naturaleza, pero de ningún modo las fábulas que se han inventado para explicar, lo que está fuera de los límites de nuestra inteligencia, las primeras causas». Cualquier persona que haya leído los escritos de Jorge Santayana reconocerá en estas ideas las semillas de aquellas otras vertidas en todos los libros del filósofo que tocan el tema religioso.

Jorge debió continuar el debate ideológico en la carta siguiente y el padre en la del 5 de enero de 1888 comenta de nuevo las ideas de su hijo: «Lo que no ofrece duda es que hay siempre causa o motivo para todo lo que existe, así lo que nos pasa bueno, como lo que nos pasa malo. Lo que yo veo claramente es que cada día es menor la influencia de la religión en la sociedad humana y que se busca en la experiencia y en la razón el modo de atenuar los males que experimentamos». Santayana jamás olvidaría esta advertencia y su filosofía, que jamás renegó de lo experiencial, quiso llamarse en su primera gran manifestación *The Life of Reason* y tratar de atenuar los males de la experiencia vital mediante la comprensión racional de los cinco grandes campos del sentido común, la sociedad, la religión, el arte y la ciencia.

A través de toda esta serie de citas epistolares que hemos venido viendo queda, creo yo, más que demostrada la extraordinaria influencia ejercida por el padre en el desarrollo ideológico del hijo, no sólo respecto a la religión, tema esencial en la filosofía de Santayana, sino en muchos otros. Hemos visto la influencia paterna en el gusto por el dibujo, por las culturas clásicas, por la historia y la geografía, por los idiomas, por la cultura inglesa, etc, pero han quedado sin mencionar otros puntos de relación, como la inclinación estoica a «no embriagarse con la prosperidad, ni abatirse en el infortunio»<sup>18</sup>; la compenetración ideológica en literatura<sup>19</sup>; la aprobación del cosmopolitismo, ya que «todo el mundo es patria del hombre y el mejor país en que a uno le va bien»<sup>20</sup>, que nos hace pensar en el título del último volumen autobiográfico de Santayana titulado *My Host the World*; y quizás otros muchos que podrían extraerse de un estudio más detallado.

Esta intensa relación paterno-filial no se entendería, sin embargo, si no hubiera existido un profundo afecto mutuo. Este afecto es manifiesto en todas las cartas que he leído, desde las primeras que terminan con «no olvides lo mucho que te quiere tu papá», hasta las últimas que siempre subrayan este amor y expresan la profunda emoción que le producen al padre las cartas y sobre todo las llegadas y visitas del hijo. La más expresiva quizás sea aquella del 12 de diciembre de 1887 en que, próxima la fecha del 16 de diciembre, cumpleaños de Jorge, le dice: «Yo pienso celebrarlo del algún modo. Es muy posible que me vaya solo a comer en Vico, o en la venta de Pinilla para engolfarme sin

18. Carta del 20 de Junio de 1881.

19. En la carta del 17 de Diciembre de 1884 dice que ha leído el ensayo de Jorge sobre Southey y que le gustaría leer el de Byron, pues de éste tiene sus obras. Dice que, de haber leído a Southey juzgaría como su hijo.

20. Carta del 15 de Noviembre de 1887.

estorbos en mis recuerdos y reflexiones acerca del acontecimiento más memorable de mi vida que es haber nacido tú y que vivas, con probabilidad de buena suerte».

No fue menor el afecto y la admiración filiales. La figura del padre en la obra de Santayana aparece siempre en lugar bien elevado, no sólo en sus escritos directamente autobiográficos, sino en sus citas filosóficas y muy especialmente en su novela *The Last Puritan*, en la que la figura de Peter Alden presenta un atractivo sólo semejante al que Don Agustín representó para el autor. Ambos sugerían la experiencia del conocimiento directo del mundo, la sabiduría en cosas y temas que llamaban poderosamente la atención juvenil; ambos poseían el elemento platónico e idealista que era capaz de cautivar la imaginación de un joven que ansiaba conocer lo que había más allá del reducido ambiente familiar. Por otra parte, Peter Alden proporciona a Oliver en la novela la amistad con Lord Jim, el gran amigo inglés y la gran atracción de la vida de Oliver; de la misma manera que Don Agustín le inculcó a Jorge la admiración por Inglaterra. Pero quizás Lord Jim represente mucho más, quizás la filosofía, quizás los conceptos fundamentales y las aficiones que Jorge heredó de su padre. Habría que profundizar en este análisis, salvando claro está, las transformaciones de toda recreación ficticia, para buscar rasgos esenciales que seguramente existen y que aquí me limito a sugerir.

En la novela, como en la realidad, el hijo tuvo siempre presente al padre como referencia sobre lo que iba siendo su propia vida. Y llegó incluso a imaginarse una vejez similar en Ávila, aunque finalmente no llegara a ser exactamente igual. En cualquier caso, Jorge continuaba lo que su padre había comenzado a vislumbrar, llevando así a buen término aquella predicción paterna en la carta del 8 de octubre de 1885 cuando escribió: «Lo que me alegra es pensar que tú suplirás mis faltas en esto como en todo».

Santayana nos presenta en sus escritos autobiográficos un análisis filosófico de estas «faltas». Yo he pretendido mostrar en este capítulo lo que allí está ausente, la base real de la influencia paterna cuando el filósofo se estaba haciendo. Juntas la apreciación del sustrato, y la lectura de la visión analítico-literaria del propio autor, proporcionarán al lector la comprensión integral de una de sus grandes influencias, si no la mayor.

## SU HERMANA SUSANA

Susana Sturgis fue, sin duda alguna, el vínculo afectivo más fuerte en la vida de Jorge Santayana y una figura de capital importancia para entender algunas de las tendencias y aspectos del pensamiento de este filósofo. Merece la pena, por tanto, detenernos a analizar con cierta profundidad la personalidad de esta curiosa mujer americana, que acabó siendo abulense por voluntad propia, y su relación con el hermano.

Susana era hija del primer matrimonio de la madre de Santayana con un americano de Boston llamado George Sturgis. Era por tanto sólo hermana de madre del filósofo.

Su primer contacto con España tuvo lugar tras la muerte del señor Sturgis, cuando la madre decidió venir a Madrid con todos los hijos de su primer marido. En Madrid tuvo lugar el nuevo encuentro de la madre con Don Agustín Ruiz de Santayana que condujo a una segunda boda y, después de un par de años, al traslado de toda la familia a Ávila. Tenía Susana en aquellos momentos entre 15 y 16 años y era ya toda una moza, de fuerte carácter y con el suficiente atractivo físico para erigirse en figura central de su entorno social. Esto la hacía sentirse particularmente halagada y satisfecha en aquel reducido ambiente abulense de marcado tono tradicional, religioso y provinciano. Debieron ser años de gran actividad para aquella adolescente, ya de por sí con intensa vitalidad y apasionadas iniciativas. Santayana nos habla de cómo se constituía en seguida en líder juvenil en El Casino y en el barrio, incluso al frente de otros jóvenes de sexo contrario e incluso mayores que ella. Su atractivo, ya físico, ya temperamental, tampoco pasó desapercibido en el mundo de sus mayores, pues no sólo se fijaron en ella los mozos de Ávila, uno de los cuales llegaría mucho más tarde a ser su marido, sino que incluso su mismo profesor de alemán y francés cayó bajo su hechizo, tal y como nos cuenta Santayana en su autobiografía<sup>1</sup>. Como consecuencia de esto, el profesor particular fue expulsado y la

1. *Persons and Places*, p. 118-119.

educación de los jóvenes quedó interrumpida. Se hacía necesario encontrar una solución. La madre empezó por enviar a Robert, el hermano mayor, a América y terminó, dos años después, por escapar definitivamente con sus dos hijas a los Estados Unidos.

Sin embargo, para Susana, que había vivido en Avila desde los 15 a los 18 años, la experiencia abulense había calado tan hondo que su vida quedó marcada para siempre. No sólo era el hecho de haberse sentido halagada por el entorno, cosa que no sucedería en Boston jamás, sino la circunstancia de que Avila, en esa época, mantuviera bastante viva y, hasta cierto punto, decorada folclóricamente, por tanto atractiva, la devoción a Santa Teresa y en general a todos los motivos y celebraciones de la religión católica. La asociación fue inevitable en el recuerdo feliz de una juventud despierta, aunque lógicamente inmadura. Su bienestar interior y el devoto ambiente, bajo el halo de la gran reformadora del Carmelo, quedarían unidos para siempre en su imaginación y en su devoción. Dice Santayana que «los Sturgis no eran religiosos por naturaleza. Fue el resultado del contagio. Ella se contagiaba fácilmente de cualquier entusiasmo ambiental y se atenía a él con más inocencia quizás y durante más tiempo que aquellos de los que se había contagiado»<sup>2</sup>. Sabido esto, es bastante comprensible lo que ocurrió después en Boston. La sociedad anglosajona es particularmente recogida y, desde luego, jamás dada al trato de familiaridad que conocemos en el mundo mediterráneo. Pero además, la sociedad bostoniana del momento debía ser particularmente puritana y conservadora si nos atenemos a lo que de ella nos cuentan, no sólo el propio Santayana, sino los anteriores trascendentalistas —Emerson, Thoreau, etc.— que lucharon por cambiarla. Es de suponer que cada familia hiciera vida hogareña y, ni la gente de clase en general, ni los jóvenes en particular, se fijaran excesivamente en la apasionada Susana. Si el entorno social adecuado le faltaba y era imposible recrearlo allá, solamente le quedaba la parte de lo abulense que sí podía ser recreada donde y como quisiera —o al menos eso debió imaginar ella— y así fue como se volcó, apasionadamente como de costumbre, sobre el mundo religioso, poniendo incluso como requisito indispensable para sus relaciones el que «sus amistades fueran católicas»<sup>3</sup>. Sobre todo se dedicó a «leer y releer» las obras de Santa Teresa hasta el punto de decidir seguir sus pasos más de cerca e ingresar, contra la opinión de toda la familia, en la orden del Carmelo. La experiencia, al parecer, resultó frustrada y frustrante. Susana buscaba otro tipo de realización personal y lo religioso, que bajo la «adornada capa abulense» tanto le había llamado la atención desde su etapa adolescente, no era en la realidad del mismo signo que su ímpetu esencial. Acabó abandonando el convento y poco después los Estados Unidos, pues, fracasada ya la única posibilidad que creía tener de encontrar la felicidad, la conventual, no quedaba allí nada de lo que buscaba. ¿A dónde ir entonces? Sólo un sitio podía haber: España. En Madrid quedaba

2. «the Sturgises were not naturally religious. It was an effect of contagion: she easily caught any ambient enthusiasm, and held to it more innocently perhaps and longer than those from whom she caught it». *The Middle Span*, p. 96.

3. «it was requisite that her friends should be Catholics». *Persons and Places*, p. 80.

aún la familia Escalera, amiga de su madre, con la que residió algún tiempo, mientras llegaba la ocasión de asentarse en Avila, que era lo que consciente o inconscientemente anhelaba. Sus felices años juveniles flotaban todavía tentadoramente en el recuerdo.

Y la ocasión llegó. En Avila vivía Don Agustín Ruiz de Santayana y también algunas de sus antiguas amistades, como las de Madorell, una pareja de señoras con quien pudo quedarse a veranear cuando las circunstancias en casa del padre de Santayana le fueron menos acogedoras. Sin embargo, ninguno de estos dos hogares, que le habían servido de excusa para aproximarse a Avila de nuevo, iba a ser definitivo para ella. El definitivo esperaba en la Plaza de Ejército —entonces del Marqués de Novaliches— donde vivía un antiguo pretendiente suyo, Don Celedonio Sastre, ahora viudo y con hijos. La relación fraguó en seguida, acabaron casándose y Susana encontró así asentamiento en Avila y una nueva familia sobre la que volcarse y de la que recibió verdadero afecto. A partir de entonces Susana no abandonó jamás Avila hasta que murió en 1928 y en el cementerio de esta ciudad está enterrada.

¿Cuáles fueron los rasgos más sobresalientes de la persona y la personalidad de esta mujer que tanta importancia tuvo en la vida y en la obra del filósofo, quien la reconoció como «la mayor influencia y, desde luego, el 'afecto más fuerte de mi vida»<sup>4</sup>. Para contestar esta pregunta acudimos a las únicas fuentes que nos han sido dadas, a saber, los propios escritos del hermano, ciertas cartas, las referencias de algunos miembros de la familia Sastre en Avila y los restos de las propias pertenencias de Susana, como su biblioteca, fotos, etc, que dicha familia conserva.

Físicamente, ya hemos dicho que debió ser de algún modo atractiva en su juventud, si no por su belleza en sí, por su vitalidad. Sin embargo, Santayana nos habla de su falta de armonía corporal: «De cintura para arriba Susana era esbelta, como diseñada por la misma mano que sus cejas; pero si la mitad superior de su cuerpo imitaba a Rafael, la mitad inferior imitaba con el mayor éxito a Rubens»<sup>5</sup>. Posteriormente, como muestran algunas fotos que se conservan, se convirtió en una mujer voluminosa y bastante desgarbada, hasta el punto de verse incapaz de caminar con soltura y tener que solicitar los servicios de un dominico de Santo Tomás para oír misa y recibir la comunión en casa.

Sin duda, el verdadero atractivo de Susana era, más que físico, personal. Sus cualidades más sobresalientes apuntaron ya desde su juventud y la acompañaron hasta sus últimos momentos. Desde sus primeros años abulenses aparece como una chica despierta e inteligente, pero a la vez impetuosa, autosuficiente y un tanto dominadora; una auténtica líder en su entorno social, predisposta a estar siempre «en primera fila». Sin embargo, a este apasionamiento que manifestaba en cualquiera de las actividades en que tomaba parte, no acompañó una suficiente capacidad reflexiva. Justamente la capacidad en que sobresalía su

4. «the greatest power, and certainly the strongest affection, in my life». *Persons and Places*, p. 75.

5. «Above the waist Susana was slender, as if designed by the same hand as her eyebrows; but if the upper half of her figure imitated Raphael the lower half most successfully imitated Rubens». *Persons and Places*, p. 94.

hermano; de ahí la complementariedad de ambas personalidades. Sin esta necesaria flexibilidad mental para meditar sobre sí misma y los demás y aprender a su vez por ambas vías, sus afanes se lanzaron «desbocadamente» en una dirección. Es lo que Santayana definió como fanatismo: perdida la meta, intensificar los esfuerzos. El agarradero lo encontró Susana en el campo religioso y concretamente en las obras de Santa Teresa, pero sin la suficiente profundidad analítica y asimiladora, su vehemencia no le produjo la felicidad y tranquilidad de ánimo ansiadas.

Susana fue persona culta en cierto modo y así se la consideró en Avila, según reza la nota mortuoria de *El Diario de Avila* del 10 de noviembre de 1928, fecha de su muerte: «... Dama de singulares virtudes, de caritativos sentimientos y de gran cultura consagró su vida al cuidado de su hogar y al afecto de los suyos...»; pero yo me atrevería a afirmar que era superficialmente culta. Quizá su prepotencia natural le impidió aprender, con el suficiente asiento, lo que el mundo y la gente enseñan más acá de los libros. Aunque, incluso sus lecturas denotan su flojedad intelectual, como aún hoy puede comprobarse revisando lo que constituyó su abundante biblioteca, repartida ahora en varias casas de la familia Sastre. He pasado algunos ratos revisando estos títulos e incluso copiándolos y me he dado cuenta de la poca calidad de dicha literatura que, en su mayor parte la constituyen libros de beatería para mujeres católicas, vidas de santos y novelas piadosas. Faltan las obras maestras de la literatura universal y cuando alguna aparece, puede apreciarse en la plegadura de las hojas que no fue leída. Debió ser mujer recelosa ante ciertas obras profanas y no hay más que leer una tarjeta que Jorge le envió desde París, en la que dice: «te envío un libro francés muy virtuoso y 'bien-pensant', en el que hay mucho de verdad y entretenido, aunque no es una obra genial»<sup>6</sup>, para darnos cuenta de ello, pues incluso Santayana tenía buen cuidado a la hora de regalar libros a su hermana. Los libros que leía están llenos de estampas devotas y entre ellos no siempre están las obras de su hermano, que él mismo sin duda le enviaba y que en algunos casos permanecen aún sin abrir o solamente empezadas. Es evidente que Susana no era capaz de comprender estos escritos filosóficos y seguramente, de haberlos comprendido, no hubiera aprobado muchos de ellos. Esto, indudablemente, lo sabía Santayana quien pronto evitó la polémica encubriendo opiniones a su hermana como muestra una carta a Mrs. Frederick Winslow del 4 de noviembre de 1915, en la que dice: «A veces, cuando he escrito y enviado algún artículo o he tomado algo de beber (lo que no ocurre con mucha frecuencia) tengo un momento de paz. Por lo demás todo es guerra, guerra en el mundo, en la mente, en el corazón, en la familia, porque mi hermana, que es la persona más cercana que tengo ahora, es una progermana rabiosa e implacable. Por supuesto no le hablo en las cartas de esta cuestión, y probablemente no se imagina que su forma de sentir me entristece, pero si dijera lo que pienso sería esto: 'imaginas que mi forma comprensiva de tolerar el absurdo y la ficción en la religión va a extenderse a la perversidad y la ficción en política; pero nada de

6. Tarjeta postal encontrada entre los libros que conserva la familia Sastre en Salamanca (reproducida en este trabajo).

eso. Si en la religión no nos rigieran la emoción y la imaginación, no tendríamos religión en absoluto —porque la imaginación y la emoción son consustanciales a ella. No obstante hay que tolerarlo y respetarlo porque los hombres no tienen conocimiento adecuado ni valor adiestrado respecto a su destino: tienen por tanto que hacer creer una cosa u otra, y esa es su necesaria religión. Pero la política es una cuestión factual, histórica, de moralidad; la perversidad aquí es intolerable. Observa cómo la gente tiene que morir por ello'. Pero si dijera esto a mi hermana lo tomaría por inicuas tonterías y se afligiría tanto como yo ante las inicuas tonterías en las que ella se deleita respecto a Alemania e Inglaterra»<sup>7</sup>.

En Avila, sin embargo, el sentimiento general era el de Susana y no el de Jorge, de modo que aquí ella siempre tuvo buena acogida y sobre todo después de casarse con un hombre relativamente influyente en la capital y en la provincia, como era Don Celedonio Sastre. Esto, unido a su personal carisma y devoción, así como su participación pública en obras piadosas, conquistó el sentimiento general de respeto, al menos entre la clase media-alta más caracterizada de la ciudad. Y, desde luego, por lo que al reducto familiar se refiere, son evidentes aún y siempre subrayados, el respeto, la gratitud y el afecto que toda la familia de Don Celedonio le profesó y le sigue profesando. Su nombre perdura en una de las biznietas de Celedonio, y lo que fueron sus pertenencias personales son conservadas con un celo, como si de algo sagrado se tratara. Y en esto coinciden todos sus descendientes.

Con todo, donde Susana iba a adquirir una relevancia grande —yo diría que universal— es en la obra de su hermano, a través de la relación de ambos y del fuerte afecto que él siempre mostró hacia ella y que dejó patente en sus escritos, unas veces directamente, como ocurre en la autobiografía, otras de manera conscientemente velada, como en la poesía y en la novela *The Last Puritan* y otras, en fin, de forma indirecta, a lo largo de toda su obra y en especial cuando toca el tema religioso en general y el del Catolicismo en particular.

La importancia de Susana en la vida de Santayana comenzó de forma provisional ya, como el mismo autor nos indica, desde el bautizo de éste en Madrid, donde Susana hizo de madrina y ella misma le puso el nombre de Jorge, en recuerdo de su propio padre. Refiriéndose al documento que termina con las

7. «Sometimes, when I have written and sent off some article or had a drink (which is not more frequently) I have a moment o peace. Otherwise all is war, war in the world, in the mind, in the heart, in the family —because my sister, who is the nearest person to me now, is a rabid and relentless pro-German. Of course I don't write to her about the matter, and she probably doesn't suppose that her way of feeling makes me unhappy, but if I said what I think it would be this: 'You imagine that my sympathetic way of tolerating absurdity and fiction in religion will extend to perversity and fiction in politics; but not at all. If one were not governed in religion by emotion and imagination one could have no religion at all—for imagination and emotion are the substance of it. It is to be tolerated and respected nevertheless, because men have no adequate knowledge and no trained courage in respect to their destiny: they therefore have to make believe something or other, and that is their necessary religion. But politics is a matter of fact, of history, of morals; perversity in that is intolerable. See how people have to die for it. But if I said this to my sister she would think it wicked nonsense and be as much distressed about it as I am at the wicked nonsense which she luxuriates in about Germany and England». *The Letters of George Santayana*, p. 152-153.

palabras del firmante del certificado a los padrinos, Don Nicolás Ruiz de Santa-  
yana y Doña Susana Sturgis, «a quienes prevengo de su relación y deberes  
espirituales», dice Santayana: «Un adivino perspicaz hubiera reparado en segui-  
da, en este documento con tanto nombre español, en los dos nombres ingleses,  
Glasgow y Sturgis. ¿De donde procedían? ¿qué presagiaban? ¿no habría allí  
enterradas semillas de todo mi futuro? Y si el adivinador hubiera tenido poderes  
preternaturales, podría incluso haber husmeado algo importante en esas últimas  
palabras, en apariencia tan decadentes y superficiales, en las que Doña Susana  
Sturgis, que era hija de un anterior matrimonio de mi madre y tenía entonces  
doce años de edad, había sido prevenida de su relación y deberes espirituales:  
no es que debiera contenerse de casarse con mi padrino, mi tío Nicolás, que era  
comandante del ejército español, con esposa e hijo y de cuarenta y cinco años  
de edad; eso era puro formulismo canónico inútil; sino que la Providencia la  
llamó a ser en realidad mi madre espiritual y a catequizar mi mente juvenil. Fue  
ella quien me inició a la teología, la arquitectura y la buena sociedad»<sup>8</sup>.

En Avila, casi tres años más tarde, la relación real entre ambos sentó sus bases y se crearon los lazos que perdurarían después. Susana era casi una moza y Jorge un niño, el único de la familia entonces. Era lógico, por tanto, qué el afecto de la hermana mayor se volcara de forma especial sobre el pequeño. La esquela ya citada que Jorge escribió a su hermana mientras ésta viajaba a los Estados Unidos y que termina diciendo: «pero lo que sí es verdad es que te quiere mucho tu hermano y ahijado», muestra las raíces de este vínculo afectivo, cuya semilla sembrada en Avila se desarrolló después en la casa familiar de Boston. Allí Susana tomó al niño a su cargo y se convirtió en la verdadera madre y tutora de Jorge. Como dice en *The Last Puritan* refiriéndose a Edith, que es en mi opinión el retrato literario de Susana, «ella sería su inspiración matriarcal y él sería para ella su joven héroe y amante»<sup>9</sup>. Sabemos que fue ella quien le enseñó inglés, quien le introdujo al mundo de la religión y a algunos de los que constituyeron después sus gustos y aficiones más sólidas, como fue el caso de la arquitectura por la que comenzó a interesarse después de leer *The Stones of Venice* (Las Piedras de Venecia) que un admirador había regalado a Susana. Finalmente fue en Avila, con la vuelta y el asentamiento definitivos de Susana, donde y cuando el vínculo maduró de forma completa y enriquecedora

8. «A shrewd fortune-teller would have spotted at once, in this densely Spanish document, the two English names, Glasgow and Sturgis. Where did they come from, what did they forebode? Might not seeds of my whole future lie buried there? And if the diviner had had preternatural powers, he might even have sniffed something important in those last, apparently so effete and perfunctory words, that Doña Susana Sturgis, who was my mother's daughter by a former marriage and then twelve years of age, had been forewarned of her spiritual relationship and duties: not that she should forbear marrying my godfather, my uncle Nicolás, who was a major in the Spanish army, with a wife and child, and forty-five years old; that was canonical red-tape nothing to the purpose; but that she was called by Providence to be really my spiritual mother and to catechize my young mind. It was she that initiated me into theology, architecture and polite society». *Persons and Places*, p. 1-2.

9. «She was to be his matriarchal inspirer, and he was to be her young hero and lover». *The Last Puritan*, p. 450.

para el filósofo. En realidad, tras la muerte de su padre, Santayana venía a Ávila primordialmente a ver a su hermana y a charlar con ella, pero a la vez, a vivir «en famille» como él decía, haciendo suya la familia en la que Susana se había introducido a través de su matrimonio.

La relación de los hermanos no sólo tuvo lugar en Ávila de forma material o física, sino también a través de multitud de cartas que intercambiaron, mientras Susana residió en la ciudad. Durante esa época, Susana fue, sin duda alguna, la persona con la que más cartas intercambió, como prueba el libro de Daniel Cory que recoge toda la correspondencia más importante del filósofo<sup>10</sup>. Por medio de estas cartas, Susana mantenía a su hermano en contacto con la realidad abulense y española en general. Sabemos, por ejemplo, que le enviaba muchos números de un diario religioso llamado «Lectura Dominical» y del periódico «ABC» o recortes de prensa de otras procedencias.

Cabe preguntarse entonces, más allá de estos hechos biográficos, cuál fue el verdadero concepto que Santayana tenía de su hermana y cómo lo dejó patente en su obra. A mi modo de ver este concepto tiene un tronco común, el del afecto, basado en raíces profundas, y dos versiones o visiones literarias divergentes: la visión idealista platónica, que se corresponde con la juventud del escritor; y el análisis reflexivo y maduro de una época posterior, que forma parte de su visión filosófica integral. Se trata, por tanto, de un concepto ambivalente, aunque nunca ambiguo.

En el terreno de lo afectivo no existió ambivalencia alguna porque el sentimiento, desde sus comienzos hasta el fin de sus días, fue permanente, intenso e imperturbable, y a este respecto no hay sombras de ninguna clase. Ni siquiera cuando Susana tomó decisiones o posturas que no gustaron al filósofo, como la de casarse con Celedonio o la posición ideológica apasionada a favor de Alemania en la contienda mundial, dejó éste de profesarse un amor sincero y de reconocer su cercanía afectiva, por encima de cualquier otra<sup>11</sup>.

A partir de ahí, la proyección literaria que el autor realiza de semejante realidad afectiva presenta dos caras distintas según el momento en el tiempo. En un primer momento en que la arrebatadora influencia de Susana lo inunda todo, el Santayana joven se forma una idea platónica de su hermana mayor, que queda reflejada, ya sea veladamente, en los sonetos. Susana es la gran inspiradora del tema religioso central de los veinte primeros sonetos, porque a ella la reconoció siempre como madre espiritual y con ella vivió de manera más íntima e inmediata estas primeras experiencias religiosas juveniles; y, en mi opinión, sigue siendo básicamente la inspiradora de los otros treinta sonetos de cariz petrarquista porque ninguna otra «Laura» hubo en su vida.

La poesía es hija de la distancia. Pero no sólo de la distancia material, sino también de aquella que significa imposibilidad de posesión, de conquista, aunque la persona objeto del sentimiento se encuentre físicamente próxima. Es evidente que el ideal femenino de Santayana provenía de su hermana, «su inspiradora matriarcal», como hemos dicho. El mismo confiesa, después de utilizar

10. *The Letters of George Santayana*, p. IX (Comprobación a través del índice)

11. Ver a este respecto la carta a Mrs. Frederick Winslow. *The Letters of George Santayana*, p. 152.

estas palabras anteriores para describir a Edith en *The Last Puritan*: «El tráfico de Nueva York interrumpió en cierto modo estas imágenes poéticas, etc., ...»<sup>12</sup>. Imágenes poéticas, por tanto, como las que pueden vislumbrarse en los sonetos. Y, entre ellas, algunas más delatadoras que otras. Así el soneto XXXI comienza hablando de «Un amor de hermano», pasa en las siguientes estrofas a «un amor de amante» y «un amor devoto», para concluir en la última estrofa: «Así en mi amor se reconcilan todos los amores (...) El de hermano, amante, amigo y eremita»<sup>13</sup>. Y en el soneto XXXVIII nos describe perfectamente la inclinación religiosa de la amada:

«Oh, no por mí, por ti, Dios querido, su cabeza  
brilla con esta perfecta aureola dorada  
Por ti posee su alma esta dulzura  
Y a tus aposentos conducen sus pisadas»<sup>14</sup>.

En la autobiografía novelada, *The Last Puritan*, Oliver se enamora de Edith y ésta, en una carta final le contesta entre otras cosas: «Lo que imaginaste que era amor por mí era sólo lo que hubieras imaginado a tu edad por cualquier buena mujer a la que vieras con confianza y que se hubiera tomado un gran interés por ti, como yo hice y haré siempre (...) Esto (el hacer feliz) me hubiera sido imposible porque yo soy mucho mayor, con mis gustos formados, y especialmente con sentimientos religiosos que son distintos a los tuyos. Tu forma de pensar es muy noble y profunda, pero todavía sin fe, ...etc.»<sup>15</sup>.

Asegurar que el poeta estaba enamorado de ella es quizás ir demasiado lejos, al menos si no se explica convenientemente el término «enamoramiento» en este hombre del que no se conoce relación amorosa alguna con el otro sexo. El mismo Santayana, en carta a Daniel Cory se confiesa así a este respecto: «Está mi hermana, por ejemplo, ciertamente la influencia más importante de mi vida, psicológicamente mi madre, y podría casi decirse, mi esposa. No es que una idea incestuosa tuviera jamás cabida en mi mente o en la suya; pero Freud hubiera podido descubrir cosas insospechadas por nosotros mismos. Fue en una ocasión novicia en un convento carmelita y yo admiré y me agració mucho su

12. «The traffic of New York rather disturbed these poetci images.», *The Last Puritan*, p. 450.

13. «A BROTHER's love ....

A lover's love, ....

A votary's love ....

Thus in my love all loves are reconciled (...)

Of brother, lover, friend, and eremite.

*Poems*, p. 35 (Soneto XXXI).

14. «OH, not for me, for thee, dear God, her head

Shines with this perfect golden aureole,

For thee this sweetness doth possess her soul,

And to thy chambers are her footsteps led.»

*Poems*, p. 42 (Soneto XXXVIII)

15. «What you imagined was love for me was only what you would have felt at your age for any 'good' woman that you saw familiarly and that took a great interest in you, as of course I did and always shall. (...) This would have been impossible for me, because I am so much older, with my tastes formed, and especially with religious feelings which are different from yours. Your way of thinking is very noble and deep but as yet without faith». *The Last Puritan*, p.502.

resolución de volver la espalda a Boston, a la familia y a mí. Cuando posteriormente se casó, a mí no me gustó, ni me gustó su marido, aunque, a su manera, era una persona admirable. Estas cosas son oscuras y desagradables; pero dan cuerpo a los sentimientos que verbalmente podrían parecer insustanciales»<sup>16</sup>.

Tampoco importa tanto el que Susana esté representada en todos y cada uno de los sonetos. No olvidemos que la literatura jamás es fiel reflejo de la realidad de la cual se nutre. Para la apreciación de los sonetos desde el punto de vista puramente literario, poco importa quién fuera la inspiradora. De hecho los críticos americanos en general la han tomado por alguien en abstracto. Sin embargo, no hay que olvidar que estamos frente a un escritor que se pasó la vida y la obra remachándonos la imprudencia de olvidar el mundo de la realidad y ahogarnos en el de la imaginación solamente. Así, en este punto de los sonetos, como en otras tantas ocasiones, encontramos su propia confesión relevante. En una carta a Henry Ward Abbot admitió que aquellos sonetos se referían a una o varias personas concretas: «La dama de los sonetos, lejos de ser la que tú absurdamente mencionas, es un mito, un símbolo: ciertamente representa a Alguien, no siempre la misma Alguien y generalmente representa una impresión o sugerencia extraída de la realidad más que a cualquier pasión específica; pero el entusiasmo es especulativo, no erótico»<sup>17</sup>.

Es precisamente en esa «realidad» en general, de la que él extrajo su «impresión o sugerencia», donde creemos ver a Susana como musa de fondo, porque conocemos la preponderancia que ella tuvo para el poeta juvenil, como representante del sexo femenino. Pero la carta a Henry Ward Abbot es aún más reveladora en su contenido: «El amor jamás me ha hecho infeliz por mucho tiempo, ni el impulso sexual me ha incomodado: por el contrario, en la forma comparativamente dócil en que me han visitado, han sido «muy divertidos», porque me han proporcionado interés por la gente y (por extensión natural de la emoción) por las cosas, los lugares y las historias, tales como la religión, que de otro modo me hubiera pasado enteramente desapercibida»<sup>18</sup>. Desde luego,

16. «There is my sister, for instance, certainly the most important influence in my life, psychologically my mother, and one might almost say, my wife. Not that an incestuous idea ever entered my mind or hers; but Freud might have discovered things unsuspected by ourselves. She was once a novice in a Carmelite convent, and I much admired and liked her resolution to turn her back so completely on Boston, on the family, and on me. When later she married, I didn't like it, nor her husband, although he was an admirable person in his way. Such things are obscure and unpleasant; but they give body to sentiments that verbally, might seem unsubstantial». Daniel Cory, *Santayana: The Later Years: A Portrait with Letters*, p. 210.

17. «The lady of the sonnets, far from being the one you absurdly mention, is a myth, a symbol: certainly she stands for Somebody, not always for the same Somebody, and generally for a hint or suggestion drawn from reality rather than for any specific passion; but the enthusiasm is speculative, not erotic». *The Letters of George Santayana*, p. 208;

18. «Love has never made me long unhappy, nor sexual impulse uncomfortable: on the contrary in the comparatively manageable form in which they have visited me, they have been 'great fun', because they have given me an interest in people and (by a natural extension of emotion) in things, places, and stories, such as religion, which otherwise would have failed me altogether». *The Letters of George Santayana*, p. 208.

respecto al tema religioso no conocemos otra persona que le avivara el interés más que su hermana Susana.

El sentimiento platónico de admiración se vino, no obstante, abajo a medida que la vida de Susana iba presentando contradicciones que mostraban su insatisfacción espiritual y su inadaptación social. Esta decepción para Santayana llegó a su punto culminante cuando Susana decidió casarse. El retrato literario del hecho aparece mejor que en ningún otro sitio en *The Last Puritan* referido a Edith: «De alguna manera Edith, la Edith que había alisado las ropas de su cama en el hospital, y le había dejado rosas carmesí, la Edith que tantas veces desde entonces le había parecido una diosa inclinándose hacia él tan, tan cerca, la hermosa y maravillosa Edith se había desvanecido. El nunca había solicitado de ella ideas, ni consejo intelectual. El le había pedido a sí misma. Ella dijo que él no necesitaba el matrimonio. Quizá, materialmente, no. Materialmente podía seguir sin ello. Pero necesitaba 'amor'. Evidentemente ella no sabía lo que era el amor, o no tenía amor que ofrecer»<sup>19</sup>.

Susana se casó en Avila, con un abulense representativo de la clase asentada de la ciudad —Edith lo hizo en la novela con un senador americano— y el concepto platónico de Santayana, maduro ya, aunque sin aparecer jamás del profundo afecto por la persona, se convirtió en análisis filosófico de la verdadera realidad dramática, si no trágica, de la evolución biográfica de su hermana. Aparece así su visión crítica, su divergencia, el retrato compadecido de lo que él entiende como una vida equivocada, que puede seguirse prácticamente a través del argumento esencial de toda su obra. Sobre todo la experiencia vital de Susana está subyacente en Santayana siempre que habla del tema religioso y hay que tener en cuenta que este tema le ocupa más páginas que ningún otro, porque lo considera máximo símbolo del camino erróneo que ha seguido la humanidad al confundir el mundo de la imaginación con el de la realidad. Este tema está de una forma u otra presente en casi todas sus obras importantes, desde *The Sense of Beauty* hasta su último y póstumo volumen autobiográfico *My Host the World*, y subrayado sobre todo en *Interpretations of Poetry and Religion*, *Reason in Religion*, *Platonism and the Spiritual Life*, *The Realm of Spirit* y en *The Idea of Christ in the Gospels* aparte de otros ensayos sueltos. Constituiría todo un estudio completo detallar hasta qué punto muchas de las ideas expresadas en estos libros respecto al tema religioso no son más que el desarrollo filosófico de impresiones directas que le sugería su querida hermana. En su novela autobiográfica *The Last Puritan* nos ha dejado en Edith, sobre todo en los capítulos VIII al XIII de la parte IV, un buen retrato literario de su concepto de ella. Edith, como Susana, era «dominante»<sup>20</sup>, fue «su inspiradora

19. «Somehow Edith, the Edith that had smoothed his bed-clothes at the Infirmary, and left him her crimson roses, the Edith that so many times since had seemed a goddess bending down to him so very, very near, the beautiful divine Edith had strangely evaporated. He had never asked her for ideas, for intellectual guidance. He had asked her for herself. She said he didn't need marriage. Not materially, perhaps. Materially he could get on without it. But he needed 'love'. Evidently she didn't know what love was, or she hadn't any to give». *The Last Puritan*, p.489-490.

20. *The Last Puritan*, p. 394.

matriarcal»<sup>21</sup>, su inmersión en la religión fue debido a un revés en la vida<sup>22</sup>, era amiga de la devoción ostentosa<sup>23</sup>, aficionada a ser el centro de su círculo social<sup>24</sup>, mujer de iglesia y líder social al mismo tiempo<sup>25</sup>, simuladora de religiosidad y espiritualidad e incapaz de la menor lealtad y sacrificio<sup>26</sup>, demasiado superficial para él (o él demasiado profundo para ella)<sup>27</sup> etc. Todas, cualidades que concuerdan con las del retrato más directo presentado en sus tres volúmenes de autobiografía directa, *Persons and Places, The Middle Span y My Host the World*, y en sus cartas.

Para concluir podemos afirmar que para Santayana, su hermana ocupó un lugar central en su corazón, pues fue la persona a quien más quiso; un lugar central en su imaginación, al menos en la época juvenil platónica; y finalmente, un lugar central en su pensamiento, sobre todo en lo que al tema religioso se refiere.

21. *The Last Puritan*, p. 450

22. Idem p. 457.

23. Idem p. 561.

24. Idem p. 462.

25. Idem p. 468.

26. Idem p. 488.

27. Idem p. 488.

## SANTAYANA Y LA MISTICA TRADICIONAL ABULENSE

Seguramente, a todos los abulenses sensibles a la tradición mística de nuestra tierra, nos alegraría encontrar en Santayana rasgos que le emparentaran con dicha tradición. Mi pretensión en este capítulo es demostrar que estos rasgos existen, si bien matizados, caracterizados o diferenciados por la distancia temporal, cultura y lingüística.

Quizá el primer obstáculo en este sentido lo constituya el concepto mítico que se ha venido creando alrededor de nuestras dos figuras místicas más sobresalientes, en especial respecto a Santa Teresa. Este concepto, que ha convocado multitudes, ha velado a su vez el mensaje más profundo de estas figuras maestras de las profundidades espirituales. El misticismo es un sendero estrecho y oscuro, en el que las multitudes no caben.

Aplicar el calificativo de «místico» a un escritor que jamás pertenció oficialmente a la institución sagrada por anonomasia, resulta casi pecaminoso en Avila. Aquí el concepto de misticismo ha venido siendo considerado y ensalzado como un movimiento altamente religioso, pero inmerso siempre en la iglesia y sumiso ante los dictados dogmáticos de dicha institución católica, apostólica, romana. Sin embargo, no hay más que asomarse a la visión que del concepto se tiene extramuros para comprobar, con el teólogo inglés William Ralph Inge que «el institucionalismo y el misticismo han sido incómodos compañeros de cama». Idea que también Santayana compartía<sup>1</sup>, quizás en parte debido a la deuda intelectual con Inge, que él reconoció<sup>2</sup>. Si después de haber levantado la vista de nuestro propio ombligo almenado, volvemos de nuevo la mirada hacia nuestros místicos, comprobaremos que también Teresa de Cepeda y Juan de Yepes son figuras paradigmáticas de esa afirmación de Inge. Ambos confesaron mantener siempre un respeto hacia la institución eclesiástica, pero ambos se encontraron a lo largo de sus vidas en constante conflicto, más o menos velado,

1. Ver *Winds of Doctrine and Platonism and Spiritual Life*, p. 279.

2. «I spoke of my sympathy with the Dean's views on the history of religion, and my debt to his 'Plotinus'. My Host the World», p. 151.

con sus colegas más cercanos y con las autoridades religiosas inmediatas. Parece como si al hablar de su respeto a la iglesia, lo hiciesen en un sentido abstracto, queriendo decir, en lo más profundo, respeto a la religión. Maquiavelo no estaba exento de razón cuando, refiriéndose a otros dos místicos, San Francisco y Santo Domingo, decía que salvaron la religión, pero destruyeron la iglesia, afirmación que no carece de sentido referida a los místicos abulenses. Santayana, sin referirse directamente a ellos, aunque quizás pensando en San Juan de la Cruz, confirma también esta idea cuando dice: «y encontramos también que los discípulos de religiones concretas interpretan los dogmas de éstas, como símbolos u ocasiones para una revelación hacia adentro que hace que esos dogmas resulten indiferentes»<sup>3</sup>.

Desde luego a Santayana jamás podrá nombrársele «doctor de la iglesia católica», pero, en mi opinión, no debiera existir escrúpulo alguno en aceptarle como maestro indiscutible y guía espiritual por los empinados senderos de la mística, entendida ésta como vía de perfeccionamiento espiritual y medio de elevación del hombre. Cuando el padre Matthew Hoehn, que recogía material para su libro *Catholic Authors* (Autores Católicos), le hizo alguna pregunta sobre su verdadera relación con el catolicismo, Santayana le contestó por carta que no debía estar incluido en dicho libro, «sin embargo —siguió diciendo en la carta— puedo añadir, en caso de que esté usted interesado en mi relación real con la fe, que para un estudiante católico con buenos conocimientos, mi filosofía podría resultarle útil (al igual que la de algunos antiguos) al defender las doctrinas moral, política y mística de la iglesia»<sup>4</sup>.

A él, desde luego, esta palabra —«mística»— no le resultaba especialmente atractiva en sí. Quizás pensaba en el concepto restringido del término que se respiraba en Ávila. El prefería hablar de «la vida espiritual» (*Spiritual Life*) o de «El Reino del Espíritu» (*Realm of Spirit*). Pero sus senderos son muy parecidos. No hay más que repasar los títulos de los capítulos de *The Realm of Spirit* —«The Will», «Freedom», «Intuition», «Distraction», «Liberation», «Union»— para percibirlo así. En realidad toda la evolución del pensamiento de Santayana no es sino una disciplina interior hasta llegar al «Reino del Espíritu», la última morada donde el hombre consigue la unión con el Bien Supremo, con mayúsculas, pero al que confiere una existencia natural.

Santayana es un pensador del siglo XX, sobre el que pesan los últimos descubrimientos científicos, aunque su vena mística se encuentre enraizada en la más pura tradición del género en su forma intelectual y contemplativa. Sus fuentes principales hay que buscarlas, por el lado oriental, en la mística india y, por el occidental, en Plotino y en su más próximo Spinoza; aunque su producción, por ser posterior, participe a su vez de los conocimientos y el talante de su

3. «and we also find the disciples of particular religions interpreting their tenets as symbols or occasions for an inward revelation that renders those tenets indifferent». *Realms of Being* (The Realm of Spirit), p. 754.

4. «Yet I may add, in case you are at all interested in my real relation to the Faith, that a well-grounded Catholic student might find my philosophy useful (like that of some of the ancients) in defending the moral, political and mystical doctrines of the Church». *The Letters of George Santayana*, p. 337.

siglo. Es más que sintomático, respecto a sus fuentes, el hecho de que la obra cumbre de su pensamiento, y desde luego la más representativa en este sentido místico, *The Realm of Spirit*, venga encabezada precisamente por cuatro citas místicas: de Plotino, de los Upanishads, de Spinoza y de Goethe.

Plotino es particularmente tenido en cuenta y comentado por Santayana en sus obras finales, particularmente en *Platonism and Spiritual Life* (El Platonismo y la Vida Espiritual) y en *Realms of Being* (Reinos del Ser), pero la atracción hacia sus ideas es muy anterior. Quizá la confesión más sincera de esta atracción la encontramos en una carta al poeta inglés Robert Bridges del año 1919: «No intentaré contestar a tus cartas en serie, aunque cada cosa que me dices me incita a decir algo, pero no puedo dejar que Plotino quede bajo la acusación que tú le lanzas de no ser un 'buen filósofo'. Si lo que quieres decir es que su sistema del universo no es un mapa de éste, no está científicamente correcto o a escala, desde luego estoy de acuerdo. Pero a mí me parece un sistema muy importante, muy 'buena filosofía', y me alegra que los místicos de Oxford le tomen en consideración, en vez de pretender confortarse con Hegel o con la psicología postiza de Bergson. Las doctrinas de Plotino son vuelos en la misma dirección que las doctrinas del Cristianismo: no son hipótesis con la intención de explicar los hechos, sino expresiones inventadas para el sentimiento y la aspiración. El mundo, piensa él, está lleno de 'sugerencias' de belleza y de bondad, pero sólo de las sugerencias»<sup>5</sup>.

Los Upanishads, antigua literatura sagrada de los Vedas y base de gran parte de la filosofía india posterior, aparecieron en Europa en traducciones de segunda y tercera mano a principios del siglo XIX produciendo un fuerte impacto en algunos pensadores, sobre todo en los alemanes y particularmente en Schopenhauer. La influencia de la filosofía alemana en la época de Santayana y anterior fue enorme y, a través de los alemanes llegó la filosofía oriental a los círculos intelectuales norteamericanos. Santayana, además, estudió en Alemania y sintió una especial atracción hacia Schopenhauer en su juventud. Así es como debió entrar en contacto con la filosofía y la mística indias, que le ayudarían, junto a la filosofía griega, a superar muchas de las limitaciones de la tradición religiosa cristiana de la que era nativo. Esta «asimilación en lo espiritual, aunque no en el lenguaje, entre la filosofía griega y la india» constituye una de las claves de su libro *Dialogues in Limbo*, según cuenta en otra carta al mismo poeta inglés Robert Bridges, en la que confiesa: «Hace mucho que pienso que los primeros griegos poseían virtualmente la misma sabiduría que los indios, y que sólo fue

5. «I won't attempt to answer your letter 'seriatim', although each of the things you tell me prompts me to say something, but I can't let Plotinus lie under the imputation you throw on him of not being a 'good philosopher'. If you mean that his system of the universe is not a map of it, is not scientifically correct or in scale, of course I agree. But it seems to me a very great system, very 'good philosophy', and I am glad that the mystics in Oxford are taking him up, rather than pretending to find comfort in Hegel or in the meretricious psychology of Bergson. The doctrines of Plotinus are flights in the same direction as the doctrines of Christianity: they are not hypotheses intended to explain facts, but expressions invented for sentiment and aspiration. The world, he feels, is full of the 'suggestion' of beauty and goodness, but of the suggestion only». *The Letters of George Santayana*, p. 177-178.

una circunstancia racial y retórica la que los hizo aparecer como fisiólogos en vez de místicos religiosos»<sup>6</sup>.

La síntesis, sin embargo, iba a encontrarla plasmada en la filosofía religiosa de Spinoza —sin duda su maestro favorito y «el filósofo más claro en el tema de 'lo eterno'»<sup>7</sup>—, y en la «más mundana», aunque no menos introspectiva literatura de Goethe —si bien este último autor pasó en el concepto de Santayana de ocupar un lugar privilegiado «del que estoy enamorado»<sup>8</sup> en *Three Philosophical Poets*, a ser considerado una fuente importante del «Egotismo» en el pensamiento alemán con sus rasgos de «amor 'totalitarios' a la vida de todo tipo, representados en El Fausto»<sup>9</sup>.

¿Qué importancia tienen entonces, en este contexto, las dos grandes figuras de la mística tradicional abulense?

Puede decirse que Santa Teresa no tiene apenas importancia directa en el pensamiento de Santayana, si no es a través de la representación viva, aunque limitada y un tanto insatisfactoria, que de ella supuso su hermana Susana. Yo me atrevería a decir que Santayana ni siquiera leyó la obra de la Santa, o si lo hizo fue de forma superficial e incompleta. A lo largo de sus escritos sólo he podido encontrar alguna cita de importancia referida a ella en la autobiografía *Persons and Places* y una de menor importancia en las cartas, faltando sorprendentemente en *Realms of Being*, particularmente en *The Realm of Spirit* y otros libros que tratan del tema místico-religioso. El hecho sorprende aún más, teniendo en cuenta la importancia que el filósofo dio a estos temas y el paisaje que le vinculaba con la Santa.

La única explicación para esta indiferencia hacia la obra de la gran escritora, nos la da él en su autobiografía, en una sola página que transcribo a continuación:

«Santa Teresa no está enterrada allí (en Ávila), sólo su corazón se guarda como reliquia en la capilla construida sobre la habitación donde nació; y su bella imagen, que el sentimiento local casi identifica con ella ahora, se levanta, o más bien está de rodillas, sobre el mismo altar. Es una imagen de madera, móvil y adecuada para llevarse en procesión: sólo el ademán, la cara y las manos revelan al artista; el resto está cubierto con el hábito carmelita, modificado por un vistoso mantón, un nimbo dorado y muchas joyas. No obstante, el escultor y la santa triunfan sobre estos accesorios y vemos a la arrobada monja, pálida y heroica, alzada desde la tierra por la fuerza de la fe y el amor. Sin embargo, Santa Teresa fue sumamente sensata; era considerada ante las circunstancias, los casos particulares, la flaqueza humana y los caprichos del destino; era inconfundiblemente moderna. Puede atraer al pragmático dentro del creyente».

6. «I have long thought that the earlier Greeks had virtually the same wisdom as the Indians, and that it was only an accident of race and rhetoric that they seemed physiologists rather than religious mystics». *The Letters of George Santayana*, p. 222.

7. «Spinoza is the clearest philosopher on the 'eternal'». *The Letters of George Santayana*, p. 406.

8. «I have poked comfortably at home, reading Goethe, with whom I am in love». *The Letters of George Santayana*, p. 13.

9. «I never liked this 'totalitarian' love of life of all sorts; but there it was pictured in Faust, ...». *The Letters of George Santayana*, p. 425.

te: tendencia peligrosa que lleva la religión a la política y, casi inevitablemente, embrutece a la religión misma, convirtiéndola en una especie de política y diplomacia celestiales. Un mundo es suficiente a mi parecer, y desearía que la religión asimilara y transmutara esta vida en términos espirituales últimos, en vez de entregarnos a nuevos riesgos, ambiciones y aventuras sentimentales en una vida venidera. Pero mi impulsiva hermana medio americana era una apasionada discípula de Santa Teresa; y algo insatisfactorio en la devoción de Susana quizás predisponga mi juicio respecto a la perfección de su modelo. En Susana parecía que la religión siempre permanecía forzada, y no endulzó su vejez. ¿Dudaba quizás de la verdad de su fe y la declaraba con tanta insistencia precisamente porque, en el fondo, dudaba de ella? Santa Teresa no sufrió un malestar secreto semejante; pero quizás no habría podido evitarlo si hubiera respirado durante veinte años un ambiente americano. Quizás la fijeza de tradición, de costumbre, de idioma sea un requisito previo para la armonía completa de la vida y de la mente. La variedad en estas cuestiones es una lección para el filósofo y le empuja hacia los fríos brazos de la razón, pero confunde al poeta y al santo y envenena la sociedad»<sup>10</sup>.

La primera conclusión que podemos sacar de estas palabras es que Santayana fue consciente del equívoco espiritual creado y desarrollado en Ávila alrededor de la figura mítica de Santa Teresa y así lo denuncia afirmando que ahora el sentimiento local casi identifica la imagen con la personalidad de la Santa.

Por otra parte, si después de describir el estado de arroabamiento en que se ha representado a la monja, continúa su discurso diciendo: «sin embargo, Santa Teresa fue sumamente sensata», debemos entender que lo del «arroabamiento», la «palidez» y la «levitación» no son para él sino insensateces inventadas por —o al menos para— el vulgo. Lo que uno no acaba de entender, sin embargo,

10. «Santa Teresa is not buried there, her heart alone is kept as a relic in the chapel built over the room in which she was born; and her beautiful image, an image almost identified with her now by local sentiment, stands or rather kneels over the same altar. It is a wooden image, moveable and fit to be carried in procession: only the attitude and the face and hands manifest the artist; the rest is dressed in the Carmelite habit, modified by a gorgeous mantle, a golden nimbus and many jewels. Yet the sculptor and the saint triumph over these accessories, and we see the enraptured nun, pale and heroic, lifted from the earth by the power of faith and love. Yet Santa Teresa was eminently sane; she was considerate of circumstances, of particular cases, of human weakness and the humors of fate; she was distinctly modern. She can appeal to the pragmatist in the believer: a dangerous tendency, it seems to me, that carries religion itself into a sort of celestial politics and diplomacy. One world is enough to my feeling, and I should wish religion to digest and transmute this life into ultimate spiritual terms rather than commit us to fresh risks, ambitions, and love-affairs in a life to come. But my impulsive half-American sister was an ardent disciple of Santa Teresa; and something unsatisfactory in Susana's piety perhaps prejudices my judgment in respect to the perfection of her model. Religion in Susana seemed to remain always strained, and did not sweeten her old age. Did she perhaps doubt the truth of her faith, and did she assert it so persistently precisely because, at heart, she doubted it? Santa Teresa had no such secret unrest; but perhaps she would not have escaped it had she breathed for twenty years an American atmosphere. Fixity of tradition, of custom, of language is perhaps a prerequisite to complete harmony in life and mind. Variety in these matters is a lesson to the philosopher and drives him into the cold arms of reason; but it confuses the poet and the saint, and embitters society. *Persons and Places*, p. 102-103.

es cómo, considerando a Teresa «sumamente sensata» e «inconfundiblemente moderna», no se interesó más por sus escritos, salvando este sentimiento popular.

Santayana no era «creyente», pero, de haberlo sido, en ningún caso hubiera pertenecido al tipo de «creyente pragmático» que era, según él, el tipo de creyente que podía verse atraído por Santa Teresa. Ese era, sin duda, el tipo de creyente al que pertenecía su hermana Susana. Ambas mujeres pertenecían al género de religiosos devotos y hacedores; no al de los intelectuales y contemplativos. Uno es el género de los apasionados, el otro el de los sosegados escépticos y el de los poetas. Por eso Santayana aconseja no llevar la religión a la política, tremendo error histórico de algunas concepciones religiosas institucionales, y conservar la poesía de la vida espiritual como el «Bien» supremo del disfrute terrenal. «Una vida de cada vez» había dicho Henry D. Thoreau, cuando próximo a la muerte alguien le mencionó la «otra vida»; así también Santayana piensa que «un mundo es suficiente». La imaginación la tiene el hombre, no para escapar de este mundo, sino para vivir más felizmente en él. En una carta a Corliss Lamont, Santayana acaba preguntándose: «¿No ha sido muchas veces la creencia en el cielo un anhelo de 'no vivir' más que de 'vivir para siempre'? Yo casi lo creo así. Y ya sabes los versos de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz: 'Muero porque no muero'»<sup>11</sup>.

A Santayana no le atrajo la mística andariega porque su hermana, después de «leer y releer las obras de Santa Teresa»<sup>12</sup>, no supo encontrar la felicidad espiritual en su vida. Quizá Santayana se perdiera algo importante a causa de esta predisposición negativa hacia la gran mujer abulense del Renacimiento, pero sus reparos debieran servirnos a nosotros para que nuestro acercamiento a los escritos de la Santa no pequeño de lo que el sabio reprobó.

Mucho más afín le iba a ser, en talante y perspectiva, la literatura y la personalidad del otro gran místico abulense, San Juan de la Cruz. La afinidad resulta absolutamente natural si nos atenemos al dato de la presencia directa del nombre de San Juan en la obra de Santayana, pues ello probaría que éste no había leído la obra del carmelita hasta una época relativamente tardía en su vida, cuando él mismo ya llevaba varias obras publicadas.

La primera referencia relevante a San Juan de la Cruz se encuentra en *Platonism and Spiritual Life* —un breve preludio a su definitivo *The Realm of Spirit*— cuando habla del lenguaje de los místicos y dice: «ellos utilizan, como todos nosotros, las palabras que encuentran. Para el verdadero místico hasta las cosas son símbolos; cómo iba a rendir culto a las palabras? El místico español, por ejemplo, San Juan de la Cruz, representa todas las virtudes y gracias como sendas que divergen del camino recto, aunque difícil, cuyo nombre es Nada, Nada, Nada»<sup>13</sup>. Este párrafo nos demuestra que en 1927, año en que se publicó

11. «Has the belief in heaven been more often a longing 'not to live', than to 'live forever'? I almost think so. And you know the verses of St. Theresa and Sr. John of the Cross: 'Muero porque no muero'. *The Letters of George Santayana*, p. 395.

12. «She read and re-read the works of Santa Teresa». *Persons and Places*, p. 87.

13. «they use, like all of us, the words they find. To the true mystic even things are symbols; how should he worship words? The Spanish mystic, for instance, San Juan de la Cruz, represents

*Platonism and Spiritual Life*, ya tenía Santayana cierto conocimiento del poeta místico abulense, que fue consolidándose con los años, pues en 1931, en carta a Mrs. C. H. Toy le dice: «Ahora tengo un deseo irrefrenable de escribir un artículo sobre El Bien contra El Infinito, o la Diferencia entre el Misticismo Occidental y el Oriental. La causa de este precipitado plan es doble: un libro de Julien Benda (...) y un libro español de un fraile carmelita sobre San Juan de la Cruz»<sup>14</sup>. Y unos años más tarde, en 1935, cuando estaba inmerso en la producción de su obra culminante *The Realm of Spirit*, le dice a Daniel Cory que, como estímulo para escribir dicha obra se acompaña de *Les Dieux de Alain*, *El Bhagavad-Gita* y las *Obras Completas* de San Juan de la Cruz, lo que le corrobora luego en otra carta de ese mismo año de un modo más concreto: «Estoy de lleno en San Juan de la Cruz, y vivamente interesado en descifrar, lo mejor que pueda, hasta dónde son su unión con Dios y su Dios mismo puramente místicos y filosóficos, y hasta dónde dogmáticamente Cristianos. Esto es muy importante para mi propio tratamiento complicado de 'La Unión', sobre lo que ahora estoy trabajando. Mi pregunta primera es: ¿Con quién va a ser la unión? y la segunda: ¿Qué tipo y grado de unión es posible?»<sup>15</sup>.

Destaca de sus palabras esa distinción permanente en él que hace entre lo «puramente místico y filosófico» y lo «dogmáticamente cristiano» y con ello nos ayuda a nosotros a comprender hasta dónde llegaba su afinidad con San Juan de la Cruz y dónde comenzaban las prevenciones.

En cualquier caso, cuando escribió esas palabras estaba en un estadio de análisis profundo de la obra escrita de San Juan de la Cruz, no exento de ciertos prejuicios todavía. Las verdaderas conclusiones las encontramos en el libro real, en *The Realm of Spirit*, que aparecería cinco años más tarde. Y en ellas lo primero que comprobamos es que las ideas de Juan de la Cruz superaron el primer análisis satisfactoriamente. Santayana se preguntaba hasta qué punto la militancia del santo en una determinada versión religiosa, el cristianismo católico, respetando fielmente sus dogmas, le impedía o dificultaba la conquista del «reino espiritual», la unión con el Supremo Ser —o Supremo Bien o Puro Ser o Dios—. Su respuesta, bajo el epígrafe marginal de «la llama viva y el combustible tradicional en San Juan de la Cruz» en el capítulo «Liberation» es ésta:

all virtues and graces as bypaths diverging from the straight but difficult way, the name of which is Nothing, Nothing, Nothing». *Winds of Doctrine and Platonism and Spiritual Life*, p. 299.

14. «Now I have got an irrepressible desire to write an article on The Good 'versus' The Infinite, or the Difference between Western and Eastern Mysticism. The cause of this rash plan is double: a book by Julien Benda (...), and a Spanish book by a Carmelite friar on Saint John of the Cross». *The Letters of George Santayana*, p. 261-262.

El artículo del que se habla se publicó bajo el título de «The Prestige of the Infinite» y constituye el capítulo V del libro *Some Turns of Thought in Modern Philosophy*, que es una recopilación de cinco ensayos.

15. «I am deep in St. John of the Cross, and keenly interested in deciphering, as well as I may, how far his union with God, and his God himself, are purely mystical and philosophical, and how far dogmatically Christian. This is very important to my own elaborate treatment of 'union', on which I am now at work. I ask 1st: With what is this union to be? And 2nd: What 'sort and degree' of union is possible?». Daniel Cory, *Santayana: The Later Years: A Portrait with Letters*, p. 156.

«Cuando San Juan de la Cruz, por ejemplo, que sabía que los hechos aceptados de la religión no impedían al espíritu introducirse en la noche más oscura, nos dice que la única guía para salir de esa oscuridad debe ser 'la fe', ¿qué entiende por esta palabra? ¿Los dogmas de la Iglesia Católica? Pero esos nunca parece haberlos cuestionado ni perdido de vista. Cualquier herejía parcial le parecería perversa, y no tuvo conocimientos intelectuales o históricos que le mostraran el sistema del Cristianismo completo desde el exterior, como una quimera (imaginativa) más. La fe, en ese sistema, como relato materialmente verdadero de los hechos, no le había evitado su desolación espiritual. ¿Cómo iba a haberle salvado de ella? La fe para invocar daría más bien la impresión de ser fe en la salvación misma, lealtad hacia la total iniciativa de la vida religiosa, 'Fides caritate formata', confianza en que, más allá de esa negación total y esa muerte interior que la completa renuncia personal llevaba consigo, vendría finalmente una definitiva libertad, una visión clara, una llama de amor viva. Y podía venir y vino de hecho; aunque ni la más exquisita inspiración poética pudo servir para expresar su naturaleza en imágenes adecuadas. Los versos de San Juan de la Cruz poseen la brevedad lírica, la sencillez y la pasión que las canciones populares anónimas españolas tomaron, quizás, prestadas de oriente; hay algo tan completo, franco y esencial en tales efusiones, que incluso cuando son simplemente amorosas o ingeniosas, no dejan de ser espirituales. El hombre que las canta, y las improvisa quizás, se ve a sí mismo y a sus sentimientos desde las alturas, como le ocurrió a Catulo cuando escribió: 'Odi et amo'. En esto hay una angustia que, al comprender cuánto de animal hay en ella, se ha convertido en espiritual. Al menos se ha convertido en conciencia de una doble vida; te encuentras pereciendo en el mar de la fortuna y la pasión, y te construye una filosofía o un poema sobre tu naufragio. O mientras todo el mundo está dormido, te ausentas disimuladamente y te introduces en la noche para las secretas misiones de tu amor»<sup>16</sup>.

16. «When St. John of the Cross, for instance, who knew that the accepted facts of religion did not prevent the spirit from passing into the darkest night, tells us that the one guide out of that darkness must be 'faith', what does he understand by this word? The dogmas of the Catholic Church? But those he never seems to have questioned or lost sight of. Any partial heresy seemed to him perverse, and he had no intellectual or historical lights to show him the whole system of Christianity from the outside, as one figment of imagination among many. Faith in that system, as a materially true account of the facts, had not prevented his spiritual desolation. How should it save him from it? The faith to invoke would seem to be rather faith in salvation itself, allegiance to the whole enterprise of the religious life, 'Fides caritate formata', trust that beyond that blank negation and inner death which utter self-surrender involved there would come in the end a positive liberty, a clear vision, a living flame of love. And it could come, it did come; although even the most exquisite poetic inspiration could not avail to express its nature in adequate images. The verses of St. John of the Cross have the lyric brevity, simplicity, and passion that anonymous popular ditties in Spain borrow, perhaps, from the East; there is something so entire, frank and ultimate about such effusions, that they are not unspiritual even when merely amorous or witty. The man who sings them, and perhaps improvises them, sees himself and his feelings from above, as did Catullus when he wrote: 'Odi et amo'. Here is a torment that, in seeing how animal it is, has become spiritual. At least it has become awareness of a double life; you are perishing in the sea of fortune and passion, and you are making a philosophy or a poem out of your shipwreck. Or while the whole

Sin embargo, no hay más que pasar la página para encontrarnos con los defectos que Santayana achaca a los místicos cristianos. Defectos, por otra parte, que no son exclusivos ni característicos de éstos, sino que son también compartidos por otros tipos de misticismo:

«(...) Sin embargo, encuentro dos defectos en el simbolismo erótico, incluso en las delicadas manos de San Juan de la Cruz, en las que estaba relativamente a salvo; porque parece haber tenido un temperamento menos erótico, o un control más varonil sobre él, que otros muchos místicos. Un defecto es que (como en la canción de Salomón) las imágenes dominan al pensamiento, si es que el pensamiento existió; y quedamos seducidos por un cuadro lascivo o un suspiro poético, cuando debiera transportársenos hacia un éxtasis perfectamente espiritual y absolutamente de sacrificio. Los indios, con su intensidad metafísica, son mejores guías en este sentido. El otro defecto es que los amantes dormidos uno en los brazos del otro sobre un lecho de rosas representa una muerte plácida más que una vida sublime. El apaciguamiento del instinto sensual es un mal símbolo para el logro de la iluminación intelectual. La verdadera sublimación espiritual del amor es la caridad, no la embriaguez, ni los éxtasis ciegos, ni el sueño feliz. Así que, si en el uso de imágenes encuentro al misticismo erótico menos instructivo que a la concentración india en el espíritu puro, en sus resultados encuentro igualmente a ambas escuelas demasiado negativas, demasiado soporíferas, demasiado poco intelectuales. El éxtasis total es una forma de intoxicación. En vez de limpiar la lámpara, quita la luz.

San Juan de la Cruz tiene ahora una gran aceptación, incluso entre los meramente curiosos en cuestiones espirituales, porque es el más poético y experto psicológicamente de los místicos; pero ni desde el punto de vista especulativo, ni desde el heroico fue un genio de primer orden. Lo que la esencia de la liberación significa podría comprenderse más fácilmente en San Francisco de Asís o en Buda; uno nos enseñaría la jovialidad de la renunciación total y el otro su paz infinita»<sup>17</sup>.

world is asleep you are slipping out invisibly into the night on the secret errands of your love». *The Realms of Spirit (Realms of Being)*, p. 755.

17. «Yet I find two defects in erotic symbolism, even in the delicate hands of St. John of the Cross, in which it was comparatively safe; because he seems to have had a less erotic temperament, or a more manly control over it, than many other mystics. One defect is that (as in the Song of Solomon itself) the images overpower the thought, if indeed the thought ever existed; and we are charmed by a lascivious picture or a poetic sigh, when we ought to be transported into a perfectly spiritual, entirely sacrificial bliss. The Indians, with their metaphysical intensity, are better guides here. The other defect is that lovers asleep in each other's arms on a bed of roses represent a pleasant death rather than a sublime life. Appeasement of a sensual instinct makes a bad symbol for attainment of intellectual light. The true spiritual sublimation of love is charity, not inebriation, or blind transports, or happy sleep. So that if in its imagery I find erotic mysticism less instructive than Indian concentration on pure spirit, in their issue I find both schools alike too negative, too drowsy, too intellectual. Blank ecstasy is a form of intoxication, not of disintoxication. Instead of cleansing the lamp, it puts out the light.

St. John of the Cross is now in great favour even among the merely curious in spiritual matters, because he is the most poetical and psychologically expert of mystics; but neither in speculation nor in heroism was his genius of the first order. What the essence of liberation is might be more

Con todo, el balance final es absolutamente positivo y Santayana acepta plenamente el punto central, esencial de la línea mística de Juan de la Cruz: «El espíritu no puede nunca ser del todo espiritual, o moralmente otra cosa que el capricho de la ciega Voluntad, hasta haber atravesado la 'Noche Oscura' descrita por San Juan de la Cruz, y haber adoptado su lema: Nada, Nada, Nada. Sólo bajo esta consideración, pueden entenderse todas las cosas, sin confusión, pueden amarse sin deshonra, y pueden tocarse sin que infecten, o puede, para el espíritu, una vida de acción ser una vida de oración»<sup>18</sup>.

La afinidad de ambos escritores no sólo se percibe a través de esta confluencia de ideas respecto a los senderos espirituales de elevación humana, sino que, consecuentemente, se ve también reflejada en el aspecto formal de sus escritos, en el estilo. Afinidad formal que no se da desde luego con Santa Teresa. Para comprobarlo tendremos en cuenta las conclusiones clasificatorias a que llegaron, en sus respectivos análisis de la mística castellana, dos grandes críticos: Suzanne Bressard y Helmut Hatzfeld. He aquí sus resultados<sup>19</sup>:

*Clasificación realizada por Suzanne Bressard comparando la escritura de Santa Teresa y la de San Juan de la Cruz*

<i>Santa Teresa</i>	<i>San Juan de la Cruz</i>
expresiva	preciso
vigorosa	reposado
necesidad de efusión devoradora	rico y matizado
melancólica	armonioso
concreta, pero inquieta	ávido de detalles,
altamente animosa	pero centrado en lo esencial
consuelo en la dulzura	convergente sin apresuramiento
dolorosa	impresionable
penosa	con amargura
apasionadamente sensible	lucidez vigilante
tipo de ideas fijas	sentido común
de imaginación creadora	celo sin agresividad
apelación al miedo	ausencia de toda clase de rutina
necesidad de evasión	pasión por la verdad
trágicamente contradictoria	sentido de la belleza
desdoblamiento psicológico	serena autoridad

readily gathered from St. Francis of Assisi, or from Buddha; one would teach us the cheeriness of utter renunciation, and the other its infinite peace». *The Realm of Spirit (Realms of Being)*, p. 756-757.

18. «The spirit can never be altogether spiritual, or morally other than a caprice of blind Will, until it has traversed the 'Dark Night' described by Saint John of the Cross, and adopted his motto: 'Nothing, Nothing, Nothing'. It is only on this understanding that all things may be understood without confusion, loved without disgrace, and touched without infection, or that a life of action, for the spirit, can be a life of prayer». *The Realm of Spirit (Realms of Being)*, p. 823.

19. Helmut Hatzfeld, *Estudios Literarios sobre Mística Española*, p. 207-208-209.

*Clasificación realizada por Helmut Hatzfeld*

*Estilo de Santa Teresa*

embriagado  
elocuente  
lírico-sintético  
evocativo  
intrincado  
paradójico-contradictorio  
efusivo  
imaginativo  
elegíaco  
optimista  
de dulzura devota  
prosaico  
prolijo  
alegórico  
maternal  
arrebatado  
cariñoso  
persuasivo  
afectivo

*Estilo de San Juan de la Cruz*

sobrio  
factual  
analítico  
racional  
claro  
teológico-lógico  
contenido  
directo  
fríamente objetivo  
pesimista  
heroico-militar  
poético  
preciso  
simbólico  
eremítico  
circunspecto  
varonil  
convinciente  
austero

Creo que todo el mundo que haya leído a Santayana estará de acuerdo en que su estilo se ajusta casi perfectamente a las cualidades asignadas al estilo de San Juan de la Cruz, frente a aquellas que se aplican al de Santa Teresa. Solamente el calificativo de «heroico-militar» nos parece poco apropiado referido a Santayana, sin que por ello, ni mucho menos, haya que aplicarle el contrapuesto de «dulzura devota».

Nos ha importado hasta ahora resaltar principalmente la afinidad existente en las obras escritas de los dos autores, tanto desde el punto de vista formal como del contenido, pero es obvio que detrás de las palabras y las ideas está siempre la biografía y la personalidad. Profundizando en las vidas de ambos escritores, no resultaría difícil encontrar, con toda probabilidad, bastantes más similitudes. Su residencia en Avila, la importancia de un fuerte carácter femenino en sus vidas, sus aficiones y destrezas manuales, su interés por dibujar, las dificultades y mal entendimiento con los colegas, su tendencia a «espiritualizar en exceso» que Santa Teresa achacaba a uno y Susana al otro, el «desasimiento» y la «noche oscura», tantos y tantos detalles que concuerdan esencialmente a pesar de la diferencia histórico-temporal mediante. De San Juan se cuenta «su predilección por retirarse a algún lugar oscuro y oculto que diese sobre un amplio panorama»<sup>20</sup>. De Santayana conocemos su gusto por asomarse a alguna de las puertas de la muralla abulense y deleitarse en la visión del amplio valle desde el recogimiento protegido, o por ver el mar desde un

20. Gerald Brenan, *San Juan de la Cruz*. Ed. Laia, p. 62.

punto de mira fijo en tierra; si bien, estos gustos no eran sino símbolos concretos de su postura vital de retiro en que se mantuvo siempre para observar con más sosiego el amplio panorama de la realidad.

Es natural que Santayana se parezca más a Juan que a Teresa si nos fijamos, cuando menos, en el hecho de que ambos fueran varones con acceso privilegiado a una cultura intelectual que le estuvo vetada a Teresa por ser mujer, y que ella tuvo que suplir con su genio natural. Pero más allá de esta curiosa, aunque no mucho más que anecdótica, relación descriptiva de afinidades metodológicas y temperamentales con Juan de la Cruz y disimilitudes con Teresa de Jesús, la convergencia del mensaje esencial es incuestionable en nuestros tres escritores. Es evidente que Juan y Teresa, en consonancia con la tradición religiosa a que pertenecían —y un tanto en prevención de la maza inquisitorial que les amenazaba— dirigieron sus miradas quizás en direcciones excesivamente perpendiculares al cielo; Santayana, pos-Darwiniano, enfocó su mirada en ángulo más inclinado hacia el horizonte, y, sin menoscabo de la dimensión espiritual que toda su filosofía potencia, su espiritualismo no aceptó la denominación de misticismo porque quería ser, por encima de todo, humanismo. Sin embargo, su reticencia no nos vale hoy, y sólo nos la explicamos desde su aceptación del tradicional concepto, o más bien prejuicio, ortodoxo y restringido del término «mística», ese «cliché notoriamente desenfocado y fragmentario... la visión del místico encumbrado sin apenas apoyo en la tierra, ... el santo extático y sublime»<sup>21</sup>.

Santayana había comenzado hablando de mística en *Interpretations of Poetry and Religion*, pues en su anterior libro *The Sense of Beauty* se había limitado a una breve referencia estética; y en el primer capítulo titulado «Understanding, Imagination and Mysticism» termina su reflexión avisando a la Filosofía de los excesos del misticismo, «con frecuencia, una enfermedad incurable»<sup>22</sup>, y afirmando: «Por tanto la filosofía es más espiritual en la humanidad y en la abstinencia que en los atrevimientos efímeros, y haría bien en inscribir sobre sus puertas lo que, en una antigua iglesia española, puede verse escrito junto a la bajada a una pequeña cripta subterránea:

'Wouldst thou pass this lowly door?  
Go, and angels greet thee there;  
For by this their sacred stair  
To descend is still to soar.  
Bid a measured silence keep  
What thy thoughts be telling o'er;  
Sink, to rise with wider sweep  
To the heaven of thy rest,  
For he climbs the heavens best  
Who would touch deepest deep'»<sup>23</sup>

21. Eulogio Pacho, OCD, *Iniciación a San Juan de la Cruz*. Ed. Monte Carmelo, Burgos 1982, p. 17-18.

22. «Mysticism is usually an incurable disease». *Interpretations of Poetry and Religion*, p. 20.

23. *Interpretations of Poetry and Religion*, p. 22-23.

— versión inglesa que Santayana hizo de los verdaderos versos que él seguramente leyó en la cripta de la Virgen de la Soterraña en la iglesia de San Vicente de Ávila,

«Si a la Soterraña vas,  
Ve, que la Virgen te espera;  
que, por esta escalera,  
quien más vaya sube más.  
Pon del silencio el compás  
a lo que vayas pensando,  
Vaya y subirás volando  
al cielo de tu consuelo;  
que para subir al cielo  
siempre se sube vajando».

realizando algunos cambios derivados de las exigencias formales de la expresión poética, sobre todo rítmicas, y también contextuales, teniendo en cuenta el ambiente cultural al que iba dirigido su libro: así se explica, por ejemplo, que los ángeles («angels») sustituyan a la Virgen, y que utilice el término «Lowly door» (humilde entrada) por «la Soterraña» que ningún americano entendería.—

El mensaje de Santayana estaba claro y lo repitió suficientemente a lo largo de toda su vida: el «Reino del Espíritu» era de este mundo y en este mundo tenía su pleno sentido. Pero nuestra pregunta es: ¿acaso Teresa de Jesús y Juan de la Cruz hablan de otro mundo más que el que conocemos? Tanto ella como él permanecieron siempre con los pies en el suelo peleando por posiciones muy concretas, siendo en este sentido su «subida» más «vajada» que la del propio Santayana. Ambos hablan del Hombre, para el Hombre, desde el Hombre; aunque «de», «para» y «desde» la parte humana más profunda, más desconocida y más trascendental. Y en esta parte de la realidad humana me parece a mí que convergen las filosofías de nuestros tres grandes abulenses.

Es lógico, por tanto, que Santayana acabara al final de su vida haciendo las paces con el término «místico» y, para aceptarlo como calificativo propio, sólo le bastó con acompañarlo del adjetivo «castellano» antepuesto, que Antonio Marichalar, con tan buen criterio le había asignado. Un «misticismo castellano» no podía más que ser un misticismo humano y humanista. En *Apología Pro Mente Sua*, contestando a Baker Brownell, que también le había llamado místico y le había comparado en ello a Emerson<sup>24</sup>, dice: «Un distinguido amigo, Boutroux, dijo una vez que yo era un sabio antiguo; y otro distinguido amigo, Marichalar, ha dicho que soy un místico Castellano. Yo he escrito cosas duras sobre el misticismo, y si se me hubiera llamado místico a secas, ello pudiera haber parecido sorprendente e incluso ofensivo. Pero esa feliz restricción, Castellano, elimina todas esas sugerencias desagradables. Castilla no puede engendrar nada nebuloso. Allí no existe el peligro de creerse uno Dios o que

24. Ver su ensayo «Santayana, the man and the Philosopher», en *The Philosophy of George Santayana*. Ed. de Paul Arthur Schilpp, Evanston and Chicago, 1940, p. 56-57.

Dios es uno mismo. La palabra Castellano seca el viento, despeja el bosque, deja desnudos igualmente a tierra y cielo, infinitamente distantes aunque separados por nada, tal y como debieron el alma y Dios permanecer siempre. El simple místico pudiera ser cualquier cosa, buena o mala; pero el místico Castellano está solemnemente comprometido con un resuelto realismo acerca del mundo y una lealtad incorrupta hacia el ideal. Es un Don Quijote cuerdo»<sup>25</sup>.

¿Qué más necesita un abulense para considerar a Santayana absolutamente inmerso en la línea de pensamiento y en la tradición más puras de nuestra tierra?

INSTITUCIÓN GRAN DUQUE DE ALBA

25. «One distinguished friend, Boutroux, once said that I was an antique sage; and another distinguished friend, Marichalar, has said that I am a Castilian mystic. I have written harsh things about mysticism, and had I been called a mystic simply it might have sounded surprising or even offensive. But that happy restriction, Castilian, removes all those unpleasant suggestions. Castile can breed nothing nebulous. No danger there of thinking oneself God or thinking that God is oneself. That word Castilian dires the wind, clears the jungle, lays bare earth and sky alike, infinitely apart yet separated by nothing, as the soul and God should always remain. The mere mystic might be anything, good or bad; but the Castilian mystic is vowed to an unflinching realism about the world and an unsullied allegiance to the ideal. He is Don Quixote sane». GEORGE SANTAYANA, *Apología Pro Mente Sua*, en *The Philosophy of George Santayana*, Edición de Paul Arthur Schilpp North western University, 1940, p. 603-604.



## Bases para el acercamiento al pensamiento del autor

### BIOGRAFIA COSMOPOLITA

La principal intención, conscientemente asumida en estas páginas, de subrayar la importancia del «abulensismo» como rasgo caracterizador de Santayana y de su obra, corre un considerable riesgo de quedarse en simple reivindicación de cariz limitadamente localista y «anatomizar» o desintegrar una vida y una obra que sólo puede entenderse y analizarse desde una perspectiva «biológica» integral.

La obra de Santayana es como un edificio complejo y monumental, que se asienta sobre varias columnas. Hasta ahora nos hemos limitado a describir y subrayar una de las menos estudiadas en los manuales divulgatorios al uso. Pero creer que el edificio sólo se apoya en esa «columna abulensista» es limitar la visión y la envergadura del monumento.

Desde el punto de vista puramente biográfico, primera base de aproximación a cualquier escritor, la vida de Santayana puede entenderse dividida en tres etapas fundamentalmente: la etapa infantil abulense, que llamaremos constitutiva; la etapa americana o formativa; y la etapa europea o más maduramente creativa. Puesto que hemos visto detalladamente la realidad y la proyección de la primera, repasemos ahora brevemente las dos restantes.

En 1872, sin haber cumplido aún los nueve años, Jorge se encontró transportado a tierras americanas de Boston, donde residió con su madre y sus hermanas y asistió a los colegios de enseñanzas primaria y secundaria hasta su entrada en la Universidad de Harvard para realizar estudios de Filosofía. Fueron aquellos ciertamente años oscuros y más bien tristes, de los que solamente nos quedan retazos descritos por el propio autor en su autobiografía, y lo que, con la necesaria cautela ante la invención imaginativa, puede colegirse de su novela autobiográfica *The Last Puritan* y quizás de alguno de sus poemas de juventud. Las cartas que durante aquellos años escribió a su padre se han perdido, pero las del padre al hijo se conservan y, aunque en general no revelan gran cosa sobre la vida bostoniana de Jorge, alguna sí refleja la falta de felicidad que sintió durante aquella etapa. En una, por ejemplo, del 16 de diciembre de 1880, trata de demostrarle al hijo con amplios argumentos que este mundo no es un

valle de lágrimas, que sólo «por rutina y sin sentirlo» lo llamamos así, y que «después de las tormentas viene la calma», diciéndole a continuación: «Escribo esta especie de sermón acordándome de una de tus cartas en que me decías que no ves felicidad completa en esta vida, y sólo esperas lograrla después de la muerte. Pero lo cierto es que la gente que quiere inculcarnos esta idea tan triste es precisamente la que más se refocila con las comodidades y placeres de este mundo. Ese es un hecho evidente y palpable. Toda mi vida lo he observado, y únicamente puede desconocerlo el que de propósito cierre los ojos para no verlo<sup>1</sup>. Palabras que vienen a confirmarnos, no sólo la infelicidad del joven, sino la fuente religiosa de la que emanaba esa infelicidad, o al menos una buena parte de ella.

Su vida parece que comenzó una fase de desarrollo más despejada y satisfactoria a partir de su entrada en Harvard, el lugar que le fue más familiar en su vida, después de Avila<sup>2</sup>, y donde residió un total de once años como estudiante y como profesor y catedrático.

En 1886, tras finalizar los cursos reglamentarios en la universidad, consigue una beca de estudios —compartida con Charles Augustus Strong, filósofo también y amigo suyo durante casi toda la vida— para especializarse y conocer de cerca la filosofía alemana, predominante por aquel entonces. Santayana reconoció en cartas a William James, y recordó después en su autobiografía, que esta etapa alemana de dos cursos académicos le había resultado particularmente poco productiva y escasamente enriquecedora. Sin embargo, algo debió mejorar su conocimiento del alemán para leer a los filósofos germanos en su propia lengua y servirse así de aquella experiencia para futuros escritos entre los que destaca *Egotism in German Philosophy*. Y desde el punto de vista académico, la experiencia universitaria exterior unida a la tesis sobre Lotze que realizó a su vuelta, le supusieron su adscripción inicial a la Universidad de Harvard como profesor ayudante.

Comenzaba así su carrera académica oficial como profesor de Harvard que coincide con la primera gran etapa productiva del escritor, marcada claramente por el academicismo del que procede de forma inmediata y al que se dirige en primer lugar. El movido ambiente cultural del momento, la categoría de sus colegas de departamento y la necesidad académica de demostrar pública y gráficamente su capacidad intelectual, fueron entre otros los acicates fundamentales que vivificaron su pluma y agujonearon su mente. Fue la época de obras tan influyentes como *The Sense of Beauty*, *Interpretations of Poetry and Religion*, *The Life of Reason*, *Three Philosophical Poets* y *Winds of Doctrine*. Con estos libros Santayana empezó a ser conocido y considerado, alcanzando académicamente las más altas cotas. A pesar de todo, interiormente no se sentía a gusto en aquel ambiente. No aguantaba el academicismo ortodoxo, ni el pragmatismo y psicologismo al uso, ni el materialismo y el comercialismo de la época; ni siquiera el país y su ambiente social le atraían como la vieja Europa. Así que,

1. Carta del padre del 16 de Diciembre de 1880.

2. «Of these places the most familiar to me, after Avila, was the Harvard Yard», *Persons and Places*, p. 186.

en 1912, en la cúspide de su carrera en Harvard, decidió finalmente abandonar lo todo y volver a sus raíces. Bueno, todo menos ciertas asignaciones económicas que le permitieron la huida y la vida relativamente acomodada para el resto de sus días en Europa.

Comenzaba pues, en esa fecha, su tercer gran capítulo biográfico, larga y fecunda etapa final de su vida en la que iba a escribir la mayoría de sus obras maestras. En París, en casa de su amigo Strong, encontró su primer lugar de refugio europeo; Oxford fue principalmente su lugar inglés mientras la guerra le mantuvo aislado del continente; Avila siguió siendo su lugar de visita anual obligado, excepto durante los cinco años bélicos; y finalmente en Roma halló, hasta cierto punto imaginativamente, el hábitat adecuado para una vejez tranquila, creativa, independiente y feliz.

## FUNDAMENTOS CULTURALES

Dentro de este breve repaso histórico a la vida de Santayana, merece capítulo aparte una referencia a sus personalmente reconocidos fundamentos culturales y a las influencias intelectuales más importantes en su evolución filosófica.

Puede decirse que de Avila partió prácticamente inmaculado en este sentido, dada su edad, pero quizá impregnado ya de ese hábito cristiano-católico que se respiraba en la ciudad y que, incentivado después por su hermana Susana en aquel ambiente enrarecido de Boston, supondría la primera gran concepción o interpretación del mundo que impresionó y ocupó prioritariamente la mente del poeta-filósofo durante una buena etapa de su juventud. Esta inclinación afectiva hacia la tradición religiosa cristiana, a la que pertenecía, le acompañó siempre de forma natural, de forma muy similar a lo que ocurrió con su afecto hacia Avila. Similitud incluso en la importante dosis de platonismo que acompañó a ambos sentimientos afectivos. Una diferencia, sin embargo, separaba a estos sentimientos, pues mientras a Avila se reconoció vinculado siempre legal y prácticamente, al cristianismo católico jamás perteneció ni legal ni prácticamente, a pesar de su expresa afinidad.

La otra gran influencia cultural tomaría cuerpo en su formación seguidamente, a medida que se iba desarrollando, desde la «Latin School» de sus estudios secundarios, su conocimiento de las lenguas y culturas clásicas e iba profundizando sobre todo en el mundo cultural y filosófico de la antigua Grecia. El pensamiento de los naturalistas griegos le resultó especialmente atractivo y esclarecedor frente a la dogmática concepción mítica de la religión y le ayudó a superar la ingenuidad juvenil y a entender el fenómeno religioso en toda su dimensión, como creación humana de la imaginación. En la introducción a su obra *The Life of Reason* Santayana resume magistralmente la importancia de esta influencia griega en su pensamiento: «Si la afortunada libertad de los Griegos frente al dogma religioso los convirtió en los primeros filósofos naturales (naturalistas), su afortunada libertad política los convirtió en los primeros

moralistas»<sup>1</sup>. En estas dos cualidades, «naturalistas» y «moralistas», encuentra Santayana los dos primeros fundamentos de su propio pensamiento filosófico.

Pero en la Historia de Occidente, la evolución ideológica había seguido justamente la dirección contraria. Primero fueron los griegos y después vino el predominio del cristianismo. Para Santayana el cambio se produjo a partir de Platón y Aristóteles, pues, tras ellos, «El resto de la filosofía antigua pertenece a la decadencia y basa su física en el eclecticismo, y su moral en la desesperación. Ese aliento creativo que había movido a los fundadores y legisladores de Grecia no inspiraron ya a sus descendientes. Incapaces de controlar el curso de los acontecimientos, se refugiaron en la abstención o en la conformidad, y su ética se convirtió en una cuestión de economía y sentimiento particulares, sin aspirar ya a amoldar el estado o a aportar alguna meta positiva a la existencia. Se aproximaba el tiempo en que tanto la especulación como la moral iban a dirigir su mirada hacia el otro mundo; la razón había abdicado el trono, y la religión, tras ese breve interregno, lo reasumía durante siglos»<sup>2</sup>. El apoyo que supuso el idealismo platónico para la nueva concepción religiosa lo explica Santayana, no sólo en esta temprana introducción a *The Life of Reason*, sino más profundamente en obras posteriores como *Platonism and Spiritual Life* y *The Idea of Christ in the Gospels*.

A partir de estas dos influencias fundamentales, el cristianismo y la filosofía griega, el sustrato cultural de Santayana resulta algo más difícil de definir. Hay que tener en cuenta que, como catedrático de filosofía, era profundo conocedor de toda la filosofía occidental, cuyos sistemas y representantes más sobresalientes había explicado en sus cursos universitarios. Los reconocimientos de deuda ideológica hacia muchos de estos filósofos es frecuente en sus libros, pero siempre en temas puntuales. Sobresalen quizás por encima de otros nombres los de aquellos que tuvieron contacto directo con él por ser contemporáneos suyos, profesores o amigos. William James, Josiah Royce, G. E. Moore, Bertrand Russell, Mac Taggart, entre otros, compartieron discusiones filosóficas con él y dejaron su indudable huella.

No destacó, sin embargo, Santayana por su amplitud de contactos sociales, y dado su relativamente temprano apartamiento de los círculos intelectuales y académicos, sus afinidades ideológicas hay que buscarlas más bien a través de sus lecturas, no sólo aquellas de carácter filosófico propiamente, sino las literarias en general.

Entre las primeras, siempre confesó particular adicción a Spinoza. En este escritor religioso escéptico, al que cita con muchísima frecuencia, encontró

1. If the happy freedom of the Greeks from religious dogma made them the first natural philosophers, their happy political freedom made them the first moralists». *Reason in Common Sense*, p. 18.

2. «The rest of ancient philosophy belongs to the decadence and rests in physics on eclecticism and in morals on despair. That creative breath which had stirred the founders and legislators of Greece no longer inspired their descendants. Helpless to control the course of events, they took refuge in abstention or in conformity, and their ethics became a matter of private economy and sentiment, no longer aspiring to mould the state or give any positive aim to existence. The time was approaching when both speculation and morals were to regard the other world; reason had abdicated the throne, and religion, after that brief interregnum, resumed it for long ages». *Reason in Common Sense*, p. 28.

siempre un ascendiente esclarecedor y, sin lugar a dudas, su filósofo favorito. En cuanto a otros pensadores, sólo cabe recordar que Santayana conoció a través de la lectura prácticamente a todas las figuras fundamentales de la filosofía occidental, a cuyas obras podía acercarse directamente, puesto que conocía bien el alemán, el francés y el italiano.

La literatura fue seguramente, para un hombre que gustaba más del juego imaginativo que de los sistemas filosóficos con pretensiones de Verdad, el campo de lectura más satisfactorio. Santayana fue un gran crítico literario, cuyos juicios y escritos ensayísticos más relevantes siguen aún en nuestros días vigentes en los medios académicos. Cabe destacar, entre otros, los referidos a Shakespeare, Whitman, Browning y Emerson, recogidos en *Interpretations of Poetry and Religion* y los que analizan la poesía de Lucrecio, Dante y Goethe, que componen el libro *Three Philosophical Poets*.

En este sentido resulta curioso contrastar cuán escasas fueron sus lecturas en lengua y literatura hispanas. En su autobiografía sólo se hace eco del catecismo escolar, al que atribuye ciertos puntos decisivos en su filosofía posterior, del Quijote, que su hermana Susana solía leerle durante el primer año de estancia en los Estados Unidos y algunas novelas de «Fernán Caballero» que también le leían en esas veladas bostonianas. De todas estas lecturas, sólo el Quijote aparece citado con cierta frecuencia en su obra escrita. Aparte de esto, existe constancia de muy pocas lecturas más.

Una carta a don Miguel de Unamuno en 1913 demuestra que leyó *El Sentimiento Trágico de la Vida*. A los dramaturgos del Siglo de Oro también debió leerlos, aunque no sabemos si en castellano o en versión inglesa, pues sobre ellos escribió un ensayo, recogido en *Soliloquies in England and Later Soliloquies* bajo el título de «A Contrast with Spanish Drama» (Un Contraste con el Teatro Español). De sus lecturas de San Juan de la Cruz ya hemos hablado y parece que lo leyó bastante tarde. Finalmente, suponemos que a través de Antonio Marichalar, «amigo y traductor» suyo, algún conocimiento debió tener de la llamada «generación del 27», al menos se conoce un intercambio de traducción poética mutua con Jorge Guillén, en el que Guillén tradujo el soneto «L» de Santayana y éste a su vez tradujo «Estatua Ecuestre» de Guillén<sup>3</sup>.

3. «The Journal of Philosophy», Vol. LXI, nº 1.

## LA DUALIDAD COMO PUNTO DE PARTIDA

Seguramente a Don Agustín Ruiz de Santayana, padre del filósofo, no se le pasó por la imaginación, mientras acompañaba al niño en su viaje a los Estados Unidos allá por 1872, que con ello estaba contribuyendo a marcar la vida y el carácter del futuro filósofo con el rasgo distintivo más sobresaliente de su pensamiento. Seguramente Don Agustín sólamente pensó en proporcionar a su hijo un ambiente más propicio para el estudio y el desarrollo intelectual que aquel que le envolvía en la Avila de la época, sin darse cuenta que a la vez y por ello, este niño comenzaba, por su edad, a pertenecer a dos mundos bien distintos, con los que iba a establecer una relación ambivalente; pues, si por un lado su experiencia iba a enriquecerse con las aportaciones de ambos mundos, contribuyendo a una amplia formación cultural cosmopolita, su vida iba por otro lado a enajenarse de ambos mundos. En este continuo enfrentamiento de influencias y tendencias, se fraguó el pensamiento de Santayana. La altura, calidad y universalidad de éste, vendrán tasadas por el grado de síntesis superadora que logre a través de dicho enfrentamiento.

Por otro lado, esta «dualidad» como «batalla interior» no sólo afectó al filósofo y a su obra, sino que hoy se proyecta sobre estos dos mundos, receptores de dicha obra. En este sentido, a Santayana se le ha venido rechazando más bien por ambos lados bajo la excusa de lo extraño o bien su obra ha sido admitida únicamente por lo afín, en vez de lo que sería más deseable, que fuera entendida y apreciada precisamente porque aporta esa otra cara de la realidad que desde uno solo de los lados no se percibe. De modo que nuestra pretensión aquí, desde el lado amurallado, debe centrarse en la demostración de que lo que debemos a don Agustín Ruiz de Santayana por su decisión de trasladar al pequeño Jorge a América, es un profundo agradecimiento por contribuir de forma tan decisiva a que alguien criado dentro de la muralla saliera, abriera los ojos y la mente, viera y entendiera lo que hay más allá y nos ayudara así a los que quedamos dentro, a ver y a conocer también las limitaciones de la tradición y el sentimiento localistas y a ser conscientes en alguna medida del contorno, además del entorno, que suele ser desafortunadamente donde, con más frecuencia, nos quedamos.

El carácter «dual» no es, en principio, exclusivo de nadie, precisamente porque es cualidad de la que todo el mundo participa. Por naturaleza, cada hombre, desde su origen genético, es un conjunto de elementos pertenecientes a dos campos de signo contrario —masculino y femenino— en el que la balanza que sostiene ambos campos mediante un solo punto de apoyo medio, se ladea hacia uno de los extremos, según el «platillo» de signo dominante.

Posteriormente, también toda persona, o al menos toda aquella que llega a conocer a sus padres, se encuentra ante una nueva bifurcación influencial, marcada por la madre en un extremo y el padre en el otro. La importancia de dicha influencia viene limitada por la distancia real entre ambos extremos, y desde luego, no es ya igual para todo el mundo. En el caso de Santayana estos extremos estaban tan separados que él incluso llegó a preguntarse cómo pudieron llegar a unirse en algún momento para que él viniera a este mundo. «No tengo datos respecto a lo que puede en realidad haber llevado a estas dos personas tan racionales, sin ilusión mutua o por sus respectivas posiciones o compromisos, a pensar en un matrimonio tan irracional»<sup>1</sup>. Lo cierto fue que esa división familiar tuvo gran influencia en el filósofo como queda reflejado directamente en su autobiografía y muy particularmente en su novela autobiográfica *The Last Puritan*, aunque en ésta los hechos aparezcan un tanto fantaseados. En el caso de Santayana, además, esta bipolaridad familiar se vio acentuada y prolongada en Boston por la creciente influencia de su hermana Susana, que desde la llegada del niño allá, relevó prácticamente a la madre en sus funciones respecto a Jorge, de forma que éste se encontró a partir de ese momento ante una nueva doble influencia: el liberalismo escéptico del padre frente al dogmatismo fanático de la hermana, con la ventaja para el último de encontrarse más próximo y resultar, dada su fuerza, difícil de contradecir mientras Jorge era joven. Habrían de pasar años y acontecimientos para que la postura del filósofo madurara. Con los años mejoró su preparación y, entre los acontecimientos que tuvieron lugar, destaca el fracaso conventual de Susana y su posterior matrimonio. Los hechos descalificaban la postura de la hermana, mientras la postura del padre cobraba fuerza a través de los encuentros veraniegos con él en Avila.

A pesar de todo, no fue esta doble línea familiar la circunstancia más decisiva en la formación de Santayana como hombre de «espíritu de frontera»<sup>2</sup>; aunque esta fuera, en realidad, la causa primera de lo que resultó ser el hecho esencialmente determinante en su vida: el traslado o trasplante desde Avila a Boston. El salto no podía ser más abismal dentro del mundo occidental. Iba de extremo a extremo. Desde una antigua ciudad medieval con todo lo que ello conlleva de tradición, convención, catolicismo arcaico, conservadurismo, y también raigambre nobiliar, eclesiástica y arquitectónica, hasta otra ciudad absolutamente contrapuesta, enclavada en el nuevo mundo, la más culta entre

1. «I have no evidence as to what really may have brought these two most rational persons, under no illusion about each other or their mutual position and commitments, to think of such an irrational marriage». *Persons and Places*, p. 54-55.

2. José Jiménez Lozano, *Guía espiritual de Castilla y León*, p. 308.

ellas, centro de movimientos religiosos nuevos surgidos del protestantismo, es decir, provenientes de la reforma del viejo catolicismo europeo; pero, sobre todo, Boston, junto a la vecina Cambridge y su universidad de Harvard, formaban el núcleo universitario o intelectual más importante de los Estados Unidos y era por tanto centro de nuevas teorías filosóficas. Era, a su vez, un salto desde la cultura del sur a la cultura del norte, del mundo del Mediterráneo al del Atlántico, de la cultura y sociedad latinas a las anglo-sajonas, del clasicismo al «barbarismo», que diría él, del ámbito del misticismo al de la reforma, del reino del idealismo al del pragmatismo, de los dominios de la tradición a los de la modernidad y la innovación, de casa a la escuela. Por eso él siempre se esforzó en dejar bien clara la diferenciación entre su carrera («career») y su vida («life»). En casa, es decir en Ávila o en torno a Ávila, se formó el corazón, en Estados Unidos, la cabeza. Esta es la razón por la que su afecto siempre fue mayor hacia lo casero, dentro de su dualidad. Se inclinó, por tanto, hacia el catolicismo frente al protestantismo; hacia la tradición frente a lo innovador; hacia Ávila y la familia abulense frente a sus amistades y familiares americanos; hacia el sentido común frente a la ortodoxia académica. Esta inclinación afectiva llegaba en algunos casos, como ya nos contaba Bertrand Russell, a romper su condición de imparcialidad cuando estaba en juego lo casero o en temas que afectaban al corazón. No olvidemos, sin embargo, que estos apasionamientos no son la tónica ni el mensaje esencial de su pensamiento y, en cualquier caso, fueron decreciendo en su vida a medida que el hombre adquiría madurez filosófica. Creo que de un análisis global de su obra, la conclusión final más admitida sería la contraria justamente: que la cabeza y la imaginación se impusieron a la pasión. En ello estriba precisamente la ventaja del abulense, pasado por el molde americano. El resultado final es, por otra parte, lógico si comparamos la brevedad de su etapa abulense, base real de esos «apasionamientos», con los períodos muchísimo más largos de su vida pasados en los Estados Unidos y en Europa.

Esta particularidad vital de Santayana de verse enfrentado a dos realidades distintas o a dos influencias o puntos de vista contrapuestos, estaba en su destino y no acabó con la dualidad hispano-americana. Más tarde habría también de continuarla en el propio campo de la cultura, la intelectualidad y la forma de vida estadounidenses. Al parecer no era sólo por los polvorrientos caminos de su vieja y nativa España donde viajaban Sanchos y Quijotes, ni tan sólo en el mundo bíblico de su tradicional y familiar catolicismo donde cohabitaban Martas y Marías. También en el mundo norteamericano descubrió el filósofo observador la existencia de una profunda contradicción entre el entonces incipiente —aunque ya galopante— ajetreo vital de la sociedad estadounidense y su breve tradición cultural de signo humanista.

Por «ajetreo vital» entendemos la que ha venido siendo siempre característica del comúnmente conocido «American way of life» desde sus comienzos prácticamente. Conociendo la debilidad del ser humano, es hasta cierto punto lógico ese camino seguido por una mayoría del pueblo que desciende de los primeros colonizadores. «The Pilgrim Fathers», herederos directos del puritanismo británico, que concebían y llevaban un tipo de vida más bien sombrío y

triste, nunca exento de hipocresía. En palabras de un famoso crítico de la época, el Puritanismo venía a ser algo así como «el miedo obsesivo a que alguien, en algún sitio, pudiera ser feliz»<sup>3</sup>. Cuando esta gente, superadas las primeras dificultades físicas de asentamiento en un mundo nuevo, casi virgen, se apercibió de la inmensa riqueza que les rodeaba y de la relativa facilidad de explotación de tal riqueza, entró de lleno, tras la depuración interna que supuso la guerra civil, en la etapa viciosamente materialista en la que la meta de la vida estaba en el rápido enriquecimiento. Era la época representada y satirizada por Mark Twain en su obra *The Gilded Age*, publicada un año después de la llegada a Boston de Santayana, que conoció por tanto dicha época en todo su apogeo.

Frente a este impulso materialista que siguió la vida americana, existía otra línea cultural de cariz bien distinto. El mismo puritanismo primitivo que había dejado a la masa caer hipócritamente en el afán de riqueza y de rápido y creciente bienestar material, había servido desde un aspecto menos liviano, de fundamento espiritual a la élite cultural del nuevo país, de forma que, unido a otras tendencias religiosas y filosóficas occidentales y orientales que habían ido llegando, vinieron a dar en ese movimiento ya tipicamente americano que conocemos con el nombre de «Trascendentalismo Americano» y que tuvo su centro precisamente en el Boston que poco después iba a conocer Santayana. Voces como las de Emerson y Thoreau clamando por la vuelta a la naturaleza y a la sencillez de vida, constituyan la antítesis de aquel «ajetreo» social y comercial al que antes nos referímos.

Santayana fue, no obstante, mucho más sensible a las controversias intelectuales que a los movimientos sociales y no comenzó realmente a respirar este ambiente de debate hasta entrar en la vecina universidad de Harvard. Contaba por aquel entonces el departamento de filosofía de esa universidad con nombres tan destacados como los de Royce y William James, entre otros. Ambos fueron profesores suyos primero y colegas de departamento después. Josiah Royce, considerado como el último gran idealista del siglo XIX, se negaba a admitir ese concepto lanzado por los europeos del creciente materialismo americano y pretendía demostrar la existencia de un equilibrio entre materialismo e idealismo en la vida de su país.

La verdadera síntesis, no obstante, vendría más claramente representada por William James. Hijo de un trascendentalista seguidor de Swedenborg, había heredado de su padre el interés por los valores espirituales y religiosos, pero a la vez, a través de sus estudios de medicina y de la influencia de Charles Sanders Peirce y los empiristas británicos, había llegado a la conclusión de que la veracidad de las ideas sólo podía venir convalidada por la relevancia práctica de su puesta en acción. Este pragmatismo filosófico expresado con la apertura y claridad propios del estilo de James, caló en la «movida» social del momento y desde entonces ha venido dominando la forma de pensar norteamericana hasta nuestros días.

3. «the haunting fear that someone, somewhere, may be happy». Mencken y su amigo George Jean Nathan en «American Mercury». Cita de Marcus Cunliffe, *The Literature of the United States*, p. 25.

¿Cuál fue entonces la posición de Santayana en este contexto? Puesto que estudió filosofía con estos profesores, es indudable que se impregnó de estos conceptos, sobre todo en su contacto con William James, con el que mantuvo una profunda relación que puede apreciarse a través de las cartas, algunas de ellas escritas desde Ávila. Así pues, participó en la controversia y partió incluso de posiciones pragmáticas más o menos matizadas. Sin embargo, Santayana no era un americano nativo, como un James o un Dewey; no tenía aquella pretensión de construir una línea de pensamiento propiamente americana, diferenciada ya de sus orígenes europeos —tendencia ésta que venía siendo típica de los pensadores y escritores del nuevo mundo y que había empezado a cuajar con los trascendentalistas. Santayana era por tanto mucho más libre y sus raíces características fundamentales pertenecían a otro suelo. Su síntesis, como nos demostrará el análisis evolutivo de su pensamiento escrito, habría de ser bien distinta. No podía ser la del metafísico idealista Royce, ni la del pragmático romántico James, ni la del nuevo pragmatismo o «instrumentalismo» de John Dewey. Santayana tenía tras de sí la tradición espiritualista hispana que le obligaba a mostrarse escéptico frente a estos optimismos americanos y optar por una síntesis esencialista en la que, sin olvidar la existencia primigenia de la realidad material o más bien basados firmemente en ella, los valores espirituales sean los alicientes supremos de la vida humana, pero cultivados con la suficiente independencia e imparcialidad escéptica como para no caer en fanatismos dogmáticos que coarten la libertad propia y/o la de los demás.

Santayana se había sentido siempre extranjero en los Estados Unidos y reaccionó prácticamente contra todo lo típicamente americano, incluso agresivamente en un principio, para, poco a poco, pasar a un tono mucho más moderado cuando se sintió en Europa más distanciado y liberado de la realidad de aquel país. Su pensamiento, aunque formado oficialmente en Estados Unidos, constituyó en realidad una reacción contra todas sus tendencias filosóficas. Si en alguna ocasión sus escritos sirvieron en cierto modo de manifiesto compartido, como por ejemplo sus críticas a las posiciones idealistas y humanistas refinadas americanas desde una postura filosóficamente «materialista», debe admitirse hoy que a Santayana no cabe asociarle con ningún movimiento establecido y a su obra hay que acercarse sin prejuicios clasificatorios ni «-ismos» al uso, que necesitarían de constantes matizaciones para su adecuación a una obra tan singular, tan rica y tan variada, no sólo en contenidos filosóficos sino por la forma atípicamente bella en que está escrita.

La circunstancia vital de su doble sustrato, la dualidad de que hemos venido hablando como punto de partida en su evolución pensadora, le condujeron a mostrarse, casi desde el comienzo de su actividad creadora, como un filósofo independiente, a disgusto en cualquier escuela o círculo intelectual, a disgusto por tanto en la universidad que abandonó en cuanto pudo seguir su más íntima inclinación: llevar una vida de libre-pensador, de filósofo en el sentido más clásico del término, alejado del agobiante mundanal ruido.

Es momento pues, una vez conocido el punto de partida de los sustratos biográfico y formativo del escritor, de centrar nuestro análisis en su obra y seguir cronológicamente la evolución filosófico-literaria de ella.

## LA BELLEZA

Santayana, en su carrera de escritor, partió de la universidad. Aunque siempre se sintiera un inadaptado a ese tipo de vida académica, como nos confiesa en su autobiografía y en múltiples cartas y concuerda con las opiniones de algunos de sus profesores y críticos, fue allí, en Harvard, donde encontró primeramente el estímulo suficiente para comenzar a escribir. Sus primeras colaboraciones poéticas aparecieron en publicaciones universitarias; posteriormente, por sugerencia de Royce, se enfrentó a su tesis doctoral sobre la filosofía de Lotze, que supuso su primer trabajo serio en este campo y le proporcionó la posibilidad de entrar a formar parte del departamento de filosofía de esa universidad como profesor ayudante. Una vez dentro, la propia situación académica le exigía investigar y escribir: «Se esperaba de mí y casi se me exigía que fuera 'constructivo' y 'creativo', o que apareciera serlo»<sup>1</sup>. Siguiendo además el modelo típicamente norteamericano, debía especializarse en algo: «Yo era una especie de poeta, era sensible a la Arquitectura y a las otras artes y dominaba varios idiomas: 'la estética' podría ser considerada como mi especialidad. Muy bien: aunque no tenía, ni tengo ahora, una noción clara de lo que la 'estética' pueda ser, me encargué de dar un curso en esa materia. Ello ayudaría a definir mi posición (*status*). Lo imparti durante uno o dos años y luego transcribí lo esencial de él en un pequeño libro: *The Sense of Beauty*<sup>2</sup>. Este fue el origen del libro que lanzó a Santayana como filósofo, uno de los más leídos y estudiados de toda su producción y uno de los pocos que todavía hoy pueden encontrarse en las librerías inglesas y estadounidenses en ediciones recientes. También fue el primero y uno de sus pocos libros que han sido traducidos en España.

1. «I was expected and almost compelled to be 'constructive' or 'creative', or to pretend to be so». *The Middle Span*, p. 156.

2. «I was a kind of poet, I was alive to architecture and the other arts, I was at home in several languages: 'aesthetics' might be regarded as my specialty. Very well: although I didn't have, and haven't now, a clear notion of what 'aesthetics' may be, I undertook to give a course in that subject. It would help to define my status. I gave it for one or two years and then I wrote out the substance of it in a little book: *The Sense of Beauty*». *The Middle Span*, p. 156-157.

El título de este primer libro hace honrosa justicia a la calidad de toda la obra de su autor, porque, en la base de todos sus escritos y como punto de arranque en todo su pensamiento y actitud ante la vida, está su sentido estético, su conciencia de estilista minucioso, de que la belleza es cualidad indispensable de la bondad, si es que ambos términos no son equivalentes, puesto que él consideró «una simple barbaridad el sentir que una cosa es estéticamente buena, pero moralmente mala, o moralmente buena pero odiosa a la percepción»<sup>3</sup>. De esta forma encontramos ya en su concepción estética uno de los principios fundamentales sobre los que basa su pensamiento, su comprensión integral e integradora de toda la vida y actividad humanas.

Esta concepción estética viene expresada fundamentalmente en dos libros: *The Sense of Beauty*, en el que estudia el origen, la naturaleza y las características de ese singular fenómeno psíquico que es el juicio estético, el «sentido o sentimiento de lo bello» y *Reason in Art*, cuarto volumen de *The Life Of Reason*, en el que trata de determinar la función del arte en la vida humana. Ambos libros son complementarios y, si en el primero encuentra que ese sentimiento estético está en profunda relación con las otras funciones del espíritu, en el segundo concluye que también la función del arte es indispensable en lo que él entiende por «una vida racional». En este sentido, la Estética no puede ser una parte de la filosofía, desligada «anatómicamente» de las demás. La función del arte está dirigida fundamentalmente hacia la mejora y el ennoblecimiento de la vida del hombre; no puede, por consiguiente, quedarse en una pura teoría estética que gire sobre sí misma. Santayana no aprueba el concepto de «el arte por el arte». Si la naturaleza humana es un todo, «no es propio de la vida racional 'que aprobemos con alguna parte de nuestra naturaleza lo que sea ofensivo para cualquier otra parte'». Y el valor estético no puede realizarse en objetos que no nos afecten desde algún otro punto de vista. No puede tener como asiento lo insignificante. Todo lo que aspire a recrear la imaginación debe haber ejercitado antes los sentidos y suscitado alguna directa reacción anímica, debe haber atraído sobre sí nuestra atención y haberse entrelazado en la urdimbre viva de nuestra personal historia, antes de pasar, en fin, por la acción depuradora de la inteligencia<sup>4</sup>. En consecuencia, «siendo el arte una parte de la vida, la crítica del arte es una parte de la moral»<sup>5</sup> y debe por tanto buscar en el arte aquellos nuevos ideales que conduzcan a la felicidad humana y rechazar aquellos que vayan justamente en sentido contrario. Se muestra, en este sentido, sumamente cauteloso frente a la libertad creadora de la imaginación. Según él ésta debe ser «domesticada» en cierto modo para su adecuación a este mundo. El artista debe servirse de la contemplación para evitar la irrelevancia de su innovación creadora. «El progreso se encuentra en la dirección del discernimiento y de la precisión, no en la de la emoción y el ensueño informes»<sup>6</sup>.

3. «It is mere barbarism to feel that a thing is aesthetically good but morally evil, or morally good but hateful to perception». *The Reason in Art*, p. 177.

4. Raimundo Lida, *Belleza, Arte y Poesía en la Estética de Santayana. Contra la autonomía de lo estético*, p. 7-73. La cita suya es de *Obiter Scripta*, p. 27.

5. «Art being a part of life, the criticism of art is a part of morals». *Reason in Art*, p. 178.

6. «Progress lies in the direction of discrimination and precision, not in that of formless emotion and reverie». *The Sense of Beauty*, p. 94.

Para Santayana el artista debe buscar siempre la inspiración, volviendo la mirada hacia la naturaleza. «La Naturaleza es la base, pero el hombre es la meta»<sup>7</sup>. El artista debe ser ante todo un extraordinario conocedor de la realidad y partir siempre de ella, «porque si no conocemos nuestro entorno, confundiremos nuestros sueños con una parte de él y de esta forma echarímos a perder nuestra ciencia haciéndola fantástica, y nuestros sueños haciéndolos obligatorios»<sup>8</sup>. He aquí otro de los grandes principios del pensamiento de Santayana por el que se esforzó durante toda su vida de madurez: su afán por hacer comprender al hombre que no debe mitificar los ideales, pero tampoco debe prescindir de ellos. En todos los escritos de Santayana está presente y claramente subrayada su reivindicación de la creación imaginativa como valiosa aportadora de felicidad humana. El hombre inventa el ideal y sueña con él en su afán natural por mejorar la calidad y el sentido de su propia vida; pero si ese hombre, en lugar de utilizar conscientemente dicho ideal en aras de un perfeccionamiento humano, pierde esa conciencia y llega a confundir la idealidad con la realidad, caerá de lleno en el triste abismo del fanatismo y la inadaptación.

Su segunda obra importante, *Interpretations of Poetry and Religion*, es un claro exponente práctico, ilustrativo de estos conceptos. Desde un plano contemplativo —que tanto molestó a William James quien llegó a acusar a esta obra de «la perfección de la podredumbre»— Santayana llama la atención sobre la afinidad entre la facultad estética y la facultad moral del hombre, entre la poesía y la religión, como creaciones de la imaginación humana. «La religión y la poesía son idénticas esencialmente, y sólo difieren en la forma en que se las aplica a los asuntos prácticos. A la poesía se la llama religión cuando interviene en la vida, y la religión, cuando simplemente sobreviene a la vida, se aprecia que no es más que poesía»<sup>9</sup>.

7. «Nature is the basis, but man is the goal», *The Sense of Beauty*, p. 102.

8. «for if we do not know our environment, we shall mistake our dreams for a part or it, and so spoil our science by making it fantastic, and our dreams by making them obligatory». *Three Philosophical Poets*, p. 214.

9. «religion and poetry are identical in essence, and differ merely in the way in which they are attached to practical affairs. Poetry is called religion when it intervenes in life, and religion, when it merely supervenes upon life, is seen to be nothing but poetry». *Interpretations of Poetry and Religion*. Pref. V.

## LA RAZÓN

Desde sus orígenes abulenses, Santayana conservaba un espíritu fundamentalmente contemplativo, un tanto quietista, que se prolongó en los Estados Unidos en un tipo de vida juvenil intimista, dedicada a la lectura, el estudio, la observación y la meditación. La poesía cuadraba entonces perfectamente con su tono vital en el que todavía restaba la nostalgia de su mundo infantil original. Pero llegó a la universidad y se encontró de lleno inmerso en el centro mismo del ambiente cultural americano del momento y, por tanto, en el centro de sus controversias. La confrontación entre materialismo e idealismo exigía una síntesis por parte de los filósofos contemporáneos. El Pragmatismo de William James y el Instrumentalismo de John Dewey habían conseguido en cierto modo un resultado válido y aplicable en aquel contexto norteamericano. Santayana conocía muy bien todas estas posturas y hasta cierto punto se debía a ellas. En aquellos momentos era miembro del departamento de James. Todo a su alrededor le exigía un pronunciamiento. El filósofo, genuinamente contemplativo, se veía académicamente forzado a salir de su postura intimista, poética, espiritualista, individualista, para expresar sus puntos de vista y tomar una actitud académicamente activa. Por otra parte, además de este contacto directo con las posturas americanas, Santayana poseía un conocimiento también de primera mano de los movimientos europeos. Había pasado dos años en Alemania y un año en el Trinity College de la universidad inglesa de Cambridge, donde había compartido provechosas conversaciones con Bertrand Russell, George Edward Moore y John M. Ellis MacTaggart. Estaba, por tanto, en perfecta disposición para definir su propia postura. El resultado fue *The Life of Reason*, el gran tratado en cinco volúmenes de este periodo.

En esta obra aparece antes que nada, y ya claramente expresado, su naturalismo, del que no renegará hasta el final de su vida, a pesar de los matices cambiantes en la lógica evolución de su pensamiento. Así, todavía en 1951, nos encontramos con esta respuesta suya, dada en un cuestionario de Warner Allen Smith: «El naturalismo es algo a lo que estoy ligado tan profundamente como

para estar dispuesto a llamarlo materialismo, para evitar toda confusión con el romántico de Goethe o de un Bergson. El mío es el naturalismo duro, no humanístico, de los filósofos jónicos, de Demócrito, Lucrecio y Espinosa. Es originario e incluye al hombre, la mente y sus productos, fruto del orden generativo de la naturaleza»<sup>1</sup>.

*The Life of Reason* es esencialmente consecuente con toda la línea de pensamiento de Santayana, pero, quizás debido a la proximidad del ambiente cultural y social en el que se había formado —es la época de su vida en que más se vio envuelto en la realidad de este ambiente—, presenta una serie de matices o un determinado grado de énfasis en algunos puntos que la hacen aparecer ligeramente distinta a la producción anterior y posterior del filósofo. Esto lo aprecian sus colegas y el mismo William James, que había hablado de «la perfección de la podredumbre», refiriéndose a escritos anteriores de Santayana, aplaudió hasta cierto punto su nueva obra. A la larga se ha demostrado que los norteamericanos no fueron capaces de comprender a Santayana, mientras él los conocía muy bien a ellos. Efectivamente *The Life of Reason* presenta una serie de características en consonancia con el impulso vital americano del momento. Era una obra ciertamente optimista, saludable, que presentaba un modelo de «vida racional» en el que las ideas tenían una finalidad práctica, de forma similar a la presentada por James. En su introducción a la obra de Santayana habla de que «La vida racional del Hombre consiste en aquellos momentos en que la reflexión no sólo se da sino que resulta ser eficaz»<sup>2</sup> y de que las ideas deben ser «relevantes para el conocimiento» y por tanto, «toda reflexión sería entonces aplicable a la acción y toda acción fructificaría en la felicidad»<sup>3</sup>. Hasta aquí todo cuadraba muy bien con ese sentido de progreso que dominaba a la sociedad norteamericana de principios de siglo. Sin embargo, precisamente con respecto a la palabra «progreso» comenzaba la incomprendición. ¿Cómo era posible que un hombre a quien «entre todas las palabras del léxico moderno, la que más le desagradaba era 'Progreso'» hubiera escogido precisamente este término en el subtítulo de su gran obra?<sup>4</sup>.

En efecto, posteriores lecturas críticas de la obra de Santayana han venido a demostrar que, aunque debiendo mucho al pragmatismo de su profesor, *The Life of Reason* es otra cosa. El concepto de «progreso» del que hablaba Santayana para la «raza humana» era de cariz interno, espiritual, sin nada que ver con el concepto materialista de progreso socio-económico que dominaba en la

1. Cita de A. Santucci en *Il Pensiero di George Santayana*, p. X. («Il naturalismo è qualcosa a cui sono legato tanto profondamente da essere disposto a chiamarlo materialismo, per evitare ogni confusione con quello romantico di Goethe o di un Bergson. Il mio è il naturalismo duro, non umanistico, dei filosofi ionici, di Democrito, Lucrezio e Spinoza. Esso è originario e include l'uomo, la mente e i suoi prodotti, frutto dell'ordine generativo della Natura»).

2. «Man's rational life consists in those moments in which reflection not only occurs but proves efficacious». *Reason in Common Sense*, p. 2.

3. «All reflection would then be applicable in action and all action fruitful in happiness». *Reason in Common Sense*, p. 5.

4. «Of all words in the modern lexicon, to me the most odious was Progress». Cita e idea tomadas de Timothy L. S. Sprigge en *Santayana. An Examination of his Philosophy*, p. 17. El a su vez la toma de R. C. Lyon en su introducción a la colección suya *Santayana on America*.

época; y a su vez el «materialismo» que repetidamente confesaba y profesaba —llegando incluso más tarde a afirmar: «En filosofía natural soy un decidido materialista —aparentemente el único viviente»<sup>5</sup> ha sido siempre matizado y explicado por todos los críticos como algo que no debe jamás confundirse con una teoría puramente mecanicista que niega los valores espirituales. Su materialismo es de partida, no de llegada. El ideal humano debe estar en superar la realidad material de la que procede, librándose de sus limitaciones. Santayana no podía dejar de ser «latino» en el sentido que él nos cuenta, cuando, tras una brillantísima meditación sobre las diferencias fundamentales entre el liberalismo de su padre y el de los anglosajones, ambos basados en la prosperidad como ideal común, termina diciendo: «Esta es la razón por la que los latinos ricos en posesiones o en simpatías difícilmente pueden ser liberales. Ellos aman lo bello»<sup>6</sup>. Santayana era, al menos, «rico en simpatías» y amante de lo bello; no era, por tanto, liberal en el sentido pragmático en que lo eran los norteamericanos que idolatraban la prosperidad y el progreso materiales. Su «sentido de la belleza» era el rasgo diferenciador.

Por la misma lectura de sus cinco volúmenes se percibe ese tono idealista que envuelve a la obra. Ni siquiera tomada en su plano más pragmático como modelo de comportamiento humano puede decirse que sea un tratado de moral racionalista puesto que jamás desciende a presentar de forma concreta ninguna pauta de actuación. No es un tratado de los actos, sino de las ideas. Su propósito consistió en contestar a una serie de cuestiones que planteaba en la primera página «en la medida en que puedan ser contestadas especulativamente y de forma provisional por un individuo»<sup>7</sup>, con el ánimo, por tanto, de reflexionar sin ninguna pretensión dogmática, sobre las actividades humanas más sobresalientes, tratando de buscar en cada una sus «valores racionales», su «razón de ser» como vías hacia la felicidad humana. Con sus propias palabras, «La vida de la Razón será entonces el nombre de esa parte de la experiencia que percibe y persigue los ideales —controlando todo comportamiento e interpretando toda sensación de forma que conduzcan a una perfecta felicidad natural»<sup>8</sup>.

Vemos, así, que al igual que en cualquier otro modelo de realización humana, las vías de perfeccionamiento exigen una disciplina; es necesario «controlar» el comportamiento e «interpretar» adecuadamente las sensaciones. Sin embargo, y en esto Santayana se diferencia de otros racionalistas, esta disciplina es «una parte de la experiencia», es decir, es un impulso más, en este caso el impulso de control de los demás impulsos, el camino hacia la percepción y la persecución de lo ideal. De este modo Santayana encuentra su síntesis particu-

5. «Now in natural philosophy I am a decided materialist —apparently the only one living». *Scepticism and Animal Faith*. Preface p. VII.

6. «For this reason Latins who are rich either in possessions or in sympathies can hardly be liberals. They love the beautiful». *Persons and Places*, p. 209.

7. «to answer these questions, as they may be answered speculatively and provisionally by an individual, is the purpose of the following work». *Reason in Common Sense*, p. 2.

8. «The Life of Reason will then be a name for that part of experience which perceives and pursues ideals —all conduct so controlled and all sense so interpreted as to perfect natural happiness». *Reason in Common Sense*, p. 3.

lar frente al idealismo y al pragmatismo de sus maestros, mediante la unión entre el «impulso» y la «ideación». «La Vida de la Razón es un matrimonio feliz de dos elementos —impulso e ideación— que divorciados totalmente, reducirían al hombre a una bestia o a un loco. El hombre racional proviene de la unión de estos dos monstruos. Está constituido por ideas que han cesado de ser visionarias y acciones que han cesado de ser vanas»<sup>9</sup>. En aparente congruencia con la tradición literaria española, también Santayana hace cabalgar ineludiblemente juntos a Don Quijote y a Sancho.

9. «The Life of Reason is the happy marriage of two elements —impulse and ideation— which if wholly divorced would reduce man to a brute or to a maniac. The rational animal is generated by the union of these two monsters. He is constituted by ideas which have ceased to be visionary and action which have ceased to be vain». *Reason in Common Sense*, p. 6.

## EL ESCEPTICISMO

Los escritos que siguieron a *The Life of Reason*, fundamentalmente sus dos obras *Three Philosophical Poets* y *Winds of Doctrine* suponían esencialmente la ilustración práctica de sus presupuestos naturalistas de la obra anterior, referidos a la literatura y la filosofía. Autores como Lucrecio, Dante, Goethe y Shelley, y la filosofía de Bergson y Russell y la que él desde entonces dejó universalmente bautizada como «La Tradición Elegante de la Filosofía Americana» (dando a «elegante» —«genteel»— un sentido irónico), fueron el objeto de su análisis.

Saldaba así Santayana su deuda con el mundo filosófico norteamericano y se disponía a abrir un nuevo periodo en su vida y también en la línea de su pensamiento. A este cambio contribuyeron principalmente dos hechos: uno biográfico personal, cuando en 1912 decidió decir adiós definitivamente a los Estados Unidos e instalarse para siempre en Europa, y otro histórico externo, con el estallido y desarrollo de la Primera Guerra Mundial.

El aislamiento al que se vio sometido en Inglaterra durante los cinco años que duró esta guerra le permitió una profunda meditación sobre su pasado y una revisión de sus presupuestos filosóficos. Pero ni la meditación ni la revisión podían desarrollarse relajadamente ante los hechos que llenaban la actualidad. El curso de los acontecimientos bélicos llegó a preocupar y a entristecer incluso a quien se consideraba el más impasible e imperturbable de los filósofos, afectándole como nada antes le había afectado y, desde luego, como nada le iba a afectar ya en el futuro.

El desastre humano de la guerra le enfureció en un principio, provocándole la escritura de *Egotism in German Philosophy* para explicar hasta qué punto las ideas de los pensadores alemanes habían llevado al pueblo y al gobierno hasta esa postura de orgullo patrio y de vanidad dominadora. En Ávila se encuentran tres libros que se publicaron en 1914, alguno de ellos éxito editorial del momento, que Santayana debió leer en aquellos años antes de escribir su reprimenda a los alemanes y enviar después a su hermana Susana para ilustrarla sobre la guerra, según le dice en una carta de octubre de 1914: «Te he enviado

varios libros y te enviaré uno o dos más referidos a la crisis: si no te interesa leerlos, échalo por favor a un lado»<sup>1</sup>. Se trataba de *Germany and England* (Alemania e Inglaterra) del catedrático de historia moderna del Queen's College de la universidad londinense J. A. Cramb, *The Anglo-German Problem* (El Problema Anglo-Alemán) del profesor Charles Sarolea de Edimburgo, y la traducción inglesa de *Imperial Germany* (La Alemania Imperial) del Príncipe Bernhard Von Bwolow. En sus márgenes pueden leerse los comentarios de puño y letra que Santayana iba escribiendo al hilo de su lectura. Son anotaciones, en su mayoría, llenas de acritud y mordaz ironía al lado del texto en que subraya frases y términos que le sugieren signos interrogativos y admirativos o incluso frases despectivas, siempre en contra de la clase dominante alemana y su ideología. Obsérvese, a modo de ejemplo, el siguiente comentario al lado de un texto referido a Treitschke a quien el autor, en tono laudatorio, aplicaba «esos rasgos nobles tuyos»: Santayana subraya lo de «rasgos nobles» y comenta al margen: «Le he oído en Berlín: Era gordo, fofo, violento, con un horrible defecto en el habla causado por el hecho de que no podía —feliz él— oírse hablar a sí mismo»<sup>2</sup>.

Pasada, sin embargo, esta primera etapa de causticidad, lo que toda esta crisis provocó en su interior fue un retorno afianzado hacia un escepticismo que siempre había estado latente —y a veces no tan latente— en su pensamiento. Además de ese precioso libro de profundas y agudas observaciones sobre la sociedad inglesa a la que admiraba que es *Soliloquies in England*, el producto final de esta etapa, que es el primero de la siguiente, lo constituye la que se ha considerado una de las obras maestras de su pensamiento por ser la clave, la introducción y el resumen de toda su creación posterior en el campo de la filosofía. Su título, *Scepticism and Animal Faith* es ya suficientemente elocuente y, al igual que todos los títulos de las restantes obras de Santayana, ilustrativo del contenido que se desarrolla a través de sus páginas.

El escepticismo moraba en Santayana desde sus primeros días abulenses, pues ese era el ambiente que se respiraba en su casa. Su padre, casi con cincuenta años ya cuando nació Jorge, «no veía nada por lo que mereciera la pena luchar»<sup>3</sup> en actitud típica de la «indiferencia castellana». Y su madre, «apasionadamente desapasionada» tras una serie de reveses, como la muerte de su padre cuando ella era joven y las de su primer hijo y su primer marido después, «había sufrido una verdadera conversión, una radical renuncia a todas las demandas o apegos terrenales; mantenía sus opiniones y criterios, pero sin esperanza». Santayana heredó este tono vital de descreencia paterno y se identificó con él desde muy pronto. Precisamente refiriéndose a sí mismo a continuación de la descripción anterior de su madre confiesa: «Estoy seguro de esto,

1. «I have sent you several books and will send you one or two more, concerning the crisis: if you don't care to read them, please lay them aside anywhere, ....». *The Letters of George Santayana*, p. 144 (A su hermana Susana)

2. «I heard him in Berlin: he was fat, flabby, violent, with a horrible impediment in his speech caused by the fact that he could not —lucky fellow— hear himself talk». Apunte marginal sobre el libro *Germany and England*, p. 69.

3. «he saw nothing worth fighting for». *Persons and Places*, p. 24.

porque aproximadamente a la misma edad yo sufri una transformación similar, con menos evidencia, porque en mi caso no existían acontecimientos externos que la ocasionaran, excepto el simple paso del tiempo, el final de la juventud y la amistad, el sentimiento de estar enjaezado de por vida como una bestia de carga. Ello no me alteraba, como a mi madre no le alteraba la revolución en sus circunstancias; pero separaba el ser interior del exterior, y volvía relativamente indiferente a las cosas externas. Yo recogí esta conversión en mis sonetos platonizantes; mi madre la expresó en los cincuenta años subsiguientes de su vida»<sup>4</sup>.

De modo que ya en su primera poesía subyace este escepticismo, no sólo en los sonetos platonizantes de que nos habla, sino también en otros poemas cuyos títulos —«Solipsism», «Futility»— hablan por sí mismos.

Más claramente expreso aparece el escepticismo en *The Sense of Beauty* donde leemos el siguiente párrafo: «El naufragio observado desde la costa no nos deja totalmente impasibles; sufrimos también y ayudaríamos si fuera posible. Así también, el espectáculo del mundo equivocado debe entristecer al filósofo incluso en la Acrópolis de su sabiduría; si pudiera ser, descendería de su meditación y enseñaría. Pero ese mecanismo de compasión es rápidamente inhibido por la desesperanza en el éxito; la imposibilidad de acción es una gran condición de lo sublime. Si pudieramos contar las estrellas, no lloraríamos ante ellas. Mientras pensemos que podemos cambiar el drama de la historia, y el de nuestras propias vidas, el destino no nos inspirará reverencias. Pero cuando el mal sea irreparable, cuando nuestras vidas estén vividas, un espíritu fuerte tiene el sublime recurso de permanecer a raya y de examinar, casi desde el otro mundo, las vicisitudes de éste»<sup>5</sup>.

En *Interpretations of Poetry and Religion* el escepticismo se encuentra en el mismo núcleo temático de la obra, pues al equiparar religión y poesía, lo que hace es limpiar a la primera del contenido dogmático.

Solamente en *The Life of Reason* este escepticismo viene mucho más disfrazado por esa lozanía expresiva y moral que se respira en toda la obra. Por eso quizás en ésta más que en ninguna otra de sus obras encuentra posteriormente

4. «She had undergone a veritable conversion, a sweeping surrender of all earthly demands or attachments; she retained her judgments and her standards, but without hope. I am confident of this, because at about the same age I underwent a similar transformation, less obviously, because in my case there were no outer events to occasion it, except the sheer passage of time, the end of youth and friendship, the sense of being harnessed for life like a beast of burden. It did not upset me, as the revolution in her circumstances did not upset my mother; but it separated the inner self from the outer, and rendered external things comparatively indifferent. I recorded this conversion in my Platonizing sonnets; my mother expressed it silently in the subsequent fifty years of her life». *Persons and Places*, p. 51-52.

5. «The shipwreck observed from the shore does not leave us wholly unmoved; we suffer, also, and if possible, would help. So, too, the spectacle of the erring world must sadden the philosopher even in the Acropolis of his wisdom; he would, if it might be, descend for his meditation and teach. But those movements of sympathy are quickly inhibited by despair of success; impossibility of action is a great condition of the sublime. If we could count the stars, we should not weep before them. While we think we can change the drama of history, and of our own lives, we are not awed by our destiny. But when the evil is irreparable, when our life is lived, a strong spirit has the sublime resource of standing at bay and of surveying almost from the other world the vicissitudes of this». *The Sense of Beauty*, p. 145.

temas y puntos de vista de que retractarse. En alguna ocasión, cuando preparaba una nueva edición de su obra en un solo volumen, llegó a decir que habría sido necesario reescribirla toda de nuevo.

Llegó entonces el período de aislamiento inglés, cuando las circunstancias le permitieron ver con claridad que la «raza humana» a la que iba dirigida su gran obra no discurría globalmente por las «fases de progreso racional» y su mensaje se contrajo, se hizo más individualista, más íntimo, casi místico. Escepticismo significa descreencia y esa gran guerra, si algo iba a tener de positivo, iba a ser —según él— el fin de una serie de creencias «supersticiosas»<sup>6</sup>, entre las que sobresalía la creencia en el «progreso». En un sabroso capítulo de *Soliloquies in England* dedicado a «El progreso de la filosofía», comienza diciendo: «esta guerra acabará con la creencia en el progreso, y ya es hora»<sup>7</sup>.

Desde luego, a la vista de lo que ha ocurrido y ocurre hoy en las naciones que hicieron la guerra, ésta no acabó con aquella creencia social y la frase de Santayana lo que en realidad nos confirma es la evolución personal de su propio pensamiento, es una frase autobiográfica, más bien, aunque evidentemente concuerde con el descorazonamiento general puesto de manifiesto después por el auge existencialista y el concepto de «nada» en que desemboca el «ser». Recordando ahora nosotros el título de su primer gran tratado filosófico, «La Vida de la Razón o Fases del Progreso Humano», entendemos que la postura del filósofo en esta estapa nueva y posterior, se había afianzado en la comprensión de la realidad, retrocediendo en sus conceptos y presupuestos fundamentales. No era la razón, como idealmente suponía y deseaba, la guía de las acciones humanas, ni siquiera la intuición, como repite insistente a lo largo del libro introductorio *Scepticism and Animal Faith*, sino algo mucho más primitivo y más radical, lo que él llama «Fe Animal». Basado en esta fe y mediante símbolos, —«El conocimiento es fe mediada por símbolos»<sup>8</sup>— que aprende a dominar a través de la intuición y la educación, el hombre cree que sabe lo que sabe e interpreta el mundo según factores biológicos y sociales condicionantes. Fue éste un concepto importante para Santayana que le permitió encontrar una nueva síntesis en su esfuerzo filosófico por evitar radicalismos.

Escepticismo es por definición antidogmatismo, pero puede hacerse asimismo dogmático si lleva la duda hasta sus últimas consecuencias o llegar al nihilismo. Este tipo de escepticismo sería tan enfermizo como el primer dogmatismo al que se cuestionaba. Santayana hizo bien en no separar nunca sus pies del suelo declarándose en filosofía natural, desde el principio hasta el final de su vida, «un materialista decidido —aparentemente el único viviente—»<sup>9</sup>, sin olvidar jamás que, primordialmente, y aunque no sepamos muy bien lo que es,

6. «But 'belief in progress, like belief in fate or in the number three, is a sheer superstition». *Soliloquies in England*, p. 208.

7. «This war will kill the belief in progress, and it was high time». *Soliloquies in England*, p. 207.

8. «Knowledge is faith mediated by symbols». Título del capítulo XVIII de *Scepticism and Animal Faith*, p. 164.

9. «Now in natural philosophy I am a decided materialist —apparently the only one living». *Scepticism and Animal Faith*. (Preface) p. VII.

la realidad material es lo único que de verdad existe y de lo que parte todo. Más allá de esta realidad que «nos da en las narices», todo pertenece al mundo de la imaginación y de la especulación en el que él, por cierto, quiso desenvolverse filosóficamente y donde se encontraba más a gusto. Su concepto de «Fe Animal», unido a su duda escéptica, como postura filosófica, es lo que hace a su pensamiento particularmente saludable a la hora de enfrentarse con la existencia, lo que él llama «Reinos del Ser».

Al fin y al cabo, su postura filosófica elaborada está profundamente basada en el sentido común —«Creo que el sentido común, a groso y obstinado modo, es técnicamente más sólido que las escuelas especiales de filosofía, etc.»<sup>10</sup>—. El hombre en múltiples ocasiones a lo largo de su vida, percibe la intrascendencia e insignificancia de ésta. Lo percibe ante la inutilidad de tantas de sus acciones, ante sus decepciones, ante la muerte de sus seres queridos. En multitud de ocasiones se repite el «no somos nadie» y se pregunta el por qué y el para qué. Y sin embargo, su impulso vital incontrolable le llevará al día siguiente, si no enferma mentalmente entre tanto, a seguir con sus actividades físicas y mentales y a sumergirse de nuevo en los detalles y afanes de la vida cotidiana.

La filosofía sigue un camino similar. Busca continuamente la verdad y cree alcanzarla en parte y en ocasiones, pero la duda escéptica es recurrente y aparece inmediatamente ante cualquier creencia para evitar su transformación en dogma. No obstante y quizás estimulado aún más por el reto escéptico, el impulso filosófico hacia la verdad continúa inexorablemente, basado en esa «fe animal». El escepticismo, entendido entonces, no en sentido dramático o hasta trágico que conduce a radicalismos, sino como ejercicio lúdico de las ideas que debe llevar a la felicidad en este mundo, se hace así imprescindible y saludable para cualquier sistema filosófico que trate de explicar los «Reinos del Ser».

Creo que éste es el tipo de escepticismo que subyace en todo el pensamiento de Santayana y que aparece más abierta y ordenadamente expuesto en *Scepticism and Animal Faith*, en cuyo prólogo comienza diciéndonos: «He aquí un sistema de filosofía más. Si el lector está tentado de sonreír, puedo asegurarle que yo sonrío con él, y que mi sistema —del que este volumen es una introducción crítica— difiere ampliamente en espíritu y en pretensiones de lo que por regla general lleva esa designación. En primer lugar, *mi sistema ni es mío, ni es nuevo*. Simplemente intento expresar para el lector los principios a los que recurre cuando sonríe. Existen en las profundidades de su alma, debajo de todas sus abiertas creencias imitativas, convicciones sobre las que me gustaría construir nuestra amistad»<sup>11</sup>.

10. «I think that common sense, in a rough dogged way, is technically sounder than the special schools of philosophy, ...». *Scepticism and Animal Faith*. (Preface), p. V.

11. «Here is one more system of philosophy. If the reader is tempted to smile, I can assure him that I smile with him, and that my system —to which this volume is a critical introduction— differs widely in spirit and pretensions from what usually goes by that name. In the first place, *my system is not mine, nor new*. I am merely attempting to express for the reader the principles to which he appeals when he smiles. There are convictions in the depths of his soul, beneath all his overt parrot beliefs, on which I would build our friendship». *Scepticism and Animal Faith* (Preface), p. V.

## DE LO «ESENCIAL» A LO «ESPIRITUAL»

Los cuatro volúmenes de *Realms of Being* constituyen la parte más técnica de su creación y por ello la menos asequible para un lector medio no familiarizado con los conceptos más útiles de la filosofía. La obra, sin embargo, es perfectamente consecuente con la línea de pensamiento del filósofo y es en ese sentido comprensible, siempre globalmente, como desarrollo de un sistema filosófico-teórico sobre la existencia, una verdadera ontología, que ya había sido introducida y resumida en *Scepticism and Animal Faith*.

Se trata de un sistema sin grandes pretensiones científicas en su concepción y posterior desarrollo, según sus propias palabras conclusivas: «Mi filosofía no es ni desea ser científica; ni siquiera en el sentido en que, por disposición y método, la *Summa* de Santo Tomás podría llamarse científica. Mi filosofía es como la de los antiguos una disciplina de la mente y del corazón, una religión laica<sup>1</sup>. Tampoco pretende ser una descripción global ni detallada del universo. Es más bien una reflexión ordenada sobre lo que ese universo y los hechos que en él tienen lugar sugieren a nuestra fantasía. En realidad no es sino un paso más en la evolución del pensamiento de Santayana. Si escépticamente estaba convencido de la imposibilidad del conocimiento de la realidad tal cual es y había llegado a la conclusión de que eso que llamamos y seguiremos llamando conocimiento no es más que una aproximación intuitiva a la realidad a través de lo que él llamaba «fe animal», es decir la inevitabilidad de «chocar» con dicha realidad, aun sin saber claramente lo que ésta sea, y de reaccionar inexcusadamente ante ella, el paso siguiente era imaginarse, en su caso sistemáticamente, ese ámbito en el que el sujeto pensante se desenvuelve, la serie de realidades experienciales que el sujeto percibe y cuya naturaleza desconoce. De ahí que Santayana hable de «religión laica» e incluso él mismo llegue a comparar su propio esquema con el de otra religión, en este caso la católica, que era la que tenía más próxima por origen, afinidad y conocimiento, observando cómo él también concibe un «Padre», la materia, del que todo procede, un «Hijo», la

1. «My philosophy neither is nor wishes to be scientific; not even in the sense in which, in temper and method, the *Summa* of St. Thomas might be called scientific. My philosophy is like that of the ancients a discipline of the mind and heart, a lay religion». *The Realm of Spirit*, en *Realms of Being*, p. 827.

esencia, que supone el contacto directo con ese padre al que no se conoce, y una «Tercera Persona» que es el espíritu y que va a guiar nuestras vidas en su pretendida liberación de las trabas y limitaciones mundanas.

¿Existe entonces una contradicción entre el escepticismo del que partió y este nuevo sistema filosófico de descubrimiento y presentación de un «camino» para la vida humana en que termina? Entendemos que sólo existirá contradicción para quienes entiendan el escepticismo en sentido radical, pero para Santayana «escepticismo es un ejercicio, no una vida; es una disciplina adecuada para purificar la mente del prejuicio y ponerla en la mejor disposición, cuando llegue el momento, para creer y actuar con sabiduría»<sup>2</sup>.

Esta «sabiduría» comenzó para Santayana verdaderamente a partir del «descubrimiento de la esencia»<sup>3</sup>. Así comenzaba para él, como si dijéramos, el «venir de vuelta de la vida». Evidentemente, el verdadero sabio encuentra a la vida más gozosa en la «vuelta» que en la ida. «Todo lo sordido o lo trágico se desmorona y todas las cosas adquieren una pureza lírica»<sup>4</sup>. Cuando se ha desvanecido la ingenuidad de querer llegar a donde no se puede llegar, se comienza el camino más tranquila y sosegadamente hacia donde humanamente se puede llegar y el hombre que sabe adaptarse a esta limitada existencia es feliz. En último término, esta felicidad terrenal seguía siendo para Santayana la meta de su pensamiento.

Resulta imposible y, en cualquier caso, un intento erróneo, describir en pocas palabras lo que Santayana entendía por «esencias», cuando él mismo necesitó de tantas páginas para explicarlo. El hecho mismo de que volviera tan frecuentemente sobre el tema y tratara de aclarar una y otra vez, no sólo en sus escritos filosóficos y ensayos, sino en múltiples cartas, lo que entendía por una «esencia» parece probar que sus mismas definiciones no le dejaban satisfecho del todo y que era consciente de posibles malas interpretaciones de aquello que él intuía tan claramente. Y así ha sido. Varios de sus críticos han buscado más el paralelismo con teorías de otros filósofos, como Platón —aunque ya el propio Santayana había avisado de la diferencia de su teoría y la teoría de las ideas platónica<sup>5</sup>—, Bradley, Moore y Russell o hasta Wittgenstein y otros, que el profundo sentido nuevo que Santayana independientemente quiso dar a su «descubrimiento». Por esto, las vías más acertadas de aproximación a su concepto son los «sketches» o trazos descriptivos, más que detalladas definiciones, que el autor nos va dando directamente.

Hay que empezar situándose en su línea filosófica, en la línea escéptica que hemos venido describiendo, pues parece evidente que las esencias son más claramente perceptibles para una mente escéptica que para una mente dogmática, activa o creyente, puesto que estos objetos no tienen significado propiamente.

2. «But scepticism is an exercise, not a life; it is a discipline fit to purify the mind of prejudice and render it all the more apt, when the time comes, to believe and to act wisely». *Scepticism and Animal Faith*, p. 69.

3. Capítulo IX de *Scepticism and Animal Faith*, «The Discovery of Essence», p. 67.

4. «All that is sordid or tragic falls away, and everything acquires a lyric purity». *Scepticism and Animal Faith*, p. 67.

5. Por ejemplo en página 77 de *Scepticism and Animal Faith*.

te; son lo que obviamente parecen ser, sin otro sentido ulterior<sup>6</sup>. Lo que antes para una mente «creyente» se pretendía llamar conocimiento no es para el escéptico más que una pura «intuición de ideas, contemplativa, estética, dialéctica, arbitraria»<sup>7</sup>. No puede en este caso decirse que sea un tipo de intuición equivocada, puesto que no pretende proyectarse más allá de sí misma, ni «pretende competencia alguna sobre nada ajeno o consiguiente»<sup>8</sup>.

El descubrimiento del mundo de las esencias debe entenderse en su evolución filosófica como un lógico paso más, como una solución de continuidad que le permitía cruzar el filtro escéptico y evitar los efectos de las radicales contraindicaciones —y también contradicciones— de éste. Se trata, por tanto, de una nueva síntesis armónica hacia la adaptación y la felicidad en esta vida, de un nuevo «invento» o tercera vía, como el propio autor nos explica: «Fue el miedo a la ilusión lo que originariamente inquietó a la mente honesta, congénitamente dogmática, y la condujo en la dirección del escepticismo; y puede que encuentre tres vías, desigualmente satisfactorias para su honestidad, en las que puede que ese miedo a la ilusión se disipe. Una es la muerte, en la que la ilusión se desvanece y es olvidada; pero aunque así se destruye la inquietud respecto al error, incluso respecto al error positivo, no se ofrece solución a la duda previa: ninguna explicación de lo que pudo haber provocado esa ilusión o de lo que podría haberla disipado. Otra salida está en corregir el error y sustituirlo por una nueva creencia: pero si en la vida animal ésta es una solución satisfactoria, y por consiguiente, el viejo hábito del dogmatismo puede ser reanudado sin inconvenientes prácticos, desde el punto de vista especulativo el caso no ha avanzado en absoluto; porque no se aporta ningún criterio de verdad, excepto la costumbre, la comodidad y la accidental ausencia de duda; y lo que está ausente por casualidad, puede volver en cualquier momento sin ser requerido. La tercera vía, a la que he llegado ahora, está en acariciar la ilusión sin sucumbir a ella, aceptándola abiertamente como ilusión, y prohibiéndole que pretenda ningún tipo de existencia más que aquella que obviamente tiene; y entonces, me aproveche o no, no me defraudará»<sup>9</sup>.

6. «these objects are without meaning, they are only what they are obviously, all surface». *Scepticism and Animal Faith*, p. 70.

7. «it bestows intuition of ideas, contemplative, aesthetic, dialectical, arbitrary». *Scepticism and Animal Faith*, p. 70.

8. «it claims no jurisdiction over anything alien or eventual». *Scepticism and Animal Faith*, p. 70.

9. «It was the fear of illusion that originally disquieted the honest mind, congenitally dogmatic, and drove it in the direction of scepticism; and it may find three ways, not equally satisfying to its honesty, in which that fear of, illusion may be dispelled. One is death, in which illusion vanishes and is forgotten; but although anxiety about error, and even positive error, are thus destroyed, no solution is offered to the previous doubt: no explanation of what could have called forth that illusion or what could have dissipated it. Another way out is by correcting the error, and substituting a new belief for it: but while in animal life this is the satisfying solution, and the old habit of dogmatism may be resumed in consequence without practical inconvenience, speculatively the case is not at all advanced; because no criterion of truth is afforded except custom, comfort, and the accidental absence of doubt; and what is absent by chance may return at any time unbidden. The third way, at which I have now arrived, is to entertain the illusion without succumbing to it, accepting it openly as an illusion, and forbidding it to claim any sort of being but that which it obviously has; and then, whether it profits me or not, it will not deceive me». *Scepticism and Animal Faith*, p. 72-73.

De esta manera «su escepticismo por fin había tocado fondo»<sup>10</sup>, había encontrado el apoyo necesario para continuar la vida de la forma más plácida y sosegada posible. «Así —concluye— una mente iluminada por el escepticismo y curada del ruidoso dogma, una mente que deja a un lado toda información y se libera de toda inquietud martirizadora respecto a su propia suerte o existencia, encuentra en el erial de la esencia una dulcísima y maravillosa soledad»<sup>11</sup>.

Desde esta base Santayana podía enfrentarse sin sobresaltos al segundo de sus «Reinos del Ser», «El Reino de la Materia». Recordemos que fue precisamente en su introducción a este nuevo sistema donde se declaró «en filosofía natural, un decidido materialista», aunque a continuación declarara «no conocer lo que la materia sea en sí misma»<sup>12</sup>. La materia está en el origen de todas las cosas, sin embargo, la mente humana está incapacitada para un conocimiento directo de la realidad material y por tanto toda aproximación científica a la materia debe ser tomada con cautela. La ciencia, al igual que ocurría con la religión, sirve para mejorar la relación del hombre con su entorno y consiguientemente para hacerle más feliz, pero tomada literalmente conduce a un fanatismo igualmente ciego, es un nuevo y quizás más temible opio del pueblo.

El sentido común seguía estando en los cimientos de su pensamiento. Había estado presente en el título del primer volumen de *The Life of Reason* y ahora seguía presente a través de lo que él llamó «fe animal». Si todo el conocimiento quedaba reducido a «fe, mediada por símbolos» es porque esa fe se tiene en algo que indiscutiblemente se cree que existe, aunque no se conozca. Ese algo es la substancia, «el reino de la materia». Dudar de que existe lo que está ahí «dándonos testarudamente en las narices» sería falta de sentido común.

Sin embargo, eso que «nos da en las narices» no puede ser directamente conocido, sino percibido intuitivamente a través de lo que Santayana llama «esencias», que son la abstracción o sugerencia que se produce en el sujeto ante la presencia material de las cosas. Las cosas en este sentido no son más que «ejemplificaciones concretas de las esencias». Lo que interesa analizar entonces y así se lo propuso Santayana en *The Realm of Matter* es hasta qué punto la percepción intuitiva esencial se aproxima a la realidad material que toma efectivamente cuerpo en la naturaleza, «¿Dentro de qué límites conserva cualquier descripción de la naturaleza, ya sea pintoresca o científica, su relación con la fe animal y su validez como conocimiento de hecho, y en qué aspecto es simple especulación y metáfora? Esa es la única cuestión que procuraré contestar»<sup>13</sup>.

Entre el «Reino de la Esencia» y el «Reino de la Materia», se encuentra el «Reino de la Verdad», tema de su tercer volumen de *Realms of Being*. Santaya-

10. «My scepticism at last has touched bottom, ...». *Scepticism and Animal Faith*, p. 74.

11. «Thus a mind enlightened by scepticism and cured of noisy dogma, a mind discounting all reports, and free from all tormenting anxiety about its own fortunes or existence, finds in the wilderness of essence a very sweet and marvellous solitude». *Scepticism and Animal Faith*, p. 76.

12. «I do not profess to know what matter is in itself, ...». *Scepticism and Animal Faith*, p. VII (Preface).

13. «Within what limits does any description of nature, picturesque or scientific, retain its relevance to animal faith and its validity as knowledge of fact, and at what point does it become pure speculation and metaphor? That is the only question which I shall endeavour to answer». *Realms of Being*, p. 200.

na sólo pensó en este «reino» separadamente en una época posterior, pues en un principio solamente había anunciado los otros tres, esencia, materia y espíritu. De ahí que aparezca, según alguno de sus críticos, como un apéndice del reino de la esencia<sup>14</sup>.

La verdad, como la esencia, tiene «ser» pero no existencia, cualidad ésta que sólo es aplicable literalmente al reino de la materia. En tanto en cuanto eso que percibimos «esencialmente» se corresponda con la realidad o aparezca concretamente ejemplificado en ella, puede decirse que tenemos una descripción verdadera, aunque ideal, de lo existente<sup>15</sup>. Sin embargo, Santayana no se detiene en un análisis ontológicamente puro de la naturaleza de esta «verdad», sino que se interesa más, a lo largo de su obra, por los equivocados caminos que la experiencia y el pensamiento humanos han seguido a través de su historia, y se detiene más bien en desenmascarar esas formas falseadas de «verdad», que él llama «verdad convencional», «verdad dramática» y «verdad moral». Santayana, en realidad, repara más en lo que «no es verdad», que en una profunda descripción de lo que «es verdad», sencillamente porque su interés y hasta podríamos decir su aprecio por la verdad era más bien escaso. El siguiente párrafo nos lo confirma: «Un lector racionalista podría (...) preguntar: ¿acaso no hay verdad en su reino de la esencia? ¿es que no están la unidad y la inconfundibilidad presentes en todas las esencias, y no es verdad el decirlo así? ¡y todo lo que usted ha escrito, aquí o en cualquier otro sitio, sobre la esencia, acaso no es verdad?». No, contesto, no es verdad, ni pretende serlo. Es una construcción gramatical, o quizás poética, que tiene, como las matemáticas o la teología, cierta vitalidad e interés internos; pero en el sentido de la búsqueda de la verdad, tales construcciones son meramente instrumentales como cualquier lengua o cualquier telescopio ...»<sup>16</sup>.

Convencido de la imposibilidad humana de conocer la «verdad real de lo existente», prefirió vivir tranquilo con la «verdad de las esencias» que es lo único que directamente puede percibir la experiencia y no le preocupaba tanto el resultado práctico de la «verdad esencial», es decir, no le importaba tanto establecer cuántas de esas esencias estaban también encarnadas en la realidad. ¿Qué importaba si lo estaban? Lo pudieron haber estado en el pasado, lo podían estar en el presente, lo podrían estar en el futuro. Tanto la esencia como la verdad son para Santayana eternas, porque «sin existir, son contemporáneas con todas las épocas»<sup>17</sup>, pero las esencias son intemporales, no contienen progresión

14. Timothy L. S. Sprigge Santayana: *An Examination of his Philosophy*, p. 163.

15. Según la descripción que da el autor en *The Realm of Truth ,en Realms of Being*, p. 420.

16. «A rationalistic reader might still ask: 'Is there no truth within your realm of essence? Are not unity and distinctness present in all essences, and is it not true to say so? And all that you yourself have written, here and elsewhere, about essence, is it not true?' No, I reply, it is not true, nor meant to be true. It is a grammatical or possibly a poetical construction having, like mathematics or theology, a certain internal vitality and interest; but in the direction of truthfinding, such constructions are merely instrumental like any language or any telescope». *The Realm of Truth ,en Realms of Being*, p. 418.

17. «That which without existing is contemporary with all times is eternal», *Scepticism and Animal Faith*, p. 271.

temporal aparente o perspectiva entre sus partes<sup>18</sup>, mientras que la verdad no lo es «porque, siendo descriptiva de la existencia, es una representación del cambio»<sup>19</sup>. La verdad es contingente, a diferencia de la esencia, como trata de explicar en los tres primeros capítulos de *The Realm of Truth* y de ahí su crítica más mordaz contra cualquier tipo de dogmatismo. Cualquier intento humano de establecimiento categórico de una verdad y sobre todo la defensa fanática de ella frente a otras versiones, tienen más que ver con la locura, según Santayana que con la filosofía. No obstante, como hemos venido diciendo, Santayana no rechaza la ilusión de la creación imaginativa, pues es en el mundo de la imaginación en el que su vida y su pensamiento encuentran un «medio habitable». Lo rechazable es el error de suponer, pretender o imponer la verdad de esa ilusión. No se trata más que de la eterna cuestión de relación entre realidad y literatura. Cuando leemos una historia literaria, nos es imposible extraer de ella la verdadera historia de los hechos, pero el lector no debe tanto preocuparse por la verdad de lo referido en cuanto reproducción literal de lo ocurrido, como por la «verdad» de la historia en sí. Por eso Santayana, once años antes de que René Wellek y Austin Warren le concedieran oficialidad académica a través de *Theory of Literature* (La Teoría de la Literatura) y tres años antes de explicarlo en *The Realm of Truth* ya nos resumía perfectamente este punto de vista en las últimas líneas de su obra más pretendidamente literaria, su novela *The Last Puritan*, que transcribo a continuación porque no sólo sirven como «base de aproximación» al tema de «la verdad», sino a toda la obra de pensamiento de Santayana. Se trata del final del retórico diálogo entre Mario Van de Weyer y el filósofo a quien aquel había pedido que escribiera la biografía de «El Último Puritano». Habla Mario en primer lugar:

«Cómo fábula puede usted publicarlo. Todo es invención suya; pero quizás haya en él una filosofía mejor que en sus otros libros».

«¿Cómo es eso?».

«Porque en él usted no sostiene, demuestra, ni critica nada, sino que simplemente pinta un cuadro. Lo malo de ustedes, los filósofos, es que equivocan su vocación. Deberían ser poetas, pero ustedes se empeñan en formular las leyes del universo, las físicas y las morales, y se enfadan entre sí porque sus inspiraciones no son idénticas».

«¿Me está usted acusando de dogmatismo? ¿Acaso exijo que esté todo el mundo de acuerdo conmigo?».

«Menos ruidosamente que la mayoría de los filósofos, lo reconozco. Sin embargo, cuando usted afirma estar describiendo un hecho, no puede menos de mostrar antagonismo frente a aquellos que lo miran de otro modo diferente o que son ciegos del todo ante ese tipo de objeto. En esta novela, por el contrario, el argumento se dramatiza, las opiniones se convierten en persuasiones humanas, y la presentación resulta mucho más verdadera porque no pretende serlo. Usted mismo lo ha dicho en algún sitio, aunque puede que no cite correc-

18. «A given essence containing no specious temporal progression or perspective between its parts would be timeless». *Scepticism and Animal Faith*, p. 270.

19. «being descriptive of existence, it is a picture of change». *Scepticism and Animal Faith*, p. 271.

tamente sus palabras: 'Cuando la vida se acaba y el mundo se ha esfumado, qué realidades podría el espíritu que llevamos dentro seguir considerando como propias sin ilusión salvo la forma de esas mismas ilusiones que han conformado nuestra historia?'<sup>20</sup>.

Ese «espíritu que llevamos dentro» con capacidad de percibir y «considerar propias» a las formas de las ilusiones, es precisamente el objeto de análisis en su último y definitivo volumen de: *Realms of Being: The Realm of Spirit*. Este reino espiritual, anticipado ya en *Scepticism and Animal Faith* y también en *Platonism and Spiritual Life*, supone el culmen y la conclusión final que cierra el círculo evolutivo del pensamiento de Santayana. Puede decirse que este concepto de vida espiritual contemplativa es una vuelta a los orígenes, pero por supuesto, con todo el bagaje de contenido filosófico y cultural acumulado a lo largo del viaje. Aquella ligera desviación optimista que había supuesto *The Life of Reason* se había venido abajo definitivamente tras la Primera Guerra Mundial llevando al filósofo al convencimiento de la irracionalidad de la vida humana y a buscar por tanto la base del conocimiento en lo que él llamó «fe animal». Comenzaba entonces para él un proceso reflexivo de introspección en el que iba a descubrir los pilares sobre los que se asentaba su propio «ser»: básicamente el mundo de la esencia y el mundo de la materia, o, salvando un poco los términos técnicos del discurso filosófico, el mundo de la imaginación y el de la realidad. El reino de la verdad aparece, decíamos, como el apéndice del de la esencia, compuesto por esas intuiciones esenciales que resultan estar «ilustradas en la realidad». Así mismo, el reino del espíritu puede decirse que es un apéndice del reino de la materia, pues partiendo de ésta tiene por misión desembarazarse de todos sus inconvenientes, limitaciones, o, en su propia terminología, «distracciones», y servir de puente que eleve la vida humana hacia un estadio superior en el que las imperfecciones y las atrocidades que resultan de la irracionalidad de este mundo la afecten lo menos posible y en el que la pura contemplación inteligente de las esencias de las cosas sea suficiente motivo de satisfacción y realización personal mientras dure este tránsito terrenal.

Una vez más, pensamos, Santayana alcanza una nueva síntesis entre la doctrina tradicional que separa dualísticamente alma y cuerpo y el pragmatismo de William James y John Dewey, más directamente influido por las entonces

20. «As a fable you may publish it. It's all your invention; but perhaps there's a better philosophy in it than your other books». «How so?».

«Because now you're not arguing or proving or criticising anything, but painting a picture. The trouble with you philosophers is that you misunderstand your vocation. You ought be poets, but you insist on laying down the law for the universe, physical and moral, and are vexed with one another because your inspirations are not identical».

«Are you accusing me of dogmatism? Do I demand that everybody should agree with me?».

«Less loudly, I admit, than most philosophers. Yet when you profess to be describing a fact, you can't help antagonising those who take a different view of it, or are blind altogether to that sort of object. In this novel, on the contrary, the argument is dramatised, the views become human persuasions, and the presentation is all the truer for not professing to be true. You have said it somewhere yourself, though I may misquote the words: 'After life is over and the world has gone up in smoke, what realities might the spirit in us still call its own without illusion save the form of those very illusions which have made up our story?». *The Last Puritan*, p. 602.

recientes teorías evolucionistas, que abandonaban el concepto trascendente y contemplativo del ser humano y reducían esa capacidad espiritual a un mero instrumento que el ser biológico utiliza en su evolución. Para Santayana, en primer lugar, el espíritu no es independiente de la materia. Santayana continúa declarándose «intelectualmente un materialista convencido»<sup>21</sup> y afirma que el espíritu procede de la materia, si bien abiertamente admite que no sabe bien cómo tiene lugar este proceso. Pero, a su vez, rechaza el instrumentalismo pragmatista: «El espíritu no es un instrumento, sino una realización, una maduración»<sup>22</sup>. El término final que utiliza Santayana, «fruition», tiene en inglés la raíz «fruit», o sea «fruto», y el fruto es el resultado más perfecto al que llega la planta cuando ha seguido un desarrollo adecuado y ha encontrado las condiciones nutritivas y ambientales precisas. Siguiendo el símil, de la misma manera que el fruto, una vez maduro, tiende a desprenderse de la planta, cerrando un ciclo, y a comenzar en forma de semilla un ciclo nuevo de vida en el medio apropiado, así el espíritu tiende a liberarse de las trabas de la realidad substancial y a buscar el medio de condiciones estables, eternas, en que desarrollarse. El medio, no cabe duda, es la existencia y las condiciones estables se dan en la contemplación. «La espiritualidad consiste, entonces, en considerar a la existencia como mero vehículo para la contemplación y a la contemplación como mero vehículo para el deleite»<sup>23</sup>.

El Reino del Espíritu, que es el reino filosófico por excelencia es, por consiguiente un fin, un estado sosegado de reflexión y contemplación al que se llega. Es el último estado de sabiduría al que al hombre le es dado llegar, la última morada en la que el ser humano en desasimiento goza del «Puro Ser». El hecho de que Santayana hable de este «Puro Ser» en mayúsculas en las últimas páginas de *The Realm of Spirit* podría fácilmente llevar al lector a pensar en el Dios del Cristianismo. Sin embargo, él mismo nos evita, una vez más, la confusión. Efectivamente, admite: «La Deidad debe ser espíritu; y debe ser un supremo ejemplo de espíritu, liberado de todas las trabas que desalientan al espíritu en nosotros mismos»<sup>24</sup>; pero a continuación se pregunta: «¿Acaso me obliga o me permite mi filosofía proponer como principio tal espíritu o tales espíritus divinos?» a lo que se contesta: «Ciertamente ni me obliga ni me invita siquiera a hacerlo con alguna credibilidad; porque el espíritu, en mi sistema, debe ser el espíritu de alguien, la conciencia de algún tipo de vida natural; y en la naturaleza no encontramos ni cuerpos ni psiques que nos sugieran, como lo hicieron a los antiguos, una animación divina»<sup>25</sup>.

21. «I am intellectually a convinced materialist». Preface to *The Realm of Spirit*, en *Realms of Being*, p. 549.

22. «Spirit is not an instrument but a realization, a fruition». *Soliloquies in England*, p. 225.

23. «Spiritually, then, lies in regarding existence merely as a vehicle for contemplation, and contemplation merely as a vehicle for joy». *Soliloquies in England*, p. 228.

24. «Deity must be spirit; and it must be a supreme instance of spirit, freed from all the trammels that depress spirit in ourselves». *The Realm of Spirit*, en *Realms of Being*, p. 842.

25. «Does my philosophy compel or allow me to posit such a divine spirit or spirits? Certainly it does not compel me, nor does it even invite me to do so with any plausibility; because spirit, in my system, must be the spirit of some body, the consciousness of some natural life; and we find no bodies or psyches in nature that suggest to us, as they did to the ancients, a divine animation». *The Realm of spirit*, en *Realms of Being*, p. 843.

A pesar de todo, algunos comentaristas han seguido obcecados en ver en esta última visión espiritualista de Santayana, apoyada por la simpatía hacia la tradición católica expresada en *The Idea of Christ in the Gospels*, una vuelta al catolicismo y una aceptación de la versión religiosa tradicional en contra de su, tantas veces, declarado naturalismo. Es cierto que existen similitudes. Hemos dicho que su conclusión filosófica final expresada en ese concepto de «vida espiritual» es una vuelta a los orígenes y esto significa una vuelta al platonismo y al cristianismo, este último heredero, aunque tergiversador, del anterior. Sus conceptos de Materia, Esencia y Espíritu coinciden, hasta cierto punto, con los conceptos cristianos de Padre, Hijo y Espíritu Santo. Los tres tradicionales enemigos del alma, el mundo, el demonio y la carne, son también utilizados en los últimos escritos de Santayana como «distracciones del espíritu». Podrían buscarse más influencias bíblicas en su pensamiento, sólo para ver confirmado algo que él mismo no niega. Sin embargo, tanto estos últimos escritos como los dichos y los hechos de sus últimos años confirman la coherencia más que la contradicción. Ya hemos citado su declarado materialismo expreso en el prólogo a *The Realm of Spirit* y en este mismo libro, al final, refiriéndose a estas comparaciones, dice: «Esta analogía entre la teología Cristiana y mi ontología no debe ser forzada: una es dogma, la otra lenguaje»<sup>26</sup>. En *Platonism and Spiritual Life* y en *The Idea of Christ in the Gospels* explica, a pesar de su afecto hacia la visión religiosa católica, cómo el Cristianismo, heredero del Platonismo, tomó una vía errónea al llevar literalmente al mundo de la realidad lo que pertenece sólo al mundo de lo ideal. Lo que los evangelios cuentan no es la realidad histórica, sino la «idea de Cristo». De nuevo la distinción entre realidad y literatura es el «quid» de la cuestión.

Pero, por si la propia obra escrita no fuera suficientemente aclaratoria en este punto, su propia vida, fiel reflejo de su filosofía hasta el último momento, demuestra con detalles elocuentes esta coherencia de que hablamos. Existen varios ejemplos pero vamos a relatar uno que nos cuenta su amigo y discípulo, Daniel Cory, referido a una de sus últimas visitas al filósofo, con estas palabras:

«Dijo que en caso de que yo estuviera fuera cuando sufriera una recaída final, no debía confundirme cualquier información que pudiera circular respecto a sus últimos momentos. Yo debía recordar que él vivía en una clínica de reposo católica donde más o menos se esperaba que un hombre muriera como cristiano. Así que si llegaba a oír noticias de que hubiera habido una repentina 'conversión' al final, no debía creer, por ejemplo, que él hubiera solicitado 'la extrema unción'; pero quizás podría ser difícil evitar recibirla —especialmente si se encontrara en estado semiinconsciente—. Dijo que podría incluso llegar hasta hacer señal de aceptación con la cabeza, si comprendiera que haciéndolo podía evitar todos 'los líos y las molestias'. En otras palabras, que podría ser cuestión de comportarse debidamente. A él le preocupaba sobre todo que yo

26. «This analogy between Christian theology and my ontology must not be pressed: the one is a dogma, the other a language». *The Realm of Spirit en Realms of Being*, p. 853.

recordara esto y me ordenó dar cuenta de él y de su caso en parangón con los insatisfechos. A mí me disgustaba bastante oírle hablar sobre la posibilidad de morir cuando yo no estuviera cerca, pero le prometí lealmente que recordaría lo que me había dicho, y me alegró de la oportunidad de hacerlo tan oficialmente en este libro de recuerdos»<sup>27</sup>.

La vida espiritual, tal y como la entendía Santayana, parte de este mundo y en este mundo tiene su pleno sentido, precisamente como suprema vía de disfrute de lo que tal mundo tiene que ofrecer a los seres que lo habitamos.

27. «He said that in case I happened to be away when a final relapse overtook him, I was no to be misled by any reports that might be circulated concerning his last hours. I must remember that he was living in a Catholic nursing home where it was more or less expected that a man should die like a Christian. So if I ever heard reports that there had been a sudden 'change of heart' at the end, I was not to believe, for instance, that he had requested 'extrem unction'; but perhaps it might be difficult to avoid all 'fuss and bother'. In other words, it might be a question of *behaving* appropriately. He was most anxious for me to remember this and he enjoined me to report him and his case alike to the unsatisfied. I rather hated to hear him talk about the possibility of dying when I was not at hand, but I promised him faithfully that I would remember what he had told me, and I am glad of the opportunity to do so officially in this book of recollections». Daniel Cory, *Santayana: The Later Years: A Portrait with Letters*, p. 304.

## Conclusión

Llegados a este tramo último del trayecto biográfico e ideológico de Jorge Santayana, nos conviene hacer un alto y dirigir la mirada hacia atrás para apreciar globalmente el camino recorrido y comprobar hasta qué punto las ideas de su literatura y la realidad de su relación biográfica con Avila se interrelacionan formando un todo compacto e integrado; hasta qué punto los frutos ya maduros de su pensamiento conservan y muestran el sabor inequívoco del sustrato abulense en el que germinó y se nutrió primeramente la semilla de nuestro gran hombre, de nuestro escritor.

Recordemos esquemáticamente las componentes que conformaron la variedad y la riqueza del sustrato abulense:

*Sustrato biográfico.*— Avila como lugar geográfico de su infancia, de sus múltiples visitas, y de la gente que le importó.

*Sustrato psicológico.*— En Avila se cimentó su carácter, basado en principios sensoriales, emocionales, afectivos, morales y, muy posiblemente, lingüísticos también.

*Sustrato metamórfico.*— Avila fue la gran metáfora que Santayana quiso caracterizar fundándose en los siguientes aspectos:

- Ciudad balcón: punto de mira hacia la apertura
- Posición fija, sólida y elevada desde la que observar la realidad sin alteraciones (símbolo, por tanto, de toda su filosofía)
- Ciudad antigua, de verdadero sabor arquitectónico (Recordemos su afición a la arquitectura)
- Ciudad real, en la que él palpa lo material, frente a la idealidad y a la abstracción que vive en las demás partes del mundo
- Ciudad religiosa, donde todavía se viven las tradiciones con su fervor original
- Ciudad familiar (verdadera excepción a su norma de desasimiento afectivo)
- Lugar de referencia siempre
- Lugar de reposo final

*Sustrato filosófico.*— Fundamentalmente radicado en la figura de su padre que supuso un verdadero precedente en tantos aspectos característicos de su filosofía, tales como:

- los propios estudios de filosofía
- el cosmopolitismo
- la cultura liberal
- el españolismo
- el concepto crítico, aunque respetuoso, de la tradición
- el talante antidogmático y antifanático, en particular respecto al tema religioso
- el racionalismo
- el agnosticismo
- el concepto literario-poético de la religión
- la clara separación entre religión y política

*Sustrato espiritual.*— No sólo indirectamente a través de su hermana, en lo que se refiere a las preocupaciones que ella le inculcó en su juventud, sino directamente, puesto que él mismo resulta ser un claro exponente de la tradición esencialista castellana, de la mística marcada por el compromiso realista, de eso que él llamaría «donquijotismo cuerdo».

Y recordemos a continuación aquellas que describíamos como «bases para el acercamiento al pensamiento del autor». No nos resultaría excesivamente difícil rastrear retrospectivamente la evolución desde sus orígenes de gran parte de los conceptos que definen ese pensamiento. Encontraríamos, con toda certeza, las primeras huellas hacia el sentido moralista de la belleza en el sustrato psicológico; o los principios de la vida de la razón y del escepticismo en el sustrato filosófico paterno; o la aceptación inicial de la tradición cristiana como fundamento cultural y del lugar geográfico de pertenencia, en el sustrato metafórico que la ciudad de Ávila y su hermana Susana alimentaron en su imaginación; o las fuentes radicales de su concepto último de liberación espiritual en la más pura tradición castellana del término.

Valiéndonos por tanto, al igual que el propio Santayana, de la perspectiva abulense, y basándonos en esta «mirada hacia atrás», hacia el pasado, nos atrevemos a formular en términos muy concretos una primera conclusión:

**NO SE PUEDE ENTENDER A SANTAYANA SI SE OLVIDA EL IMPORTANTÍSIMO COMPONENTE HISPANO-ABULENSE QUE SUBYACE EN SU PERSONALIDAD Y EN SUS IDEAS.**

Por consiguiente, todos los estudios realizados sobre su vida y su obras desde el otro lado del Atlántico pueden ser relevantes, pero resultan incompletos por sí solos, por mucha erudición que lleven implícita. Esa erudición lleva, no sin fundamento, a encontrar explicaciones intelectuales para muchas de las ideas de Santayana que pueden enmarcarse en corrientes de pensamiento, unas antiguas, otras más próximas en el tiempo, o incluso contemporáneas del propio autor; pero nos es preciso decir que gran parte de esas ideas tienen su origen natural y espontáneo en una determinada idiosincrasia que tiene sus raíces en Ávila o en lo que Ávila simbolizó en la vida de Santayana. Otra cosa es que el desarrollo formal de tales ideas adquiera su verdadero esplendor a través de las

múltiples influencias que lógicamente cabrían esperarse de un espectro cultural tan amplio como el de Jorge Santayana. En sus escritos, sin embargo, Avila es sinónimo de realidad, de materia, de naturaleza; y él, que no vivió mucho en la ciudad, como tampoco fue un hombre plenamente inmerso en la realidad material, tuvo siempre bien clara su inalienable pertenencia al suelo, de modo que jamás renegó oficialmente de su nacionalismo hispano —es decir de su abulensisimo— como tampoco renegó de su «materialismo» o «naturalismo» en filosofía. En Avila se nace, a Avila se pertenece y en Avila se muere de igual manera que se nace, se vive y se muere en el mundo material; pero la mirada, la mente y la imaginación, y, por lo tanto, el mensaje, deben esforzarse por trascender esa realidad material en busca de la universalidad de lo esencial, es decir, de lo eterno.

Pero volvamos nosotros ahora al presente donde estábamos, porque, tras esta mirada retrospectiva hacia el pasado, hacia lo que fue, que es como si dijéramos hacia la realidad, tenemos la necesidad de proyectar inmediatamente la vista hacia el futuro, hacia el ideal. En este sentido, tan característico del propio Santayana, nos urge la formulación de una segunda conclusión, basada en la primera:

AVILA, Y CON ELLA CASTILLA Y ESPAÑA TODA, QUE HAN VENIDO OLVIDANDO INSENSATAMENTE A JORGE SANTAYANA, NECESITAN DE SU PENSAMIENTO Y DE SU LITERATURA, SIN QUE HAYA RAZÓN YA PARA DEMORAR SU RECUPERACIÓN.

Avila tiene una tradición gloriosa, pero también tiene una realidad frustrante de connotaciones peyorativas que se oponen al componente progresista. Aquí, como en todo, tenemos la cara y la cruz. Una cara y una cruz que venían muy bien simbolizadas por las dos personas que Santayana tuvo y quiso en Avila: su padre y su hermana. La gran lección de Santayana es que, sin dejar de querer y respetar a su hermana y a la tradición que ella simbolizaba, su vida y su pensamiento se encaminaron en la línea marcada y representada por el padre.

Avila, y lo que de abulense tiene Castilla y España, sigue hoy caracterizada en gran medida por su cerrazón, su aislamiento espiritual, su conventualización, su enclaustramiento de almas, su dogmatismo intransigente, su rechazo al libre-pensamiento, su localismo arcaizante y ciego, su religiosidad irracional, su ignorancia provinciana y otras particularidades. El pensamiento filosófico-literario de Santayana es el mejor antídoto frente a todos estos males endémicos porque sus ingredientes son precisamente la apertura de miras, la tolerancia, la universalidad, el cosmopolitismo cultural, el racionalismo naturalista, el sabio escepticismo y la liberación espiritual.

Mientras la oscura tradición abulense se empeña en anunciar un incierto «más allá», manteniendo y sustentando la miseria del presente en aras de ese «más allá», el mensaje de Santayana, en la más pura tradición realista de nuestra tierra, en la que incluyó lo mejor de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, nos presentan la única posibilidad real de felicidad humana aquí, en este mundo, dentro y a pesar de sus tremendas limitaciones: la vía de la realización espiritual, que parte del materialismo natural y se realiza plenamente en la contemplación esencialista —mística— del Puro Ser.

Es evidente que a Santayana, que tanto debió pensar en Avila para escribir, nunca se le pasó por la imaginación que en Avila tendría también sus lectores. Ecribió en inglés magnífico, para ingleses, americanos y gente culta del mundo en general. Para él Avila era la muestra arcaica de otro mundo, deteriorado y ruinoso ya, que él tuvo el privilegio de conocer, pero que no tenía visos de prolongarse en el futuro. Sin embargo, aquí sigue Avila y algunos de sus moradores nos creemos capaces de entender y recoger ese mensaje y hacerlo nuestro, superando el reto. Nunca es tarde si la dicha es buena, y la obra de nuestro gran abulense sigue estando ahí, si no siempre a mano, dado el abandono editorial y divulgativo en que se encuentra, nunca, al menos, inaccesible.

En este sentido, estas páginas que ahora llegan a su primer final, no han querido ser otra cosa que un sano intento de fijar definitivamente el maridaje entre dos mundos, el literario de Santayana y el actual de la ciudad abulense, que están inexcusablemente destinados a coexistir de aquí en adelante para bien de ambos. Brindo, por tanto, por una larga y feliz unión en la que el rico semen ideológico de Jorge Santayana arraigue y genere en la Avila núbil y receptiva una familia numerosa que pueble este casi deshabitado páramo cultural.



## APLAUSOS

De nuevo tocan este piezón solitario de la memoria  
resonando en la pugnativa voz de la cultura.  
Segundo alzada de silencio y aplausos, aplausos  
que danzan sobre la imponente arquitectura.

## SEGUNDA PARTE

### Antología y textos

En el cielo oyean los saludos de los que  
viven en la tierra. Los que viven en la tierra  
que viven los tristes vivos, los que viven  
muertos que viven muertos, que viven en la tierra.

Dos o tres momentos, a lo mejor más, entre risas y aplausos,  
que se suceden en la noche de los días, en los días de la noche.  
Algunos que se suceden despacio, sin prisa, sin apuro,  
otros que se suceden rápidamente, sin pausa, sin descanso.

Algunos que se suceden despacio, sin pausa, sin descanso,  
otros que se suceden rápidamente, sin pausa, sin descanso.  
Algunos que se suceden despacio, sin pausa, sin descanso,  
otros que se suceden rápidamente, sin pausa, sin descanso.

Aquí se pone en relieve una actividad que es posible que sea  
también de ciertas horas, cuando el cumulo de almas que no



FUNDACIÓN  
AUTOGOLOS Y LEZIOTAS  
Institución Gran Duque de Alba

## Recreación y análisis de Avila en su obra

AVILA\*

De nuevo están mis pies sobre el fragante páramo  
en medio de la purpúrea meseta de Castilla,  
Región de altaiva desolación y nobiliar pobreza,  
Tostada por el implacable ardor del clima.

Amplio desierto donde una diadema de torres  
Sobre el Adaja ciñe una ciudad callada,  
Y encierra, ajena al tiempo burlón,  
Sus veinte templos en una corona de granito.

En el cielo están los rayos de férvida luz,  
Y en mi corazón los misterios de antaño.  
Aquí yacen los tristes trofeos de mi espíritu:  
Muertos que anteriormente cumplieron mi destino.

Como inmensas rocas primitivas que cubren este llano,  
Sus indecibles tristezas se me clavan en el pecho,  
Y al igual que este cielo ardiente, su pena cancelada  
Sonríe ante mi dolor y calma mi inquietud.

Porque aquí aguantaron los mortales durante siglos  
La mano silenciosa que crea y destruye  
Y suspirando, recogieron su herencia  
Bajo los astros sonrientes e inhumanos.

Aún se yergue sobre esta ciudad el castillo crestado,  
Nido de cigüeñas, como en otro tiempo de almas altivas,

\* «AVILA», *Poems*, p.101-104.

Aún desde el monasterio, donde el valle se extiende,  
Dobra el toque de queda por los lejanos difuntos,

Haciendo llegar al corazón alguna bendición fantasmal  
Desde la oración de una monja o de un silencioso Capuchino,  
Para curar con bálsamo del Gólgota el resentimiento  
Del fastidioso trabajo y del pecado alocado.

¿Qué sino me ha arrojado a la corriente del tiempo  
Insensible a la alegría y codicioso del oro?  
¿Qué fuerza me obligó a tejer la pensativa rima,  
Cuando los amores son mezquinos, y la fe y el honor pasados,

Cuando las riquezas coronan en vano las miserables vidas humanas  
Y la sabiduría ahoga a una mente de rango inferior?  
¿Qué espíritu alado asciende desde sus colmenas?  
¿Qué corazón se atreve, en rebeldía, a ser libre?

Su orgullo se hundirá y se desvanecerá con mayor vileza  
Sin monumento conmemorativo de su fuego febril.  
¿Qué altares, donde rezaban, les sobrevivirán?  
¿Qué simpáticas divinidades? ¿Qué lira rota?

No te detengas, peregrino, sino, con mirada interna,  
Pasa diariamente, reflexionando, ante sus prisiones,  
Y sobre el océano de su cháchara alza  
Tu voz saludando a tu estrella inmutable.

En el exterior un tumulto, y aquí una ruina;  
Ni el mundo ni el desierto te ofrecieron un hogar.  
Ajeno a las tristezas del tiempo estéril  
Construye tú tu morada en la eternidad.

Deja que la paciencia, sabia hermana de la fe, sea tu gloria  
Y combina las cosas necesarias con los pensamientos elevados.  
El amor es suficiente y el amor se da siempre,  
Mientras los días fugaces traen sólo el regalo de una fugaz alegría.

Los pequeños placeres que, para alcanzar el sol  
Ascienden un instante, burbujeando desde el fondo del ser,  
Las relucientes arenas de la pasión en su fluir,  
La risa alegre y el sueño feliz,

Estas son las joyas que, cual astros encendidos,  
Cubren de gloria todas nuestras zonas celestiales;  
Cada átomo radiante, completo en sí mismo,

Illumina la galaxia de las piedras hermanas,

Polvo de un mundo que se desmoronó cuando el sueño de Dios,  
Para latir pulsadamente, infundió la vida de las cosas,  
Y mezcló con el vacío el destello disperso  
De múltiples esferas girando en multitud de órbitas,

Acaso para terminar al fin, en el sol matriz,  
Fundiéndose otra vez y reuniendo sus rayos,  
Cuando Dios despierte y junte en uno  
La luz de todos sus amores y de todos sus días.

---



## AVILA\*

Avila se convirtió en la sede de mi familia en España por casualidad; no existían vínculos hereditarios con esa ciudad antigua y nobiliar. El primero de los nuestros en llegar allí fue mi tío Santiago, destinado seguramente por sus superiores al peor de los puestos del gobierno en señal de castigo. Supongo que debía ser un tipo bastante vago y de vida alegre, dado a la bebida y de ninguna utilidad en el cargo; con todo, sus jefes poseían las virtudes y los vicios del nepotismo; y aunque la promoción recaía de forma automática sobre parientes y personas recomendadas por los peces gordos, también se hacía sitio para los cabezarrotas en alguna de las capitales de provincia más pequeñas y apagadas. Mi padre se tropezó con Avila porque su hermano se encontraba allí; y el lugar, una vez conocido, no necesitó de otra recomendación por encontrarse en la Vieja Castilla de su juventud y ser lugar saludable, tranquilo y barato. Tampoco mi madre tuvo inconveniente en trasladarse y residir allí cuando, en 1866 acordó posponer su vuelta a América. Por lo menos la ciudad era accesible, encontrándose en la vía principal entre Madrid y París, habitable tanto en verano como en invierno y a suficiente distancia de la Corte, de la moda y de la corrompida sociedad. Tres años después pudo por fin escapar con sus hijas; sin embargo, en sus mentes juveniles quedaron asociaciones insospechadas con insospechadas virtudes de aquel lugar, de forma que, a la larga, ambas retornarían a vivir y morir allí; y allí se encuentran ambas enterradas.

Por lo que a mí respecta, no había aún cumplido los tres años cuando nos trasladamos a Avila y casi tenía setenta cuando dejó de ser el centro de mis vínculos afectivos y legales más profundos. El hecho de que estos vínculos, no obstante los más profundos, me dejaran tan extraordinariamente libre, fue una suerte para mi filosofía. Me enseñó a poseer sin ser poseído, a pesar de proporcionarme un emplazamiento particularmente estable y característico. Porque el espíritu más independiente debe tener un lugar de origen, un «locus standi», desde donde contemplar el mundo y una pasión innata a través de la que juzgarlo. El espíritu debe siempre pertenecer a un cuerpo. Pues bien, la casualidad que me convirtió en un español exiliado y me vinculó en particular a Avila (en vez de, digamos, a Reus) fue singularmente afortunada. La austera inspiración de estas montañas, estas almenadas murallas de la ciudad y estas oscuras iglesias no pudieron haber sido más caballerescas ni más grandiosas; sin embargo el lugar era demasiado antiguo, reducido, árido y abandonado para imponer sus limitaciones a un espíritu viajero: era una cumbre montañosa y no una prisión. Allí el espíritu se situaba, se estimulaba, se instruía; no quedaba refrenado.

\* «AVILA». *Persons and Places*, p. 96-115.

Lo mismo, debido a otra feliz casualidad, podría decirse del otro punto principal de mi devoción, es decir Boston y Harvard College. El contraste excepcional entre ambos lugares e influencias acabó siendo una ventaja: hizo patentes las limitaciones y la contingencia de ambos. Dado que estaba destinado a despertar en España en el siglo diecinueve, no podría haberme encontrado en lugar menos degradado que Avila; y dado que estaba destinado a educarme en América y a ganarme el pan allí, no podría haber caído en lugar más acogedor que Harvard. En cada uno de estos lugares existía un maximum de aire, de espacio, de sugerencia; en cada uno se daba un mínimo de embustería y de poder esclavizador. La dignidad de Avila era demasiado obsoleta, demasiado inoportuna, para hacer otra cosa que estimular una imaginación despierta ya, y prestar realidad a la historia; mientras en Harvard una riqueza de libros y sinceridad intelectual en abundancia acompañaban a una penuria espiritual y confusión moral tales, como para no ofrecer a la mente huérfana más que un boleto de lotería o una oportunidad en la bolsa de la fortuna. Era necesario traer un alma firme a esta Feria del Mundo; había que escapar de este tiovivo, si se quería encontrar sentido a algo o conocerse a sí mismo.

Por naturaleza, Avila es esencialmente un «oppidum», una ciudad amurallada, una ciudad catedralicia, toda grandiosidad y granito; sin embargo, es tan pequeña que parece estar en el campo. No hay más que alejarse unos pasos de una de las elevadas puertas para encontrarse uno inmediatamente entre campos de trigo o sobre páramos de roca y viento. A esta altitud la naturaleza primitiva y pelada ha coexistido durante siglos con la más hermética y fortificada civilización eclesiástica y militar. Nadie necesita añorar aquí el «rus in urbe»; tiene lo contrario, que es casi un equivalente. Tiene lo que podríamos llamar «urbs ruri», o más bien «oppidum in agris». «Urbs ruri» sería un buen nombre para alguna casona de campo inglesa con su parque y las extensiones agrícolas y aldeas dependientes; porque en la mansión habrían de encontrarse todas las amenidades sociales y la sofisticación londinenses, y sin embargo, al mirar alrededor, los ojos no verían más que céspedes esmeraldinos y horizontes azules, mientras a las puertas, el campo, escasamente poblado, permanecería abierto a todos los deportes señoriales, desde la montería y la caza menor hasta el automovilismo, el paseo y el golf. Avila, por el contrario, es un ejemplo de «oppidum in agris»; no una residencia privada donde los grandes se retiran buscando el recreo y la tranquilidad, sino una eminencia defendible, quizás con un antiguo lugar de peregrinación incluido, donde los campesinos han acumulado sus graneros y los han cercado con un muro, dejando un espacio abierto en el medio para sus reuniones y ferias. Con el tiempo, los señores de los alrededores construirán aquí sus mansiones urbanas y quizás se vendrán a vivir por costumbre, pero sin renunciar a sus predios rústicos, ni desatender sus intereses agrícolas. Constituirán la clase gobernante, los «patres conscripti» de la pequeña república, de la típica ciudad antigua, con su religión local y su elocuencia política en gradual desarrollo.

Es muy probable que la original «Abula» pre-romana fuera una ciudad de este tipo; pero esa sencillez original no ha sobrevivido al paso de migraciones y conquistas armadas con una fuerza imperial ajena o con la fuerza de religiones

enormemente belicosas y expansivas. Detrás de los Romanos y los Visigodos, ocuparon esta región los árabes, pero no han dejado huellas de su arte semejantes a las que pueden verse en la no muy distante Toledo. Las grandes murallas, gloriosa corona de Avila, pudieron haber tenido en el periodo árabe un aspecto muy similar al que tienen ahora, porque son como las que imperaron durante todo el milenio Bizantino, desde el siglo cuarto hasta el catorce; pero en su forma actual, pertenecen al periodo Cristiano. La unidad y envergadura que se aprecia en su trazado denotan realeza y recursos nacionales; este lugar se había convertido en fortaleza de reyes contra otros reyes rivales, y, junto a esto, dos nuevos rasgos distintivos, extraños para la antigua ciudad, se inculcaron en Avila, y, aunque ya en decadencia, todavía le prestan su carácter dominante: las sedes de la nobleza y las del clero. En mi época varias de las grandes familias tenían todavía casas en Avila, a las que a veces regresaban algunas de ellas. Las de Oñate, Superunda, Santa Marta, Parcent; pero desde hacía tiempo las familias aristocráticas de distintas provincias y reinos se habían mezclado en casamientos, de forma que cada gran título podía ir unido a propiedades dispersas por toda España; y probablemente las propiedades en la provincia de Avila, o los palacios de la ciudad, no iban a ser los de mayor importancia para la familia o sus lugares preferidos de residencia. De esta forma, muchas casas solariegas quedaban abandonadas o se convirtieron en centros públicos o en pisos particulares. Mejor conservados, aunque algo disminuidos y despoblados se encontraban los conventos y las iglesias. El antiguo Colegio de los Jesuitas, construido dentro de las murallas y que reemplaza la parte superior de estas que da a El Rastro, se había convertido en el palacio episcopal; y muchos monasterios y conventos, bastante ocultos detrás de paredes desnudas, ocupaban amplios y misteriosos espacios en la ciudad o en emplazamientos elegidos en los barrios exteriores. Avila era una ciudad inconfundiblemente clerical, con Santa Teresa como su patrona natal y su mayor gloria.

No obstante, las realidades fundamentales continúan siendo manifiestas. Las murallas de la ciudad, con toda su solidez, no ocultan el campo a la vista. A cada momento, a través de cualquiera de las puertas de la ciudad, o desde algún baluarte, el amplio valle se hace visible, con su tablero de campos arados y álamos dispersos que bordean las rectas carreteras, o se agrupan a lo largo de los charcos al lado del río; y por la noche, en las montañas, no tan lejanas, las lumbres de los pastores centellean cual estrellas bajeras. O si la gente de la capital está demasiado ocupada y miope para acordarse del campo, el campo invade la ciudad todos los viernes por la mañana, y llena el mercado de campesinos y mercancías rurales. Llegan al amanecer en grupos desde sus pueblos, montados en sus temblorosos borriquillos, a la grupa el hombre o la mujer detrás de las alforjas de mimbre cuádruples, rebosantes de tomates colorados, de pimientos verdes y rojos relucientes, de lechugas y garbanzos o patatas de color terroso. En mi época, aunque con tendencia a desaparecer, todavía predominaban los trajes campesinos: los hombres con sombreros negros de ala ancha, chalecos, fajas vistosas y calzas de cuero sujetas como armadura sobre sus calzones cortos y sus medias azules; y las mujeres semejaban campanillas con sus abundantes faldas de franela brillantes, puestas una sobre otra y a veces la

superior echada hacia arriba a modo de chal, para proteger los pañuelos policromados que cubrían la cabeza y los hombros. No era sólo hortaliza lo que estos campesinos autosuficientes llevaban al mercado: había también gran cantidad de prendas de fabricación casera, como alpargatas con suela de cuerda, y cacharrería campesina, botijos y cántaros relucientes de nuevos y no menos lisos y rotundos que los maravillosos melones y las sandías de pleno verano.

No había riesgo de que una ciudad tal se considerara autónoma, como un capitalista, o existente por derecho divino para gobernar e instruir al mundo. El campo había creado la ciudad, la había construido en el cruce de caminos entre una era y otra, donde el puente cruzaba el río y se juntaban los senderos de cabalgadura que conducían más allá del valle hasta las ciudades vecinas donde había mercado. Del campo saca cada ciudad todavía su riqueza y su sustento, así como nuevos brazos necesarios para su creciente multitud de oficios, criados para las casas señoriales y soldados jóvenes para alistarse, a la fuerza o mediante soborno, en sus disputas y conquistas.

Los mercados y las ferias quedaban, sin embargo, empequeñecidos, al lado de las fiestas religiosas, sin duda bastante decaídas en mi tiempo, pero todavía impresionantes. Recuerdo la procesión del Corpus Christi, maravillosa ante mis ojos infantiles. Y no precisamente a causa de los gigantones, grotescos gigantes de batista y cartón que constituyan la parte cómica del espectáculo. Había caricaturas primitivas monstruosas, de esas que agradan a las mentes toscas, que seguramente eran en su origen con frecuencia obscenas y a las que todavía se permitía preceder o seguir al desfile religioso, como una farsa aristofánica después de tres tragedias. No; ni la farsa ni la obscenidad causan impresión en la primera infancia; son los prodigios simpáticos los que hechizan. Sin embargo, escasamente fue el misterio teológico, la Eucaristía como camino de la gracia, lo que me impresionó: eso también requiere experiencia para entenderlo, y también clarividencia. El encantador misterio brillaba sobre su plano espectacular; el prodigo le era intrínseco, como el de las estrellas. Su explicación lo hubiera devaluado. A la edad de seis o siete años pude sentir la alegre emoción de la fiesta, sin palabras para expresarla ni ideas para justificarla; pero si hubiera dominado las palabras y las ideas, hubieran sido éstas como las que le salen al escultor francés Alain en ocasión semejante. La ocasión crea la emoción, y la emoción crea las intuiciones para centrarla y darle forma. ¿No era éste el festival del solsticio veraniego? ¿No le llenaban de luz el sol estival y las rosas de Junio? ¿No estaba todo el mundo contento y alegremente vestido? ¿No colgaban de los balcones tapices y damascos, o donde éstos faltaban, al menos alguna alegre colcha, un mantón o un mantel? ¿No brillaba el hilo de oro y el oropel por todos lados sobre las vestiduras y los estandartes? ¿No se reflejaban doblemente los rayos del sol sobre la custodia dorada que parecía imitarlos? Y cuando se aproximaba la Hostia, sostenida en alto en un relicario de plata entre velas y flores, ¿no se soltaban desde alguna ventana palomas que remontaban y daban vueltas en el alto cielo, mientras puñados de pétalos de rosa descendían, como copos de nieve, sobre la procesión? Y la Hostia misma, núcleo místico de todo este gozo, ¿qué era sino el pan de la vida, pan de trigo blanco sublimado hasta convertirse en el principio puro de la felicidad eterna? Porque, aunque

oculto a la vista, el vino tinto que puede convertirse en sangre no estaba ausente del corazón, y todas las influencias festivas parecían fundirse en este sacramento de la unión.

Podría suponerse que todo esto era la carga latente de mi admiración infantil, si el poeta definitivo que lo dio forma no hubiera tenido experiencia posterior ni inspiración contraria alguna: es todo lo que a Alain le preocupa apuntar, con una filosofía rica en intuiciones fortuitas, pero sin fundamento ni resultados. Lo que un escritor satírico pagano podría reconocer en este espectáculo sería solamente el eco de algún culto al sol y a la cosecha, al dorado Apolo y a la dorada Ceres, con algunas reminiscencias de Baco. Nosotros podríamos dar incluso un paso más y ver en esto únicamente un preludio del Pervigilium Veneris con su inolvidable estribillo: *Cras amet qui nunquam amavit, quique amavit cras amet*. Pero eso sería dar un giro en falso al leer la historia, giro que no dio la historia en la encrucijada. Para llegar al Corpus Christi, la evolución moral tuvo que avanzar en dirección contraria. Estos niños y niñas vestidos de blanco, recién salidos de su primera comunión, no se están simplemente preparando para hacer el amor y cantar mañana Little Roger Coming Home from the Fair. Así lo harán con toda probabilidad algunos de ellos, pero no será a continuación de esta ceremonia: lo harán de forma rebelde, con resentimiento o a hurtadillas, plenamente conscientes de su cambio de frente. Esta figura conmemora la institución de la Eucaristía en la víspera de la Pasión. Se trasladó del Jueves Santo solamente porque allí quedaba demasiado eclipsada por el Calvario que había de llegar; mientras que ahora, después de Pentecostés, podía celebrarse gozosamente, y sentirse como una iniciación hacia una vida feliz pero transfigurada; un sacramento de amor, desde luego, pero de un amor privado de egoísmo mediante la renunciación y el sacrificio. El sol, los estandartes, los pétalos de rosa y los niños pequeños no están fuera de lugar en esta fiesta; riman con la alegría y la inocencia nuevas que hay que alcanzar; la pureza de la naturaleza en perfecta armonía, mientras dura, con una escarmientada pureza del espíritu.

Aquellos a los que tales cosas les parezcan tonterías deben sorprenderse de la moda que ha conseguido el culto al sacramento en esta vanidosa y alocada época. Parece incongruente con el industrialismo dominante y con la opinión controlada por la prensa diaria. Quizá sea una válvula de seguridad, un movimiento auto-defensivo de la psique humana, amenazada con la servidumbre absoluta, como la de las hormigas obreras.

La gente rica, de buenas maneras, bien informada de todo, percibiría quizás más en la otra fiesta que recuerdo principalmente en Avila: una fiesta de otoño, la apoteosis de una mujer de letras y reformadora. Santa Teresa no está enterrada allí, sólo su corazón se guarda como reliquia en la capilla construida sobre la habitación donde nació; y su bella imagen, que el sentimiento local casi identifica con ella ahora, se levanta, o más bien está de rodillas, sobre el mismo altar. Es una imagen de madera, móvil y adecuada para llevarse en procesión: sólo el ademán, la cara y las manos revelan al artista; el resto está cubierto con el hábito Carmelita, modificado por un vistoso mantón, un nimbo dorado y muchas joyas. No obstante, el escultor y la santa triunfan sobre estos accesorios

y vemos a la arrobada monja, pálida y heroica, alzada desde la tierra por la fuerza de la fe y el amor. Sin embargo, Santa Teresa fue sumamente sensata; era considerada ante las circunstancias, los casos particulares, la flaqueza humana y los caprichos del destino; era inconfundiblemente moderna. Puede atraer al pragmático dentro del creyente: tendencia peligrosa que lleva la religión a la política y, casi inevitablemente, embrutece a la religión misma, convirtiéndola en una especie de política y diplomacia celestiales. Un mundo es suficiente a mi parecer, y desearía que la religión asimilara y transmutara esta vida en términos espirituales últimos, en vez de entregarnos a nuevos riesgos, ambiciones y aventuras sentimentales en una vida venidera. Pero mi impulsiva hermana medio-americana era una apasionada discípula de Santa Teresa; y algo insatisfactorio en la devoción de Susana quizás predisponga mi juicio respecto a la perfección de su modelo. En Susana parecía que la religión siempre permanecía forzada, y no endulzó su vejez. ¿Dudaba quizás de la verdad de su fe y la declaraba con tanta insistencia precisamente porque, en el fondo, dudaba de ella? Santa Teresa no sufrió un secreto malestar semejante; pero quizás no habría podido evitarlo si hubiera respirado durante veinte años un ambiente americano. Quizás la fijeza de tradición, de costumbre, de idioma sea un requisito previo para la armonía completa de la vida y de la mente. La variedad en estas cuestiones es una lección para el filósofo y lo empuja hacia los fríos brazos de la razón, pero confunde al poeta y al santo y envenena la sociedad.

En Avila, en estas procesiones de Santa Teresa, se daban encantadoras reminiscencias del candor popular, digno de la edad media. La Santa era demasiado importante y las multitudes demasiado numerosas para que todo pudiera continuar en su propia iglesia: diez días antes de la fiesta se la llevaba a la Catedral, donde se sacaba de su capilla a la Virgen María para dar la bienvenida a la peregrina; y las dos estatuas, una a la derecha y la otra a la izquierda del altar mayor, presidían la subsiguiente Novena. Cuando ésta acababa, se formaba otra procesión para llevar a la Santa de vuelta a su propia casa; pero tal era su ascendencia así en la tierra como en el cielo, que la propia Virgen María no podía abstenerse de acompañar a su huésped en la despedida hasta por lo menos la mitad del recorrido. En el lugar señalado, una plaza abierta donde la vista podía explayarse hasta cierta distancia, la procesión se detenía. Santa Teresa, que iba delante (etiqueta eclesiástica que exige que los más importantes vayan los últimos), daba entonces un giro completo y hacía tres profundas reverencias y luego se alejaba majestuosamente hacia la Catedral; con lo cual la Santa reanudaba su marcha hacia casa. Hasta ahí la devoción popular; pero también los devotos tienen sus pequeñas disensiones humanas. A distinta hora había otra procesión, de una cofradía rival que llevaba otra imagen de Santa Teresa recién comprada, del estilo de San Sulpicio. ¿Y por qué? Porque se decía que la cofradía habitual de Santa Teresa, propietaria de la antigua y venerable imagen, estaba en manos de los ricos y de los eclesiásticos; y los artesanos se habían separado y habían formado otra cofradía propia, con una imagen moderna rosa y blanca, de estuco sencillamente pintado sin seda ni joyas, que les gustaba más.

Para andarines inveterados como mi padre y yo el semblante acogedor, aunque severo, de Avila era más aparente en sus alrededores que dentro de sus

murallas. Cada vez que, viniendo de París en las décadas de 1880 y 1890, después de mi segunda noche en tren, me advertía el amanecer que debía estar acercándome a mi destino, era siempre latiéndome el corazón como buscaba los nombres de las últimas estaciones, Arévalo, luego Mingorría, tras la cual, en cualquier momento, podía esperar ver a la derecha las perfectas murallas de Avila en suave declive hacia el lecho del río invisible, con todos sus baluartes reluciendo claramente a los horizontales rayos del sol y la torre catedralicia en el centro, sobresaliente sólo un poco sobre la línea de las almenas y no menos imperturbablemente sólida y grave. La piedra, bajo esa luz solar horizontal, tomaba un tinte dorado precioso y casi jovial frente a las rocas negruzcas y las cuestas áridas de los cerros descendentes, sólo aliviados aquí y allá por franjas de álamos o encinas oscuras. El paisaje de los alrededores de Avila (que yo supongo de un glaciar extinguido) es demasiado austero para ser bello, es demasiado seco y estéril; y sin embargo, revela elocuentemente el esqueleto pétreo de la tierra; no un esqueleto muerto como las montañas de la luna, sino como las montañas de Grecia, vivificado al menos por el ambiente, y rico todavía en manantiales y en campos escondidos. Después de todo, Castilla no está tan elevada y seca como Arabia, que también tiene sus sitios verdes; toda la meseta española se inclina suavemente hacia el oeste y al suroeste en dirección a Portugal y el Atlántico, de donde proceden sus lluvias y donde desembocan sus ríos sin obstáculo. Avila se asienta en la misma punta de una lengua de terreno elevado que se extiende en esta dirección; y su particular pintoresquismo se debe a la circunstancia de que, a pesar de estar situada entre las estribaciones septentrionales de las sierras castellanas, no mira al norte, sino al sur, hacia esas mismas montañas, desde un espolón secundario y paralelo. Dado que hace más a menudo frío que calor, ha vuelto la cara y abierto las ventanas al sol. Desde el paseo de El Rastro o desde la casa de mi cuñado sobre la cima de la misma pendiente meridional, la vista domina, por consiguiente, el aspecto más agradable y más humano del campo. A los pies se tienden los tejados de un barrio pintoresco, no exento de iglesias y campanarios; más allá, en el campo, se levanta el gran monasterio de Santo Tomás; se ven las largas carreteras derechas, a veces bordeadas de árboles, que cruzan el amplio valle, y puede incluso vislumbrarse el río, aunque en verano no sea más que una fila de charcos, con un pequeño hilito de agua discurriendo entre uno y otro u ocultándose entre montones de piedras y trechos de arena. Más allá, para cerrar el panorama, se levantan los escarpados picos de la Sierra de Avila, y la más lejana e imponente Sierra de Gredos, ambas igualmente purpúreas a la vista y, por así decirlo, licuadas por exceso de luz.

En esta dirección existía una meta interesante para un largo paseo en el tiempo fresco; y un paseo es más agradable cuando se dirige hacia algún sitio concreto, donde uno puede detenerse, mirar alrededor y descansar un poco, antes de dar la vuelta satisfecho hacia casa. Esto era la Ermita de Nuestra Señora de Sonsoles, una amplia capilla de piedra con una casa de labranza anexionada, construida sobre una elevación al pie de las sierras, con una arboleda delante, una fuente y algunos bancos de piedra. En tiempos de mi padre, rara vez la visitamos, porque mis visitas caían entonces en pleno verano

y el camino a través de todo el valle era largo y polvoriento bajo el sol; pero posteriormente, cuando podía quedarme con mi hermana en el Otoño, me iba andando hasta allí solo, o acompañado a veces de mi cuñado, quien iba no obstante en mula, mientras su hijo Rafael (mi compañero habitual) y yo íbamos a pie.

Celedonio, de cierta edad y pesado, no iba por mí, aunque así aparentaba hacerlo. El iba en peregrinación religiosa. Mi afición a esta excursión suponía para su conciencia la insinuación de que quizás había abandonado a Nuestra Señora de Sonsoles durante demasiado tiempo. Así que aprovechaba estas ocasiones para entrar en la capilla y arrodillarse durante un rato para rezar, o como si rezara, ante la imagen milagrosa. La devoción de mi cuñado era de tipo primitivo, prudencial, críptico y nada teológico. El y toda la familia acudían juntos obedientemente para confesarse y comulgar una vez al año, por Semana Santa, según el precepto de la Iglesia, y asistía a misa los domingos, a menos que algo se lo impidiera; pero no quería tener nada que ver con las modernas devociones ni con la gente que, según decía, «se comían a Dios» a diario. La religión, según él, era y debía ser una formalidad, algo como ir a ver a las autoridades, respetar las leyes escritas y mantener la antigua dignidad de la iglesia y el Estado. No se debe ofender a los poderes que existen; y estos poderes, según su sentido agrícola de causa y efecto, eran misteriosos y multiformes. Nuestra Señora de Sonsoles era uno de ellos. En el bolsillo de su chaleco llevaba una pequeña reproducción de plata de su imagen y, como Sonsoles podía verse desde las ventanas del comedor de su casa, siempre, antes de sentarse a la mesa, iba hacia la ventana, como para examinar el aspecto del tiempo, sacaba la pequeña imagen del bolsillo, se alzaba la gorra que siempre llevaba en casa como para arrancarse la cabeza, murmuraba una o dos palabras en dirección a Sonsoles y besaba el pequeño amuleto, antes de introducirlo otra vez en su escondrijo. Esta era su plegaria particular antes de la comida, servía para toda la familia, todos la conocían, pero nunca se hablaba de ello.

En ocasiones, sin embargo, Celedonio nos solía hablar de los milagros de este determinado «numen». Uno era conmemorado con el modelo votivo de un barco del siglo diecisiete que todos podíamos ver colgando de las vigas de la Capilla de Sonsoles, y pintado en el gran cuadro de una de las paredes. Alguien, en medio de una tormenta, había invocado la ayuda de Nuestra Señora, siguiendo tal recomendación, y había sido librado del naufragio. Si yo me hubiera sentido suficientemente cómodo en compañía de Celedonio (cosa que jamás ocurrió) podría haberle preguntado si creía que, de haber invocado este marinero, digamos, a Nuestra Señora del Pilar en vez de a Nuestra Señora de Sonsoles, habría tenido menos probabilidades de salvarse. Y si hubiera titubeado, podría yo entonces haber hecho alarde de mi propia teología estrictamente ortodoxa y haber dicho que la intercesión de la Virgen María habría sido, por supuesto, igualmente eficaz con cualquier nombre que se la hubiera invocado; pero que la oración de cada persona puede que fuera más espontánea y fiable, y por tanto más digna de ser oída, si estuviera relacionada con el amparo y el culto que le eran más familiares en casa. Celedonio me hubiera felicitado (o debiera haberlo hecho) por esta explicación; pero con seguridad me habría considerado peligro-

so si le hubiera preguntado si, de haber invocado el marinero, no a la Virgen María, sino a Castor y Pollux, podría no haber sido ni menos devoto, ni menos digno de su recompensa. Sea cualquiera el nombre que invoquemos, ¿no va la oración siempre dirigida al auténtico poder, sea cual fuere, de quien dependemos para que nos libre de las desventuras que nos acosan? La superstición puede engañar a la fantasía de diversos modos, pero nunca cambia la lealtad del corazón, que es todo lo que importa, supongo, desde el punto de vista espiritual.

La lealtad de Celedonio, al menos en su vejez, era sólidamente prudencial, tal como correspondía a un agricultor, un abogado, un administrador y un pater familias. Quizá habría tenido sueños en su juventud. Había estado enamorado de Susana, un amor que al parecer nunca se extinguío del todo, porque, en frente de su escritorio, donde podía verlo siempre que levantaba la vista de los papeles o hacía un alto para encender un cigarrillo, había colgado un retrato al óleo de Susana a los quince años, conmigo en brazos, que mi padre había hecho en aquellos primeros días, sacado de una fotografía; y en su mente alimentaba ciertas perspectivas románticas respecto a la historia de España y en concreto respecto a este santuario de Sonsoles. Personalmente garantizaba un milagro moderno que probaba su santidad. Cierta persona, cuyo nombre citaba en un principio, pero que después se fue tornando vago y podría finalmente, por tradición, identificarse con él mismo, cabalgaba un día a través del valle cuando le sorprendió una violenta tormenta e, imprudentemente fue a refugiarse bajo una encina solitaria al lado del camino. Un rayo alcanzó la encina y la partió; mató al caballo y abrasó las vestiduras del jinete: pero el hombre había alzado sus ojos hacia Nuestra Señora de Sonsoles, había invocado su protección y milagrosamente se había salvado.

Sin contar con favores milagrosos, también yo sentía que en el ambiente de Sonsoles flotaba una auténtica santidad, una santidad pagana. Nada lúgubre, nada siniestro, sino una especie de simpatía invisible de todas las cosas hacia el hombre, cuando éste ocupa su lugar alegremente entre ellas. El santuario era antiguo, sencillo, sólido, noblemente situado sobre la ladera, con una arboleda cercada en su parte delantera y una fuente de piedra, desde la que fluía el agua por cauces empedrados entre los árboles, manteniendo la hierba verde en las ombrías. La capilla, la casa de labranza y las cuadras se encontraban contiguas a un lado del encerramiento, posesiones todas igualmente familiares, ancestrales y atendidas con igual prudencia y esmero. Unas gallinas, un perro y un gato, incluso algún cerdo esporádico o dos formaban una familia feliz. Tenían su utilidad al lado de un templo, al igual que los burros y las ovejas que había detrás. Porque éste era un lugar de peregrinación, los viajeros debían reponerse, y había incluso un espacio rudimentario que servía de plaza de toros en la fiesta anual, en que se celebraba una feria con gran concurrencia de los pueblos vecinos. Estas diversiones ordinarias, esta barahunda bajo el fuerte sol y estas desventuras de los pobres hacían todavía más gratificante el introducirse durante un momento en la oscuridad del fresco oratorio y hacer la visita a la Virgen en su plácido esplendor sobrenatural. El universo, nuestras propias almas, nos revelaban entonces otra dimensión, además de las de nuestras tareas y pesares.

La capilla era un pequeño templo perfecto, oscuro y sin ventanas aparte de alguna abertura en el tejado. Nada de techo moderno o paredes lucidas ni pisos de madera, sino simplemente piedra tosca por todos lados y vigas desnudas; sin embargo, el altar estaba decorado y la imagen de Nuestra Señora de Sonsoles, quizá inferior al tamaño natural, se erguía magníficamente vestida y coronada, siendo su manto, blanco y dorado, y su rico velo piadosamente elaborados y renovados en su momento por la hija de Celedonio y por otras señoritas de Avila. «Sonsoles» significa o puede que signifique «son soles»; y el lugar tiene un escudo de armas, o al menos un emblema, toscamente esculpido aquí y allá, sobre la piedra, representando tres caras del Sol, rodeadas de rayos, como otras tantas custodias; porque tales símbolos tienen aplicaciones transferibles, y lo que representa el esplendor visible puede indicar también la difusión de la gracia divina.

La propia Avila, en el fondo, simplemente repite a escala superior este mismo tema religioso y humano; sólo que el marco rústico ha desaparecido, y el arrepentido paganismo, encerrado y eclipsado como está por tan altos baluartes militares y monásticos, se ha vuelto más bizantino, más medieval. En mi época, el lugar estaba en parte ruinoso y abandonado, reducido a 6.000 habitantes, de los 30.000 que dicen que había tenido en su momento. Casi la mitad de la zona que baja hacia el río desde lo que podría llamarse la parte superior de la ciudad, dentro de su círculo de almenas y torres, estaba deshabitada. Sólo aparecían allí montones de basura, unas pocas chozas insignificantes y algunas cercas donde ocasionalmente podían encontrarse algunos cerdos y gallinas. Incluso en la parte superior muchas viejas mansiones y capillas estaban cerradas; a veces sólo el portalón, con un balcón de hierro forjado por encima, atestiguaban su antigua dignidad. No les faltaba, sin embargo, dignidad a las gentes que quedaban y que llevaban una sencilla, seria y monótona vida provinciana, restringida por la pobreza y amenazada, más evidentemente de lo que parecen estar los lugares de más movimiento, por la sombra de la enfermedad, la tristeza y la muerte. Casi todas las mujeres parecían estar de luto, y también los hombres más viejos. En esto no había nada impuesto o afectado. La gente simplemente se resignaba ante las realidades de la madre naturaleza y de la humana naturaleza; y dentro de su sencillez, su existencia era profundamente civilizada, no por comodidades modernas, sino por tradición moral. «Es la costumbre», solían aclarar al forastero, medio excusándose, medio enorgulleciéndose, cuando se mencionaba cualquier pequeña ceremonia o cortesía típica del lugar. Si las cosas no fueran la costumbre, ¿qué razón podía haber para vivir si no fuera la costumbre de vivir, sufrir y morir? Francamente Avila era triste; pero para mí suponía un gran alivio oír que las cosas eran la costumbre, y no que eran justas o necesarias, o que debiera hacerlas.

¿Cuánto respeto sentía esta grave, desilusionada y limitada gente de Avila por sus convencionalismos y en particular por su religión? Creo que, en el fondo, no mucho; pero prácticamente no había nada más a su alcance; y si algo más les hubiera sido posible, ¿habría sido mejor? Los más inteligentes lo hubieran dudado, y se habrían resignado a su rutina diaria. Lo que tenían y creían era, al menos, «la costumbre». Podían vivir y expresarse sobre esa base. Sus almas,

al inclinarse ante la costumbre, podían conservar su dignidad. Desprendiéndose de ella, como los demagogos y los intelectuales chabacanos querían que hicieran, hubieran caído en la confusión mental y la anarquía moral. Sus vidas no hubieran mejorado y sus juicios habrían empeorado mucho. Nunca podrían haber llegado, en la época en que los conocí, a sentirse a gusto en una sociedad en la que nada era ya «la costumbre», respecto a la opinión o a la conducta. Todo en Avila, las murallas, las calles, las iglesias, el lenguaje, era testimonio aún de una civilización descolorida, aunque perdurable; y no me resultaba imposible realizar y vivificar el cuadro, mientras lo proyectaba en el pasado, y lo convertía en una orgullosa fuerza, inconfundible e intransigente, tal que un mundo corrompido no tendría más remedio que respetar y temer.

Cualquier turista con una guía puede saber que en Avila, la catedral, San Vicente, Santo Tomás y la Capilla de Monsén Rubí, son monumentos notables en los que podría estudiarse la turbulenta historia de la arquitectura, especialmente la Gótica, si no hubiera en algún otro sitio tantos ejemplos puros de cada una de esas fases. La arquitectura, especialmente la Gótica, fue una de mis pasiones juveniles, cuando exploraba y analizaba todas las cosas de este género que descubría, donde quiera que fuese, y un chapitel o una tracería retenían mi atención como si hubieran prometido ser Helena en todo su esplendor. Pero esa ilusión ha desaparecido y Avila no era sitio para estimularla. Por el contrario, es un lugar donde he sentido el más profundo poder de armonías involuntarias, de accidentes, no felices en sí mismos, que se unen formando un sustrato para la felicidad —hablo de felicidad para un filósofo que puede vivir dichoso en el intelecto, entre la deliciosa esperanza y el rápido arruinamiento de todas las demás dichas. La deliciosa esperanza y el rápido arruinamiento se ven, mejor que en ninguna otra parte, en la arquitectura gótica, toda exuberancia, libertad e inestabilidad, «ambición abovedada» en piedra, pecado original que creía poder glorificar al arrepentimiento. El lujo oriental invadió el arte clásico de Bizancio; y el esplendor puramente estético y geométrico de este arte es más aparente cuando no toma el motivo cristiano, como entre los musulmanes. Podría entonces facilitar miriadas de marcos para la poesía, el amor, y la imaginación desenfrenada, sin imponer una moral sobre los arabescos de la creación. Y en cuanto a la religión, podría dejar la bóveda vacía y silenciosa, donde la mente solitaria pudiera ajustar cuentas con el universo. Nuestro Gótico, por el contrario, se volvió insaciablemente profuso en adornos y en toda clase de curiosidades enajenadoras; y me gusta más cuando la acción del tiempo o del castigo ha intervenido en esa orgía, que ya estaba resultando molesta, y ha introducido un nuevo estilo, un gusto diferente, una imperiosa escoba que ha barrido la mitad de esas doradas telarañas. A veces, el aditamento incongruente es más bello que el fondo sobre el que se impone; y muchas iglesias góticas perderían su encanto si se les quitaran los sepulcros renacentistas o los pórticos barrocos. Después de todo, el gótico fue reemplazado simplemente mediante la fuerza de su propia turbulencia.

Esta ironía del progreso estaba ilustrada en mi época, incluso en la catedral de Avila. Antiguamente había, alrededor del presbiterio y del coro, magníficas colgaduras de damasco rojo que cubrían la pared bajo el triforio y la mitad

superior de los arcos que daban a las naves laterales, quedando la mitad inferior protegida por la no menos magnífica verja de hierro forjado y latón. Servían para hacer de todo el espacio interior un lugar cálido a la vista y noblemente aislado para el corazón. El altar mayor parecía entonces algo así como la sala del trono y el salón de la audiencia para el Altísimo. Era regio sin perder la sublimidad ni la sugerencia mística, puesto que la bóveda aún subía muy por encima de este lujo terrenal y permanecían abiertos amplios espacios sombríos en la dirección de la nave y de los cruceros. Tampoco se quitaba al público, como en las iglesias orientales, de contemplar las ceremonias. Se le dejaba sitio entre el altar superior y el coro; porque la costumbre española de colocar el coro a la izquierda de los cruceros permite al público invadir el centro mismo de la escena del culto. Es éste el lugar preferido de los devotos, a veces con bancos dispuestos allí, mientras los cristianos sin pretensiones pueden aún ver y oír todo desde las naves laterales, sin ser observados entre los observadores. Estas intimidades y encantos del culto divino se les escapan a los críticos superiores que deploran semejante intrusión del coro en la nave. Que el túnel de una larga nave sea obstruido de este modo les parece una ventaja piadosa e incluso poética, porque un velo parcial realza a menudo la belleza, y las colgaduras que encierran el coro, sin interrumpir la continuidad de la linterna y de la bóveda, diversifican la escena de abajo y proporcionan lugares adecuados para monumentos y altares. Por consiguiente, en una época más católica, esas colgaduras de damasco rojo parecieron un ornamento adecuado para una iglesia y aportaron a la catedral de Avila, más bien fría y severa, una humanidad y esplendor especiales. Sin embargo, hace unos años, el cabildo vendió todo a un americano por veinte mil dólares. Dijeron que el Damasco se estaba pudriendo, que necesitaban el dinero para reparaciones estructurales en el edificio de la propia catedral, y que sin el damasco la arquitectura de la iglesia luciría más.

Estas excusas me parecen tan lamentables moralmente como la pérdida de las colgaduras lo es estéticamente. Sin duda las colgaduras necesitaban revisión, pero si la seda se estaba pudriendo, ¿iba a quererla algún perspicaz millonario de Chicago o la atenta esposa en su brillante nuevo hogar? Sin duda los arquitectos gubernamentales que dirigían las reparaciones en monumentos nacionales no siempre actuaban como el cabildo hubiera deseado, si es que actuaban; y sin duda veinte mil dólares, para gastarlos a su gusto, supusieron una tentación sin precedentes para el obispo y los canónigos. Pero si alguno de ellos dijo que quitar de en medio un adorno tan estupendo para el culto revelaría mejor las bellezas del edificio, debió haber sido un católico lamentable y un falso amante de las artes. Las iglesias se construyen para la oración, no para exhibir la historia de la arquitectura; y era bien fundada la tendencia, en la época cristiana, a suponer que todas las riquezas y la belleza podrían dejarse al pie de la cruz. Nada de lo que el hombre ama de forma natural necesitaría quedar sin consagración, si simplemente fuera sacrificado en parte y en parte redimido. Además, no es cierto que el damasco escondiera nada digno de verse. La catedral de Avila es noble, pero nada, excepto el ábside, es particularmente original ni interesante. El estudioso podía antes examinar suficientemente cada detalle, mientras para el poeta las paredes de piedra desnudas —pues hay aquí

muchas superficies lisas y vacías sin la menor manifestación de nichos esculpidos, ventanas ni galerías— parecen expuestas ahora a una luz excesiva, vulgar, incómoda, inhospitalaria y desalentadora. El vandalismo que ha devastado en otros sitios el interior de casi todas las iglesias, había empezado ahora a asaltarlas incluso en España. Se estaban convirtiendo en sepulcros para la religión que las construyó.

Esta iglesia, mustia y descuidada, pero gloriosa aún, fue la última en la que he sido capaz de oír misa con íntima satisfacción. En primer lugar, no había sermón por la mañana. Separar la misa del sermón es prueba de un auténtico respeto por ambos. La liturgia y el consiguiente discurso, cada uno por sí mismo, son igualmente considerados dignos de asistencia. Luego, aquí en Misa Mayor, el rito se llevaba a cabo con franqueza, con sencillez, en menos de una hora, como una ceremonia tradicional, sin afectación alguna de devoción o fervor personales. Era la iglesia antigua aún viviente. Los monaguillos se apresuraban de acá para allá como en un juego, balanceaban los pesados incensarios de plata con gusto y hacían sonar las cadenillas y dejaban escapar grandes humaredas a cada oscilación del péndulo, como si el placer y el deber jamás hubieran encontrado armonía más perfecta. La música era tosca, borrascosa, y no muy clásica, pero al menos era breve y, como todo lo demás, no se ofrecía para que la admirara el público, sino que se ejecutaba para seguir los preceptos de la liturgia, tal y como podría ser o era la costumbre. He aquí la antigua religión sacerdotal, tan aceptable para la persona verdaderamente inteligente, como su lengua natural o sus gobiernos accidentales, no por ser milagrosamente adecuada ni perfecta, sino por estar profundamente arraigada en todas sus tradiciones, que son parte del suelo y la sustancia de su única vida posible, que debe ser transmitida, con las inevitables variaciones, a la generación siguiente, si no se quiere dejarla totalmente desheredada y en la barbarie.

Yo no me sentía en absoluto desheredado, aunque jamás participé en aquellos ritos. Los respeto, me gustan, y me niego a utilizarlos con intención infame alguna. Celebran pasiones humanas inevitables y esperanzas dichosas, y no vierto lágrimas porque esas esperanzas y pasiones hayan pasado ya para mí. ¿Por qué envidiar las ilusiones? La sabiduría interior no es sólo más sosegada, sino más comprensiva y caritativa, porque toda pasión o esperanza viva ve enemigos odiosos en las otras pasiones o esperanzas, mientras que la sabiduría interior aprecia en ellas el bien al que aspiran. En la religión pura y en el arte estos bienes rivales pueden celebrarse sin contradicción ni deslealtad, pues, en último término, sólo el profano espera que el arte y la religión sirvan a sus pasiones particulares. Los que han pasado el «pons asinorum» de la vida interior saben que la función del arte y de la religión consiste precisamente en transfigurar esas pasiones particulares de forma que, lejos de ser ellas servidas, puedan servir todas a la religión y al arte.

No era, sin embargo, por la Misa Mayor de los domingos, por lo que visitaba yo la catedral con más frecuencia, o me entretenía allí con el mayor placer. A cualquier hora del día, para atajar de calle a calle o para escapar del sol en las horas de calor, podía recorrer las frescas y oscuras naves laterales, o sentarme durante un rato en el crucero, midiendo las bóvedas con la vista y examinando

los vidrios de colores no muy caracterizados, o las pinturas agradables, aunque algo oscuras, del gran retablo dorado, o los encantadores púlpitos gemelos, o las esculturas de algún viejo altar o sepulcro. A las paredes quedaba adherido suficiente perfume de cera e incienso para conservar el ambiente del culto, cuyo centro solía ser alguna moderna capilla, en la que podía verse algún anciano o anciana rezando de rodillas; esta era todavía una iglesia viva, no un museo ni una ruina. Esa circunstancia, como la propia Avila, me agradaba y consolaba. Todavía no había desaparecido del mundo todo lo profundo, todo lo hermoso.

## PRIMEROS RECUERDOS\*

De la tierna infancia conservo algunas imágenes dispersas, separadas e imposibles de fechar, evocadas a veces sin motivo, a la manera de los sueños. Tanto es así que a veces sospecho que puedan ser fragmentos de antiguos sueños, y no recuerdos auténticos; pero, en ese caso, ¿de dónde surgieron los antiguos sueños? Para la autobiografía, pudiera ser tan pertinente e incluso más revelador, el relatarlos si fueran sueños que si fueran verdaderos recuerdos, porque mostrarían cómo se fue desarrollando mi mente juvenil, qué objetos la impresionaban y sobre qué temas ejecutó sus primeras variaciones.

Estas imágenes son completamente visuales. Recuerdo la sota de copas de la baraja española, con la que jugaba en el suelo, cuando me enredé en mi vestido que tenía un diseño a cuadros blancos y negros; y puedo ver el rincón de la habitación, nuestra antesala, donde andaba a gatas y a la niñera que me ayudó a ponerme en pie. También me recuerdo sentado en el regazo de mi madre, somnoliento y jugando con un cierre que subía y bajaba por los dos hiletes de su larga cadena de oro, hecha de hojuelas flexibles; ella llevaba un cuello de encaje amplio y tenía puesto un vestido de seda que llamaba «el vestido de los seis colores», porque el fondo negro estaba moteado de flores diminutas de seis pétalos, cada uno de un color diferente —blanco, verde, amarillo, marrón, rojo y azul—. La ropa y los colores tenían naturalmente para mí un gran encanto: el énfasis puede que fuera en parte adoptado y verbal, porque yo oía constantemente a las mujeres hablar de telas finas; pero el interés era connatural. Siempre me he fijado en la ropa y he sido cuidadoso respecto a la propia; y en aquellos días de inocencia, no me era en absoluto indiferente el que con mi traje blanco de verano llevara la sencilla faja azul de todos los días, que despreciaba, o el tartán de seda satinado y nuevo con el que me sentía mucho más a gusto. Conservo, sin embargo, un recuerdo de bien distinto género que debe haber sido muy anterior. Una noche, antes de meterme en la cama, mi madre me llevó en brazos a la ventana y corrió el visillo que colgaba junto al cristal. Sobre la torre de la casa de los Oñate, al otro lado, relucía una estrella fija y brillante. Mi madre me la señaló y dijo: «Detrás de ese lucero está Pepín». Su llorado primogénito estaba detrás de aquella estrella. En aquel momento, este anuncio ni me sorprendió ni me impresionó; pero algo en el tono y en el aire de mi madre debió fijar maquinalmente sus palabras en mi memoria. Pocas veces hablaba innecesariamente y nunca fue sentimental; pero en esto había alguna honda asociación con su pasado que, durante un momento, me había envuelto en su atmósfera.

\* «EARLY MEMORIES», *Persons and Places*, p.116-129.

Otro grupo de recuerdos puede fecharse en época no posterior a mi tercer año, puesto que incluyen a mi hermano Robert que se fue de Avila cuando yo tenía tres años y él doce. Ocupábamos el mismo cuartito detrás del de nuestra madre y contiguo al aula de clase; y recuerdo nuestras peleas de almohadas, o más bien juegos porque Robert era compasivo y se portaba bien con su hermano pequeño. Le tenían prohibido robarme cualquier porción de mi comida, pero podía asomar su lengua con la esperanza, no siempre defraudada, de que yo, con el tenedor, pudiera delicadamente colocar un bocado sobre ella. Constituía para mí toda una proeza de equilibrio, así como de magnanimitad y lo recuerdo por ambas razones. Recuerdo también la tortilla de patata, frita en aceite, que me daban para cenar y que todavía anhelo pero rara vez consigo; y la servilleta blanca sobre el mantel negro y rojo en el que se extendía el banquete. El primer juguete que recuerdo era también de la época de Roberto en Avila, porque me lo regaló su tutor alsaciano, Herr Schmidt: era un ratón de terciopelo gris al que podía darse cuerda para que corriera por el suelo. Y recuerdo por último con claridad el momento de la partida de Robert. Todos fuimos a la estación para despedirle; porque mi padre iba a llevarlo hasta Londres, desde donde su primo Russell Sturgis (el principal Evangelista patilludo y de pantorrillas bien formadas) lo llevaría a América para que ingresara en el colegio. Pero no es ninguna emoción relacionada con la despedida ante una ausencia indefinida lo que queda en mi memoria: sólo la imagen de la espalda del joven Robert caminando delante de mí en una determinada esquina donde tuvimos que pasar en fila. Llevaba un abrigo gris largo con un mantito trenzado o pequeña capa cubriendole los hombros, sobre lo cual todavía veo su gorra gris y el pelo castaño bien rizado que escapaba y sobresalía por debajo de ella. No puedo apreciar en la imagen si yo realmente caminaba o me llevaban en brazos. En estas intuiciones claras y fijas el yo queda totalmente trascendentalizado e invisible. Cumple su misión demasiado bien para darse cuenta de que está cumpliéndola.

Puede que parezca extraño que Robert tuviera en Avila un profesor particular alsaciano (que además daba clases a las niñas). Se trataba de uno de aquellos compromisos inestables e insatisfactorios implicados en las circunstancias del matrimonio de mis padres. Durante algún tiempo vivieron en Madrid, en el piso donde yo nací: pero Madrid tiene un clima malo, con mucho calor en verano y vientos fríos en invierno; hacía necesaria una segunda residencia durante los meses calurosos, era caro y, para mi madre, socialmente desgradable. Además, ella tenía que volver a Boston; mi padre lo sabía, pero fue encontrando razones para aplazar la cosa. Por último, de forma muy característica suya, mi madre se tomó la justicia por su mano, preparó todas las cosas en secreto y una tarde se escapó con todos nosotros, excepto mi padre, en el expreso de París. Allí le llegaron las protestas de mi padre. Fueron tan elocuentes, o respaldadas por tales amenazas de acción (puesto que tenía derecho al menos a retenerme a mí), que al fin regresamos todos. Se había acordado que viviríamos en Avila. Pero ¿qué educación podían recibir Robert y las niñas allí? ¡Ninguna! Era, por tanto, imprescindible un profesor particular, y de alguna manera se encontró un joven alsaciano que parecía reunir todas las condiciones. El francés y el alemán eran para él idiomas propios, hablaba un poco el inglés y aprendería pronto el

español. Sus reclamaciones eran modestas y su carácter excelente en apariencia. Así que Herr Schmidt se instaló como huésped con una pobre viuda que vivía en el bajo y se dieron las clases diariamente en la pequeña habitación soleada de la trasera de la casa que se convirtió en aula. No sé qué telarañas idealistas pudiera haber tejido la Minerva germana si sus labores no hubieran sido interrumpidas pero por el momento un Cupido germánico había entrado volando sobre las macetas de la ventana abierta y se había enredado entre esos sabios hilos. Pues aunque esto no ocurría antes de la guerra franco-prusiana, el joven Schmidt mostró todo el sentimiento y el empuje del alemán puro; él creía en la disciplina, en la perfección y en el deber de basar toda la enseñanza de la geografía alemana, en el idioma propio; De modo que, entre los difíciles y tan claramente articulados nombres de Harzgebirge y Riesengebirge le susurraba a Susana al oído: «Je vous aime avec rage». Ella apenas tenía diecisésis años, y él tuvo que ser despedido, lo que seguramente consideró una gran injusticia; porque escribió una larga carta explicando su merecimiento para ser el marido de Susana y su deseo de marchar a América y establecerse allí —sin una perra gorda.

Fue este fracaso de la educación superior internacional en casa el que había impuesto la urgencia de enviar al menos a Robert inmediatamente al colegio en América y el que me separó de mi hermano mayor durante los cinco años siguientes. Dos años más transcurrieron antes de que mi madre y mis hermanas marcharan también. No recuerdo nada de ese intervalo; pero después que se fueron, vinieron a vivir con nosotros mi tío Santiago, con su mujer María Josefa y su hija Antoñita, comenzando así un nuevo y distinto capítulo en mi experiencia. El escenario, las personas y los acontecimientos aún están presentes en mí con la mayor nitidez. No sentí profundamente ni comprendí lo que ocurría, pero de alguna manera su fuerza impresionó mi mente joven y estableció en ella una especie de criterio o modelo de la realidad. Aquella vida familiar aglomerada, tirante, desunida y trágica sigue siendo para mí el tipo de lo que la vida es en realidad: algo confuso, horrible, e inútil. No la odio ni me rebelo contra ella, como hace la gente que cree haber sido agravuada. No me causaba sufrimiento alguno; yo era un niño llevado como en un cochecito a través de la multitud de extraños; ni se me molestó mucho, ni me descuidaron gravemente; y tanto mis ojos como mis oídos se acostumbraron a la verdad del mundo sin adornos, ni escogida para mi educación ni ocultada en mi provecho.

Mi tía María Josefa era francamente una mujer del pueblo. Donde se encontraba a sus anchas era en la cocina, con un amplio delantal azul que le cubría casi toda la falda; y nunca olvidaré el auténtico sabor fresco de los huevos y pimientos fritos, ni de la tarta blanda o «torta» que salía de sus manos. Era natural de Jaén, con un fuerte pero agradable acento andaluz y una retórica exagerada. Cada una de sus palabras era un diminutivo o un aumentativo, y cada una de sus pasiones se vertía en interminables y desenfrenadas letanías de dolor o de ternura. Apenas sabía leer o escribir, y su sencillez o humildad era tan grande que solía contar despreocupadamente que su hija Antoñita había sido sietemesina, con lo que todo el mundo podía entender el motivo de su matrimonio. Para mi tío este matrimonio no había sido voluntario ni deseado; él era demasiado joven y ella demasiado vulgar; pero habiendo puesto a la pobre

chica en dificultades hizo noblemente la «amende honorable»; y así como el sacrificio hubiera sido terrible si hubiera sido persona de gran talento y ambición, tal como estaban las cosas quizá hizo más llevadera la pobreza. No fue ésta la única desventura que hubieron de afrontar: pero, cuando lo peor hubo pasado, encontré a mi tía viviendo en Granada con un hermano que era curtidor. Esto ocurría en el verano de 1893, cuando yo había llegado a España por Gibraltar. Mi madre y yo teníamos la costumbre de enviar a María Josefa una pequeña cantidad de dinero con el fin de que en la casa de su hermano la acogieran bien y la respetaran. La curtiduría ocupaba el patio de una casa vieja, posiblemente mora; las pieles se colgaban para secarse, de la galería, y el hermano de mi tía, para hacer los honores de la ciudad (pues yo no había estado antes allí ni tenía una guía), me llevó a ver la universidad, que a mí, desde luego, no se me hubiera ocurrido visitar. En la biblioteca había un gran globo terráqueo y, por dar conversación, que decaía bastante entre nosotros, le dije que le mostraría el viaje que acababa de hacer desde América. Lo estaba haciendo cuando preguntó: «¿Pero, ¿cuál es España? — ¿cómo?, ¿ese poquitín? Yo creía que era esto» y señaló a África. Se me ocurrió que antes de él ya algunos grandes ingenios no habían visto diferencia entre África y España; pero no entré en las complejidades de esa opinión. En cuanto a mi tía, por supuesto, estaba ya vieja, gorda y destrozada, pero tranquila y extrañamente callada. Ya había protestado bastante y este era el quinto acto de su tragedia, acalladas y equilibradas todas las tempestades con resignación. Sin embargo, una prueba más la esperaba. Su hermano murió antes que ella y tuvo que retirarse a su pueblo natal cerca de Jaén, desde el que pronto no nos llegaron más contestaciones a nuestras cartas.

¡No era precisamente tía María Josefa, la persona en cuyas manos hubiera querido mi madre dejarme a la edad de cinco años! Pero había tomado una decisión y era inflexible; la había tomado en abstracto, sin contar con los detalles ni las consecuencias. Había aplazado su partida demasiado y tenía que irse ya. Además, aunque parezca extraño, ella estuvo siempre en buena disposición hacia los parientes de mi padre, mientras ellos no lo estuvieron hacia ella. Ella apenas hablaba de ellos, pero cuando lo hacía era amablemente, incluso con comprensión. Parece que confiaba en María Josefa, tal como podría confiarse en una vieja y leal niñera; y esta confianza era cumplida, porque en relación conmigo María Josefa se portó perfectamente. Por otra parte, allí estaba Antoñita, quien, de no haber sido por sus aventuras sentimentales y su matrimonio, hubiese cuidado de mí con más deleite que su madre. Antoñita era una buena chica, amiga de Susana, guapa y con una oculta intensidad de sentimiento que no la permitía pasar desapercibida ante la gente, a pesar de su sencillez y carencia de educación. A mi madre le había caído bien y la había ayudado a hacerse con ropas más bonitas. Pero ella se estaba haciendo mujer y el amor la absorbía. Recuerdo su primer novio, el pequeño de los hermanos Paz, que pertenecían a una de las mejores familias burguesas de Ávila; y creo que hubo más entre él y Antoñita de lo que el convencionalismo local permitía a los novios. Entraba en casa, en contra de las reglas: los novios debían verse únicamente en lugares públicos, a la vista de sus mayores, o charlar juntos en la

ventana, la chica permaneciendo tras de la reja o en el balcón, y el chico de pie en la calle. A esto se llamaba «pelar la pava» o conjugar el verbo amar. Había un gran desván sobre parte de la casa, accesible desde el cuarto o estudio de mi padre, donde él pintaba; y desde una de las vigas grandes del tejado colgaba un trapecio, colocado, supongo, para que yo lo usara. La pareja solía perderse solos en el desván, no sé si para admirar mis ejercicios o sin sospechar que yo pudiera estar columpiándome allí. Que algo se iba tramando se puso en evidencia en otra ocasión. Estábamos sentados una noche, o al atardecer (puesto que las luces estaban encendidas) en el «café del Inglés», cuando de repente mi tía se levantó, evidentemente muy enfadada, nos sacó a Antoñita y a mí por una puerta lateral y, una vez en el portal contiguo, comenzó a dar violentamente a Antoñita de puñetazos y tortas, con tal aluvión de imprecaciones como sólo mi tía era capaz. Todo lo que pude colegir fue que la pobre chica había estado mirando a alguien; sin duda, como supongo ahora, al joven Paz, que cortejaba a otra chica en otra mesa. Fuera como fuese, mi tía se había puesto tan furiosa que, propensa como era a los ataques, se desplomó todo lo larga que era sobre el suelo de piedra con gran estrépito. Cayó exactamente como caen las «primma donne» y los protagonistas asesinados en el escenario; y al parecer con la misma inocuidad, pues no oí más de todo el asunto.

Las relaciones con Paz estaban rotas evidentemente; no hubo más escapadas al ático, donde pude columpiarne en paz; y al poco tiempo un novio bien distinto, esta vez en serio, apareció en escena.

No sé lo que le llevó a Avila; probablemente algún pleito notable, porque era abogado y ostensiblemente una persona importante, «bellatre», con cabellos negros, rizados y bien lubricados, patillas sedosas y barriga incipiente, sobre la que una vistosa cadena de oro con sellos colgantes marcaba el ecuador. Era viudo con dos niñas, pero joven aún, sin pasar de los cuarenta; puesto que la gente hablaba más de su brillante porvenir que de su brillante pasado y tenía una madre, guapa todavía, a quien mi padre y yo visitamos una vez en Madrid. Nos recibió en su tocador, o más bien en la alcoba junto a éste, pues ella estaba aún en cama, aunque primorosamente preparada para recibir visitas. Las sábanas mostraban grandes volantes de encaje sobre una colcha de damasco rojo, y ella llevaba una encantadora bata fresca y gorrito, de donde le colgaban sobre los hombros dos grandes trenzas negras que acababan en coquetos lazos de cinta azul. No comprendí de qué hablaron ella y mi padre, pero tuve la impresión de que jamás hasta entonces había estado en un hogar tan lujoso, tan alfombrado, con tanta cortina, tan delicadamente tapizado y tan lleno de curiosidades religiosas y de otro tipo.

Con una madre así, Rafael Vegas debió comenzar la vida convencido de que era una persona distinguida y elegante, y que sus clientes, cuando los tuviera deberían pagarle generosos honorarios. Tampoco pudo evitar ser Don Juan, teniendo no sólo el aspecto y porte necesarios, sino el temperamento adecuado; porque él no era un vulgar libertino, sino un auténtico amante del bello sexo que necesitaba conquistar y poseer exclusivamente sus conquistas. Podría haberle apetecido un harén, pero despreciaba un burdel. Su éxito con las mujeres, jóvenes y viejas, era inmenso y, en cierto sentido, merecido, puesto

que su admiración por ellas era sincera. El hecho de que cortejara y se uniera en matrimonio a dos de mis bonitas y pobres primas, comenzando con Antoñita, probaba que era verdaderamente dado a la tierna pasión. Nada más que el amor pudo haberlo impulsado en estos casos; pero a ellas les pareció un casamiento deslumbrante que significaba la introducción a una esfera social superior así como a todos los misterios de la pasión no probada.

La boda tuvo lugar en secreto a altas horas de la noche, porque los viudos, en su nueva noche de bodas, estaban sometidos a la alborotadora costumbre de la «cencerrada», o burlona serenata de cencerros, si se descubría la fecha y lugar de aquellos misterios. Todo se mantuvo, pues, tan oculto como fue posible; sólo se convocó a la familia más allegada, y a ésta a última hora, y sólo una taza de chocolate se ofreció después al soñoliento acompañamiento antes de que la pareja de recién casados desapareciera hacia algún lugar oculto y desconocido. Yo asistí, claro está, y quedé impresionado ante la novedad de salir de noche por una oscura calle hasta una iglesia oscura y desierta, con un grupo de personas cuchicheando y dándose prisa, con gran agitación, como si de una misión delicativa se tratara. Ibamos con nuestros trajes de diario, la novia de negro, con una mantilla de encaje. Todo acabó en seguida. A mí me metieron otra vez en la cama y, de no haber sido por lo que se habló después de todo ello, bien podría haberlo tomado por un sueño. La enfática dignidad personal de Rafael hubiera sufrido penosamente si no hubiera escapado de la «cencerrada»; y se las arregló hábilmente no haciendo ningún viaje de novios (puede que anduviera también escaso de dinero), sino asentándose en seguida en nuestra casa, con sus dos hijas, en las mejores habitaciones delanteras, que habían dejado libre mi madre y mis hermanas que estaban en América. Durante uno o dos días, sin embargo, la novia y el novio ocuparon mi habitación, porque daba a un laberinto de pequeños patios y jardines tapiados, totalmente aislados de cualquier calle. La primera mañana seguí a la criada allí —después de todo era mi habitación— cuando les sirvió el desayuno a la feliz pareja. Las dos tazas de chocolate iban sobre una bandeja extraordinariamente nueva y bien provista, con azucarillos; había una cama de latón reluciente, totalmente desconocida para mí, y una preciosa colcha de damasco rojo y sábanas con grandes volantes de encaje, iguales —o quizás los mismos— que vi en aquella otra ocasión haciendo resaltar los encantos de la madre de Rafael. Rafael y Antoñita yacían, sonrientes y sonrosados, sobre almohadas bastante separadas; nos dieron los buenos días a la criada y a mí con un buen humor desacostumbrado, y la gente se dedicó todo el día a hacer chistes y manifestaciones veladas que no entendí del todo.

Ya tenía compañeros de juego en la casa, dos niñas bien vestidas de mi edad aproximadamente; pero no nos caímos bien. Estaba claro, en todos los sentidos, que nuestra casa y nuestro modo de vida no eran lo que los Vegas esperaban, y nos aborrecían por hacerles alojarse y comer tan mal. Sin embargo, nuestro doble o triple «ménage» se mantuvo durante un año o más hasta que sobrevino algo que trajo el desastre a la familia de mi tío y nos empujó a mi padre y a mí hacia América.

Antoñita se vio pronto, evidentemente, en lo que se llamaba estado interesante. El lugar de donde vienen los niños no era ningún misterio para mí,

aunque sólo tenía siete u ocho años. Ya era un materialista sosegado; no es que fuera, en otro sentido, menos avisado en teología; y si alguien hubiera cometido el error de decirme que los niños venían en cajas desde París, estoy seguro que le hubiera contestado con desprecio que a mí me había hecho Dios y no las sombrereras; y que, como Dios estaba en todas partes, le era tan fácil hacer niños en Madrid, o incluso en Avila, como en París. No obstante, el niño de Antoñita, que Dios indudablemente estaba haciendo en Avila, estaba tardando demasiado en salir a la luz. Ella continuó, extrañamente, ensanchando cada vez más, hasta que su ojeroso e impropio estado y los rumores y consultas de la familia comenzaron a sugerir que algo iba mal. Quizá la fecha para el acontecimiento esperado había sido mal calculada; o quizás alguna complicación impedía a la naturaleza producirlo. Por fin, una noche hubo gran agitación en la casa, con llegada de desconocidos y largas consultas; y yo empecé a oír desde la habitación de Antoñita (que era la de mi madre, de espaldas a la mía, pero sin comunicación) gritos agudos y llorosas invocaciones a todos los poderes celestiales. Esto duró probablemente toda la noche, puesto que aún continuaba cuando me desperté por la mañana; y luego hubo más consultas con médicos desconocidos y despliegue de instrumentos quirúrgicos. Recuerdo que, en un momento determinado, mi tía irrumpió en el pasillo con un puñado de trapos blancos manchados de sangre en las manos y, llorando a mares de júbilo, gritaba: «¡Ella se ha salvado, se ha salvado!». Pero más tarde a los niños nos llevaron a casa de la vecina en el segundo piso, donde no conocíamos a la gente; y, al salir, vi, en una pequeña caja de madera que pudiera haber contenido jabón o velas, un niño muerto que yacía desnudo, con un color verde amarillento claro. A mí me pareció muy hermoso y tan grande y perfectamente formado como el Niño Jesús de los cuadros; sólo que donde debía estar el ombligo tenía un pequeño bulto como una bellota, del que colgaba un largo cordón.

La imagen de ese niño, como si estuviera hecha de alabastro verde, ha permanecido clara toda mi vida, no como un objeto horrible que debiera habérseme ocultado, sino como la más bella de las estatuas, algo demasiado hermoso para tener vida. Y me ha sugerido una teoría, fantástica sin duda, pero que no creo totalmente insignificante, respecto a la formación de los seres vivos. Todos ellos se forman en la oscuridad, de forma automática, protegidos de cualquier intromisión de lo que se llama experiencia: experiencia que sería, desde luego, imposible si no existiera antes una criatura para recibirla y reaccionar sobre ella de maneras acordes con la naturaleza heredada. Esta naturaleza se ha impuesto en la semilla, en el huevo, en la matriz, donde el mundo no pudiera perturbar su evolución perfecta. Las flores y las mariposas salen a la luz perfectas, y muchos animales no son nunca más hermosos, puros y valientes que cuando se enfrentan al mundo por vez primera. Pero el hombre y otros desdichados mamíferos nacen indefensos y medio informes, como la masa sin cocer; no se han convertido aún en lo que se quería que fuesen. El receptáculo que los sostenía no pudo alimentarlos el tiempo suficiente o permitirles alcanzar el tamaño y la fuerza plenos. Deben por tanto ser expulsados fuera a la luz deslumbradora y al frío, para sufrir frustración ante mil accidentes, ser descarrilados, deformados, instruidos y adiestrados para enemistarse consigo mismos, y para impedirse a

su vez la existencia para siempre. Sin duda se las arreglan para sobrevivir cierto tiempo, cojos, ciegos y deformes; y a veces estas supresiones o mutilaciones de lo que querían ser les adaptan a ambientes especiales y les proporcionan conocimientos técnicos de muchas cosas en las que, de haber sido libres, jamás hubiesen reparado, o hubiesen observado sólo poéticamente de manera despreocupada y arrogante. Pero toda criatura viva continuará siendo desgraciada y cruel, mientras, para servir a otras cosas, tenga que suprimirse a sí misma; y si necesariamente hubiera que servir a ese mundo ajeno, la única solución feliz y la que a menudo encuentra la naturaleza, sería que la especie inadaptada pereciera de una vez —no hay nada innoble en perecer— y que apareciera una especie diferente cuya libertad y felicidad se apoyara en el contacto con esas circunstancias particulares y en el dominio de ellas. Me digo, por tanto, que el niño de Antoñita era tan excepcionalmente hermoso, y hubiera sido sin duda excepcionalmente valeroso e inteligente, porque se había aprovechado durante más tiempo de lo normal de la oportunidad de desarrollarse en paz, como se desarrollan todos los niños durante el sueño; pero este privilegio, permitido a las mariposas y a las flores, y a algunos animales salvajes, le está prohibido a la humanidad y él pagó por ello con su vida y la de su madre.

Porque en realidad ella no se había salvado; sólo una falsa esperanza hizo a mi tía creerlo durante un momento; y a la muerte de Antoñita hubiera parecido natural que Rafael y sus dos niñas nos hubiesen dejado y se hubieran ido a vivir a otro sitio a su manera, más lujosa. Pero nada de eso. El temperamento humano primitivo de mi tía María Josefa cedía totalmente ante todas las pasiones sucesivamente, se resignaba a todas las adversidades, pero sobrevivía y se aferraba no menos apasionadamente a lo que le quedara. Su dolor fue en esta ocasión intenso, pero intenso sólo por momentos, como cuando llegaba cada visita para darle el pésame y tenía que repetir toda la historia, llorando a mares, sollozando y lamentándose a propósito. Llegó incluso a decir a veces que ahora estaba segura que no había Dios, porque, con todas sus oraciones y votos, ningún Dios podría haber permitido a su pobre hija inocente sufrir tan horriblemente para nada. Aliviado así su corazón, no pudo, sin embargo, menos de encontrar consuelo en aquel hombre espléndido, su yerno, y dedicarse a su servicio y cuidar de sus niñas. Rafael, pues, no sólo se quedó en nuestra casa, sino que cobró suma importancia en ella, como si mi padre no hubiera existido. Tampoco tenían por qué ocuparse de mí únicamente, pues después de todo, yo tenía mi propia madre para quererme, aunque estuviera a mil leguas, y había que librar a aquellas dos preciosidades de la conmoción de haber perdido a su segunda mamá además de la primera. Además, mi tío Santiago, aunque hablaba poco, comenzaba a chocear. No a causa de la muerte de su hija. Solía decir, cuando la gente le daba el pésame, que la verdadera perdida la había tenido cuando ella se casó. No creo que esta observación fuera en sí misma señal de demencia; pero indicaba una desesperación y una pasividad generales que acompañaron a su recurso a la bebida y finalmente a la imbecilidad. Porque la imbecilidad puede que comience por ser representada en parte, como la locura de Hamlet, para parodiar la realidad, hasta que la parodia se convierte en automatismo, y el sentido de la realidad se pierde totalmente. Años después, en

su estado más grave, solía pasear incesantemente dando vueltas a la casa, medio cantando, medio gimiendo, repitiendo siempre los mismos sonidos y estrujando un trozo de papel en la mano. Había recuperado la capacidad animal —¡tamañó insulto al mundo!— de seguir con su antigua manía, ocurriría lo que ocurriese. Lo prodigioso es la cantidad de individuos y de gobiernos que son capaces de sobrevivir con este sistema. Quizá el universo no sea más que un equilibrio de imbecilidades.

Mi padre era la mansedumbre personificada en ocasiones normales, pero a veces podía despertarse su oculta y extraordinariamente clara inteligencia y entonces todo su dominio del lenguaje seco y su desprecio del mundo brotaban de forma sorprendente y devastadora. Yo no estuve presente, pero comprendí, por comentarios sueltos, oídos después por casualidad que había tenido un esclarecimiento de este tipo con Rafael y María Josefa. De todos modos ellos se fueron de repente. Mi padre y yo nos quedamos solos en aquella casa, que nos pareció inmensa, con una pequeña criada. Tal arreglo no podía ser permanente y sin duda no se llegó a él con esa intención; y al poco tiempo también nosotros nos despedimos de aquella casa para siempre y de Avila, por lo que a mí se refiere, durante once años.

Durante los tres años que estuve separado de mi madre, asistí más o menos a la escuela. Era una habitación amplia, algo oscura, en el piso bajo de un edificio público justo enfrente de nuestra casa; pero la entrada no estaba en nuestra calle, y tenía que dar la vuelta a la torre de los Oñate hasta el callejón trasero, donde estaba la puerta de la escuela. Los niños nos poníamos en corrillos alrededor del maestro —que a veces era simplemente un chico mayor, creo— y repetíamos la lección en alto tras él. No recuerdo que hubiera preguntas o respuestas individuales, ni que hicieramos lectura o escritura, sin embargo, de un modo u otro aprendimos a leer y escribir. Yo tenía dos libros: la cartilla, con el alfabeto y las distintas sílabas, seguidas de palabras fáciles; y el catecismo, quizás algún año después. Este estaba dividido en dos partes, una de Historia Sagrada, con ilustraciones, de entre las que recuerdo solamente a Moisés golpeando la roca de la que brotó agua; y la Doctrina Cristiana, de la que recuerdo mucho, virtualmente todo, porque era evidentemente un catecismo excelente, tanto que después de aprenderlo he sido capaz toda mi vida de distinguir el «sapor haereticus» de cualquier doctrina peligrosa nada más oírla. Recuerdo muy particularmente el muy filosófico dogma de que Dios está en todas partes, en esencia, presencia y en poder; de las cuales la primera cláusula siempre me ha quedado oscura; porque si Dios está esencialmente en todas partes, parecería lógico entender que todas las cosas son esencialmente divinas —vulgar panteísmo: de modo que el significado debe estar en algo muy recóndito y altamente especializado, que se me escapa. Pero las otras dos son luminosas, y me enseñaron desde el principio a concebir el poder omnicreador y la verdad eterna: conceptos ineludibles en todo caso, totalmente distintos de cualquier doctrina del judaísmo histórico o del cristianismo. Los he reiterado en mi filosofía de madurez, en mis nociones del reino de la materia y del reino de la verdad: nociones de las que me alegra haberme empapado en la niñez a fuerza de repetirlas en el lenguaje de la antigüedad, en vez de haberlas establecido perso-

nalmente en la Babel de la especulación moderna. Pertenecen a la sensatez humana, a la ortodoxia humana; quiero aferrarme a eso, sin importarme de qué fuente pueda provenir su expresión, o estorbada por qué mitos. Los mitos se disipan: las presuposiciones de la inteligencia permanecen y acaban necesariamente confirmadas por la experiencia, puesto que la inteligencia despertó precisamente cuando la sensibilidad comenzó a desarrollarse en relación con las cosas externas.

## PRIMER REGRESO A ESPAÑA\*

El principal acontecimiento de mi primer año en la Universidad ocurrió hacia el final de éste. Recibí una nota de casa —algo sin precedentes—, pidiéndome que estuviera en mi habitación la tarde siguiente, porque iba a venir mi madre y hermanas para hacerme una importante proposición. En seguida supuse de qué se trataba, aunque no hubieran hecho la menor insinuación al respecto. Iría ese verano a España a ver a mi padre.

Evidentemente, mi madre acusó profundamente el reciente desahogo en sus asuntos económicos y quería mostrarse generosa. Enviándome a la Facultad, incluso con mi modesta asignación, había utilizado ya quizás una cuarta parte de sus ingresos; pero aún así tenía dinero de sobra y deseaba hacer más. No había hecho nada por mi padre durante estos diez años; en cierto modo, no había hecho nada por mí, pues darme la comida, el alojamiento, y cien dólares al año para ropa, libros y gastos personales, era algo que se debía a sí misma. No hubiera permitido que su hijo mendigara o estuviera harapiento; e incluso al enviarle a la Facultad, estaba llevando a cabo su propio plan e intentando hacer de mí lo que ella quería, en vez de lo que mi padre y yo deseábamos interiormente. Pero ahora, al dejarle ir a verle, estaba teniendo con nosotros una consideración desinteresada, cediendo, como si dijéramos, y dejándonos hacer, por una vez, lo que quisiéramos. Ni mi padre ni yo habíamos hecho tal sugerencia; pero era imposible que él no deseara ver a su hijo crecido; y todos sabían en casa cómo anhelaba yo viajar, ver de nuevo, con mis propios ojos ciudades viejas, catedrales, castillos y palacios, y también el paisaje clásico de Europa: porque en América, al menos en la parte que conocía, tanto a la naturaleza como a la sociedad parecía faltarles contraste y definición, como si todo estuviera hecho a medias y tratara torpemente de encontrar su esencia.

A finales de junio comencé, por consiguiente, mi primer viaje solo y embarqué en Nueva York para Amberes. Roberto había averiguado las diversas rutas posibles y se había decidido que haría la ida y la vuelta por la Belga Red Star Line. El barco era decente, al nivel de aquellos tiempos, pero de segunda clase, de unas 5000 toneladas quizás; y, como de costumbre, me mareé terriblemente; tanto que el médico y la camarera se compadecieron de mí. Algunas señoritas tomaron interés (yo tenía diecinueve años) y se me improvisó una cama en la cubierta, donde pudiera, según decían, disfrutar del sol y del aire. El aire fresco era desde luego un alivio, pero la luz deslumbradora, una molestia más; y el ir y venir de la gente, y su parloteo no hacía sino intensificar la inestabilidad general de todas las cosas. Me sentía demasiado mal en aquellos momentos para estar avergonzado; pero en cuanto volví a mi camarote, aunque ni siquiera

\* «FIRST RETURN TO SPAIN». *Persons and Places*, p. 203-212.

allí estuve solo, me invadió el sentimiento de vergüenza. Dicen que los animales se ocultan para morir; y yo comprendí ese instinto. Hay fases angustiosas en que la ayuda no es posible ni deseable. Es más sencillo, más fácil y más honesto estar mareado solo y morirse solo. El problema parece entonces predestinado, incuestionable, como la vida misma; y la naturaleza está hecha para afrontarlo y llegar a su final. Tanto como sufría en el mar, siempre estuve dispuesto a navegar otra vez: tal prueba no afecta a la voluntad, como tampoco lo hacen las pesadillas: se empieza de nuevo como si tal cosa, quizás con más alegría y más valor. La cosa pasará y los fantasmas desaparecerán. No hay razón para cambiar de propósito.

Cuando reaparecí en cubierta, con buen semblante y sintiéndome estupendamente, afeitado y con ropa nueva, me felicitaron. A una señora en particular, de edad incierta, y que luego aclaró ser la Sra. X de Cincinnati, Ohio, tuve que darle las gracias por la amabilidad que había mostrado, o al menos por su intención, el día del desagradable espectáculo que yo sinceramente lamentaba haber dado de mí mismo. Un joven debería ser más fuerte y yo me había mareado más que cualquier chica. La Sra. X me había traído un huevo crudo en coñac e insistió en que debía tragarlo, cosa que había hecho con resultado calamitoso: el coñac en tales ocasiones es un remedio brutal que mi garganta, no digamos mi estómago, detesta. Ahora eran las once en punto de una mañana soleada y en calma, no era momento de coñac, sino de una taza de caldo y una galleta que tomamos juntos. Me dijo que debía ir a sentarme en sus sillas y ocupar un lugar vacante que había en la mesa de ellos. Ellos, me explicó, eran su hijo (ella se había casado muy joven) y su sobrina, no «hija», de diecisésis años. Tuve que decir, claro está, que una chica de diecisésis años no podía ser su hija. Incluso lo del niño parecía sorprendente. Sí, dijo ella, estaba muy alto para su edad; pero no me dijo la edad que tenía, porque la gente bien no debe mentir.

Una chica de diecisésis años hubiera parecido la atracción natural para un chico de diecinueve: pero nada de eso. A la sobrina había que considerarla como una simple niña y mi amiga particular iba a ser la propia Sra. X. Desde luego era más divertida, vivamente interesada por todos los temas elevados, muy refinada y muy religiosa. Hablaba de «plumas» y bordaba las palabras «Santo, Santo, Santo» en oro sobre los paños del altar. Iban a remontar todo el curso del Rhin, ¡era una excursión tan bonita, tan romántica y tan llena de recuerdos históricos! ¿No me tentaba? Me tentaba, pero francamente no me sobraba dinero para excursiones y debía ir directamente a Avila para ver a mi padre. Que lástima, me dijo, que no me sobrara dinero; pero era estupendo que fuera directamente a ver a mí padre después de una ausencia tan larga. Su marido también era viejo, demasiado viejo para disfrutar viajando, pero se alegraba pensando cuántas experiencias interesantes estaba viviendo su familia, y le parecía más acertado y más agradable quedarse en casa, tanto era el cariño que profesaba a su perro, a su jardín y a sus hermosos libros, todos los autores clásicos ingleses encuadrados uniformemente y que servían de decoración tan espléndida a la soleada pared de su biblioteca. Algun día debía yo ir a Cincinnati y ver su preciosa casa. Me encantaría. Y para el primero de septiembre

esperaban estar en París: quizá yo pudiera estar allí al mismo tiempo, de vuelta de España. Debíamos intentar organizarlo.

Nos sepáramos en Amberes con este acuerdo, después de haber intercambiado las direcciones, y prometimos mantenernos mutuamente al corriente de nuestros movimientos. Sólo tuve tiempo de ver la plaza con el chapitel de la catedral, como un grupo de carámbanos invertidos elevándose sobre ella; y dentro, además del esplendor general de un gran lugar de culto viviente, admiré los dos magníficos, aunque teatrales, cuadros de Rubens en la cabecera de las dos naves, especialmente el «Descendimiento de la Cruz». Es, sin embargo, demasiado clásico, demasiado Miguelangelesco para Flandes; me hubiera gustado llevarme recuerdos más humildes y más íntimos, pero la vistosidad de Rubens aniquiló lo demás.

En París no vi nada, limitándome a ir en coche de una estación a la otra; pero en la Gare d'Orléans me encontré en el tipo de dificultades en que suele caer la inexperiencia. Me había provisto sólo del dinero francés que había calculado suficiente, dejando un sobrante prudencial para imprevistos; y en la taquilla pedí, como había planeado, un billete de segunda a Ávila. Podían darme un billete a Ávila, dijo el taquillero, pero sólo de primera para el expreso: los trenes normales, con segunda y tercera, tardarían más de doce días completos en el recorrido. Conté el dinero. Podía coger el billete de primera y me quedaban quince francos. ¿Serían suficientes para comidas y propinas durante el viaje? Me arriesgaría. Eran sólo treinta y seis horas, dos noches y un día; podía comer un bocadillo en vez de cenar. No me iba a morir.

Durante los diez años siguientes repetí este viaje muchas veces; el precio era aproximadamente el mismo si iba en primera sin paradas o en segunda con dos o tres paradas en el camino; un sistema que evitaba largas noches de tren y me permitía, variando la travesía y desembarcando en Cherburgo o en Inglaterra, o incluso en Gibraltar, visitar los principales puntos de interés de toda Francia y España, sin necesidad de realizar viajes expresamente con ese propósito. Así quedaba plenamente satisfecha mi pasión por la arquitectura: sólo quedaba Italia por explorar y habitar para cuando llegara a tener una relativa independencia.

Mis quince francos, sin embargo, fueron justo lo suficiente para pagar mi viaje en esa primera ocasión; y en Irún me di cuenta de que sólo me quedaban unas pocas monedas en el bolsillo y no podía telegrafiar a mi padre, como se había acordado, que llegaría a las cinco y media de la mañana siguiente. Era pleno día, puesto que estábamos a principios de julio, y reconocí las murallas y la torre de la catedral, acariciadas por el sol naciente, antes de llegar a la estación. Pero no había nadie a recibirme, ni vehículo. Ni siquiera alguien para llevarme el equipaje. Se lo dejé al jefe de estación y me puse en marcha solo, a pie, inmensamente feliz, y recordando perfectamente aquel camino de la estación y el lugar entre las primeras casas de la izquierda, frente a la iglesia y convento de Santa Ana, donde se encontraba la casa de Don Juan el Inglés, que era ahora la de mi padre. Allí estaba, la de en medio de las tres modestas edificaciones de dos pisos, indebidamente alineadas y pintadas de diversos tonos amarillos o grises deteriorados por el tiempo, con tejados de teja roja. Golpeé la

puerta central con la aldaba. No hubo respuesta. Al fin, desde una de las ventanas sobre la panadería, en la casa de la izquierda, asomó un vecino la cabeza despeinada y dijo: «Golpeé fuerte. En esa casa están todos sordos». Golpeé más fuerte, hasta que también se abrió la ventana de encima de mi puerta y se asomó otra cabeza, evidentemente la de la criada, y me miró en tono inquisitivo. «Don Agustín vive aquí, ¿no? Soy su hijo». Se sonrió, me dio la bienvenida y dijo que me esperaban pero no aquella mañana. «El señor» estaba aún en la cama; «la señora» (su hermana María Ignacia) estaba en el jardín. Y luego me abrió la puerta. Al final del pasillo empedrado que recorría la casa, vi lo que llamaban jardín, y a mi anciana tía allí de pie, un poco encorvada, con una regadera en la mano. La criada se adelantó discretamente y me anunció en voz alta; y después de abrazar a mi tía, a quien no había visto jamás, encontré algunas dificultades para hacerme oír y comprender por qué no había telegrafiado. Luego me subieron hasta la habitación de mi padre, donde se repitieron debidamente los mismos abrazos y las mismas explicaciones, con las mismas dificultades. Pero no había de qué preocuparse ya; y era bastante normal que un hijo joven, tras recorrer medio mundo, llegara a casa sólo con dos peniques en el bolsillo.

El aspecto de mi padre era tal y como yo le recordaba. En su edad madura había parecido sencillamente viejo; ahora que lo era realmente, no parecía más viejo, sino más sordo, lo que suponía una desventaja para mí, aparte de que mi capacidad de expresión en español era limitada dado que apenas había leído después libros españoles. Pero para él la sordera era casi una ventaja en la conversación. Le dejaba el campo libre y pronto descubrí lo entretenida e ingeniosa que podía ser su charla. Sus opiniones eran verdaderamente «opiniones», parciales, concretas y divertidas. No eran jamás fruto de un pensar científico. Era más bien como un antiguo sabio, aficionado a la sátira y al proverbio; su ingenio consistía en decir las cosas con una brevedad, en la que naturalmente no cabían totalmente. Cuando hablaba de personas y acontecimientos, estas miniaturas eran excelentes; captaban los rasgos adecuados a su propósito. Sólo cuando las anunciaba como verdades generales, sus resúmenes se revelaban sofísticas y monótonos.

Ser monótono, sofístico y totalmente intolerante es la característica del liberalismo que él parecía haber adoptado como definitiva y absoluta: yo pertenezco al siguiente embate de la marea. Así marcaban los cincuenta años que nos llevábamos una perfecta oposición entre nuestros principios fundamentales; pero le hacían aún más valioso para mí, como si dijéramos, un clásico, como punto de referencia intelectual; porque los mismos principios, tal como los encontramos en la gente de habla inglesa, no son defendidos de forma tan radical e inteligente, sino envueltos en varios intereses de tipo nacional, religioso, comercial o sentimental que oscurecen la cuestión. En él destacaba la fuerza restrictiva y desecante de esta filosofía, ayudado sin duda por la vejez; y yo me preguntaba cómo era posible que un espíritu tan penetrante respecto a los hechos y a las personas, pudiera conformarse con teorías de segunda mano tan insustanciales. El anti-clericalismo era la manía dominante: el odio a la religión había adquirido todo el dogmatismo y la intolerancia de la religión sin ninguna de sus ventajas. Porque en mi padre se percibía lo incómoda (excepto en la

suposición de que las cosas mejoraban y al parecer iban a mejorar siempre), se percibía, digo, lo incómoda que era su filosofía; mientras que en el mundo anglosajón todo está velado e impregnado emocionalmente por una especie de música, como la letra vacía y trivial lo está por las infladas armonías de un himno.

Esta diferencia es capital. Constituye la lección moral completa y el interés especulativo de mis muchas visitas a mi padre, de las que ésta era la primera. Y creo que ahora puedo distinguir dónde está la diferencia. El liberalismo, el protestantismo, el judaísmo y el positivismo tienen todos el mismo propósito y modelo últimos. Es la prosperidad, o como los teólogos luteranos dicen, la unión con Dios a nuestro nivel, no al nivel de Dios. Lo que todas estas escuelas detestan es el ideal de unión con Dios al nivel de Dios, propia del ascetismo, el misticismo, el platonismo, y la pura inteligencia, que insiste en ver las cosas bajo la forma de la verdad y la eternidad. Hay que contentarse, dice, con ver las cosas bajo la forma del tiempo, de la apariencia y del sentimiento. Muy bien; pero aún sigue el interrogante de por qué la opinión de mi padre, doctrinalmente igual a la de los anglosajones, era moral y emocionalmente tan distinta. Y a este interrogante contesto que puede que la prosperidad sea el ideal del pobre, o puede que sea el ideal del rico; y puede que vaya acompañado de alegrías domésticas, nacionales y religiosas. El de mi padre era el liberalismo del pobre amargado; el liberalismo del anglosajón dominante es el del rico alegre. Esto da un color diferente a su ideal común de prosperidad; pero la prosperidad continúa siendo el ideal fundamental de ambos. Esta es la razón por la que los latinos ricos en posesiones o en simpatías difícilmente pueden ser liberales. Ellos aman lo bello.

Este punto toca el centro de mis relaciones intelectuales con mi padre así como mi juicio, muy diferente del suyo, sobre la civilización inglesa y americana. Tanto el lado de ella que él admiraba como el lado que yo admiro y quiero estaban anunciados en *New Atlantis* de Bacon. Bacon fue el profeta de la Utopía del rico; profesaba el culto del liberal a la prosperidad y la pragmática estima por la ciencia y por el dominio sobre la materia como medios para ese fin; y cuando mi padre vio la realización parcial de esa profecía en Inglaterra y en América, sintió un gran respeto y envidia por ello, y disgusto porque su propio país fuera tan retrasado en esos provechosos inventos y métodos. Pero el ideal de Bacon tenía otro aspecto, el deleite que el rico triunfador encontraba en la nobleza y el esplendor. El era un cortesano, y aún acariciaba el ideal clásico de una jerarquía de las artes con un magnífico desfile de virtudes y dignidades, como los coros celestiales descendidos a la tierra. Su *New Atlantis* no iba a ser simplemente próspera, sino solemnemente ordenada, gloriosa y bella. Ahora bien, del mismo modo que en la mente de Bacon esta vestidura romana o bizantina cubría un esqueleto pragmático, en Inglaterra e incluso en los Estados Unidos, el culto al esplendor y las maneras aristocráticas de vivir y sentir perduró y, en algunos círculos, ocultó totalmente el mecanismo comercial e industrial subyacente. Había una vida intensamente poética, deportiva y religiosa. De esto mi padre no sabía nada o se encogía de hombros ante ello, como ante vanidades que podían perdonársele a una sociedad que, en cuestiones más

serias, se muestra absolutamente sólida y utilitaria. Bien, este aspecto libre, amistoso y risueño de la civilización anglosajona, era precisamente el que me gustaba y el que yo cultivaba. Ya sé que no podría haber existido con esas formas especiales. Sin embargo, la amistad, la risa y la libertad no se inventaron en el siglo diecinueve, y sus formas sólo sirven para volver a poner en acción aquellas glorias antiguas.

No era sólo de lejos, al igual que Lucrecio, como podía observar mi padre los males ocasionados por la religión. Su único amigo en Avila, que en seguida vino cortésmente a saludarme, era clerical y un lamentable carcamal. Podría ponerse en duda si su ruina se debió directamente al clericalismo; más bien se debió a las cartas; pero las cartas pudieron deberse a la indolencia y al aburrimiento, éstos a la ausencia de prosperidad nacional y ésta a su vez, notoriamente, al clericalismo. Así que Don Pelayo, que así se llamaba, era víctima del sistema del que era tan tertamente partidario. Esta era una perpetua espina que llevaba mi padre en el costado; y sin embargo, el pinchazo era estimulante. Le animaba y le mantenía siempre su exasperación gratamente vivá y fresca.

Don Pelayo se expresaba bien, incluso con distinción. Su castellano, como el de mi padre, era de lo más puro, sólo que a él le encantaba la retórica y a mi padre no. Sus expresivos períodos eran a menudo Ciceronianos. Sin embargo, su modelo entre los vivos era solamente Cánovas del Castillo, primer ministro cuando los conservadores estaban en el gobierno, al que llamaba «el monstruo de la edad presente», monstruo en el sentido de prodigo de la edad presente. Cánovas no era ni un monstruo ni un prodigo, sino un político seductor y convincente que ponía al mal tiempo buena cara. Quizá era menos pernicioso que su rival, el liberal Sagasta. Permitió que España respirara con naturalidad y cambiara de un modo espontáneo; no intentó destruir su vida y su carácter, ni convertirla en una plutocracia capitalista con un proletariado industrial, cosas igualmente contrarias a su naturaleza; porque el pueblo español es un pueblo poético y la grandeza española es una grandeza caballeresca.

Por el contrario, Sagasta y las fuerzas que representaba, estaban corrompidos hasta la médula. Recuerdo lo que dijo mi cuñado, de más talento que Don Pelayo, a propósito de Sagasta en 1898, tras la batalla de Santiago. Los mejores cruceros españoles se habían enviado a Cuba sin sus cañones pesados. ¿Dónde estaban esos cañones? En el bolsillo del ministro de marina. «¿Cómo no se avergüenza Sagasta de sí mismo, —pregunté yo— y cómo puede permanecer en el gobierno?». «Se hubiera muerto de vergüenza, si la tuviera», dijo mi cuñado con seguridad. Así estaba el gobierno español bajo un régimen parlamentario extranjero.

Don Pelayo había estudiado en la Universidad de Salamanca, pero el estudio no era su fuerte. Ni siquiera conocía la astronomía Ptolomeica. Una noche estábamos paseando por el Paseo de San Roque (terraza escabrosa junto al muro de un convento, con una amplia vista) y admirando las estrellas, especialmente numerosas y brillantes en la enrarecida atmósfera de Avila. Don Pelayo dijo reflexionando: «Dicen que la tierra está suspendida en el vacío sin ningún soporte. Eso es imposible. Si no tuviera soporte, caería al suelo». Desafortunadamente, en la práctica no era más inteligente que en la teoría. En su juventud

había dividido un pequeño patrimonio con sus dos hermanas, pero dilapidó pronto su parte y se había ido a vivir con ellas a sus expensas. No encontrando otra cosa que hacer, continuó jugando a las cartas en las tabernas, apostando sólo monedas de calderilla. Como era muy miope y sus compañeros faltos de escrúpulos, solía encontrarse, aunque ganara, con que en el bolsillo no tenía más que monedas falsas. Solía acercárselas, una a una a la luz, al ojo que tenía mejor y exclamar con tristeza: «Pero todas estas monedas son innobles». Se sentía como un Job; en su miseria había majestad verbal. Mi padre solía decir que, a pesar de su grandilocuencia, Don Pelayo era capaz de vender todos sus principios religiosos y políticos por una peseta. Yo creo que posiblemente los hubiera vendido porque necesitaba la peseta; pero habría hecho chantaje al diablo al hacerlo, porque su lealtad ideal hacia ellos habría permanecido inalterable.

Me contaron que en invierno, cuando mi padre daba su paseo poco después de la comida del mediodía, Don Pelayo solía llegar a veces un momento antes de que se sirviera la comida. «No, gracias», solía decir, «Yo ya he comido; pero si me lo permiten estaré encantado de sentarme con ustedes a la mesa mientras comen». Entonces se le hacía un sitio, se le ponía delante un plato colmado de garbanzos y demás ingredientes del «puchero» y el hombre se resignaba a probarlo. «Empalmo», solía decir. Era verdad que el pobre hombre había comido ya, —dos días antes.

Mi estancia en Avila aquel año, 1883, no fue larga. Hice un viaje a Cataluña para visitar a unos parientes y de paso vi un buen número de cosas impresionantes. Ya he mencionado que mi padre y yo hicimos una excursión a El Escorial; y después fui solo a Madrid y al Prado, a Zaragoza, a Tarragona, a Barcelona y por último a Lyon y a París (...)



## CAMBIOS EN AVILA\*

Cuando después de tres años, en julio de 1886, volví por segunda vez a Avila, mi llegada había sido debidamente anunciada por carta para una hora adecuada de la tarde. Mi padre y Don Pelayo estaban en la estación a recibirmé y todo en la casa estaba como lo había dejado. No había explicaciones que dar. Hasta mi anciana tía María Ignacia sabía que yo iba a Alemania a estudiar filosofía. Iba a ser profesor en el extranjero, o si no profesor, arquitecto. No se volvió a discutir lo de una carrera en España; ya era muy mayor y el idioma inglés y mis relaciones americanas me habían expatriado demasiado. Por otro lado, yo venía a Avila con la impresión de que venía a casa y con la intención de volver siempre allí. La vida oficial me llevaría fuera de España, como había llevado a mi padre; pero mientras él viviera, sería mi centro natural. Mientras fuera estudiante, pasaría las vacaciones más largas con él, y vagamente preví lo que ha resultado no ser muy distinto de la realidad, que pasaría mi vejez de forma muy similar a la suya, quizás en Avila con otro Don Pelayo de compañía.

Al día siguiente mi padre dijo que debíamos ir a ver a mi prima Elvira, hija de su hermano Nicolás, mi padrino; estaba ya casada y vivía en Avila. Y casada ¿con quién?, con Rafael Vegas, el mismo hombre que había sido el marido de mi otra bonita prima, la malograda Antonita. En el intervalo de unos quince años, Rafael no había vivido solo, naturalmente, sino que había desposado y enterrado a tres mujeres. Seguía hecho un pavo real, aunque algunas de sus plumas estaban ya blancas, y cuando se casó con Elvira la gente meneó la cabeza. Era un barba-azul y esta pobre muchacha podría morir de parto en menos de un año, como Antonita, y permitiría al viejo libertino, con su gusto por los bocados delicados, engullir con avidez alguna quinta víctima. Pero las habladurías se equivocaron esta vez. No sospechaban la igual capacidad de la bella Elvira, no revelada aún, para deshacerse de maridos anuales. Nunca oí de semejante abundancia de emparejamientos legales como la que se dio en su círculo matrimonial. Ella fue la cuarta esposa de su primer marido, la segunda de su segundo, y la tercera de su tercero. En cada una de estas ocasiones continuó sin hijos, sonriendo dulcemente y más dispuesta que nunca a casarse de nuevo.

Aunque bajita y gorda, Elvira poseía un marcado encanto femenino. Algo había en su persona que infundía sosiego, amabilidad y confianza. Su clara piel blanca, o sus no menos claros ojos castaños y el pelo castaño, rizado y suave le daban un aire de pulcritud. Era «*simplex munditiis*»; y a pesar de las labores domésticas, estaba siempre escrupulosamente limpia, incluso en las épocas de mayor pobreza. Sus manos se movían ágilmente y eran de tacto agradable. Y

\* «CHANGES IN AVILA». *The Middle Span*, p.76-97.

tenía una forma de doblar un pañuelo o un chal alrededor de su exuberante pecho que expresaba felicidad, gracia y casi sentido del humor. Era el pecho lo que más tenía desarrollado; por lo demás su tipo, aunque rollizo, parecía en comparación elegante y casi ahusado. Se movía bien; y en épocas de prosperidad y debidamente vestida —su tercer y último marido era banquero— tenía el porte libre y seguro de una señora. Debiera haber sido una señora, siendo la hija de un oficial del ejército que debiera haber sido un caballero. Y su madre andaluza, que se llamaba Engracia, también tuvo pretensiones de grandeza o al menos de lujo. Pero con esto sólo consiguió una mayor insatisfacción con su destino, que su piel amarillareara más y su voz se hiciera más chillona; y mis tíos solteras, molestas por sus aires de superioridad, solían decir de su hermano: «Engracia le ha caído en gracia y se ha desgraciado». Indudablemente la buena señora tenía mal genio y no se perdonaba el ser menos brillante que una hermana que se había hecho actriz, que cantaba zarzuela, se había casado con un rico, había enviudado estando aún joven y guapa y vivía lujosamente con sus cuatro hijos en Málaga, en un apartamento como una «bonbonnière», donde la visité en 1887. Estos eran los parientes «ricos» de Elvira de los que tomó sus ideales de elegancia y coquetería; sin embargo, poseía, por naturaleza, como su padre y el mío y todo castellano de verdad, una filosofía bastante independiente y escéptica, la que nos enseña que todas las condiciones son llevaderas, todas las dignidades inútiles, y que la sabiduría es simplemente el don de sacar el mayor provecho de lo que nos venga dado sin buscarlo.

Rafael había vivido siempre al día, aparentemente próspero pero sin raíces. Su muerte repentina dejó a Elvira sin un céntimo y tuvo que irse a vivir con mi padre en su casa humilde; pues a pesar de sus medios muy modestos, era el sostén y refugio de toda su familia. Esta fue la hibernación de la joven viuda y duró varios años. Siempre que yo iba a Ávila la encontraba instalada en casa de mi padre como uno de la familia, a veces con Susana, pero normalmente sola. Parecía resignada, desilusionada y de buen humor. No fue en esta época cuando pensó quizás en casarse conmigo. Yo era demasiado joven, un simple estudiante de Alemania, insignificante en comparación con su difunto y pomposo marido que siempre tomaba el mando de cualquier grupo y se sabía de memoria todos los trucos del abogado rural y del viejo tenorio. Pero nos llevábamos muy bien. Observé que un año de vida con Rafael, aunque la había dejado sin pizca de inocencia, no la había decepcionado ni corrompido. Se tomaba el lado oculto de la vida tranquilamente, con sensatez, sin horror ni curiosidad; había comprendido instintivamente lo molesto que era; y podíamos hablar satíricamente de todo, como dos viejos compañeros para quienes el mundo sólo tuviera interés especulativo.

No le faltó por aquel tiempo un pretendiente serio, aunque nunca lo aceptara ni siquiera como novio. Era una persona excelente, de unos cuarenta y cinco años, pero vulgar; un capitán de caballería que había ascendido desde soldado raso que se llamaba Don Cándido. Era maestro de equitación de la pequeña guarnición de la ciudad y me dio —como atención hacia Elvira— las únicas lecciones de montar que he recibido. No me sirvieron de mucho; yo no estoy hecho para bailar ni para montar a caballo, y la conciencia previa de mi esencial

torpeza en esas cosas me lleva a evitarlas. Sólo podrían haber llegado a dárseme bien, como ocurría también en el caso de las matemáticas, si hubiera encontrado un maestro inteligente que hubiera empezado por explicarme los «principios» de ellas, no un practicante empírico como el honrado y soso Don Cándido, que lo único que me decía era que me pegara a la silla y que siguiera para adelante.

Pero pegarse a la silla no es suficiente para agradar a las damas, y nunca hizo progresos con Elvira. De alguna manera, sin embargo, ésta atrajo la atención de un tendero jubilado —llámemosle comerciante—, viudo respetable y sin hijos que la pidió en matrimonio, a lo que ella sensatamente accedió, previendo que pronto la dejaría un poco de dinero, suficiente para independizarse. Esto ocurrió casi en seguida; y entonces ella cogió un pequeño piso, en un entresuelo, que daba a la calle más animada de la ciudad. Sentada en su balcón, quedaba un poco por encima de la cabeza de los transeúntes. Todo el mundo la veía y la admiraba cosiendo entre sus tiestos; y ella veía a todo el mundo y todo lo que pasaba, y a través de su criada o de sus propias averiguaciones se enteraba de todo lo que sucedía. Era una casita agradable y cuando yo iba allí, de vez en cuando, a verla, a pesar de que difícilmente podíamos entablar las largas conversaciones sin intención de los tiempos en que habitábamos la misma casa, me empecé a dar cuenta de que ella consideraba la posibilidad de casarse conmigo. No tenía ninguna noción de geografía ni de idiomas o modos de vida extranjeros; pero viendo que yo iba bien vestido y viajaba por ahí cómodamente, se imaginó que podría vivir estupendamente en «América», es decir, en La Habana, con mil quinientos dólares anuales que era entonces mi salario. Probablemente supuso que mi familia sería rica y que yo compartiría su fortuna.

No fue necesario que yo la desengañara en este sentido: mi estancia en Avila fue corta; y cuando volví un año después, encontré que un pretendiente mucho más apetecible se había presentado por sí mismo y había sido aceptado con satisfacción. Era su vecino, y, sin duda, desde sus propios balcones en el primer piso, encima de su banco, había observado el rostro agradable de ella en la ventana y le había convencido su vida sencilla y tranquila. Su segunda esposa había fallecido recientemente, dejándole un niño en brazos, su único hijo. ¿Qué mejor madre que Elvira podía encontrarle al niño, o qué compañera más en flor para sí mismo?

En Octubre de 1905 estaba yo en Avila, mientras disfrutaba de un año de permiso en Harvard y me dirigía hacia Egipto, Palestina y Grecia. La procesión de la Santa pasaba por delante de la nueva casa de Elvira y me invitaron a verla desde sus ventanas. Vivían allí también dos simpáticas sobrinas del marido. Este era asimismo afable y bienhablado; charlamos sobre el matrimonio inglés del rey que se acababa de anunciar y manifesté, como era de esperar, mi admiración por el niño tan gordito y sonrosado. Era el cuadro de la felicidad doméstica, de la dignidad y de la paz. Pero, mientras estaba en Oriente, me llegaron cartas ese invierno anunciándome una coincidencia bastante extraña y triste. Elvira había caído misteriosamente enferma y también su marido y ambos habían muerto el mismo día en habitaciones separadas.

Elvira no era religiosa ni romántica. Una caída del telón tan repentina sobre una escena de decoroso bienestar le cuadra bien a su persona, su carácter y sus ideas. Su vida había sido totalmente sensata, franca y mediocre. Fue, a la manera china, filosófica y suficiente.

Para mí el gran acontecimiento en España sucedió en mi tercer regreso en 1887, cuando después de mi primera memorable permanencia en Inglaterra y un mes o dos en Ávila con mi padre y Elvira, fui a Gibraltar al encuentro de Susana. El hecho de que Susana se encontrase de aquí en adelante en España (pues yo estaba seguro que nunca volvería a América, aunque a veces habló de hacerlo «de visita») añadió decisivamente peso a ese centro de gravedad en mi sistema planetario. Me proporcionó una razón más para volver allí con frecuencia y resolvió el problema de residencia siempre que volví. Para ella, sin embargo no fue suficiente solución. Necesitaba sentirse entusiasta y cómoda, y España no era ninguna de las dos cosas. No es que sintiera por España otra cosa que afecto y lealtad incluso en aquellos desdichados momentos; pero ella se sentía entonces infeliz y España no le sirvió de ayuda. A pesar de todo, por el lado religioso, el cambio de ambiente fue un alivio y acabó con el sentimiento de tensión bajo el que tan cruelmente había padecido, no solamente en el plano externo o social. Creo que poco a poco, viviendo en España, se normalizó su vida religiosa personal, quedando reducida a la saludable función humana, y libre de ansiedades y amarguras.

En el aspecto social, Susana era adaptable y siempre mostró un sano interés por el presente. Cuando vivía en América no había echado de menos España y ahora, otra vez en España no echó de menos América. Su buen humor en Boston, en los primeros tiempos, había emanado de la diversión y el bienestar. Cuando hablaba ahora de la sociedad Bostoniana, se refería de ella por estar tan llena de fraudes y de insignificantes rasgos de orgullo. Estas eran las cosas que su disciplina católica le había enseñado a desechar. Los únicos recuerdos americanos que pareció idealizar se referían a pequeños lujos y comodidades materiales: casas calientes, cuartos de baño, modales en la mesa, ventilación y «cuchillos» de plata, como decía crédulamente, para la fruta. Era de constitución delicada y frágil, a pesar de su aparente robustez y padecía desproporcionalmente con irritantes menores como el humo del tabaco, las luces en los ojos, el fuerte olor de la carne de cordero, la agrura incluso en las buenas frescas. Estaba abatida; estas minucias le alteraban la tranquilidad física y la hacían aparecer menos amable de lo que era naturalmente. Porque con la gente, aunque retrospectivamente bastante crítica, era espontáneamente comprensiva. A los forasteros, en especial a las señoras, que la veían por primera vez o se entrevisaban con ella sólo de forma ocasional, les caía siempre muy bien; pero el valor de semejante simpatía era sólo social y su vida cotidiana quedaba insípida y vacía. La dificultad fundamental no provenía de España ni de América, ni de sus amistades ni de la familia. Se debía al hecho de que tenía treinta y seis años y estaba soltera.

Entre mi padre y Susana existía un antiguo afecto mutuo e intentaron durante algún tiempo justificarlo. Por ejemplo, Susana deseaba hacer una peregrinación a la tumba de Santa Teresa; pero Alba de Tormes, donde estaba enterrada

la santa, era casi inaccesible, salvo a caballo o, más bien, en mula. Había en cierto modo carretera, pero no transporte público, y un carroje particular hubiera supuesto demasiados gastos. Mi padre, buen andarín, estaba dispuesto a ir y volver a pie; y para Susana pensó en alquilar un carro de campo con una mula y un «mozo» en el carro, que tenía un toldo redondo, podía extenderse un colchón y allí podría sentarse Susana o tumbarse durante los tramos más largos. El carro se tambaleaba, era duro y no muy tranquilizador y tendrían que pasar una noche en cualquier posada que encontraran en Alba; pero se las arreglaron. La excursión quedó para mi padre como un viaje memorable y para ella como un acto de devoción y de penitencia; y no hubo otras desagradables consecuencias más que, en Avila, ella adquirió el mote de «la peregrina» que se prestaba a interpretaciones desconsideradas.

Durante unos días, el antiguo afecto y las actuales buenas intenciones se impusieron en la comedia entre padrastro e hijastra; pero no podía mantenerse de modo permanente. El era demasiado viejo, propenso a irritarse, y pobre; ella estaba demasiado aferrada a aquellas opiniones religiosas que directa o indirectamente él siempre atacaba. Tampoco había ninguna necesidad de seguir juntos. Ella no había venido a España para vivir con él, sino con Doña Victorina y Mercedes. Ellas tenían un piso en Madrid y una casita al lado del mar, cerca de Vigo, para el verano. Aquí no había discusiones religiosas. Doña Victorina era piadosa y Mercedes era más que piadosa: no sólo misa y comunión diarias, sino labor de apostolado en colegios nocturnos para trabajadores de Vigo. Mercedes tenía también una posición social y, como Susana, se había complacido con las sonrisas de la realeza; visitaba a menudo a la infanta Isabel, y a veces a la reina María Cristina y hasta a la reina Victoria Eugenia. Sin embargo, aunque al hablarme, ambas partes se mostraban naturalmente discretas, yo me daba cuenta de que entre Susana y Mercedes no existía una verdadera simpatía, ni siquiera en religión. Mercedes era inmensamente espontánea, pagana, supersticiosa, rebosante de sentimientos devotos, en mejores relaciones diplomáticas incluso con la corte celeste que con la de Madrid. Susana era teóloga, instruida, teórica; primero justificaba sus sentimientos y luego, quizás, los sintiera. Mercedes era todo iniciativas. En la religión, Susana no tenía iniciativa; ella sólo mostraba simpatía por las cosas que estaban ya en marcha. Era a la vez imitadora y satírica; porque después de imitar involuntariamente algo que los otros hicieran, su propio temperamento y su inteligencia se reafirmaban; de modo que, como yo, representaba un doble papel en su tragedia: era uno de los personajes y también el coro. Y tenía, al contrario que yo, impulsos ejecutivos que debieron chocar con los de Mercedes. Cuando se asociaba a un movimiento quería dirigirlo. Cuando se unía a una familia, si no era posible o adecuado gobernarla, no podía quedarse allí. Nunca fue, por tanto, una verdadera solución residir con las Escalera. Susana decía que Galicia en verano no le sentaba bien: el verdor y la humedad agravaban su «fiebre del heno» de New England. Prefería Avila. Pero Avila, que pudiera parecer apartada, era un microcosmos, con todos los problemas del mundo. Además de la tirantez con mi padre, pronto hubo una riña abierta con Elvira. Las dos no tenían la misma crianza; Elvira no era devota, había sido la esposa de un viejo verde. Además murmuraba cosas de Susana

que no debiera haber murmurado y le atribuía motivos que no debiera haberle atribuido. Acabó siéndoles imposible a las dos huéspedes de mi padre permanecer juntas. A Elvira no se la podía despedir; no tenía donde ir ni dinero. Su rica tía de Málaga le había enviado, para la primera navidad después de la muerte de Rafael, una gran caja de pasas y otros dulces para consolar a la sobrina que tenía la fortuna de contar con un querido tío anciano con quien vivir su viudez; pero para la segunda navidad, cuando Elvira esperaba que su querida tía rica la invitara a vivir en Málaga, no llegó ningún regalo y hubo silencio pétreo. Fue por tanto Susana, que gozaba de independencia, la que tuvo que salir. De todos modos, en invierno iba a reunirse con Doña Victorina y Mercedes en Madrid; la despedida de mi padre no tuvo, por tanto, nada de trágico; y Elvira, automáticamente, permaneció con él, sin ser criticada y a sus anchas. Pero, ¿dónde pasaría Susana el verano siguiente? ¿Con Doña Victorina y Mercedes en Galicia, siendo ella una americana libre y prefiriendo Avila? No estaba dispuesta a permitir que una mujer mal criada y malévolamente como Elvira le estropeara su plan de vida o controlara sus movimientos. Pasaría ese verano siguiente en Avila, en otra casa.

Había dos calladas y simpáticas hermanas de cierta edad, viejas amigas de Susana, a las que llamábamos «las de Modorell», una de las cuales era viuda con dos hijas. La hija mayor, Monserrat, se había casado recientemente. Tenían sitio para Susana en casa y les encantaría de verdad su compañía, mucho más divertida que la suya propia, y la generosa contribución que ella aportaría a su reducido presupuesto. Sólo había un inconveniente, una bobada. Las de Modorell vivían en la misma calle que Don Celedonio Sastre, un antiguo novio de Susana, ahora viudo. Las malas lenguas dirían que se vino a vivir a aquella calle para que Don Celedonio no pudiera olvidar su existencia y su proximidad. No había por qué tener en cuenta tal tontería: pero la Providencia tenía misteriosamente dispuesta la manera de frustrar tal murmuración antes de que surgiera. Monserrat murió inesperadamente, dejando dos niñas pequeñas, una recién nacida y la otra de un año. Su abuela, una de las hermanas Madorell, se iría a cuidarlas, dejando más sitio aún para Susana en la casa y establecería una especie de continuidad, casi una unión, entre el hogar familiar de las Madorell y el del inconsolado marido de Monserrat.

Este marido, ahora viudo, que se llamaba Bringas, se convirtió así en el segundo viudo en la inmediata vecindad de Susana; y esto dio su resultado. Bringas era militar y profesor de la Academia Militar de Avila. De las diversas academias militares, esta era la más modesta, dedicada a preparar cadetes de intendencia; pero esto suponía a los profesores un conocimiento en cierto modo más amplio y práctico de lo que a los oficiales de infantería y caballería se les suponía empapados en aquellos tiempos: los abastecimientos y el transporte eran a la vez cuestiones científicas y comerciales. Bringas tenía pues, un conocimiento bastante amplio de los asuntos internacionales, tanto industriales como políticos; y desde el principio había encontrado naturalmente mucho de que hablar con Susana, recién venida como estaba de sus veinte años de residencia en los Estados Unidos. Creo que era un hombre inteligente y bondadoso; pero todo lo que yo haya podido oírle decir quedó borrado en mi mente

por la imagen de su persona y de sus extravagantes gesticulaciones. Se movía de un lado al otro y agitaba los brazos como una marioneta; y demostraba lo absurdo de una cosa o la imposibilidad de otra con tanto énfasis y júbilo victorioso que uno olvidaba completamente a qué se debían el júbilo y la demostración. Era delgado, nervioso, yo diría que muy fuerte, con una fina barba negra y ojos negros brillantes: con gran vitalidad, pero muy intranquilo y, en mi opinión, muy pesado. Sin embargo, los que le conocían bien le tenían un gran cariño, y yo creo que a Susana le gustaba más, quizás, que Celedonio, pero también le temía más y se sentía menos segura en su presencia. Con Celedonio no existían sorpresas posibles; era mayor y completamente consolidado mental y físicamente. Bringas era un saltarín mecánico, un aparato eléctrico. ¿Quién podía decir lo que podía hacer al momento siguiente?

La simpatía que creció en estas circunstancias entre Bringas y Susana era evidente para todo el mundo: era evidente para mí cada vez que los veía juntos: y Celedonio lo sabía; de modo que la presencia de Susana en su calle durante un verano, lejos de parecer un acercamiento hacia él por parte de ella, resultó un motivo de celos. Un motivo pasajero, porque antes de que transcurriera el año, Elvira se había casado con su segundo marido; entonces Susana volvió a vivir en casa de mi padre, y al final Bringas se casó con la hermana de su difunta esposa, que siempre le había querido en secreto. La tormenta había pasado sobre el vaso de agua de Avila y el futuro de Susana pasó a depender de la razón inalterada.

La llamo razón porque, en mi filosofía, la razón es solamente una armonía entre impulsos irracionales; y la vacilante, muy meditada y problemática línea de acción que Susana emprendió era racional sólo en ese sentido. Decidió casarse con Celedonio. En las difíciles negociaciones se acordó que la boda tuviera lugar «después» de la de la hija de Celedonio, que era la mayor de sus seis hijos y había estado durante algunos años al frente de la familia. Evidentemente le hubiera resultado desagradable verse reemplazada allí por una madrastra medio extranjera, con dinero propio. A los cinco chicos no les importaría tanto: puede que incluso vieran las ventajas del cambio: tendrían mejor comida, conversaciones más interesantes, y quizás algunas lecciones de inglés gratis en casa. Pero Celedonio tenía el egoísmo del poder indolente. Sin ser ambicioso ni entrometido, era insensible a los deseos de los demás. Su hija tenía un novio que no le caía en gracia. El quería que se casara con otro hombre que no le gustaba a ella. No podía obligarla, desde luego; no era un tirano; pero no iba a permitirle casarse con el otro hombre. Su propio matrimonio fue, por tanto, aplazado o hubiera tenido que renunciar a él, cosa que su dignidad no le permitía. Así que persuadió a Susana para que aceptara la boda «antes» que la de su hija. Si al hacer la prueba, la madrastra y la hijastra no se llevaran bien, eso supondría un estímulo más para que la chica fuera razonable y se casara con el hombre que gustaba a su padre. Y no acabó ahí el egoísmo de Celedonio. Lejos de apresurar el casamiento de su hija cuando comenzaron los problemas en casa entre las dos mujeres, aplazó cualquier tipo de arreglo. Le gustaba tener a su única hija en casa al igual que a su nueva esposa. Ella podía, como antes, hacerle todo tipo de pequeños servicios que no esperaría de Susana; y podía cuidar de los chicos a la

antigua manera económica y descuidada, y dejar que Susana jugara el papel de sultana, engordando y volviéndose holgazana, en pisos totalmente separados. El resultado fue que Celedonio se encontró siendo el señor de dos hogares familiares, el de su mujer y el de su hija, en dos pisos separados realmente. Cuando surgían determinadas discusiones, él las aplacaba de forma judicial, como un padre romano; y fingía no darse cuenta de la tirantez diaria, del extrañamiento y de los agravios que se acentuaban con los años. Su hija estaba condenada a vivir soltera toda su vida y su esposa a no sentirse jamás identificada con su nueva familia ni a conseguir su afecto.

Sólo en los últimos años, cuando su hijastra había muerto y algunos de los chicos se habían casado, la situación de Susana se hizo menos desagradable. Tenía más dinero que al principio y guardaba una parte para sí misma. Esta insistencia yanqui en los derechos individuales era una especie de revancha por no haber sido aceptada y apreciada como se merecía; pero al final redundó en beneficio de la familia de Celedonio. En la vejez él se volvió tacaño y siempre se había mostrado insensible para los deseos y necesidades de sus hijos: el resultado fue que apenas tenían lo suficiente para vivir. Fue entonces Susana quien salió al encuentro; y las esposas de los muchachos se lo agradecieron. La llamaban «mamá», cosa que a ellos jamás les había permitido su hermana; y enseñaron a los nietos a hablar bien de ella y a respetarla.

Celedonio era un pequeño propietario y también abogado, y poseía una finca a poca distancia de Ávila, yendo a caballo, y una casa en la ciudad; pero su empleo principal era actuar de apoderado para dos o tres grandes propietarios que tenían fincas en la provincia y vivían fuera. Su casa estaba situada en el mejor lado de la ciudad, muy poco alejada de las murallas, y tenía una amplia vista sobre el Valle de Ambles. Para mí se convirtió entonces en una especie de hogar veraniego. Las ciudades por esas zonas son más frescas que el campo. Las gruesas paredes de piedra y los patios cubiertos con galerías protegen del sol implacable, mientras el aire penetrante de la sierra pasa y refresca los pulmones y el espíritu. Allí, en dos cuartitos a la izquierda del portal de entrada, se colocaron los libros de mi padre, en sus viejas estanterías, con varios retratos pintados por él y alguna que otra cosa mía; a esta habitación se la llamó «el cuarto de Jorge». Allí yo era totalmente independiente, con una puerta que daba al patio abierto y dos ventanas con rejas que daban a la plaza. A estas rejas solía, en ocasiones, atar sus borricos algún campesino pasajero, durante las primeras horas de la mañana. Oía los gritos de los vendedores y las campanas que tocaban a misa, no muy melodiosamente, o doblaban por los muertos. También me llegaban, casualmente, diversas conversaciones de los transeúntes o de ancianas que se paraban a cotillear. Estaba en el antiguo mundo; podría haber estado en el siglo diecisiete.

Al otro lado del portal había una habitación grande, que hacía ahora de cochera y cuarto de trastos, pero que, en su origen, debió ser el vestíbulo u oficina donde se sentaba el amo para recibir a sus arrendatarios o clientes y manejar sus negocios. Restaurándola, hubiera sido la mejor habitación de la casa: una estupenda biblioteca o sala de billar, según el gusto del propietario. Detrás de ésta estaba el patio, pavimentado con grandes losas irregulares, que

se extendía en el piso bajo de pared a pared, a todo lo ancho de la casa; pero una escalera de piedra, descubierta, conducía en uno de los laterales a una galería voladiza, sostenida por unas cuantas pilas de piedra, que recorría tres lados del patio en el primer piso y dejaba sólo un cuadro central descubierto, con los tejados de todos los laterales vertiendo aguas hacia adentro, de modo que cuando caía un chaparrón fuerte, el agua salpicaba estrepitosamente, en forma de cuatro pequeñas cataratas, sobre el pavimento empedrado. Este piso bajo, no lo era en la parte trasera, pues el fuerte declive del terreno lo convertía en un segundo piso. Había una habitación central al fondo y dos cuartos más pequeños, uno a cada lado. La habitación central tenía una gran alcoba, con dos camas donde dormían Celedonio y Susana. De los cuartos más pequeños, uno era el despacho de él y el otro el cuarto de vestirse de ella. En el piso superior, la casa estaba también separada en dos partes, por el patio. En la parte delantera, asomándose a la plaza, había una serie de cinco habitaciones que ocupaban la hija de Celedonio y la tía de ésta, una hermana de su madre, soltera, que se había quedado sola y había entrado a formar parte de esta familia. Era una persona delicada y tranquila, una verdadera bendición, pues se comportaba muy bien y servía de compañía a su sobrina. En la parte trasera de este piso Celedonio había añadido algunas habitaciones nuevas: un amplio comedor con una vista espléndida, una cocina y algunas habitaciones más para los chicos y para los criados. El desayuno —chocolate con un suizo, cortado en trozos largos y quizás un vaso de leche al final— lo tomábamos cada uno en nuestra habitación; y la comida era a las dos, o cuando Celedonio hubiera terminado su trabajo en el despacho. Después de la comida, la familia se dispersaba en seguida y también Celedonio bajaba a menudo para entrevistarse con alguien sobre negocios.

Susana y yo solíamos sentarnos durante una hora o más «de sobremesa» y, si estábamos solos, nos poníamos a veces a hablar en inglés. Pero a mí no me gustaba hacerlo, a menos que los recuerdos de Boston lo exigieran. El castellano de Susana era mejor que el mío, pero su inglés era peor, en parte por falta de uso y en parte porque había adoptado, sin distinción, todas las maneras de hablar que había escuchado y algunas eran horribles. Sin embargo, las mejores conversaciones que tuvimos fueron por la noche después de cenar, durante los primeros años. La cena era normalmente a las nueve y media, a veces más tarde, y Celedonio se acostaba en seguida y se quedaba dormido. Los chicos se iban al Mercado Grande, donde paseaba y se sentaba la élite de Ávila en las noches de verano, a veces con la música primitiva de la banda municipal. Entonces Susana y yo nos sentábamos junto al balcón abierto de la sala a admirar el cielo estrellado extraordinariamente brillante, a disfrutar del aire fresco de la noche y a hablar del pasado, del presente y del futuro. A lo eterno rara vez aludíamos. Su entusiasmo religioso se había vuelto más prudente, dejaba que Dios cuidara de sus propios intereses y no se preocupaba ya de la salvación de los demás.

Mis únicas diversiones durante las muchas temporadas que pasé en Ávila eran mis largos paseos de la tarde. Al principio solía acompañarme Rafael, uno de los chicos. Era sensible a la poesía, a la religión y a las artes, sin tener

grandes conocimientos técnicos; pero su sentimiento era auténtico, incontaminado por ninguna moda pasajera. En 1905-1906, cuando yo daba conferencias en la Sorbona, le invitó a que viniera a pasar un mes en París. Vino y recuerdo su súbito interés un día en el Louvre, cuando le señalé unos relieves de Luca della Robbia, y la sencillez con que sacó un cuaderno y un lapicero e hizo un esbozo de una de las obras, con un apunte sobre el colorín. «Cuando vuelva a Zorita» (la finca de su padre), dijo, «haré uno como ése».

Después en Avila, sin embargo, solía pasear solo y me limitaba a modestos circuitos para mayores. El más corto y más natural era la vuelta a las murallas, bajando por el Rastro hacia el río, subiendo luego la carretera vieja que rodea la parte norte de la muralla hasta San Vicente y luego a casa pasando junto al ábside de la catedral y por el Mercado Grande. Este paseo —en cuestión de menos de una hora— tenía algo que lo hacía especialmente recomendable para mi corazón y mis pulmones. Las subidas eran empinadas y cortas, las bajadas graduales y alargadas. Uno se sentía momentáneamente estimulado ante pequeñas ascensiones e inconscientemente impulsado y ayudado en los tramos largos. El paseo favorito de mi padre, subir la carretera hasta el Alto de Vico y volver, tenía el inconveniente de que toda la ida era en ligera pendiente; también el del polvo que de vez en cuando provocaban los muleros y los peatones que pasaban. Yo prefería la prístina soledad. La que se encontraba siguiendo el curso descendente del río hasta la presa de la planta eléctrica; era un sendero entre grandes piedras redondeadas, con variados efectos de primer plano y distancia. Pero implicaba venir cuesta arriba todo el camino de vuelta a casa; y la misma objeción me disuadía de elegir a menudo la carretera de Toledo, aunque el panorama era agradable y estaba en el campo en seguida, sin atravesar la ciudad. Al fin descubrí algo inesperado: que el sendero a lo largo de la línea del ferrocarril que iba hacia Madrid era un excelente paseo. A la hora que yo salía no había trenes en ninguna de las dos direcciones; y las cuestas rocosas que se elevaban por un lado y las hondonadas que descendían por el otro, le daban a uno la sensación de estar en la montaña, como de hecho sucedía. Había también más árboles y más hierba de lo corriente en estos elevados páramos, donde la tierra se viste predominantemente, como las órdenes religiosas, de pardos y grises. Avila, aunque mantenga vida, se parece bastante a un desierto para simbolizar el desierto que es el mundo para el espíritu, a pesar de la multitud y el apremio que hay en él. En ambos sitios puede uno encontrarse inesperadamente con flores o hierbas dispersas de los más fragantes olores; y yo apreciaba profundamente la llamada de aquel paisaje desnudo y austero y la de aquellos sombríos, pero resplandecientes altares.

Esas agradables temporadas en Avila me las interrumpió la guerra; y cuando volví en 1919, tras cinco o seis años de ausencia, aunque los lugares eran los mismos, encontré a las personas algo cambiadas. Todos nos estábamos haciendo viejos. A mí, en particular, me había afectado profundamente, no sólo la guerra, sino también una revisión a fondo y asimilación de toda mi experiencia inglesa y americana. Había escrito *Egotismo en la Filosofía alemana*, *Soliloquios en Inglaterra* y *Carácter y Opinión en los Estados Unidos*. No siendo capaz de fijar mis pensamientos en cuestiones abstractas, me había leído a

Dickens, y había aprendido a amar el lado más humilde del sentimiento y la virtud ingleses. Sin llegar a buscar una razón, mi corazón había estado totalmente del lado inglés durante la guerra. En Ávila las simpatías de todo el mundo se inclinaron totalmente al otro lado, y esta antítesis me desconcertó un poco. También el castellano, por desuso, lo hablaba ahora con menos fluidez. Había habido algunas muertes en la familia: la hija, su tía y uno de los hijos. Estas cosas limitaban un tanto el campo de conversación y lo amargaban. Yo me preguntaba por qué había de ir allí si no era para disfrutar completamente.

Pero hay lazos afectivos con personas y lugares que se mantienen incluso cuando nos hacen sufrir. Y yo encontré allí, al menos el primer año, un nuevo placer y un nuevo lazo afectivo. Pepe, el menor de los hijos, se había casado antes de la guerra y tenía ya dos criños, de cinco y cuatro años, que se hicieron mis compañeros. No para pasear, naturalmente; pero solían entrar en mi cuarto a primera hora de la tarde y nos entreteníamos pintando. Cuando esta vena se agotó, me hice con un teatro de juguete, con varios escenarios y figuras de cartón; y con mi vieja caja de acuarelas a mano, pude hacer otras figuras y reproducir una de las obras en que había actuado Susana en su juventud (nuestra hermana Josefina se acordaba del texto) así como uno o dos ballets rusos que yo había visto en París o en Londres. Tuvimos un ensayo general al que invitamos a toda la familia; y los preparativos y los ensayos, divirtieron a los niños y me divirtieron a mí durante muchos días. No eran pasatiempos que pudieran durar mucho. Cuando volví al año siguiente, el chico mayor no estaba en casa. Le habían enviado, probablemente para su instrucción religiosa, con un tío, hermano de la madre, que era cura; y con Roberto, el menor, solo, no pudimos despertar el interés de antes. Pero leímos un libro de «Mother Goose» (La Mamá Oca) que tenían; y aunque el niño no aprendió mucho inglés, yo me di cuenta a veces de lo profunda que es la diferencia entre el inglés moderno y la crianza católica. Roberto era un muchacho sensible y animoso; y cuando le traduje las líneas sobre el Pequeño Jack Horner y la tarta de Navidad, entendió su «gracia» perfectamente, hasta que Jack Horner, después de haber metido el dedo pulgar y extraído una ciruela, dice: «Qué bueno soy!». Roberto, en vez de reírse de esto, se sonrojó, pareció desconcertado y nada divertido, como si hubiera escuchado algo particularmente indebido. ¿Cómo podía alguien, pensó, decir cosas tan espantosas e increíbles? La lección de humildad cristiana había calado tan profundamente en esa sociedad que, hasta en broma, parecía escandaloso imaginar a un muchacho glotón alabándose o felicitándose a sí mismo. Ni siquiera de los familiares de uno había que hacer jamás elogio ni ostentación. Se podía expresar cuánto se les quería: esto era un motivo de inquietud, un peligro constante de gran sufrimiento; no era una virtud ni propia ni de aquellos a quien se amaba. Era una de las pruebas, casi uno de los pecados propios. Uno era un cúmulo de imperfecciones. Podía uno reírse o afligirse; pero jamás tener algo de qué jactarse.

A Roberto se le había puesto el nombre de mi hermano, que había realizado al menos dos viajes a España, el primero con toda su familia, luego, más prudentemente, solo. Allí había caído enfermo y se quedó más tiempo del que tenía pensado. Había estado en Galicia con Mercedes, y le encantó su círculo,

donde, como conté una vez en Madrid, había veintisiete mujeres y ningún hombre. Mi hermano Roberto parecía un yanqui completo. No conocía ni apreciaba lo que España representa en la historia y en la moral: pero junto a las mujeres españolas regresaba, por así decirlo, al paraíso olvidado. Era genéricamente aficionado a las mujeres, sin importarle de qué nacionalidad, pero las españolas le mantenían suspenso, de una forma especial, entre el respeto y el deseo; y muy por debajo de su ordinario nivel intencional, algo en él respondía al amor y a la religión hispanas. Esta secreta necesidad —desconocida incluso por él mismo— le había inspirado una gran simpatía hacia Pepe, que quería casarse pero se lo impedía la oposición de su padre; y Robert logró que la boda de Pepe tuviera lugar, en parte discutiendo con Celedonio, llegando incluso a llamarle tirano, y en parte mediante generosos regalos para ayudar a la joven pareja. Fue en agradecimiento por esta acción de Robert por lo que habían llamado Roberto a su segundo hijo.

Mi hermano no vivió para ver el destino de su tocayo; fui yo quien lo vi desde cierta distancia con un interés especial. Roberto era aficionado a los libros y a todo tipo de saberes, recordándome mi gusto juvenil por la geografía y los viajes. Era también religioso, como su hermano; ambos fueron de los primeros en captar la nueva oleada de esperanza y entusiasmo por la regeneración moral de España. Se alistaron a la Falange, lucharon en la guerra civil, y Roberto, tras ser herido dos veces, murió al final, en puertas de la victoria. Resuta a la vez triste, amargo y divertido pensar en lo poco que mi hermano Robert, y los cien millones como él en América, hubieran podido comprender de esta pequeña tragedia, fruto, en cierto modo, de su buena voluntad y amabilidad desbordantes.

Todo esto lo vi, como digo, desde cierta distancia, porque después de la muerte de Susana, en 1928, no existía mucha razón o conveniencia en abusar de la amabilidad de la familia de Celedonio. Fui ese verano a Galicia, para ver a Mercedes y a mi hermana Josefina; también para ver algo de ese rincón de España, que era nuevo para mí. Incluso crucé una esquina de Portugal, al coger el tren rápido París Oporto y desde allí hasta Vigo por una línea secundaria; y a la vuelta visité Santiago de Compostela, La Coruña, León y Palencia, eludiendo cuidadosamente Ávila, porque sabía que el estado mental de Celedonio era poco propicio, y yo quería evitar discusiones innecesarias. Estaba próximo a los noventa años, lleno de rarezas y resuelto a retrasar la ejecución del testamento de Susana. Murió, sin embargo, antes del verano siguiente; y entonces sí que fui a Ávila, por última vez, para resolver los asuntos de Josefina y también los míos. No tuve grandes dificultades para ello. Les di la casa de mi padre, construida por John Smith, a los hermanos Sastre. Ellos habían cobrado durante muchos años su alquiler por mí y esto sólo era un pequeño agradecimiento a su amabilidad y a la prolongada hospitalidad de su familia, que había sido para mí motivo de gran alegría. Además convencí a Josefina para que firmara una carta —el testamento formal sobre sus bienes americanos lo había firmado el verano anterior en Vigo, ante el Cónsul americano— pidiendo a sus testamentarios la concesión de legados vitalicios adecuados a Mercedes, a los hermanos Sastre y a otras amistades suyas de España. Habiendo quemado así mis naves y tranqui-

lizado mi conciencia respecto a las obligaciones, dije adiós a Avila y España, sin duda para siempre. No derramé lágrimas. Retuve en mi interior todo lo que quería o podía ya disfrutar de España. Interrumpí solamente repeticiones y decepciones inútiles.

Mi hermana Josefina, que tenía setenta años, murió al invierno siguiente, tranquilamente, sin sufrimiento y sin preocupaciones morales. No carecía de una cierta perspicacia en asuntos de pequeña importancia, pero era despistada e indiferente en muchos sentidos. Tras la muerte de Susana, se las arreglaron para reconciliar a Josefina con la iglesia. Curiosamente había sido Susana el gran obstáculo para la fe de su hermana: Josefina no quería ser dominada. Pero las señoras de Avila, que eran piadosas sin ser agresivas ni puntillistas, la conquistaron con palabras suaves; y me dijeron que el dominico que oyó su confesión dijo que creía que ella no había cometido ningún pecado mortal en su vida. Quizá no. El vio que era como una niña pequeña dócil o rebelde según el tacto de sus mayores, pero irresponsable. Unos versos de no sé dónde, permanecen en mi memoria para describirla perfectamente:

Elle est morte et n'a point vécu.

Elle fait sembler de vivre.

De ses mains est tombé le livre

Dans lequel elle n'a rien lú.

Susana, que había vivido intensamente y más de una vez había acometido empresas valientes y arriesgadas en su día, no podía esperar un final tranquilo. Cuando el tiempo y la muerte habían resuelto las peores dificultades de su vida matrimonial, y podría haber esperado llegar a puerto con el tiempo en calma, un problema nuevo e imprevisto la sorprendió. Celedonio, que jamás había sido considerado, se volvió malhumorado e intratable. Al mismo tiempo, comenzó a no valerse por sí mismo. Así surgió entre ambos un resentimiento crónico. Para ella, el único consuelo ahora era que la familia de él estaba a su lado; pues eran los hijos los que más sufrían la terquedad y la tacañería de su padre. Susana ya no dormía en la otra cama de la alcoba de Celedonio: allí dormía uno de los hijos, por si su padre necesitaba ayuda durante la noche. Susana tenía una cama en su vestidor que daba vista al campo abierto. Podía así dormir en una habitación bien ventilada. Y podía también guardar sus ahorros, unos veinte mil dólares, de modo seguro en un cajón oculto, que su marido desconocía. Y sus pensamientos podían discurrir —¿era malo dejar que discurrieran?— hasta el tiempo en que Celedonio hubiera desaparecido y ella pudiera restaurar la casa contigua —no esa, que tenía para ella demasiados recuerdos desagradables— para vivir cómodamente sus últimos días conmigo, con Josefina, y con el mayor de los hijos de Celedonio. ¿No preferiría éste, la pregunté, irse con alguno de sus hermanos casados? No, dijo Susana, porque en casa de su hermano tendría que pagar su parte de gastos, mientras que en la de su madrastra tendría comida y casa gratis.

Los sueños arquitectónicos, como en nuestros primeros días de Boston, nos unfan de nuevo. ¿Pondrámos techo de cristal al patio? Dije que no. El duque de Valencia lo había puesto en su palacio restaurado porque era andaluz; en Sevilla el patio era el salón de estar de la familia, tanto en invierno como en

verano, y querían estar protegidos del frío y de la lluvia. Pero en Avila a nadie se le ocurriría sentarse en invierno en el patio; era al aire libre, junto al lado sur de alguna pared, donde se tomaba el sol; y un techado de cristal estropearía todo el efecto arquitectónico y la poesía de un patio. Pero Susana decía que las galerías iban a ser terriblemente frías en invierno para pasar de una habitación a otra. Eso, le repliqué, se podía remediar poniendo cristales en las galerías superiores y dejando el patio y la galería inferior abiertas al cielo. Una galería superior con cristales o incluso tapiada, era un rasgo característico y pintoresco de las casas medievales. Podía hacer eso en la casa contigua y estar a la vez cómoda y artísticamente alojada.

Celedonio debió barruntar que, con distintos grados de impaciencia, Susana, sus hijos, y especialmente las esposas de éstos, esperaban que se muriera. Un pensamiento nada agradable para que rondara sobre la almohada. Y la respuesta en la vejez, difícilmente puede ser la de volverse afable y generoso, para que todos le quieran y le deseen muchos años de vida. Eso no es posible. La respuesta natural es vengarse, volviéndose cada vez más desagradable y más avariento y esforzarse al máximo por vivir más tiempo de lo que la gente espera. Su triunfo más dulce consistiría en sobrevivir a toda esa gente joven que desea enterrarle. Y Celedonio, por lo que respecta a Susana, disfrutó ese triunfo. Cuando me despedí de él por última vez, «hasta el año que viene», movió la cabeza y murmuró que no sobreviviría a ese invierno. Lo sobrevivió, pero Susana, que estaba a mi lado y no pensaba morir tan pronto, no lo sobrevivió. Nunca había sido muy fuerte. Hubo un tiempo en que engordó enormemente, luego perdió carnes y parecía menos pesada; pero padecía desarmonías físicas y morales en su naturaleza, y jamás estuvo completamente resignada o satisfecha. La casa contigua la restauró uno de los hijastros con el dinero de ella; y el mismo fajo de billetes tan secretamente guardados en su cajón le sirvieron a otro hijastro para restaurar la casa en que había vivido durante treinta y cinco años, en relativa pobreza e incomodidad. Ella y yo no tuvimos jamás nuestro domicilio arquitectónico juntos; y ella jamás disfrutó la sensación de haber encontrado su verdadero sitio en el mundo y de haberse ganado la estima y el agradecimiento de los que la rodeaban. El siniestro impedimento, por así decirlo, de sus divididas lealtades y de sus demandas incompatibles, se le cruzó siempre en sus más bellas esperanzas.

Susana era una Sturgis. Como muchos de los Sturgis tenía buena apariencia, buen humor, entusiasmo, y le encantaba la sociedad y las diversiones; y como los mejores de ellos, como su tía Sarah, poseía un intrépido instinto para el liderato, y podía dirigir su apasionado interés hacia algún fin ideal y público, en su caso, hacia la iglesia católica. Esto no fue el resultado de una especial profundización intelectual o mística en la religión; los Sturgis no eran religiosos por naturaleza. Fue el resultado del contagio. Ella se contagiaba fácilmente de cualquier entusiasmo ambiental y se atenía a él con más inocencia quizá y durante más tiempo que aquellos de los que se había contagiado. Al mismo tiempo, necesitaba apoyo social y comprensión. Hubiera sido angustioso para ella haber estado a solas con Alá. Para prosperar necesitaba influencias benignas y agradables. Si éstas hubieran predominado más en su vida, habría sido

generalmente querida y admirada. Su mente se habría ampliado y refinado; mientras que en su posición, constantemente difícil, apenas pudo evitar la irritabilidad y los juicios injustos de los insatisfechos. Esto era, sin embargo, contrario a su naturaleza. A mí, que siempre me había mostrado su lado mejor, me era fácil sentir el cálido afecto bajo su partidismo y la comedia tras sus ilusiones. No podía aguantar que se dejara pasar lo bueno y lo bello inadvertidos. De aquí su impulso dominador y director. Lo que más me aflige ahora de su destino no es tanto lo que se perdió como lo que sufrió. Es una lástima que le tocara sufrir, cuando ella había nacido para amar, para reír, y para disfrutar.



## LOS ULTIMOS VINCULOS HUMANOS DE SANTAYANA EN AVILA: BREVE RECOPILACION EPISTOLAR

Avila es, en mi opinión, la «excepción que confirma la regla» del concepto general que se tiene de la vida y la filosofía de Santayana. En este sentido, las cartas que a continuación se presentan vienen a corroborar esta opinión. Empiezan por estar, en su mayoría, escritas en castellano, mientras su producción literaria toda está en inglés. Tocan temas cotidianos frente a la temática general mucho más filosófica o literaria de las cartas publicadas por Daniel Cory —discípulo del filósofo— si exceptuamos en dicha colección aquellas dirigidas a su hermana Susana, que muestran mayor similitud con éstas. Son, en una palabra, cartas familiares, dirigidas a la única familia verdadera que el filósofo poseía, la familia abulense, y constituyen por tanto la prueba clara de la existencia de un vínculo auténticamente excepcional con la humana cotidianidad dentro de ese mundo de independencia filosófico-espiritual, de «desasimiento imparcial» que para sí creó y del que su obra más representativa es fiel reflejo.

Al mismo tiempo, el carácter excepcional de esta breve colección epistolar debe servir de aviso a cualquier lector ingenuo que pretendiera extraer de ellas un concepto global definitivo del pensamiento de Santayana. Ante ciertas expresiones de tipo religioso convencional o ideas de cariz político partidario que aparecen en algunas de estas cartas, conviene no olvidar, en primer lugar, el distanciamiento de la realidad española en que se encontraba cuando las escribió, como puede incluso apreciarse a través de ellas; en segundo lugar, el plano intelectual, más bien platónico, en el que hay que contextualizar algunas de sus opiniones; y finalmente, el tono habitualmente comedido del filósofo, muy especialmente en su última etapa, en la que evitó, siempre respetuosamente, violentar con sus palabras el ambiente humano, religioso, e ideológico, hacia el que iban dirigidas. Son numerosos los ejemplos que podrían encontrarse de este comportamiento suyo, pero bástenos uno al que hace referencia en la última carta, cuando subraya su deseo de que la Autobiografía que escribe no se publique hasta después de su muerte, obviamente para no herir susceptibilidades.

Las que aquí aparecen recopiladas pertenecen en su mayoría a la última etapa de la vida de Santayana, cuando éste residía en Italia, por lo que pueden incluso apreciarse elementos italianizantes en su castellano. Aparecen a su vez, tres cartas anteriores, una de 1906, cuando el filósofo pasaba un año en Francia dando conferencias en las principales universidades de aquel país, otra carta postal escrita en inglés en 1913 desde Monte Carlo, y una esquela realmente curiosa y enternecedora de su etapa infantil en Avila. Algunas de estas cartas se encontraban entre las páginas de los libros que pertenecieron a la hermana del propio Santayana. Todas ellas han sido gentilmente proporcionadas por Doña Adelaida Sastre, nieta del marido de Susana y, puesto que Santayana llamó a este hermano, sobrina-nieta del filósofo.

Querida Susana<sup>1</sup>

He recibido tu carta que está escrita en Londres

Lo que han dicho tus tíos que yo soy guapo eso no es verdad.

Dice papá que te ponga que tu si que eres guapa y Josefina también; pero yo digo que esas son guasas, pero lo que sí es verdad es que te quiere mucho tu hermano y ahijado

Jorge

Mi querida Josefina. No te se olvide escribirme cuando llegues a Boston y estés desocupada.

Yo también te escribiré mientras (ilegible) para que tengas siempre presente a tu hermano que se acuerda mucho de ti y de tus cuentos

Jorge

1. Esta esquela, que no lleva fecha, se encontraba entre las páginas de uno de los libros que perteneció a Susana, hermana del filósofo. Debió ser escrita cuando el pequeño Jorge tenía seis años y enviada a las dos hermanas mientras éstas junto a la madre se dirigían a Boston, vía Londres, desde donde Susana había escrito al pequeño.

París, 25 de enero, 1906

Querido Celedonio: tuve mucho gusto en recibir á su tiempo tu carta del 27 de Diciembre —parece imposible que se haya pasado un mes entero desde esa fecha. Por ella, y por otra anterior de Susana, comprendo que no hay fundado motivo para que no venga Rafael a París. Para mí será una verdadera satisfacción, tanto por el gusto que tendré en verle, como por la ocasión que su presencia me ofrecerá de ver lo que no he visto en París, ó de volver a ver lo que más me ha gustado. Estando solo, tiene uno menos humor, sobre todo para las expediciones un poco largas, cómo la de Versalles ó la de Fontainebleau, puntos que aún no he visitado.

Mis conferencias siguen su curso sin contratiempo de ningún género. El público ha disminuido algo, como era de esperar, pero todavía acuden unas doscientas personas, en gran parte señoras americanas. Pienso terminar las conferencias en París el día 17 de Marzo y enseguida empezar mi viage redondo por las provincias; no se ha decidido todavía en qué forma hе de hacer ese viage, pero desea Hyde (el fundador de las conferencias, que está actualmente en París) que vaya por lo menos a nueve universidades. En ese caso debo desparchar dos o tres de ellas antes de la pascua de resurrección, para que me quede tiempo después de las vacaciones para las restantes.

De salud sigo bien. El tiempo ha cambiado en estos últimos días. Por fin hemos visto el sol; pero en cambio hace bastante frío.

Cariñosos recuerdos á todos de tu hermano

Jorge

(Celedonio Sastre, a quien va dirigida esta carta, casó en segundas nupcias con Susana Sturgis, hermana del filósofo, en 1892, constituyendo desde entonces un nuevo y permanente núcleo familiar para éste en Ávila. Rafael era hijo del primer matrimonio de Celedonio y compañero habitual en los paseos abulenses del filósofo).

Feb, 6, 1913  
4 Ave de la Costa, Monte Carlo

I am sending you a very moral and «bien-pensant» French book, in which there is a good deal that is true and amusing, although it is no work of genius.— My life here has become very agreeable and regular, and I do a good deal of work. My idea now is to stay until Josephine goes to Barcelona, and to join her and Mercedes there. I may give up going to Andalucía this year.— The weather here and my health couldn't be better.

---

(Santayana solía escribir a su hermana en inglés, como muestra la postal anterior dirigida a «D<sup>a</sup> Susana Sturgis de Sastre. Novaliches, 6. Avila. Espagne». En castellano dice lo siguiente: «Te envío un libro en francés muy virtuoso y ‘bien-pensant’, en el que hay mucho de verdad y entretenido, aunque no es una obra genial.— Mi vida se ha hecho muy agradable y mesurada, y trabajo bastante. Mi idea ahora es quedarme hasta que Josefina vaya a Barcelona, y juntarme allí con ella y con Mercedes. Quizá renuncie a ir a Andalucía este año.— El tiempo aquí y mi salud son inmejorables».

Santayana, después de haber abandonado definitivamente los Estados Unidos el año anterior, de visitar Inglaterra y pasar algún tiempo en España, se asienta temporalmente en París junto al filósofo americano Charles Augustus Strong, con quien le une una fuerte amistad desde los tiempos de estudiante en Harvard. Entre las páginas de uno de los libros que Dña. Adelaida Sastre conserva en Salamanca encontré una postal que Strong envió a Santayana mientras éste pasaba una temporada en España en 1913 y que dice en inglés: «París, 24 April. Margaret left me yesterday, & since then I have begun to frequent the Closerie des Lilas, from which I write. Paris is warm & delightful now. The young green of the chestnuts, now in bloom, waves over head, & the varied life is as interesting as ever.— Glad you are coming so soon. C.A.S.»

En versión castellana dice lo siguiente: «Margaret partió ayer, y desde entonces he comenzado a frecuentar el Closerie des Lilas, desde donde te escribo. París está cálido y precioso ahora. El verde tierno de los castaños, ahora en flor, ondea en lo alto, y la vida varia es tan interesante como siempre.— Me alegro de que vengas tan pronto. C.A.S.»)

Hotel Bristol, Roma  
9 de Noviembre, 1930

Querida Adela: las cartas que he dirigido a Pepe eran para todos, y me extraña que tú y Rafael no tuviérais noticias de ellas. Poco importa, pues no contenían nada que valga, más que las gracias por todas las atenciones que habeis tenido con mi pobre hermana.

Hoy he tenido una carta firmada, según parece (porque la letra no está clara) por «Juan Lozano», sin más señas que «Avila»: pero como me pide copia del testamento de Josefina, supongo que debe ser el escribano; y he contestado en este sentido. Incluyo la contestación; y si no me he equivocado en la persona, y si os parece que la carta puede pasar, os agradecería mucho que la metiérais en un sobre y la mandárais a ese señor. Si hay algún inconveniente, o si me he expresado mal, guardais la carta y me lo decís con franqueza. No sé si conveniría que yo mandase poderes a Rafael o a sus hermanos para que me representasen en el asunto. Enfin, vosotros me direís lo que hace falta para salir del paso.

Por mi prima Manuela he sabido el fallecimiento de la de Cordobés. Poco sobrevivió a Josefina.

Se me figura que se debe haber perdido alguna carta vuestra o mía: y los partes y cartas dirigidas a mí en los primeros días, tardaron en llegar a mis manos, porque yo estaba todavía en Fiésole.

Espero que el catarro de Rafael haya pasado y que le pruebe bien la vida de labrador.

Iba a terminar sin acordarme de los retratos. Desde luego tendré muchísimo gusto en que te quedes con uno de ellos; yo, no teniendo casa, no tengo donde colocarlos, y solo deseo conservar el de las dos niñas hasta que se pueda hacer una buena copia de él, en fotografía, para figurar en la vida de mis padres y mía que quiero escribir. También he ofrecido en general a Mercedes cualquier objeto que ella elija como recuerdo de Josefina, y no sé si por casualidad pedirá uno de esos cuadros. En cuanto tenga su contestación volveré a escribir, para que tu elijas con toda libertad el que más te agrade.

Cariñosos recuerdos a Rafael y a los niños; y un abrazo de tu tío

Jorge

Hotel Bristol, Roma  
16 de Diciembre 1933

Querido Rafael

He esperado algunos días antes de escribir, mandando el recuerdo de Navidad para los chicos, hasta ver como terminaba el conato de insurrección en España. Parece que se ha restablecido la tranquilidad, y que la tropa en general se ha portado bien. Era lo esencial; de otra manera se podía haber repetido en España el desastre de Rusia. Y hubiera sido peor, porque en España hay tradiciones y costumbres y monumentos muy superiores a lo que existía en el imperio de los Zares, y destrozándolo todo se hubiera perdido mucho más.

Otra nube en el horizonte, bastante negra, es lo que ocurre en los Estados Unidos. No creo que llegue a la ruina completa del Capitalismo; nos quedará algo, y yo, que hoy cumplio los 70 años, podré ir tirando en lo que me quede de vida; pero lo siento por los amigos, y especialmente por vosotros, que teneis familia, y otras obligaciones. Lo peor por el momento es no saber con qué se puede contar. Yo hasta ahora no he tenido que privarme de nada, gracias a Dios y a la herencia de Josefina, pero no hay seguridad en el porvenir.

Hace tiempo que no tengo noticias de vosotros. Las últimas, excelentes, fueron de Pepe. ¿Y Luis, se vuelve a casar? ¿Ha encontrado una persona de confianza que se encargue de sus niños? A los tuyos y a Adela muchos cariñosos recuerdos y un abrazo de tu antiguo compañero

Jorge

Hotel Bristol, Roma  
11 de Diciembre, 1935

Querido Rafael

La boda de la hija menor de Pepe, que me participaron hace poco, demuestra que vuestros niños ya dejan de serlo, y este regalito que yo les mando por Navidad ya no corresponde a sus años. Pero los míos me impiden cambiar mis costumbres, y me permiten tratarles como si fuesen aún unas criaturas.

Nunca he estado mas contento de vivir en Italia y en Roma que en esta época de «sanciones», ¡Qué valientes los italianos! Veremos en lo que para este conflicto artificial, pero de todos modos, sea comedia o tragedia, el papel mas lucido y simpático toca a los italianos. En estos últimos años he dejado por completo de ser anglófilo, o como se dice en inglés, anglomaniático. Se me figura que aquel país ha cambiado mucho, la aristocracia, que era admirable, ha abdicado, y en general Inglaterra parece renunciar a la grandeza, busca el apoyo de 53 otras naciones, y tiene mucho miedo de encontrarse sola.

Cariñosos recuerdos a Adela y los niños, de tu tío que te quiere

Jorge

(Se refiere en esta carta al regalo navideño que siempre solía mandar a los pequeños y que consistía en una libra a cada uno, cuando la libra equivalía a 52 pesetas. Posteriormente acabaría enviando dos).

Hotel Bristol, Roma  
3 de Diciembre, 1937

Querido Rafael: Llega otra vez la época en que acostumbro a mandar un recuerdo a tus hijos y a los de tus hermanos. Me entristece ahora, al hacerlo, que falte Roberto, a quien yo quería mucho, y que estén huérfanos los niños de Luis. ¿Viven estos como antes con los hermanos de Teresa, o los habeis recogido vosotros?

De las cosas de España dan noticias diarias los periódicos de aquí, con simpatía y buena voluntad hacia nosotros, pero incompletas, y yo hace tiempo que he dejado de leer periódicos ingleses, de manera que estoy poco enterado de lo que ocurre. No importa, pues sería inútil para mí estar al corriente de tantos acontecimientos confusos y tristes, cuando no puedo intervenir en ellos. De Mercedes recibo cartas sumamente patrióticas; tiene la muy valiente más de 80 años, viaja, escribe, se entusiasma por el ejército y sus victorias, y ayuda en lo que puede a las hijas y nietos de su amiga Esperanza, con quienes vive.

Esperemos que otro año, si llegamos a verle, se haya aclarado el horizonte.

Con muchos recuerdos a Adela te abraza tu tío

Jorge

P.D. No me gusta dejar de mandar la parte de este recuerdo que correspondía a Roberto. Cuento los trece primos como siempre, y te agradecería que entregases la parte de Roberto a Isabel, para que la emplee en alguna limosna en recuerdo de su hijo, o como tenga conveniente.

Hotel Danieli, Venecia  
15 de Diciembre, 1939

Querido Rafael: El hotel Bristol en Roma ha desaparecido, o casi, pues lo están derribando, con intención de volverlo a construir. Dicen que la obra durará dos años, de modo que yo estoy sin «domicilio». Había pensado tomar otra habitación en otra fonda de Roma; pero al estallar la guerra, cuando se temía que se extendiera a Italia, avisaron oficialmente a los ancianos y personas inútiles de evitar las poblaciones grandes del mediodía y oeste de Italia. Como yo estaba en Cortina y tenía que pasar por Venecia, se me ocurrió quedarme aquí, donde me conocen de muchos años en esta fonda, y donde siempre lo he pasado bien. Tengo una habitación con vista al puerto y al mar, y no encuentro ningún inconveniente en que el invierno aquí sea algo más húmedo y frío que en Roma. No lo es tanto como en Boston, ó como en Inglaterra, y a pesar de mis 76 años, que cumple mañana, espero poderlo resistir.

De España ahora se habla poco, y yo no tengo más noticias que las que me da alguna vez Mercedes. Ha vuelto a su casa de Madrid, con su amiga Pilar y sus hijos. A tí, y a toda la familia en Avila deseo un feliz año nuevo y mando el recuerdo de siempre a la gente joven con un abrazo de tu tío

Jorge

(Escrito en caligrafía aparentemente distinta a la del filósofo, aparece en la parte inferior de la carta el siguiente texto impresionado:

7593

15 Diciembre 1939

Cheque nº 254147

Brown Shipley & Co.

123 Pall Mall. London S.W.1

Pay to Rafael Sastre the sum of twenty six pounds £26

G. Santayana George Santayana

que viene a confirmar el envío que hacía de dos libras esterlinas a cada uno de los trece primos, incluido Roberto que ya había muerto).

Hotel Savoia  
Cortina d'Ampezzo, Italia  
8 de Julio, 1940

Hotel Savoia  
Cortina d'Ampezzo, Italia  
8 de Julio, 1940

Querido Rafael: tu cariñosa carta me encuentra en Cortina, lugar ahora más tranquilo que nunca, pues no hay extranjeros, y los italianos se contentan con pocas semanas de veraneo. No eres tú el único que se acuerda de mí en las circunstancias de este momento, y es verdad que estoy algo aislado. Mi antiguo amigo Strong, con quien vivía yo en París en otros tiempos, ha muerto, y los demás conocidos americanos e ingleses que vivían en Italia se han marchado; pero yo estoy bien de salud y muy a gusto haciendo vida de hermitaño con sala de baño. Sigo trabajando, en parte por tener ocupación y en parte por compromisos con varios editores, y esta guerra no me pesa como la otra, de hace veinte años. Me parece que leo historias antiguas, ilustrando las mismas verdades eternas. Mercedes, que tiene 83 años, también me anima a volver a España y me ofrece su casa, o sus casas, pues tiene dos, y yo ninguna; pero eso es por ser yo filósofo. Y en los Estados Unidos aún quedan algunas personas que se agitan, pensando que lo debo pasar muy mal aquí, entre invasiones y bombas; pero ocurre todo lo contrario. Sería allí que no me dejarían vivir en paz. Además los viajes por ahora son imposibles, y en Italia nadie me molesta, y los propietarios de las fondas en donde acostumbro a parar, tanto aquí como en Venecia y en Roma, están muy atentos, y hasta ofrecen fiamme el pago de la cuenta hasta que se haga la paz, si fuera necesario. No creo que lo sea, pues no faltaría medio de girar dinero de los Estados Unidos indirectamente, aunque estos no permanecieran neutrales, cosa poco probable. Si llegase el caso de tener que marcharme, sería sin duda a España que me dirigiría, y a tu casa; no olvido las largas temporadas que he pasado entre vosotros, y aunque falten personas queridas quedan otras que lo son también, y gente joven para recordarnos que no se acaba el mundo con nosotros.

Cariñosos recuerdos a todos, y un abrazo de tu tío que te quiere

Jorge Santayana

(Pongo el apellido por la censura)

Grand Hotel, Roma  
29 de Diciembre, 1940

Querida Adela: Recibí tu carta con algún retraso por estar yo en Roma y no en Venecia desde el mes de Septiembre, y contesté en el acto por telégrafo, no sé en qué términos, pues fue penosísima la impresión que me hizo esta desgracia; y además estaba yo en cama con un poco de calentura, de resultas del catarro crónico que me persigue desde hace muchos años. Estoy ya mejor, y casi bien; pues conozco el mal, y me repongo con facilidad.

No cabía pena mayor para tí y para tus hijos, y el golpe es mas rudo por caer así inopinadamente. Para mí también es muy triste ver desaparecer una persona tan querida cuando ya quedan tan pocas que lo sean en este mundo. Rafael desde muchacho me ha inspirado mucha simpatía, por lo sencillo y bueno que era, ocultando con modestia y buen humor su inteligencia y sus virtudes. En fin, hay que conformarse con la voluntad de Dios, que no quiere que estemos del todo contentos en la vida.— Quisiera ser más joven para poder volver a Avila y abrazaros a todos

Jorge

9 de Enero, 1942

Querida Adela: Si mas adelante me fuera posible volver a España, no olvidaré el cariñoso ofrecimiento que me haces de recibirme en tu casa. Lo agradezco en el alma, creyéndolo sincero e inspirado por sentimientos nobles y cristianos, como fueron siempre los de Rafael y los tuyos; y en la situación angustiosa en la que me veo ahora sería un consuelo encontrarme entre personas queridas, y en Avila, que tiene para mí tantos recuerdos. Pero tuve que renunciar a ese viaje por varios motivos, y al mismo tiempo se presentó una solución providencial del problema principal, que era el de vivir sin tener dinero a mi disposición. Me he trasladado a este convento-hospital de una orden que se llama «Pequeña Compañía de María», en donde se admiten personas ancianas o delicadas, aunque no estén enfermas, como en una «pensión». Las Hermanas son en gran parte irlandesas, y todas hablan inglés, y la orden tiene casas en los Estados Unidos y en otras partes del mundo. Pero ésta en Roma es la residencia de la superiora o «Madre Generala»; y después de pasar aquí quince días, y ver que todo marchaba bien, tuve una entrevista con la superiora, y le propuse un arreglo, que me permitía seguir en su casa aunque las comunicaciones con América se interrumpieran del todo —cómo ha sucedido posteriormente. Mi sobrino Jorge, en Boston, mandaría una cantidad a la superiora de la Orden en los Estados Unidos, para cubrir el gasto que yo hiciera aquí; y en el acto la «Generala» dijo que sí, de modo que estoy viviendo de valde — Me queda algún dinero, lo bastante para los gastos menudos por algún tiempo, y confío en que Jorge encontrará el medio de mandarme algo por conducto diplomático, o de conseguir la licencia del gobierno suizo que me autorizara a residir allí. — De salud estoy bien, mejor que el año pasado, y no me falta ocupación, ni libros. Como tú dices, no falta la tranquilidad y lo suficiente para remediar las necesidades de la vida — Me despido con un abrazo y con la esperanza —algo vacilante— de volverlos a ver a todos.

Jorge Santayana

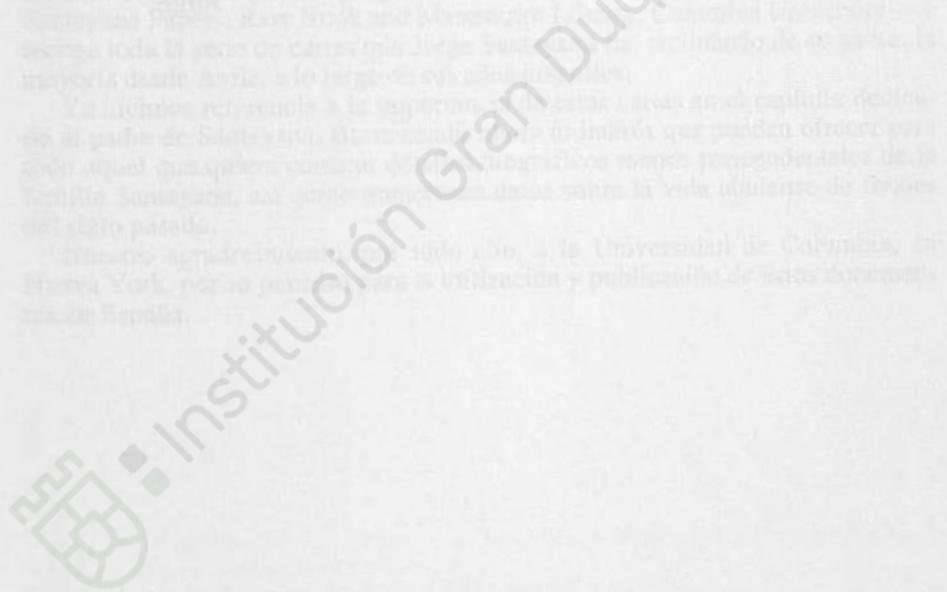
Via Santo Stefano Rotondo, 6  
Roma, 16 de Febrero, 1942

Querida Adela: Me dejas confuso y sumamente agradecido con este nuevo ofrecimiento, no sólo de tu casa sino también de algún dinero, si llegase a faltarme. En este asunto estamos a la merced de mil reglamentos que cambian de día en día. Por el momento creo que conviene esperar, pues es fácil que se presente una ocasión de mandarme algo de América, quizá por medio de la legación a la Santa Sede. Las monjas de esta casa se valen de ese conducto para mandar recados —no se admiten cartas— a su convento en los Estados Unidos; y no dudo que el consulado de España en Roma me ayudaría en el caso de una verdadera necesidad. Inútil apurarse por lo que pudiera ocurrir más adelante, si no terminara nunca la guerra y si yo no tuviera 78 años.

Mercedes y Pepe se quejan de no tener carta de mi parte. He escrito a ambos repetidamente, pero parece que se pierden las cartas, no sé porqué, pues no se trata mas que de asuntos de familia.

Tantas cosas a Adelita y a Maripepa a quienes deseo conocer ya crecidas, y un abrazo de tu agradecido tío

Jorge



Via Santo Stefano Rotondo, 6  
Roma, 3 de Noviembre, 1942

Querida Adela:

No me ha sido posible contestar antes a tu carta y a la de María Josefa, recibidas precisamente en el día de su boda, porque mi pasaporte estaba en la «Questura» para la renovación del permiso de residencia, y ahora se debe presentar el pasaporte en el correo antes de franquear cartas para el extranjero.

Mucho me hubiera gustado estar presente en esa ocasión, pero ya sabeis la situación en que me encuentro y la dificultad de viajar en estos tiempos, ¿Se quedan los recién casados en Avila, o deben vivir en otra parte? Siento mucho no poder saludarles en persona, y deseárselas toda clase de felicidades.

Aquí no hay novedad. Sigo bien de salud y contento en lo que cabe con mis recuerdos y con los libros que me prestan las Hermanas, y con la lectura de los periódicos. Paso las mañanas, como siempre, escribiendo, y estoy ya terminando mi Autobiografía. No debe publicarse hasta después de mi muerte.

No escribo a parte a María Josefa por no repetir lo que te digo a tí, y confío en que tú le darás las gracias de mi parte por su cariñosa carta. Con mil recuerdos para toda la familia, incluso la de Pepe, te abraza tu afectuoso tío

Jorge

## La correspondencia del padre de Jorge Santayana a su hijo

### PRESENTACION

La colección epistolar que aquí aparece es la transcripción de los manuscritos inéditos originales que son propiedad de la Universidad de Columbia —George Santayana Papers, Rare Book and Manuscript Library, Columbia University— y recoge toda la serie de cartas que Jorge Santayana fue recibiendo de su padre, la mayoría desde Ávila, a lo largo de sus años juveniles.

Ya hicimos referencia a la importancia de estas cartas en el capítulo dedicado al padre de Santayana. Baste añadir ahora el interés que pueden ofrecer para todo aquel que quiera conocer detalles biográficos menos trascendentales de la familia Santayana, así como numerosos datos sobre la vida abulense de finales del siglo pasado.

Nuestro agradecimiento, por todo ello, a la Universidad de Columbia, en Nueva York, por su permiso para la utilización y publicación de estos documentos en España.



## CARTA N° 1

Querido Jorge. Veo en tu última carta de 7 de Setiembre (que recibí ayer) que hacía ya una semana que ibas á la escuela publica que se llama (Brimer School<sup>1</sup>) — Observo que ha variado algo la forma de tu letra, pareciendose mas á la inglesa que á la española. Me alegrare mucho de que aprendas á escribir bien letra inglesa, que es la que se usa en el comercio, y está muy de moda aun en España. Espero que no se te hará largo el camino de ida y vuelta á la escuela<sup>2</sup> y que tendrás algunos conocidos de Beacon St.<sup>3</sup> ó de otras calles del transito que te acompañaran una parte de él. También espero que no te hara mucha impresión el frío, el segundo invierno que vas á pasar en Boston, pues que el primero te probó bien. En cuanto á tus adelantos en la escuela, no dudo // que procuraras no ser menos que otros chicos de tu edad, es decir, que aunque no seas el primero, (lo cual es difícil en todas partes y mas en Boston donde hay muchos chicos muy listos) no seas tampoco de los ultimos.

Elvira<sup>4</sup> tiene la curiosidad de saber como es tu regalo pero no lo sabrá hasta que yo vaya a Madrid. Yo no se lo puedo decir, porque no le visto. Le tengo cerrado en su cajita, como me lo entregaste.

Da un beso y un abrazo á tu mamá de mi parte, y lo mismo á Susana y Josefina<sup>5</sup> y tu no te olvides de tu papá.

A. Santayana

1. «Brimmer School» era el nombre del colegio al que asistió Jorge durante el curso 1873-74, según nos dice en *Persons and Places*, p. 150.

2. «A más de una milla desde casa». *Persons and Places*, p. 150.

3. En el nº 302 de esta calle vivió Jorge durante los nueve primeros años de residencia en los Estados Unidos. Todo el capítulo IX de *Persons and Places* (p. 140-147) está dedicado a este enclave.

4. Prima de Jorge, hija de su tío y padrino Nicolás. Férmina curiosa y vivaz de la que nos habla Santayana en el capítulo «Cambios en Avila» de *The Middle Span*, (p. 76 y ss.)

5. Hermanas de madre de Jorge que acabaron residiendo y muriendo en Avila, y aquí están enterradas.

## CARTA N° 2

Cuellar 16 de Nov 1873

Mi querido Jorge. mucho gusto he tenido en leer tu carta de 22 de Octubre escrita en inglés. Me dices que la has escrito tu solo: pero supongo que aunque la has escrito de tu puño y letra como se dice en Castellano, Susana o Josefina o Roberto<sup>1</sup> te habrán ido diciendo las letras que habías de poner en cada palabra, ó al menos en muchas de ellas, como yo hacía cuando escribías tus primeras cartas en Castellano. De todos modos creo que has adelantado mucho y seguirás aplicandote para no ser menos que otros chicos americanos.

Tu tia M<sup>a</sup> Ignacia<sup>2</sup> agradece tus memorias, y se alegra mucho tambien de que me escribas con frecuencia. He traducido tu carta con lapiz para mandarla á Ciudad Rodrigo<sup>3</sup>, donde muchas veces me han pedido que les envie la primera carta tuya.//

Ya pronto iré a Madrid y entregaré a Elvira tu regalito. Me ha dicho su padre que ella tiene mucho deseo de saber lo que és; pero yo no he podido decírselo porque no he abierto la cajita en que está guardado.

Confío en que nunca llegará el caso de que la maestra tenga que castigarte *with her ratan*<sup>4</sup>. (Por cierto que no sabia yo que en las escuelas de Boston pegaban a los chicos. Se me figuraba á mi que habrían ideado otros modos de corregirlos. No es extraño pues que aquí usen la palmeta. A las niñas de este colegio nunca las pegan. En 26 años que ha estado M<sup>a</sup> Ignacia de rectora no ha pegado más que una vez a una, pero con tanta repugnancia que se puso enferma. A Dios

tu papá que te quiere mucho

Agustín Santayana

1. Hijo, junto a Susana y Josefina, del primer matrimonio de la madre de Jorge.
2. Hermana del padre y rectora de un colegio de Cuéllar (Segovia) en ese momento.
3. En Ciudad Rodrigo vivía entonces su hermano Manuel, otro de los tíos de Jorge, por tanto.
4. «Con el ratán» o «ratan» que era un varita de castigo en los colegios.

CARTA N° 3

(Sin fecha)<sup>1</sup>

Querido Jorge. Yo también tengo muy mal pulso: porque he estado clavando cajones y traginando para marchar á Cuellar. Dí a mamá que he renovado la suscripcion á la Ilustracion hispano Americana hasta fin de año, para que os acordeis de mí cada vez que llegue un numero. Por eso no sigo el consejo de Robt.<sup>2</sup> He corregido la dirección, que iba muy mal.

Elvira está ahora muy guapita, y elegante cuando sale. No se la conocen las viruelas.

¿Por que no me escribia Josa<sup>3</sup> en la carta? Dala muchos besos y uno muy fuerte de mi parte.

Voy a vivir en un pueblo muy feo pero á gusto en compañía de tu tia María Ignacia, como viejos que no tienen ya otros goces que la comodidad.

Alli recibo vuestras cartas y periódicos y (?) seguiré esperando que esteis buenos, contentos, pero sin olvidar a tu papá

A. Santayana

1. En la carta, o al menos en la fotocopia del microfil utilizada, no aparece la fecha, pero Santayana pone de puño y letra «1874»; si la siguiente carta es de Mayo, ésta debió escribirse en los primeros meses de dicho año.

2. Robert, hermano de Jorge.

3. Josefina, hermana de Jorge.

CARTA N° 4

Madrid 16 de Mayo 1874

Mi querido Jorge. Ya hace tiempo que no recibo carta tuya. Tengo deseos de saber con frecuencia como estás, y saberlo por ti mismo. Mucho me alegrare de que sigas haciendo tantos progresos en la escuela como tus condiscípulos de mejor nota.

Ayer hizo tres años que fuimos tu y yo á la *romería* de San Isidro con tus tíos Nicolas y Engracia y tu prima Elvira. Tomamos torta y vino en una tienda de campaña, y al regreso vimos una muger muy grande que se enseñaba por dinero. Este año no he tenido gusto para ir, aunque ha concurrido muchísima gente de Madrid y de fuera. Me harías un favor si me dijeras en algunas de tus cartas que cosas son las que recuerdas con mas gusto de cuando estabas en España.<sup>1</sup>

El dia 29 de este mes, que ya esta muy cerca, hará un año que salí de Boston,<sup>2</sup> y ya se me va haciendo muy largo el tiempo que estoy sin verte á ti y á tu mamá// hermanas y hermano. Creo que no os sucederá lo mismo, porque en todo caso no es lo mismo faltar uno en la familia que faltar toda la familia á uno solo.

Ya verás en los gravados de la Ilustración Española y Americana, y leerás ú oirás leer en los periodicos de Madrid que yo envío, que en aquellos sitios tan bonitos que visitamos tu y yo cuatro veranos seguidos en Bilbao, Portugalete y Algorta, se han estado matando muchos españoles unos á otros y destruyendo los pueblos y caseríos. Aunque los Carlistas han levantado el sitio de Bilbao, todavía hay muchos por allí cerca que matan a los soldados que se apartan un poco de sus compañías o batallones.

Aquí tenemos esperanzas de que el año próximo de 1875 se podrá ir a Bilbao por el Camino de hierro, como ibamos nosotros anteriormente, porque se habrá acabado la guerra civil y se habrán // compuesto los puentes, estaciones, tuneles y viaductos que ahora están destruidos. Pero los viejos como yo, que presenciamos la otra guerra civil igual a la presente, recelamos que dure ésta tanto ó mas que aquella, que principió en 1833 y no acabó hasta 1840, porque aunque ahora en España hay mas *liberales* que en aquel tiempo, están muy divididos entre sí, sin que sea fácil ponerse de acuerdo unos con otros<sup>3</sup>.

A Dios querido Jorge, da muchas expresiones á mamá, Susana, Josa y Roberto, y no olvides a tu papá que te quiere mucho

1. Clarísimo intento por parte del padre de suscitar el recuerdo y de perpetuar el españolismo de su hijo.

2. Recuérdese que el padre acompañó al hijo a Boston a principios de verano y se quedó allí casi un año.

3. Es resaltable la forma en que D. Agustín alecciona a su hijo, que aún no había cumplido once años, sobre la desafortunada historia de España, pretendiendo además atraer su atención hacia el término «liberales» que aparece subrayado en el manuscrito.

## CARTA N° 5

Cuellar 29 de Agosto de 1874

Querido Jorge, he recibido tu carta de 27 de Junio. Veo que habias principiado á disfrutar de las vacaciones del verano, disponiendote á empezar en Setiembre en otra escuela tus estudios de Latín y supongo que de algunas otras asignaturas ó materias de las que se aprenden en España en los institutos de segunda enseñanza, como elementos de matematicas, fisica &&.

Me alegra de que hayas obtenido de tu maestra de primeras letras un certificado de discípulo *regular*; con *excelente* conducta.

Te gusta recordar entre otras cosas de España cuando jugabas á las cartas con tío Nicolas y Elvira, dar largos paseos conmigo, y con el Marques de Novaliches<sup>1</sup> en su coche. Este Sr. se acuerda de ti en todas las cartas que me escribe, y su señora me pre-//gunta también por ti cuando me ve, que ahora es muy rara vez, solamente cuando yo paso por Avila. Elvira ha engruesado bastante, pero ha crecido poco. Ahora se ha hecho un retrato muy bueno en tarjeta *americana* (como el que te mandó hacer tu mamá en Madrid de cuerpo entero), y nos ha mandado uno a Cuellar. Esta muy bien vestida y peinada (aunque no tiene el morrón tan grande como el que usan ahora la mayor parte de las de su edad).

Dentro de un periodico recibí hace tiempo una cartulina con una cabeza dibujada por ti, en que me parecio habias procurado imitar la de Josa o Susana (mas bien la primera). Me gusta bastante, por que los perfiles estan hechos con alguna seguridad. Espero que si das lecciones de dibujo con buenos maestros y ori-//ginales, adelantarás mucho. Tendria mucho gusto en verlo, para que no se pierda esta afición en la familia. Tu tío Nicolas ha dibujado y pintado al oleo muchísimo en estos ultimos años. Si se hubiera dedicado a la pintura esclusivamente desde niño, no dudo que hubiera sido un notable artista. Pero en lo que mas me agradaría verte á ti sobresalir es en idiomas. Buenos egemplos tienes en tus hermanas y hermano. Ya sabes lo que se puede saber á tu edad de español e inglés, en lo que tengo una gran satisfaccion. Ahora emprenderas el latin, y acaso el griego, lenguas muertas, pero muy instructivas, porque de los pueblos que las hablaron parten casi todos los conocimientos del mundo civilizado. Luego mas tarde me alegraría yo // de que aprendieras frances, y sobre todo aleman, porque Alemania es hoy la nacion mas poderosa del Continente Antiguo, y esa preponderancia que ha alcanzado prueba que es muy instruida. — Ademas de eso, la base mas segura para cualquiera profesion, asi en la teoria como en la practica, es el conocimiento de los idiomas. El que le tiene lleva siempre una ventaja inmensa al que no sepa mas que el suyo, aunque este tenga mas ta-

1. Santayana hace una larga referencia a este señor en su autobiografía *Persons and Places*, p. 19-21.

lento, pudiendo por otra parte abrazar muchas mas ocupaciones utiles en la vida<sup>2</sup>.

A Dios, querido Jorge, da muchas expresiones á mamá, Susana, Josa y Roberto, y no olvides a tu papá

Agustín Santayana



Institución Gran Duque de Alba

2. He aquí una carta ejemplar de dirección educativa a distancia. No es fácil determinar hasta qué punto esta carta marcó el destino de Jorge, pero el hecho es que, efectivamente, llegó a conocer varios idiomas modernos —francés, alemán, italiano,— además de los que le eran propios —español e inglés—, y fue desde luego un excepcional enamorado de la cultura clásica.

## CARTA N° 6

Domingo 27 de Set<sup>e</sup> 1874

Querido Jorge, me alegro mucho de que el *tío Roberto* te haya convidado á ir á Nahant con sus niños. Ya habras empezado á ir á la escuela de latin, y me gustará saber lo que estudias en ella. Te quedarás triste si Roberto se va á Manila; pero ya conocerás que cuando los niños crecen y se hacen hombres tienen que emprender una carrera para ganar dinero con que pasar la vida, sin deberse lo, si es posible, mas que á su trabajo y conocimientos. Casi siempre tienen precisión de separarse de sus padres y hermanos por mas o menos tiempo, y luego se vuelven á ver con mas gusto que antes, si cabe<sup>1</sup>.

Veo que ha variado algo tu letra y ahora se parece algo a la de Roberto. No me disgusta eso. Lo principal es que la ejercites mucho para perfeccionarla primero y despues para escribir con celeridad.

Recibe expresiones de tu tia Maria Ignacia, que tiene mucho gusto en leer tus cartas.

Tengo curiosidad de saber si el pintor D. Vicente Izquierdo ha escrito a Roberto enviandole cuadros.

A Dios da un abrazo á tu mamá de mi parte, un beso a Susana y Josa y tu no olvides a tu papá que se acuerda mucho de ti

Agustín Santayana

1. Es de reseñar la manera racional que tiene el padre de explicar las cosas a un adolescente de once años escasos, en claro contraste con el didactismo pasional de la otra gran influencia juvenil de Jorge: su hermana Susana

CARTA N° 7

Cuellar 3 de Diciembre 1874

Querido Jorge. Esta carta no llegará á Boston sino mucho después de tu cumple años, que es el 16. A los once años que haces ese dia estaba yo estudiando latin como tu ahora. Mucho me acuerdo de esto, y pienso en si tendrás la misma afición que yo tuve al latin: Siendo así, no dudo que aprenderás bien y sacaras fruto del estudio.

Por más que se haya adelantado en tiempos posteriores en otras cosas, en cuanto a composición literaria, todavía para llegar a la excelencia es indispensable estudiar los clásicos latinos, y mucho mejor si se pueden estudiar también los clásicos griegos, á lo cual yo no llegué, pues no los conozco más que por traducciones<sup>2</sup>.

Me dices que estas muy contento en tu nueva escuela, de lo que me alegra muchísimo. Como no vas á ella por//la tarde te queda tiempo para estar en casa, en conversación con tu mamá y hermanos y para jugar.

Susana me ha mandado en su última carta un dibujo que has hecho con tres fachadas de iglesias, que me han parecido bien. Mucho me gustaría que aprendieras a dibujar bien, y para ello lo mejor que puedes hacer mientras no tengas maestro de dibujo es copiar originales que te gusten, sea del dibujo natural o arquitectónico, en los periódicos ilustrados o en estampas, procurando imitar perfectamente lo que copies, en los contornos y en el tamaño. No se adelanta nada con dibujar de capricho, más que ejercitarse el pulso. El que no imita no será imitado: el que no traduce no será traducido. Estas son máximas que me inculcaron á mí en la juventud, y cuanto más tiempo corre, más exactas las encuentro, // leyendo las biografías de los autores eminentes de todos los países, y lo mismo las de los pintores y escultores y arquitectos.

15 de Diciembre

Suspendí esta carta por haber estado indisposto, haciendo cama dos días y siguiendo otros más muy delicado y sin poder acostumbrarme al frío. Lo peor es que estando ya muy adelantado el invierno, apenas me atrevo ni aun á pensar en salir de aquí en busca de otra temperatura más suave. Estos días está lloviendo, nevando, granizando, y ventisqueando.

1. Esta carta es toda ella una prueba contundente de la intención pedagógica del padre, centrada en esta ocasión en el dibujo y en la animación a la escritura en castellano.

2. Muchas veces a lo largo de estas cartas se comprueba la intención de D. Agustín de repetirse y, más quizás, de prolongarse en su hijo. A su vez Santayana admitirá en diversas ocasiones, en escritos epistolares y autobiográficos, esta similitud vital ansiada por su padre. Obviamente, las circunstancias en que ambas vidas se desarrollaron fueron distintas; pero en esencia podría decirse que el pensamiento del hijo es en gran parte la expresión perfeccionada, documentada y más intelectual de muchos puntos de vista paternos sobre la realidad humana. En cartas posteriores tendremos ocasión de comprobar más detalles en este sentido.

He recibido carta de Roberto, de 17 de Noviembre, y me manda noticias tuyas, y un dibujo que has hecho, que parece querer imitar en la cara á Josa, pero quisiera yo saber en que original has visto el cuerpo que le has puesto.

Para que no tengas que pensar tanto cuando me escribas te voy á hacer// algunas preguntas.

¿Quien es tu mas amigo en la Escuela? ¿Como se llama, que edad tiene, que profesion tiene su padre, sabe mucho, en que materias está mas instruido?

¿Quien es la amiga que mas te gusta, de las niñas que conoces?

¿Como se llama &&? ¿La vecinita ta ha vuelto a convidar alguna vez á que la acompañes á tomar té? Enviame alguna esquela que recibas.

¿Que te parecen las niñas del *tio Roberto*? ¿Las quieres mucho? ¿Cual te gusta mas?

¿Te parece que tu mamá y las niñas estan muy buenas, y contentas? ¿Salen mucho de casa? ¿Adonde suelen ir?

Puedes contestarme un dia á una pregunta, y otro dia á otra, con lo demas que te ocurra de paso.

Tu papá que te quiere mucho.

Agustín Santayana

CARTA N° 8

Cuellar 15 de Marzo de 1875

Querido Jorge Esperaba para contestar á tu carta de 7 de Febrero á poder enviarte algún dibujo de este pueblo; pero hoy recibo un Weekly Advertiser de 18 del mismo mes de Febrero lleno de noticias acerca de las terribles heladas que se habian experimentado en toda la costa de New England y principalmente en Cape Cod, que esta á la entrada de la Bahia de Boston, durante las ultimas seis semanas. Dice que no salen de casa mas que las personas que tienen mucha necesidad, y eso con repugnancia y miedo. Un frio tan continuado y excesivo ha de haber causado muchas enfermedades. Escribo pues con el cuidado de si continuará el mal estar de Susana, y de si algun otro de la familia estará ó habrá estado // enfermo. Espero con impaciencia carta vuestra, y mucho me alegraré de que traiga la buena noticia de que no habeis tenido novedad, y habeis triunfado del crudo invierno como valientes.

Aquí el frio no ha sido extraordinario, aunque á mí en particular me ha hecho bastante impresion. Ya me estoy animando y preparando á ir á Madrid, á pasar el buen tiempo, que se acerca, hasta que se sienta allí mucho calor, probablemente á fines de Junio, en cuya época me volveré á Cuellar, á la agradable sombra de este Colegio.

No tardaré en enviarte una vista de casas del pueblo, sea hecha por mí, ó en fotografía, y entonces te diré algo acerca del dibujo y la pintura.

Ahora lo que mas me interesa // es que me contestes pronto á las siguientes preguntas.

¿Esta Susana enteramente restablecida del Sarampion?

¿No ha estado enfermo ninguno de la familia desde que tu mamá y las dos hermanas pasaron aquella peste?

¿Has tenido que dejar la escuela algun tiempo á causa del frio estremado?

Roberto ¿ha ido sin interrupcion á su oficina? ¿No le ha hecho ningun mal el frio?

¿Has jugado alguna vez a *Coasting*<sup>1</sup> en el *Common*<sup>2</sup> con otros chicos?

¿Que estatura tienes ahora (en metros y centimetros)?<sup>3</sup> ¿Cuanto pesas?

¿Cuanto pesa Roberto?

¿Te acuerdas de D. Eustaquio Ybarreta, de Avila? Ahora // es Gobernador de aquella provincia; y en una carta que me escribio hace poco me preguntaba «¿Que noticias tiene V. de Bebé y de la familia?» Yo le conteste que te comunicaría su recuerdo para que veas que todavia tienes amigos en España, y amigos Gobernadores, y asi lo hago.

Muchas expresiones á Mamá Susana, Josa y Roberto y tu no olvides á tu papa que te quiere mucho

Agustin Santayana

1. Deslizarse ladera abajo en trineo, bicicleta o cualquier otro medio, dejándose llevar por la fuerza de la gravedad.

2. Ejido, lugar de esparcimiento público.

3. Evidentemente, D. Agustín hubiera entendido las medidas anglosajonas, pero quería que su hijo manejara las hispanas.

Avila 11 de Agosto de 1875

Querido Jorge

Ya se que estas de vacaciones, y probablemente en el campo ó en la orilla del mar con mamá y hermanas.

Espero que me esribas contandome si te has bañado y te sientes fuerte y robusto, al menos tanto como la generalidad de los chicos de tu edad en ese pais.

No te he enviado el plano del colegio de Cuellar porque los ultimos meses que estuve en él lo pase menos bien que antes y perdió para mi todos sus atractivos. Eso fue por causa del frío excesivo que sufrí en el invierno y en el mes de Marzo. Ademas el colegio no podía ser para mi mas que una residencia temporal, que por cierto se hizo mas larga de lo que consentía la indole del establecimiento, puramente de mugeres. Así es que no obstante la gran // consideración de los Patronos hacia mi hermana, y el aprecio que la dispensa todo el pueblo, no han faltado chismes y murmuraciones que han llegado hasta el obispo de Segovia. En fin, ya no tuve gusto para hacer plano del edificio, que en realidad es feísimo, por mas que la compañía de mi hermana, la huerta, y el cariño y esmero de toda la gente que le habitaba, incluso el rector y la familia, que viven en una casita contigua, que se comunica por lo interior, me le hiciesen un tiempo sumamente agradable.

La vista que te envie de Cuellar esta copiada (en tamaño menor) de un fotografia que forma parte de la colección que se hizo cuando la Reina visitó la provincia de Segovia, y de la que tiene un ejemplar lujosamente encuadrado un señor de Cuellar que es algo amigo mio: El edificio // alto con una pared redonda que te ha llamado la atención es una iglesia que ya está cerrada y en ruinas como muchas otras del pueblo. Porque parece increíble que se hayan podido mantener nunca tantas iglesias como hay en tan reducida población —2000 almas—. La vista mia no representa bien el estado ruinoso y la tosca construcción y extrema vejez de los edificios. Ese defecto la puso una señora amiga de mi hermana que la vio. Pero yo creo que da una idea bastante exacta del aspecto del pueblo á larga distancia.

El colegio está encerrado en el centro de la población y no se ve mas que desde la misma estrecha y corta calle en que está; pero es mucho mas grande de lo que parece por fuera.

Ahora, querido Jorge, me acuerdo mucho de cuando estabas en Avila antes y despues que tu mama y // hermanos se fueran á America. Algunas veces voy á ver los mismos sitios que frecuentábamos.

Aquellos arboles de San Antonio<sup>1</sup> que me preguntabas cuantos años tenían, ya no existen. Todos murieron víctimas de un gusano que les chupo la savia y les secó instantaneamente, lo mismo á los que contaban siglos, que á los de terna edad. Pero en el mismo sitio se han hecho grandes trabajos, dirigidos por un

1. El jardín más grande de Avila, al Noroeste de la ciudad.

ingeniero, y se ha planteado un paseo con jardines que quiere imitar á los mas bonitos de Madrid.

¿Te acuerdas de la casita del ingles enfrente de Santa Ana<sup>2</sup>, camino de la Estación? En ella vivo yo ahora, solo, con una asistenta que se llama Anselma, y fue muchos años criada de Santiago y Maria Josefa<sup>3</sup>. Tiene dos niños y esta viuda.

A Dios, Jorge, escribe á tu papá

A. Santayana

2. Santayana nos describe esta casa, que fue su única posesión inmobiliaria en Avila, en las páginas 25 y 26 de *Persons and Places*.

3. Hermano y cuñada, respectivamente, de D. Agustín.

Madrid 19 de Enero 1876

Querido Jorge. Hace días recibí tu carta de 10 de Diciembre, que me ha gustado mucho, así como la cabeza dibujada por ti que venia dentro.

Me alegra mucho de que tu mama este mas gruesa; porque prueba que tiene buena salud. Susana debe estar redonda, pesando 146 libras, aunque acaso no se la conozca tanto en la cara. Josefina parece que no ha variado, pues 115 libras debe ser poco mas ó menos lo que pesaría en 1872

Espero que Roberto estará ya enteramente libre de su pertinaz constipado. Supongo que le cogería al principiar los frios, por tener que levantarse y salir de casa temprano.

Acerca de las polemicas de Susana y Roberto sobre religion y política, ya se yo que son dos polos opuestos. Roberto representa las ideas americanas: el racionalismo de Emerson y de Mark Twain. Susana //dirigida por un Jesuita<sup>1</sup> no puede representar mas que lo que este la enseña; y los Jesuitas se consagran á establecer la soberanía universal del Sumo Pontifice Romano. Entre dos opiniones ó tendencias tan encontradas no cabe avenencia. Lo unico que yo me atrevería a decirte es que no te adhieras sistematicamente ó por simpatia con determinadas personas, por muy queridas que sean<sup>2</sup>, á ninguna opinion estrema ó absoluta; sino que procures instruirte mucho en la *historia* y la *geografía* de las religiones<sup>3</sup>, y asi cuando seas hombre podras formar concepto ilustrado y sensato de lo que debes creer y practicar en punto á religion, materia sumamente delicada y espinosa, aquí en España por lo menos.

Puede ser que hayas tropezado en tus lecturas con aquella parábola del avestruz, que acosado por los cazadores, esconde su cabeza detras de un arbol, porque cree que no viendolos, no le ven ellos á él, mientras les deja descubierto y en blanco todo su enorme cuerpo. Este ejemplo se aplica con mucha propiedad á aquellas personas fanatizadas por una idea cualquiera, que se resisten á ver ú oír nada que no esté conforme con ella<sup>4</sup>.

En religion tengo yo parecer propio desde la edad de 17 ó 18 años, pero nunca me he propuesto sostenerlo ni aun manifestarlo claramente, vista la diversidad de opiniones y la confusion que reina en todas partes en este particular. Ademas de eso, siempre he pensado que los demás hombres se hallan en el

1. El Padre Fulton, director del Colegio Jesuita adjunto a la Iglesia de la Inmaculada Concepción, donde Susana y Jorge iban a misa los domingos. Santayana describe a este hombre y su relación con su hermana Susana en *Persons and Places*, p. 87-88.

2. Evidentemente, se está refiriendo a Susana.

3. Esta es la primera, pero no la última, vez que el padre le insta al hijo a instruirse en la historia de las religiones. Santayana no olvidó el consejo y en varias de sus obras escritas, pero sobre todo en *Reason in Religion* (La Razón en la Religión) nos deja prueba de su interés en describir el papel de la historia religiosa como una «fase de la Vida de la Razón» para afirmar su contribución al «progreso humano».

4. Si por algo se caracteriza el pensamiento de Santayana es justamente por una severa crítica contra el fanatismo de cualquier signo.

mismo caso que yo y tienen los mismos medios para formar concepto por si mismos, y ninguno necesita de mis lecciones ó consejos<sup>5</sup>.

En una tira que me envio Roberto hace tiempo he visto que M. Dracopolis es maestro de frances en tu escuela de latin. Espero que aprovecharás sus lecciones que deben ser muy buenas.

Yo vine á Madrid el 3 de Diciembre huyendo de la nieve y // heladas que caian en Avila desde mitad de Noviembre; pero me persiguieron hasta aquí, donde no se han visto otras tan fuertes hace mas de 10 años. Ahora ya esta haciendo hermosos dias de sol claro y sereno; pero hiela por las noches y en los sitios sombrios no se derrite la nieve. Yo me cuido bastante bien y aunque algo resfriado siempre, lo paso regularmente y doy largos paseos.

La pobre Maria Ignacia lleva 17 dias en cama en su colegio de Cuellar. No me he atrevido á ir á verla. Irá Manuel que habra salido hoy de Ciudadrodrigo y llegará á Cuellar mañana por la tarde.

Da muchas memorias á tu mamá, Susana, Josa y Roberto y tu acuerdate siempre de tu papá que ya desea verte

Agustín Santayana

5. Con su hijo parece hacer la única excepción.

## CARTA N° 11

Avila 11 de Set<sup>e</sup> 1876

Querido Jorge, hace tiempo que no recibo carta tuya. Yo tambien he tardado en escribirte, porque ahora escribo muy poco, por no cansar mi vista ya muy deteriorada.

Una carta de Susana con fechas de 10 y 19 de Agosto es la ultima que he recibido de Boston. Siempre tan buena, te ha acompañado // al baño á 9 millas de distancia.

Recuerdo que una vez me escribiste que el tio Robert te habia regalado un libro, la historia de Robinson Crusoe con bonita encuadernacion y muchos grabados.

Ahora le estimaras mucho mas que antes, por ser de una persona tan querida de toda la familia, que ya por desgracia no existe.

La historia de Robinson, traducida en compendio, y sin algunas cosas que el original dice con mucha animosidad contra los españoles, hacia mis delicias cuando yo tenia 10 u 11 años<sup>1</sup>. Copie algunas de sus laminas, y me acuerdo especialmente de una en que Robinson se despedía de la isla para embarcarse en la canoa que había construido.

A la edad que tu vas a cumplir pronto entre yo en la Universidad de Valladolid // para estudiar tres años de filosofía. Reconozco que mis estudios no fueron muy bien dirigidos y me aprovecharon poco. Tu tienes más fortuna, porque alcanzas tiempos mas ilustrados y estas en un pais donde no se ponen trabas á la enseñanza.

Espero que aprovecharás mas que yo, sin descuidar los ejercicios corporales, á ver si llegas á ser tan fuerte e instruido como desea tu papá que te quiere mucho

A. Santayana

1. Un nuevo precedente en el sentido que comentábamos en la carta n° 7 (nota 2).

Avila, December the 16th. 1879

My dear George.

Nothing I have hear of you for a great deal of time. To day is your 16th anniversary. I am anxious of knowing how are you and you all.

I have been unwell form June till September, not at bed, but with pertinacious indigestion and debility. I thing the name of this malady is dispepsia. Now I am better, and could say, buoyant.

My sister Maria Ignacia parted with the college of horfans girls of Cuellar, and is living in my company from the firsth of September. We are very happy with this arrangement at our confortable little house, at Santa Ana.

I do receive all the weeks the Illustrated Harper, with the direction of Robert's handwriting. I do value very much this proof of good remembrance and affection, and the papper itself, also, I // am sorry for not having renoved the suscription to the «Ilustración española y americana» the first of July. My illness, and other difficulties are imputable for this maladventure. I am thinking at a full compensation.

Write. Write to me you and you all. To read your letters is for me a atenuation of the sorrow that is ever affecting me, thinking that we never shal see one to another.

Your father

A Santayana

I do promise not to write again in English. This is a caprice born of the desire of signaliting your birthday.

1. En castellano podemos interpretar lo siguiente:

Avila, 16 de Diciembre de 1879. Mi querido Jorge: no he sabido nada de ti durante mucho tiempo. Hoy cumples 16 años. Estoy deseoso de saber cómo estáis tú y todos vosotros.

Yo me he sentido indisposto desde Junio hasta Septiembre, no en la cama, pero con indigestión y debilidad constantes. Creo que esta enfermedad se llama dispepsia. Ahora estoy mejor, y podría decirse que boyante.

Mi hermana María Ignacia cedió el colegio de niñas huérfanas de Cuellar, y vive conmigo desde el primero de Septiembre. Estamos muy contentos con este arreglo en nuestra cómoda casita en Santa Ana.

Recibo todas las semanas el «Illustrated Harper», con la dirección escrita por mano de Robert. Valoro mucho esta prueba de buen recuerdo y afecto, así como el periódico también.

Siento no haber renovado la suscripción de la «Ilustración Española y Americana» el primero de Julio. Mi enfermedad y otras dificultades tiene la culpa de esta malaventura (?) («maladventure» no existe en inglés). Estoy pensando en una plena recompensa.

Escribe. Escribeme, tú y todos. La lectura de tus cartas atenúa la tristeza que siempre me afecta, al pensar que nunca nos veremos. Tu padre A Santayana

Prometo no volver a escribir in inglés. Esto es un capricho surgido del deseo de señalar tu cumpleaños.

Avila 16 de Diciembre 1880

Querido Jorge.

No puedo dejar pasar el dia sin dirigirte un saludo, hoy, dia que cumples diez y siete años.

Mucho deseo que estes contento para celebrarlo, aunque sea mentalmente, como yo lo celebro, sin extraordinarios en comida ó bebida. Basta que el tiempo corra por nosotros sin contratiempo para poder disfrutar, cada uno segun las inclinaciones propias de su edad, de los atractivos de la vida.

Creo que por rutina, y sin sentido asi de veras, llamamos á este mundo «un valle de lágrimas»; y que el habito de decirlo contribuye mucho á que le tengamos en menos de lo que vale, incurriendo en un contrasentido, cuando al mismo tiempo que lo decimos estamos siempre deseando alguno de los goces que nos ofrece, y afanandonos por conseguirlle. Y es mas, gozamos mucho con la esperanza de realizarle, y con poner los medios para ello. Esta es la verdad que encuentro en la observación de mí mismo y de la conducta de mis semejantes en general. Ciento es que sufrimos mucho á veces, ya por enfermedades, ya por // desaires de la fortuna, ya por ver contrariados nuestros deseos y pasiones; pero sucede como cuando en una navegación pasamos por un temporal, que nos atormenta con molestias fisicas y con el temor del naufragio. Luego que la tempestad se acaba y vienen dias claros y serenos con vientos favorables y buen rumbo a nuestro destino, esperimentamos un placer desconocido para el que nunca se ha visto en tales trances.

Escribo esta especie de sermon, acordandome de una de tus cartas en que me decias que no ves la felicidad completa en esta vida, y solo esperas lograrla despues de la muerte<sup>1</sup>. Pero lo cierto es que la gente que quiere inculcarnos esta idea tan triste es precisamente la que mas se refocila con las comodidades y placeres de este mundo. Ese es un hecho evidente y palpable. Toda mi vida lo he observado, y unicamente puede desconocerlo el que de proposito cierre los ojos para no verlo.

Ahora, una de las ideas que mas me alhagan es la de que sigas aplicado y adelantando en tus estudios; al mismo tiempo que creces y te haces hombre fuerte y activo. Y sea bueno ó sea malo el mundo, no quisiera dejarle sin volver á verte ya en aptitud de ganar para vivir decorosamente.

Mi hermana y yo estamos bien de salud, disfrutando muy á gusto de nuestra casita. Por la noche encendemos la chimenea del comedor y hablamos un rato

1. Santayana nos cuenta (*Persons and Places*, p. 148) que sus años de adolescencia americana hasta los 16 años fue gris y bastante triste. El padre sabía que uno de los temas que más le apesadumbraba era el religioso; por eso le habla del «valle de lágrimas» y le previene contra los que le inculcan la religión de la tristeza en vez de la filosofía de la «razonable felicidad». Gran parte de la filosofía de Santayana y también su novela *El Ultimo Puritano* versan sobre esta posibilidad de conseguir una «razonable felicidad» en este mundo a pesar de las desgracias y sufrimientos naturales.

hasta las 10 que nos recogemos. Ella se levanta al ser de dia: yo un poco mas tarde; cada uno se ocupa en lo que mas le agrada, saliendo muy poco de casa.

Mucho me acuerdo de ti y de todos vosotros, si bien con tristeza considerando cuan distantes vivimos, con la satisfaccion de que estais bien, y mucho mejor que yo, entre otras cosas porque sois mas jovenes. Da muchas, muchas expresiones á tu mamá hermanas y hermano y tu no olvides á tu padre

A. Santayana

Avila 20 de Junio de 18

Querido Jorge.

Con tu carta de 30 de Mayo he recibido el retrato de los dos hermanos, uno al lado de otro, como yo deseaba. Es grande mi satisfacción al ver que eres ya un hombre de buena estatura y bien proporcionado. Parece que os llevais muy poco, ó nada respecto al cuerpo. En la cabeza es donde noto alguna diferencia, y las dos me gustan, cada una por su estilo. Y es mas intensa mi satisfacción porque veo que tambien adelantas en tus estudios para que esten equilibradas las facultades físicas e intelectuales. Me complazco en pensar que hice muy bien en llevarte á Boston, porque hasta ahora ha resultado en gran beneficio tuyo. No me queda que desear nada mas sino que siga favoreciendones la suerte como hasta aquí, y que si ha de venir algun contratiempo de consideracion, sea cuando yo no exista. Dices que porque pienso en males inciertos. Es porque hace muchos años que tengo aprendida la lección moral del Edipo: no embriagarse con la prosperidad: en cuanto á no abatirse en el infortunio, ya no estoy tan firme! // Si que he visto en el Harper's weekly los dibujos referentes al Edipus Tyrannus representado por los escolares de Harvard, y he leido el articulo correspondiente. Tambien he leido otros dos en The Nation, escritos por un consumado helenista. En muchos conceptos me ha interesado este suceso. Uno es porque veo hace tiempo que se aumenta la afición al estudio de los clásicos griegos y latinos, ahora con mas fruto que nunca, en el mundo civilizado. Recuerdo que me decías en una carta que te costaba mas trabajo aprender tu lección de griego que todas las demás juntas. Quisiera saber si lo has dejado. Yo no estudio griego; pero tengo entendido que el que se habla ahora en Grecia es muy diferente del antiguo, lo cual aumenta la dificultad de aprender éste. Quien lo sabrá bien es el maestro de Roberto (¿se llama Petropolis?)

Otro es porque fui muy aficionado á las tragedias de Seneca, imitaciones, imperfectas segun los inteligentes, de las griegas, y tengo cuatro traducidas en mi juventud al Castellano. Una, Troas, se publicó en la «Revista Peninsular» el año 57 // y me alegrare que algun dia la veas en un volumen que yo conservo de dicha Revista.

Mucho me alegro de que tengas afición y facilidad para aprender idiomas. En buen sitio estas para eso, y en la edad mas á propósito. Yo quisiera que supieras tambien alemán e italiano y algo de lenguas orientales, sobre todo Árabe. En mi tiempo no se cuidaba de ese estudio, pero ahora si. En la Universidad de Granada se ha publicado una biografía de Calderón en trece ó catorce idiomas y dialectos.

No he pasado la primavera tan bien como el invierno; pero ahora que no hay tantas variaciones en el tiempo me encuentro mejor. Mi hermana M<sup>a</sup> Ignacia

1. También Santayana heredó esta tendencia estoica a la impasibilidad como elemento integrante de su concepto teórico-práctico del «detachement» o desasimiento.

sigue muy bien de salud, y toda la familia sin novedad, excepto Nicolas<sup>2</sup>, que no se alivia de su terrible enfermedad.

Ya deseo ver el nuevo retrato de Susana. La escribiré pronto. ¿Por que no había yo de recibir cinco cartas por una? Así estariamos iguales. Mis cartas van dirigidas á uno // en la forma; pero mentalmente á todos, y de todos debía recibir retribucion. No vale decir que cuando uno de vosotros me escribe, es tambien mentalmente por todos, porque resultará que si yo escribo una vez al mes, por ejemplo, y yo recibo una carta cada mes, cada uno de vosotros escribirá cada cinco meses.

Esta semana no he recibido el Harper's weekly pero confio en recibirllo aunque sea con algun atraso, porque hace tiempo que no me falta ninguno. He recibido The Nation.

Muchas memorias á todos, y tu no olvides á tu padre

Agustín Santayana

Institución Gran Duque de Alfonso XII

2. Otro tío paterno de Jorge, que fue su padrino de bautizo.

## CARTA N° 15

Avila 16 de Dic<sup>e</sup> de 1882

Querido Jorge. Hoy es dia que siempre hara epoca para mi, y aunque estoy muy incomodo con el frio terrible que está haciendo, no quiero dejarle pasar sin dedicarte unos renglones.

Todas las semanas recibo sin falta los dos periodicos, The Nation y Harper's Weekly, con sobre de letra de tu mamá. En The Nation veo siempre tu nombre en la tira amarilla que tiene pegada en la ultima pagina.

Quisiera escribiros con mas frecuencia; debo contestacion á varios particulares de vuestras cartas, y me prometo irla dando pronto.

Lo que en estos dias me hace impresion es que D. Toribio Escalera<sup>1</sup> esta gravemente enfermo en Madrid, segun dice un periodico. He encargado á mi hermano Manuel, que está allí ahora, que vaya á su casa á informarse de su estado, // y deseo mucho recibir noticias favorables. Es uno de los pocos amigos anti-guos que me quedan. Me decia en una carta que fuera á Segovia, de donde es Gobernador, y me enseñaría Victorina el manton en que te recibio en su regazo cuando viniste al mundo, hoy hace 19 años, en nuestra casa de la Calle Ancha de San Bernardo, numero 69.

Tengo grande satisfaccion en saber que adelantas en tus estudios principalmente en idiomas, clasicos y modernos. Me alegra mucho de que aprendas aleman, que se estima hoy dia en Europa como necesario para hombres de letras y de Estado, despues del ingles y el frances. Este ultimo es el mas estendido entre nosotros. El ingles se estudia mucho mas ahora que en mis juventudes; pero el aleman muy pocos españoles le entienden. Asi es que si algun dia vinieras á España,<sup>2</sup> si aqui hubieras de vivir, el conocimiento // de esos idiomas te sería utilissimos y te proporcionaria muchas ventajas. Eso es sin contar la mayor instrucion que en general lleva consigo el estudio por si mismo, y la comunicacion con diferentes naciones y literaturas.

1. Oficial del ejército, marido de Dña. Victorina que fue siempre una de las amigas más íntimas de la madre de Jorge desde los tiempos en que ambas vivían en Filipinas, donde también conocieron a D. Agustín. Ambas familias vivieron juntas en Madrid algún tiempo tras su vuelta de la antigua colonia española; de ahí la anécdota del mantón que se cuenta a continuación. La amistad continuó después entre los hijos: Susana se llevó siempre muy bien con Mercedes Escalera, quedándose en su casa siempre que iba a Madrid; y Jorge mantuvo correspondencia con Mercedes hasta que ambos fueron muy viejos, pues todavía en 1940 escribe Jorge a su familia abulense diciendo: «Mercedes, que tiene 83 años, también me anima a volver a España y me ofrece su casa, o sus casas, pues tiene dos, y yo ninguna; pero eso es por ser yo filósofo» y en otra de 16 de Febrero de 1942 dice: «Mercedes y Pepe se quejan de no tener carta de mi parte. He escrito a ambos repetidamente, pero parece que se pierden las cartas, etc.». Santayana además hace bastantes referencias a la familia Escalera en sus tres volúmenes autobiográficos.

2. Comienza aquí este deseo continuo del padre, que se verá en próximas cartas, de atraer a su hijo a España.

Ya sabes que tu prima Elvira se ha casado con Rafael Vega<sup>3</sup>. Puede ser que te acuerdes todavía de ellos. Siempre me preguntan por ti. Una de estas noches estuvieron en casa, y me pidieron que les enseñara tus retratos. Elvira me dijo que te pidiera uno para ella.

Hace tiempo que no recibo carta vuestra. Tu me escribes muy de tarde en tarde. Roberto es el que mas se acuerda de mi, lo que le agradezco muchisimo. Tengo que escribirle pronto y largamente.

Vamos á ver si en Harvard tienes tan buena suerte como en la Latin School. No me olvido de tu encargo de poesías modernas españolas<sup>4</sup>: pero // no puedo enviarte nada hasta que vaya á Madrid, porque aqui no se venden libros, ó muy pocos.

Da muchas expresiones á todos, cuando vayas á casa el sábado, y tu no olvides á tu papa que mucho te quiere

A Santayana

3. Rafael Vega —o Vegas— había estado casado antes con otra prima de Jorge Santayana, Antofita, que murió de parto. Santayana nos cuenta bastantes detalles de la vida de este «bluebeard» (barbazul) en *Persons and Places* (p. 122-124 y 126-128) y en *The Middle Span* (p. 76 y 78).

4. En aquel tiempo, a punto de comenzar sus estudios en Harvard y durante los primeros años en esa universidad, su interés principal estaba centrado en la poesía, y como poeta empezó a ser conocido en los ambientes universitarios.

CARTA N° 16

(Sin fecha)<sup>1</sup>

Querido Jorge

He llegado sin novedad á casa<sup>2</sup>. Ya sabia Maria Ignacia que yo venia, porque vino a decirselo D. Pelayo que lo supo por Cuadrillero.

Te remito una carta que he encontrado en casa para ti. Creo que es de S.<sup>3</sup>.

Hay ademas un periodico con faja de letra de Rob<sup>4</sup>. No te le mando porque temo que se estravie si lleva mucha letra en el sobre y de cubrirle con sobre nuevo habria que pagar el correo. Ya le veras cuando vengas, asi como un numero de The Nation y otro del Harper's Weekly.

Al entrar en casa he sentido un frescosr agradable como cuando se // entra en una iglesia en dias de calor.

Mañana te escribire como te he dicho.

Hay aqui cartas de Tarragona<sup>5</sup> y otro retrato de Manuela. Todas hablan mucho de ti, especialmente la de mi hermano Manuel. Todavia no les hemos participado tu llegada; pero lo hara hoy M<sup>a</sup> Ignacia.

Me canso de escribir y no me ocurre cosa de interes mayor que decirte. A Dios. No tomes mucho sol: esto es lo que mas te encarga tu padre

A. Santayana

1. La carta no lleva fecha en el manuscrito, pero Jorge tiene escrito al margen «7/17 – 83», es decir, 17 del 7 del 1883.

2. Viene de acompañar a Jorge a Madrid. Este es el primer verano que vuelve a España desde que fue llevado a Boston.

3. Supongo que es una «S» de Susana, aunque tambien pudiera ser una «J» de Josefina.

4. Su hermano Roberto.

5. En Tarragona se encontraba entonces gran parte de la familia española de Jorge. Allí vivían: D. Nicolás Zabalgoitia —«El Tío Nicolás»—, que era primo de D. Agustín; Mariquita, la hermana mayor de D. Agustín; y Manuel, el hermano menor, que junto a su mujer y sus dos niños, pasaba una temporada con la familia. Santayana hace una larga referencia a toda esta familia en *Persons and Places* (p. 213-223), en la que destaca la personalidad del «Tío Nicolás» y ese curioso intento, por parte de la familia, de casar a Jorge con su prima Manuela.

CARTA N° 17

Miercoles 18<sup>1</sup>

Querido Jorge. Adjunta va la libranza de 20 duros. El giro mutuo esta, como yo pensaba, en el piso bajo del Ministerio de Hacienda, calle de Alcalá. Me dice el tesorero de Avila, mi amigo, que en efecto no se pagan estas libranzas sin que el interesado justifique la identidad de la persona. Cree que será bastante el pasaporte; pero sería mejor y cosa bastante facil que algun comerciante o tendero te pusiera su sello en la libranza, ó que algun empleado del Ministerio te acompañara cuando la pre- //sentaras al cobro. Ya sabrás tu consultararlo. En todo caso, presentate y exhibe el pasaporte; y de no ser bastante, y no tener con quien consultarla, haz una visita de mi parte al Sr. Parsons ó á su representante Aguilar, que tiene almacen de Maquinas. Tenían su oficina y muestras en la Carrera de San Geronimo, en la acera del Congreso y ya muy cerca de éste; pero creo que se han trasladado a otro sitio. Parsons es conocidísimo en Madrid, y cualquiera te dará razon del sitio en que tiene ahora su oficina. El, ó su //representante Aguilar, te facilitarian al momento el cobro de la libranza. La calle de Claudio Coello, que expresa la tergeta de Parsons, es donde el vive y tiene el almacen grande. Está en el barrio de Salamanca, muy á lo ultimo; pero llegan los tranvias hasta cerca de su casa. Si vas allí á verle, dile que te presente á su señora, para visitarla en mi nombre.

Incluyo el pasaporte, y la targeta de Parsons, con una mia para que la des en su casa ó en su oficina y sepan en el acto por quien vas. //Me conocen muy bien, y hace ya bastantes años.

Yo estoy hoy mas desanimado que ayer, pero no mucho cuando todavia no he llamado á D. Santiago el medico.

Creo que me he traído tu pantalon negro, en vez del que he comprado para mí. Este debe ser algo mas estrecho que el tuyo, y temo que no te venga bien; pero si te viene no tengas escrupulos en usarle, porque no me le ha puesto mas que una vez.

Avisame el recibo de la libranza y manda á tu amante padre

A. Santayana

1. La fecha de esta carta es, según la anotación marginal de Santayana, del 18 de Julio de 1883.

CARTA N° 18

Avila 20 de Julio

Querido Jorge.

Deciate yo en mi ultima carta que estaba algo desanimado; y como ayer no te escribí, lo hago hoy para que sepas que ya estoy mejor, aunque no del todo bien.

Tu prima Elvira envio ayer un recado preguntando si habia noticias tuyas. No sabia que yo habia venido.

El Marques de Novaliches<sup>1</sup> vive en el numº 5, calle del Piamonte, que sale á la del Barquillo. Esta desemboca en la de Alcalá un poco mas abajo de la iglesia del Carmen. Podías preguntar al portero si estan en Madrid los Señores, y si estan, avisarmelo. En tal caso yo la escribiría una carta á la Marquesa, anunciandola tu visita, que no dudo la gustaria, acordandose de cuando te conocio niño.

Si estas bueno y contento en Madrid, puedes quedarte mas días. Te mandaré mas dinero si es necesario. No hay en ello mas que dos inconvenientes. Uno es que la estacion // sea la peor para permanecer en Madrid. Otro que se acorta el tiempo que podemos estar juntos. Pero si no te hace mala impresion el calor y tienes mucho gusto en ver lo que hay que ver, yo por mi parte me conformare, considerando que ahí has nacido y quien sabe si volverás. Naciste en la casa numero 69 (no estoy muy seguro del numero) Calle ancha de San Bernardo. La casa está un poco metida entre las de ambos lados, y tiene en el piso alto grandes ventanas, como para el estudio de un pintor. Es del Marques de Santa Marta, que vive enfrente, en una casa grande. Te bautizaron en la parroquia de San Marcos, que está en una calle estrecha, por detras de la casa, a bastante distancia.

Ya deseo recibir carta tuya y saber si has recibido las mias. La espero mañana.

Aquí no ocurre novedad. No han venido mas cartas ni papeles de Boston. Supongo que Victorina y Mercedes habran salido ya; pero queda Milagros, y el pintor D. Vicente Izquierdo; y si fueras á ver á Parsons y su representante Agui-lar, ya tenías bastantes relaciones para un recien llegado.

Te escribiré mas á gusto, y todos los dias, cuando sepa que recibes puntualmente mis cartas. Espresiones de Maria Ignacia, y Santiago (que vino ayer á preguntar por ti) y manda á tu amante padre

Agustín Santayana

1. El General Pavía, Marqués de Novaliches, había sido gobernador general de las Filipinas, siendo el padre de Santayana su secretario financiero. Después ambos vivieron en Avila y conservaron la amistad. Santayana recuerda su relación y la de su padre con este señor en *Persons and Places*, p. 19-21.

CARTA N° 19

Avila Viernes 24 de Agosto 83

Querido Jorge.

Despues del telegrama del miercoles he recibido una carta de Nicolas de Fha anterior a tu llegada, y hoy una de Manuel, escrita segun su testo la misma noche del martes, ó por la mañana del miercoles. Veo que tarda mucho el correo de Tarragona, y temo que esta carta no te alcance<sup>1</sup>. Supongo que pasado el cansancio del viaje y los efectos del mucho calor lo habras pasado bien. En París puedes dedicarme un rato para contarme como te ha ido en Tarragona Reus y Barcelona; si has visto á los parientes y que te ha parecido. Me alegraria de que por efecto de tu visita se estrechen relaciones con ellos. Asi tendrá España para ti mayor atractivo.

Me figuro que el lunes ó el martes saldras para Barcelona y espero recibir alguna carta tuya y otras de la // familia catalana. De Roxbury no tengo ninguna, mas que la que incluyo adjunta para ti.

Harto echo de menos tu presencia y siento la falta de aquellas conversaciones tan buenas que teniamos; mucho me gustaria continuarlas, sin olvidar en ellas un poco de teologia y metafisica, otrosi de politica<sup>2</sup>. Mucho pueden suplir tus cartas si me escribes de vez en cuando, con mas frecuencia que antes. Creo que nos comprendemos. Dice M<sup>a</sup> Ignacia que estarás mas distraido en Tarragona que en Avila, porque aquí cree ella que te has aburrido. Desde luego ahí no tienes el trabajo de hablar con sordos<sup>3</sup>. Pero yo confio en que si bien el calor extremo de la estación te ha tenido muy sugeto, tu habras estado satisfecho llenando los deseos que tenia de verte tu padre

A. Santayana

1. Quiere decir: antes de que Jorge salga para París y despues, de vuelta a los Estados Unidos.

2. Esta confesión del padre nos da idea de la importancia de dichas conversaciones, lejos de la trivialidad.

3. Tanto el padre como la tía lo estaban en gran medida.

CARTA N° 20

Avila 27 de Agosto 1883

Querido Jorge

Estoy esperando contestacion á mi telegrama que he dirigido hoy á Manuel, pidiéndole noticias inmediatas de tu estado. Ya estrañaba yo no recibir carta ni telegrama en tantos dias, cuando me llega hoy á las 10 de la mañana una carta de Manuel, diciendome (con Fha 24, es decir hace tres dias) que estas en cama, con calentura, «agitado de cuerpo» y «creemos que tambien de espíritu, acaso pensando en lo que contraria sus planes este suceso imprevisto»<sup>1</sup>.

Lo que yo desearia es que no te acordases de planes de viaje ni de nada mas que de atender a tu restablecimiento. No podias estar en ninguna parte tan bien asistido, ni con mejor voluntad que donde estas, como no fuese aqui en tu casa o en la de Boston. Aunque no puedes embarcarte el 8 de setiembre no importa supuesto que no se pierde sino una // parte pequeña del importe del pasaje. Te quedas en España todo el tiempo necesario para tu completo restablecimiento. Nada, no te apures por cosas menudas. Eres muy joven y te queda tiempo para todo.

Son las 6 y media de la tarde y no llega la contestacion de Manuel. Cierro esta carta para incluirte una de Roberto, que recibí hoy mismo con otra para mi en que me insta de nuevo á que vaya á Boston, sin escrupulo por los gastos, pues el me puede facilitar dinero. Pero no esta en eso la dificultad mayor sino en mi poca resistencia para las fatigas del viaje y cambios de clima.

Sin embargo, ¡quién sabe! Grande es mi inquietud<sup>2</sup>. Si estuvieras aqui en Avila!

tu padre

A. Santayana

1. La referencia y explicación de este contratiempo de salud lo cuenta Santayana en *Persons and Places*, p. 216-217.

2. El padre decidió finalmente ir a Tarragona y estuvo de nuevo junto al hijo, acompañándole en sus visitas a la catedral y a la playa. (*Persons and Places*, p. 217).

CARTA N° 21

Avila 30 de Setiembre 83

Querido Jorge. El martes 25 sali de Tarragona, y llegue aqui el jueves 27 á las diez de la noche bastante averiado, pero sin consecuencias malas hasta ahora. M<sup>a</sup> Ignacia buena, y las otras familias sin mas novedad que haber salido Luisa de su cuidado. Juanito<sup>1</sup> quedaba convaleciendo rapidamente.

Hoy recibo carta de Roberto, Fha 14. Habían recibido el 13 mi telegrama del 11, y mis cartas hasta 29 de Agosto. Escribían á Mariquita y á Hermenegilda. Tuvieron grande alegría con el telegrama y esperaban con interes las cartas posteriores. Supongo que encontrarás cartas en Amberes. Una de Josa debe estar en Tarragona. Roberto adivina que te embarcaras el 6 de Octubre.

Mi principal objeto al escribirte es repetir mi encargo de que me // escribas desde Amberes, y si es posible á ultima hora participandome si todo ha ido y sigue bien. Esto es lo que ahora principalmente desea tu padre

A. Santayana

1. Luisa y Juanito eran los hijos de Manuel, el hermano mayor de D. Agustín, y de Hermenegilda, de la que habla a continuación.

Avila 9 de Octubre de 1883

Querido Jorge

Bien puedo darte gracias por tu carta de Amberes, 6, no por rutina espistolar, sino muy de veras: Desde ayer estaba temiendo no recibir carta tuya, por las distracciones y prisas del viaje, ó por algun contratiempo. Y estas emociones influyen mucho en la balanza de mi salud que está con inclinacion al lado malo, á causa del cambio brusco que experimenté á mi salida de Madrid.

Veo con mucho gusto que no has tenido novedad: que la cuestión financiera ó de cuartos esta felizmente resuelta; y que no puedes quejarte, como no sea de no haber encontrado á tu conquista, que segun se desprende de la carta que te remito adjunta, y he abierto por si daba alguna luz acerca de tu paradero, está jugando al escondite contigo. Ya la maliciaba el primo Nicolas, que como cura tiene mucho olfato en cuanto // se refiere a mugeres. Me decia que estaba cierto de que no habias de hallar á esa señora, y él lo atribuia a las viruelas. Creo que no te habras afligido por tan poca cosa y que no irás a buscarla a Cleveland, Ohio, sino que esperarás tranquilamente que te envie la taza que compro para ti, y es la unica que no se ha roto, puesto que no quiere que la use nadie mas que tu<sup>1</sup>.

Aqui el tiempo no es muy bueno. Yo creo que en Canal de la Mancha no lo hará mejor, pero no será insuperable para un buen barco y buenos marinos. Espero que encuentres días buenos en el Atlántico y puedas salir a cubierta á aspirar ozono en abundancia.

Tengo cartas de Nicolas y Manuel, Fhas 3 del actual. El primero escribe poco y con letras grandes y temblonas, que indican estar algo mas atacado que de costumbre. Manuel me dice que te remitio á Antwerp, bajo un sobre que // yo le puse una carta de Josefina. Yo tambien te escribi desde aqui con el mismo sobre. No me dices haber encontrado estas dos cartas en la oficina de los tres agentes de Star Line, 2 Rivage — de modo que debo creer que se han perdido, acaso por no llevar el sobre bien puesto.

Del estado de Juanito me dice Manuel «Aunque bien pintado, ya ha salido dos días, y va recobrando fuerzas.»

Principié esta carta ayer 9, y la acabo hoy 10; pero no fue por mal la suspensión. Al contrario ayer fue dia que debo señalar en el calendario con lapiz encarnado. Primero, recibí tu carta. Despues, como el dia estaba mejor que los an-

1. Este párrafo lo transcribe Santayana traducido al inglés en *Persons and Places* (p. 222-223), aunque permitiéndose algún cambio —quizá corrección— como escribir «Cincinnati» en vez de «Cleveland» o «lo ha maliciado» en vez de «lo maliciaba». La «conquista» a la que se refiere era una señora que había conocido durante el viaje en barco de Boston a España, según nos cuenta en *Persons and Places* (p. 204-205) y de la que habla después en las páginas 221, 222 y 223 del mismo libro.

teriores, yo estaba contento, y hacia tiempo que no salía de casa, me eche á la calle «á correrla», como dice mi medico D. Santiago. Luego vino un criado de D. Vicente con 1000rl.<sup>2</sup> por // cuenta de los 4000 consabidos, de los que solamente me falta recibir otros 1000. Tuve que escribir el recibo y una carta. Por ultimo vino D. Pelayo<sup>3</sup> mas temprano que de costumbre, y con animo conciliador, ofreciéndome las paces, rotas dias antes porque no me queria yo alistar para ir á Francia con el fusil al hombro á matar á todos los republicanos franceses, en castigo de haber insultado en Paris á D. Alfonso, y poner en el trono al Conde de Paris, para que en seguida y como consecuencia necesaria subiera al poder en España D. Antonio Canovas, jefe del partido Conservador-Liberal. Ahora ya está mas pacifico, y se contenta con que haga el milagro Bismarck — el enemigo acerriño del catolicismo por aquello de «hagase el milagro y hagalo el diablo». De modo que ayer la fiesta para mi fue completa, hasta con sainete final.

A Dios querido Jorge, tu padre

A. Santayana

2. Reales.

3. Unico amigo del padre en Avila que le acompaña en muchos paseos y del que Santayana nos presenta un vívido retrato en *Persons and Places*, p. 210-212.

Avila 19 de Nov ª. 1883

Querido Jorge

Esta mañana á las 11 recibí tu carta del 3. La leyó tambien M<sup>a</sup> I<sup>31</sup> y poco despues D. Pelayo que vino por casualidad, pues su visita diaria es ahora por la tarde. Si viene luego temprano le voy á proponer un paseo á Vico<sup>2</sup> para merendar una tortilla de seis huevos, con pan y queso, y dos cuartillos de vino, medio para mí y uno y medio para él. Esto es en celebridad de haber tenido carta tuya, que ya deseaba y necesitaba, pues los demas dias no salgo, y estoy muy aplicado á la carpinteria, haciendo un sillon cama de alamo negro, para que cuando tu vuelvas á esta casa, ó venga alguien de la familia tenga donde recostarse á gusto las siestas de verano.

Que estas muy ocupado y tambien // algo desorientado en tu nueva situacion, despues de cuatro meses de ausencia, una enfermedad<sup>3</sup> y dos largos mareos, hasta que vuelvas al estado normal, ya me lo figuraba yo. Sin embargo, no me conformaba con no recibir carta tuya, ni tampoco de la familia desde el 23 de Octubre, que es la fecha de una de tu mamá.

Me habian dicho que te vieron flaco y palido, y aunque esto era de esperar cuando sabemos que sufres bastante del mareo, como Susana, siempre me estaba viniendo a la memoria, deseando recibir noticias posteriores de que ibas descansando y reponiendote.

Ahora ya estoy contento. Hoy no escribo mas, porque quiero poner tambien dos letras á los de Tarragona que seguramente sienten que no les escribas, y porque tengo que estar listo para salir en cuanto llegue D. Pelayo, pues las tardes son cortas. Otro dia te escribiré dandote el encargo de un libro que he visto anunciado en The Nation.

Mañana pienso escribir á tu mamá, y luego á todos uno por uno. Tu padre que te quiere de veras

A. Santayana

1. Marfa Ignacia, su hermana.

2. Vicolozano, pequeña aldea a cinco kilómetros de Avila. Era el lugar preferido para el paseo de D. Agustín.

3. La enfermedad de viruelas que sufrió en Tarragona y los dos mareos de los viajes de ida y vuelta en barco.

CARTA N° 24

Avila 1º de Dicº. 1883

Querido Jorge.

Otros años he escrito la felicitacion de tus dias el 16, que es el aniversario del en que naciste. Este año quiero escribirla antes, á ver si llega á buen tiempo.

Nada particular ocurre en la familia aqui en España. Yo sigo regularmente de salud. Mº Ignacia cada dia mejor. Los de Tarragona me han escrito hace poco, devolviendome tu ultima carta dirigida á mi, la que yo les había remitido para que la vieran original.

De un libro manuscrito por mi el año 1833, he copiado la traducción de la oda de Horacio que tu escribiste de memoria en Tarragona para que yo la viera y te dijese como la interpretaba<sup>1</sup>. Ahi veras que la traducción es exacta, pero no tan // elegante como á mi me parecia, cuando copié toda la traducción de las obras de Horacio, hecha por D. Javier de Burgos. Ahora tengo el gusto mas delicado, y acaso no admiro tanto como antes la poesia y los poetas, aunque sean escelentes. Será efecto de los muchos años, que enfrian la imaginacion.

Llega en este momento D. Pelayo, y me encarga que te de los dias en su nombre. Tengo pues que cerrar esta carta, dejando para otro dia muchas cosas que quisiera decirte. Todavia no he escrito á la familia, desde mi ultima dirigida á tí, y tambien tengo muchas cosas que decirla. Se me pasa el tiempo sin sentir.

Mucho me alegra de que estes ya bien enteramente, y mejor que cuando saliste de Boston // para España.

No pierdo la esperanza de vivir para verte otra vez; este es ahora mi pensamiento mas grato. No me olvides, escribeme, envíame papeles referentes á tus estudios, dame noticias, y cuenta con el amor de tu padre

A. Santayana

1. La traducción que acompaña a la carta en hoja aparte es la siguiente:

I. V.

A Pirra  
¿Quien es el rapaz lindo  
Que rociado de esencias  
En lúbrico retrete  
En su seno te estrecha?  
¿En cuyo obsequio anudas,  
Pirra, en galanas trenzas  
Aseada sin pompa  
Tu rubia cabellera?  
¡Ah! ¡Cuantas veces luego  
Llorará tu infidelia  
Y de amor las deidades  
Ya á sus votos adversas  
El credulo á quien ora  
Tus gracias embelesan,  
Y siempre espera hallarte  
Con él amable y tierna,

Sin conocer del viento  
La engañosa apariencia!  
¡Cuantas asombrárase  
Cuando de pronto vea //  
Al mar por donde ahora  
En bonanza navega  
De vientos rugidores  
Reinar rafagas recias!  
¡Miserio aquel y triste  
A quien sin experiencia  
De tu hermosura, Pirra,  
El brillo falaz prenda!  
Yo ya en mi templo el cuadro  
Colgue de mi tormenta  
Y mi ropa mojada  
Es de Neptuno ofrenda.

2 de Dic<sup>e</sup>

Ayer no puse esta carta en el correo porque no salí de casa despues de escrita y hoy la abro para darte la triste noticia de que Rafael ha muerto esta mañana. M<sup>a</sup> Ignacia ha ido á su casa; yo no, ni tengo humor para salir.

Me esperan dias muy desagradables

CARTA N° 25

Avila 26 de Abril — 1884

Querido Jorge.

Hace días escribí á tu mamá. La decia que había recibido tu carta del 8 de Marzo, y la pedía un libro «The ten great religions»<sup>1</sup>.

Me parece muy bien todo lo que me dices acerca de tus estudios y de tus tres amigos, un medio Católico, un judío y un protestante «Orthodoxos»<sup>2</sup>. No sé bien lo que es Orthodoxo entre protestantes. He leído alguna vez la palabra, pero no me he fijado bien en ella. La idea que tengo es que se llama Orthodoxo todo el que profesa con entera fe una religión que cree la única verdadera, y tiene como heterodoxo, ó hereje al que se aparta de ella en poco ó en mucho. Me parece que los «Metodistas» son los sucesores de los puritanos, y los que siguen la iglesia oficial inglesa se llaman «high-church-men».

Me // gustaría que me dijeras algo sobre este tema, cuando tuvieras tiempo de escribirme, y mucho me alegraría de recibir más amenudo cartas tuyas; aunque comprendo que vives muy ocupado en tus estudios, y en el trato de los compañeros, de que no se puede ni se debe prescindir en un colegio.

Siento haber de comunicarte la triste noticia de que nuestro primo Nicolas Zabalgoitia está enfermo de tanta gravedad que los médicos, los del cuerpo y los del «alma» le han deshauciado. Lleva cerca de un mes en cama, y el 13 de este cumple 73 años. Así es que ya no tengo esperanza de que se salve. Yo le he querido siempre como si fuera hermano, y él no ha tenido ninguno, ni más parientes que nosotros. Por eso y por la natural propensión á las comparaciones de años y de padecimientos, y aún más por haberle visto el año último tan obsequioso contigo y tan entusiasmado con lo que llamaba «tu superior talento», estoy muy afectado y pesaroso, acordándome de él á cada momento, y aun en sueños. Otro día te contaré su historia principalmente en sus relaciones con nosotros.<sup>3</sup>

Espero no tardar en escribir otra vez, antes de que el enfermo se muera.

Recibo los Semanales con puntualidad, en lo cual tengo un placer inexplicable, y también el Lampoon<sup>4</sup> donde veo que te gusta mucho dibujar señoritas que hacen burla de algún señorito.

Escríbeme algo más; no sabes // el bien que haces con escribirme. Da memorias á todos y acuerdate mucho de tu padre

A Santayana

1. «Las Diez Grandes Religiones».

2. El judío era Charles Loeser (*Persons and Places*, p. 224-231). El católico Ward Thoron (*Persons and Places*, p. 231-234) y el protestante, probablemente, Herbert Lyman (*Persons and Places*, p. 234 y 235 y *The Middle Span*, p. 2-4).

3. La historia nos la cuenta Santayana en *Persons and Places*, p. 213-223.

4. «The Harvard Lampoon», revista universitaria en la que colaboró Santayana desde Febrero de 1883 hasta Junio de 1886 con «cartoons» o ilustraciones humorísticas.

Avila 17 de Diciembre de 1884

Querido Jorge

Ayer mañana me disponia á escribirte, acordandome mucho de que cumplias 21 años, cuando vinieron Manuel y D. Pelayo á invitarme á dar un paseo, para aprovechar el hermoso tiempo que hacia. Yo les propuse que de salir preferiria una expedicion á Vico Lozano, y aceptada mi propuesta, fuimos a pasar el dia y comer allí. Huevos fritos, torreznos, longaniza, pan, vino y manzanas á discrecion hicieron el gasto. A las cinco llegamos de regreso al Café del mercado grande, y tomamos los tres nuestra taza de café con leche. D. Pelayo se retiró el primero al parecer algo mareado con el abundante licor de Baco que bebio, y Manuel y yo nos volvimos á poco rato á nuestro respectivo barangay. Aqui me esperaban las dos hermanas para hacer la colacion de las 7 de la noche. Yo vine alegre pasé muy bien la noche.//

Si por un lado mis dos hermanas son espejo donde veo mi vejez, por otro son para mi esperanza de larga vida, porque se conservan bien, y prometen vivir todavia bastantes años. Si yo las imito puede ser que vuelva á verte. De algun tiempo acá se han avivado mis deseos y tambien mis esperanzas, aunque no acierto en qué se fundan.

Aqui tengo tu carta de 4 de Julio, consagrada en su mayor parte á describir el sentido de varias sectas religiosas. La tengo en mucha estima. Ya sabia yo que «Ortodoso» entre Catolicos significa lo mismo que «Catolico» es decir que profesa la religion unica verdadera, sin mezcla de error ó disidencia la mas minima de la doctrina de la iglesia, asi como heterodoxo, el que se aparta en algo de ella; pero no sabia bien quienes se llaman ortodoxos entre los protestantes. Tu me dices que son los sucesores de los primeros inmigrantes de Inglaterra, que eran puritanos. De modo que // teniendo tu tres amigos, uno Judio, otro «medio» Catolico, y otro Puritano, puedes decir que presencias cuarenta siglos. Te faltaba un amigo «Agnostico» que representara en tu imaginacion la edad futura. Pero en su defecto acuerdate de mi, que en mi corto entendimiento estoy firmemente convencido de que no está lejos el tiempo en que se reconozca universalmente que el hombre no puede comprender nada sobrenatural, y que todas las religiones son inventos ó creaciones humanas, como los poemas<sup>1</sup>. Entonces no habrá cultos, ni sacerdotes. No habrá mas que un sentimiento de admiración por lo que está fuera de nuestros alcances.

A su tiempo recibi bajo un sobre tu ensayo acerca de Southey. Le he leido con mucho gusto, y habia pensado traducirle al castellano para que vieras si le entiendo bien. Lo que me hizo desistir de este proposito es la parte // de versos que contiene. Como me cuesta ya trabajo escribir, la menor dificultad basta para impedirme coger la pluma. Me hubiera gustado mas ver tu ensayo acerca de Byron, porque tengo hace muchos años todas sus obras, en frances, y las he

1. Encontramos aquí, por tanto, la idea fundamental que Santayana desarrolló en su libro *Interpretation of Poetry and Religion* y repitió a lo largo de toda su obra.

leido hace tiempo. Del otro autor no he leído nada: pero lo que tu dices de él me instruye mucho, y creo que si tuviera algo de sus obras lo entendería y juzgaría lo mismo que tú.

Ayer recibí dos numeros, uno del Harper y otro de The Nation. Dentro de este venía un Lampoon con muchas señoritas de tu mano. Ya le echaba de menos. Trafan faja con letra muy limpia y muy clara de tu madre, de lo que infiero que está ya del todo bien.

Muchas memorias á todos todos, inclusa la monja y tu no olvides á tu padre

A. Santayana



Avila 21 de Abril de 1885

Querido Jorge

Creia yo que tu mamá estaba inclinada á venir á España, por algo que me ha dicho en sus ultimas cartas, manifestando entre otras cosas un interes muy afectuoso por la familia de Escalera y como deseo ver á la hija de Kieralf (viuda me parece) que vive en la misma casa que Victorina. Me habia formado la idea de que la gustaria tener una habitacion y continuar con el trato de las dos amigas sus tradiciones de Filipinas. Pero siempre me he hecho cargo de la dificultades que se oponen á este plan. Siempre he pensado que la seria muy duro á tu mamá estar separada y lejos de Roberto.

Lo que me dices acerca del particular en tu carta del 2 me convence de que no debo pensar en volverla á ver, a no ser que suceda algo imprevisto // y poco probable, como por ejemplo, que á Roberto se le ofreciese una ocupacion lucrativa en el Comercio aqui en España.

En este absoluto retiro, despues de 24 años que deserté de las esferas oficiales, pocos datos puedo proporcionarte acerca de la carrera diplomatica<sup>1</sup> Procurare adquirir algunos. Yo creo que sabes ya bastante para entrar en ella con lucimiento. Lo que hace falta es favor. Mucho hace empeñarse en una cosa para conseguirla, tarde o temprano. A mi tambien me halaga mas considerarte agregado á una legacion, ó en el Ministerio de Estado, en la «interpretacion de lenguas» que en ninguna otra situacion. A Dios rogando y con el mazo dando.

Muchas memorias á todos todos y tu acuerdate de tu padre

A. Santayana

Nota 1<sup>a</sup>

«¿Que conocimientos se necesitaban para entrar en la carrera diplomatica?»

Hay una larga serie de reglamentos y disposiciones que determinan la aptitud y derechos para el ingreso y los ascensos en las carreras diplomatica y consular, dos carreras distintas, pero analogas, y que estan ambas á cargo del ministerio de Estado (forein office — ministère des affaires exterieures). Creo que esta pendiente en las cortes un proyecto de ley para su arreglo definitivo. Yo no tengo aqui ninguno de estos documentos. Procurare adquirirlos para que tu los veas.

Por ahora, y limitandome a mi observacion y experiencia, te diré algo que pueda convenirte saber.

Los primeros cargos diplomaticos se dan á hombres politicos, sean militares ó paisanos, sepan ó no sepan idioma alguno extrangero. Algo de francés, sí sue-

1. De este párrafo se desprende que fue el propio Santayana el que primeramente se interesó por la posibilidad de entrar en la diplomacia española. El padre se lo tomó muy en serio, como se hubiera tomado cualquier otro intento de continuar los vínculos hispanos de su hijo, y en próximas cartas y durante bastantes años no dejó de darle vueltas a esta posibilidad.

len saber. Los cargos menos importantes // se dan del mismo modo á personas que tienen favor en las altas regiones oficiales, muchas veces por intercesion de señoras, y tampoco se requiere para ellos requisito alguno mas que el nombramiento del gobierno. He visto y conocido varios que sin titulo academico, ni haber servido antes otro destino han sido nombrados ministros plenipontencarios. Diputados á Cortes y periodistas dé nota, tienen hecho medio camino, y si son buenos mozos el camino entero.

D. Simbaldo Mas, intimo amigo mio en un tiempo, fue ministro en China en dos epochas. En la primera (el año 51) estuve un mes en su casa en Macao. Tenia \$20.000 anuales pagados por las cajas de Filipinas: \$10.000 sueldo personal y los otros \$10.000 para los demas gastos de la Legacion, que estaban todos á su cargo. Sueldo de un secretario \$1.200; de un agregado // \$800: de dos jovenes de lenguas \$300 each: total \$2.600; el resto para alquiler de casa donde vivió y dar alojamiento y manutencion á los cuatro empleados, y para lo que aqui se llama «gastos de representacion» y poder dar comidas y recepciones.

El secretario y el agregado eran jovenes muy aprovechados y listos, sobrino el uno de un expresidente del tribunal supremo de justicia, y el otro hijo de un titulo de Castilla. Los dos sabian francés é ingles; el agregado sabia mejor ingles porque habia estudiado algun tiempo en Londres. Ninguno de los dos tenian titulos academicos ó profesionales.

Una anecdota curiosa.

En uno de los viajes que hice de Madrid á La Granja, cuando allí veraneabamos, me toco ir en diligencia con Alcalá-Galiano, antiguo y famoso orador de los // nuestros, y un sobrino suyo del mismo apellido que hoy es «Marques de Casavalecia». Los dos hablaban mucho, disputandose la palabra, y el joven entre otras cosas conto la siguiente historia.

«Cuando yo fui agregado á la Legacion de Napoles me presentaron los compañeros en el estudio de un pintor muy de moda, donde concurren muchos empleados de otras legaciones. Despues de los primeros cumplimientos, el pintor me preguntó. Y V. de quien es sobrino? — De D. Antonio Alcalá Galiano — Ya — pero, por qué me pregunta V. eso? — porque todos los empleados de la Legacion de España que he conocido hasta ahora tienen un tío».

Buenas relaciones y favor es lo que se necesita para entrar en la carrera diplomatica; pero no hay duda de que es mas facil conseguirlo teniendo capacidad // y conocimientos adecuados. Lo mas necesario es saber idiomas, principalmente frances, porque siempre he oido decir que es la lengua de la diplomacia. En el dia debe ser muy recomendable el aleman, á causa de la posicion eminente que ha tomado Alemania en Europa; pero creo que no sea obligatorio como el frances, ni tan util para instruirte como el ingles.

Derechos de gentes, ó internacional (Jus gentium). Los autores que recuerdo haber visto y leido en parte son Puffendorf y Watel; éste ultimo goza mas autoridad: pero debe haber otros autores mas modernos. El estudio de esta materia se completa con el de los tratados vigentes entre las diversas naciones, y principalmente los de España. Yo he visto una colección de ellos en un tomo en folio. Los tratados de comercio son aparte. Suelen nombrarse encargados especiales para nego-//-ciarlos, entre las personas que se distinguen por sus conocimientos

en «Economia politica», empleados de Hacienda ú abogados; pero los diplomaticos deben tener aptitud suficiente para este servicio. El fundador de la Economia politica, como ciencia distinta fue Adam Smith; pero despues de él se ha escrito muchisimo. Aquí la estudiamos, bien ó mal, como todo lo demas, en la Universidad.

Para los destinos consulares, que se obtienen lo mismo que los otros por favor y buena suerte, hay una legislacion especial que se puede aprender en un mes. He visto libros que tratan de ella, pero no me acuerdo de sus titulos. Debe ser muy facil encontrarlos.

(se continuará).

CARTA N° 28

Avila 24 de Abril 1885

Querido Jorge.

En un periodico que te remito aparte con faja he visto casualmente un suelto que allí verás señalado en que se dice que es necesario el grado de Doctor ó de Licenciado en derecho para obtener el ingreso en las carreras Diplomatica y Consular. Esto me prueba lo atrasado que estoy de noticias y que lo poco que yo sé pertenece á la historia antigua.

En mi tiempo se necesitaban 8 años de leyes en la Universidad para el grado de Doctor ó Licenciado. Pagando cierta suma y sufriendo un examen (ó por mejor decir, dos, uno de bachiller y otro de licenciado) algo mas solemnes que los ordinarios se ganaban dos años, de modo que se acababa la carrera en seis. Si esto sucede ahora tambien, no lo sé cierto, pero lo averiguaré, no hay que pensar mas en ser abogado en España.

He // escrito á Baily Bailliére, el gran librero de Madrid, pidiéndole lo que tenga de reglamentos y disposiciones vigentes acerca de las carreras Diplomatica y Consular, y no pararé hasta reunir los antecedentes necesarios para formar juicio exacto del asunto. Tiempo tenemos de sobra; pero es bueno saber desde luego á que atenerse para no formar planes sobre arena.

Los estudios del derecho (ó «Law» como se dice en inglés) son interesantes y muy utiles para todas las carreras y situaciones, como puede inferirse de la definicion romana: *Quid est jurii prudentia?* — *Rerum divinarum atque humana-  
norum cognitio, justi atque injusti scientia* — Comprende todos los conocimientos humanos, siendo necesario tener una tintura de ellos para ser consumado en la profesion. El derecho internacional es una parte de la juris-//prudencia, y no es mas que la aplicacion adecuada de los principios del derecho civil á las relaciones de unos pueblos con otros.

Por eso, y tal vez porque yo he sido abogado, me gustaría mucho que tu tambien hubieras podido serlo. Pero me parece que ya es tarde en *España* para nosotros. Me parece que en ese pais no es lo mismo, es decir, no se necesita tanto tiempo como aqui para obtener el grado en derecho y ejercer la abogacia (me parece que son 3 años). En cuanto reciba lo que espero de la libreria de Baily volveré á escribirte.

Da muchas memorias á todos, todos y tu dispon del cariño de tu padre

A Santayana

Estoy mejor del resfriado.

Avila 23 de Mayo de 1885

Querido Jorge.

Como te decia en mi anterior, yo habia pedido al librero Bailly Bailliere, de Madrid, los reglamentos vigentes de las carreras Diplomatica y Consular, ó algun libro que los contuviese ó hiciese referencia á ellos. Me contestó que los reglamentos los pidiera al Ministerio de Estado, y me los *remitirian*, y que tenia «Bernal de O Reilly. Elementos para el ejercicio de la Carrera Consular». Le pedí pues este libro, que es el que te remito por el correo, hoy mismo. No he sabido á quien dirigirme en el Ministerio de Estado en demanda de los Reglamentos. D. Pelayo se ofrecio á dar el encargo á un amigo suyo de Madrid, y todavía estoy esperando la respuesta. Ya los adquiriré por un conducto ó por otro, y los verás. Alguna idea da el libro de Bernal O Reilly acerca del ingreso // en las carreras Diplomatica y Consular. Por lo que en él he visto y en un periodico que te mandé hace tiempo, deduzco que en efecto es requisito indispensable ser «licenciado en derecho civil ó administrativo» es decir, abogado. Dificultad, grande si la facultad de derecho está sujeta á las mismas reglas y terminos que en mi epoca; pero creo y aun aseguro que hoy dia se puede obtener el titulo de «Licenciado» en mucho menos tiempo que antes. Ya te daré noticias exactas sobre el particular.

El Diccionario de Navegacion y Comercio de Mac Culloc, libro clasico entre los ingleses, en el articulo «Consuls» cita como autoridad en la materia «Martens, Precis du Droit des gens». Tambien le cita Bernal. Este libro, le tiene Bailly Bailliere: cuesta 16 pesetas y 50 cents. No se le pido ahora porque creo facil que tu le puedas leer en la // libreria del Colegio, ó en otra parte, si te hace falta dimelo, y te le mandare.

Hoy es 23 de Mayo. En esta fecha siempre me acuerdo de que en la misma del año 67 estabamos Roberto y yo en Londres, en la fonda de Morijis, 1, Regent St., esperando la llegada de su primo Russel que debía acompañarle á Boston. Aquel dia cayó una gran nevada, que no impidio que asistiera á las carreras de caballos medio millon de ingleses. Nosotros estuvimos largo rato en un pasaje cubierto que había cerca de casa donde Roberto compró un arco para disparar flechas. Hoy hace aqui tiempo revuelto, pero no frio. Yo estoy un poco mejor que ayer de la tos, y con esperanza de que se me quitará del todo cuando haga mas calor.

Yo he dejado el taller por ahora. Los albañiles estan retejando la casa, y acabando un cuarto que mande hacer en el desvan para dormitorio. Yo he hecho // la obra de madera: una puerta de dos hojas y dos ventanas. Me faltaba hacer otra puerta y una barandilla; pero no es cosa indispensable, y si yo no puedo hacerlas mas adelante, las encargaré al carpintero.

Te creo muy ocupado en visperas de examenes y por eso no espero cartas tuyas por ahora. Pero mucho gusto tendria en ver otra vez tu letra.

Da memorias á todos y acuerdate de tu padre

A. Santayana

Otro dia te diré algo acerca de lo que tu ultima carta trata de religion. Desde luego te aseguro que en esta materia soy tolerante sin afectacion. Lo unico que se me resiste es que la religion sirva para tiranizar a la sociedad para mantener ejercitos de hombres inutiles, y en España en particular p<sup>a</sup>. promover la guerra civil<sup>1</sup>.

1. Este exacerbado anticlericalismo de D. Agustín no debió ser nunca bien aceptado por su hijo que se refiere a ello como su «manía dominante» —«the dominant crotchet», *Persons and Places*, p. 208—, «con el dogmatismo y la intolerancia de la religión sin ninguna de sus ventajas». Pero, ¿cómo —nos preguntamos nosotros— un hombre que había sido siempre ejemplo notorio de tolerancia habrá llegado a este nivel de odio por la religión? Santayana, a muchos kilómetros de distancia, bajo la fuerte influencia afectiva de Susana, y, sobre todo, desde su nivel puramente especulativo, no llegó a hacerse seriamente esa pregunta y sencillamente la achacó a «manías» de su padre. De nada sirvió la tolerancia demostrada por D. Agustín al aceptar tan generosamente a la fanática Susana en su casa, de acompañarla muchas veces a misa, de hacer con ella la peregrinación a Alba de Tormes, etc. etc. ¿Por qué, entonces esa «manía»? Para nosotros, con la perspectiva que nos proporciona la experiencia de una guerra civil más, seguida de cuarenta años de sociedad española tiranizada por la fuerza militar de la espada y la cruz unidas, la supuesta «manía» de D. Agustín nos parece hoy justificadísima; pero nos lo parece aún más si consideramos que esa «manía» no la exteriorizaba más que cuando escribía a su hijo, intentando instruirle desde la arena hispana donde se cocía la tragedia a una temperatura bastante más elevada que en otros sitios, como le dice en otras cartas, hablándole del mismo tema. (Ver, por ejemplo, la carta nº 35, de 25 de Enero de 1886).

CARTA N° 30

Avila 26 de Mayo 85

Querido Jorge.

El libro de Bernal llegará a tus manos mas tarde que lo que yo te anunciaba en mi ultima carta, porque le envie al correo cerrado y cubierto como los que yo he recibido de Boston, y dijeron allí que no se admitia sino como carta, debiendo llevar sellos que costaban mas de \$1; mientras que si fuera con fajas de modo que se viese que era libro no costaría mas que 75 cents. de peseta. Me lo trajeron a casa y yo le abri y le volví á cerrar con fajas. No se como llegará á su destino; pero confío en que se podrá leer.

Tambien recibirás cubierto con fajas un impreso, tomado de los Diarios de las sesiones de Cortes del año 82, que contiene el proyecto de ley para la organización de las carreras diplomatica y consular que fue aprobado luego el año 83, aunque ignoro si se hicieron en él algunas variaciones antes de ser ley. Por esta razon // no pararé hasta dar con testo completo de las disposiciones vigentes hoy en la materia.

Segun este proyecto se puede ingresar en la carrera diplomatica siendo *bachiller en Artes*. Me parecio que tu podrías obtener este grado en muy poco tiempo, y tal vez haciendo valer tus estudios en Harvard, revalidados aquí en la Universidad mediante un examen. Así es que la mayor dificultad que yo veia, el mucho tiempo necesario para obtener titulo de licenciado en derecho civil ó administrativo, no existe. No hay que renunciar pues al pensamiento de ser diplomatico en España.

Ayer recibí carta de tu mamá. Veo que Susana se mete monja de veras. Lo siento muchisimo. Veo tambien que vas á formar parte de la redaccion de un nuevo periodico<sup>1</sup>. Me alegra.

Me dice tu mamá que no sabe en que me había yo fundado para creer // cosa posible que viniera a España. Pues me fundaba en lo que me pareció leer entre renglones, en una carta suya. Pero en efecto, en otra posterior, vi mas claramente, tambien entre renglones, que no había nada de lo que me había figurado. Ahora lo veo, no entre renglones, sino en frases rotundas y terminantes, en letra limpia y clara. Bastante lo siento, porque me hubiera lisongeado mucho de volver á verla antes de emprender el largo y ultimo viaje. Si viniera Roberto este año, tendría yo un placer y una satisfaccion indecibles porque ademas de verle á él, me parecería que su persona representaba á toda la familia.

Estoy mejor de la tos. El tiempo me favorece mucho desde ayer. Confío en estar mucho mejor dentro de algunos días.

Muchas memorias á todos y tu no olvides á tu padre

A. Santayana

1. The Harvard Monthly, fundado por A. E. Houghton y cuyo primer volumen salió en Octubre de 1885.

Avila 4 de Julio — 85

Querido Jorge. Aunque tendras noticias mias por la carta que escribi anteayer á tu mamá, quiero dedicarte en particular un recuerdo de hoy hace 13 años, dia en que salimos de Liverpool para Boston en el Samaria. Tu tambien me escribiste en igual fecha hace un año, nombrando el buque en que nos embarcamos. Viaje memorable! Yo estaba entonces muy bien de salud, y si no hubiese tenido la desgracia de sufrir un colico terrible en medio de la navegacion hubiera llegado á Boston muy contento y probablemente me hubiera quedado ahí para siempre. Mucho han influido en mi suerte las alternativas de mi salud. Pero llegué a Boston malo todavia, y no se me quitaron las reliquias molestissimas del colico hasta que pasé algun tiempo en Cuellar. Estando yo malo, y triste por lo mismo, mi compañia no podia ser agradable, no lo era, y esta fue la causa de mi regreso á España.

Dentro de cuatro dias, el 8, hará dos-//

..... (dos paginas inexistentes) .....//<sup>1</sup>

-ducción, mediana siquiera, de ningun autor latino, excepto la de las poesias de Horacio, hecha por D. F. J. de Burgos, publicada el año 1828! Y eso que lo unico que se exigia para entrar en las universidades era el latin.

Supongo que en tu declamacion de la historia del caballo de Troya, te pondrias en el caso de Aeneas, y procurarias hablar y accionar como se puede presumir que él lo haria ante su juvenil (?) auditorio.

Hoy recibo tambien los semanarios, el Harper y el The Nation. Esta viene muy bien, y la leo con mucho gusto.

Escríbeme, Jorge, y manda á tu padre

A. Santayana

Las hermanas estan bien, y Mariquita engordando en casa de M<sup>a</sup> Josefa. Hoy la he visto, con gran satisfaccion considerando que si yo me conservase como ellas podria verte ya en vias de ser ministro, ó poco menos.

1. Faltan en el microfilm de la Universidad de Columbia dos páginas del original manuscrito de esta carta; sin embargo, sí aparece la traducción en inglés de la carta completa. En las dos páginas inexistentes en el original, el padre, entre otras cosas de menor importancia, se hace eco de la entrada de Susana en el convento el 29 de mayo de ese año de 1885 y dice que no se habría metido a monja si no se considerara infeliz y augura que tampoco será feliz en el convento.

Avila 23 de Julio — 85

Querido Jorge.

Anteayer escribi á tu mamá, y me quejaba de no recibir ninguna noticia de tus examenes de fin de curso, cuando otros años las he tenido abundantes. Ayer recibi tu carta del 8 del actual, y de ella deduzco que no ha ocurrido nada notable en pro ni en contra. He tenido mucho gusto en ver otra vez letra tuya.

Tendria yo á mucha suerte que entraras en la carrera diplomatica en España. Lo malo es que esto requiere tiempo y ofrece dificultad. Tiempo y dificultad son dos ideas poco gratas. Pero me animo pensando que aunque yo falte no quedas solo en el mundo. Hartas pruebas hay del interés que por ti se toman tu mamá y hermanos: el tiempo que á mi me falta á ti te sobra, y la dificultad que yo veo no lo será para ti. Yo creo que desde el momento en que se obtiene el ingreso en la // carrera diplomatica se goza sueldo, y hasta conseguirlo no debe faltarte con quien vivir decorosamente.

Si yo estuviera en Madrid tendría muchas noticias y documentos que poder enviarle. Aquí no me es facil conseguir nada, por que no tengo relaciones mas que con Manuel y D. Pelayo, y estos por diferentes causas estan mas impedidos todavía que yo á pesar de mis años y sordera. En Madrid encontraría todo lo que me hiciera falta en las librerías. Si no hay novedad, este otoño ire una temporada, y me despacharé á mi gusto. En este pueblo no hay nada para instruirse, ni una biblioteca publica, ni una Academia de bellas artes, pero eso si, muchos curas, muchos frailes, y muchas funciones de iglesia.

Yo no creo que te resulte ningun inconveniente de no hablar con toda facilidad y afluencia el castellano, durante // algun tiempo.

Y es lo mas natural que asi suceda, mientras estos hablando casi siempre en ingles. Mas temo yo otra cosa, y es que si vives en España, todo lo que ganes en el castellano lo perderás en ingles. Por egempleado, si llegas á hacer buenos versos en castellano, ya no los podrás hacer tan buenos como antes en ingles. No tengo noticia de ningún literato que haya hablado y escrito con igual perfeccion en dos idiomas distintos. No creas que en España disguste algun dejo extranjero. En las cortes se conoce al instante por su acento á los andaluces, á los catalanes, á los gallegos y asturianos, pero no se hace merito de eso mas que en las gacetas de los periodicos de oposicion á los respectivos oradores. Lo que mas importa es el fondo, las ideas, el saber que cada uno demuestra, y en casa llena pronto se guisa la cena. Buen estilo es muy // importante, y lo que mas seduce; pero el estilo puede ser bueno, aunque haya algun defecto en la pronunciacion ó el acento. En fin, esto que me dices que te preocupa mucho, es lo que en mi sentir debe preocuparte menos.

Lo principal seria pasar aqui tus grados de Harvard, y los demas necesarios, y sobre todo buena salud, y buen animo, pues con eso y con perseverancia en un plan determinado se consigue lo que se desea, y sucede tambien que se nos abre camino por donde menos pensamos.

Siento mucho lo de Susana, no tanto por ella misma, que hace su gusto, sino

por la familia, donde me parece que se sentirá un triste vacío, al menos mientras no se vea que está contenta y es feliz en el convento, lo que no es de esperar desgraciadamente, aunque se empeñe en engañarse á si misma.

Tu padre que se acuerda mucho de ti.

A. Santayana



Institución Gran Duque de Alba

Avila 8 de Octubre de 1885

Querido Jorge,

Tu ultima carta es de 29 de Julio.

Me hablabas en ella en primer lugar del asunto de Susana, sobre el cual ya he dicho á tu mama todo lo que siento, que es en sustancia un deseo vivísimo de que ella sea todo lo mas feliz que pueda. Si la vida del convento la prueba bien para la salud del cuerpo y la tranquilidad del ánimo, no debemos sentir que se quede en él para siempre; y si vuelve á casa antes de profesor (y aunque sea después), no hay nada perdido en que haya experimentado la vida monástica.

A propósito de esto, recuerdo que hace mucho tiempo deseaba yo saber en cuanto me fuera posible la estadística religiosa de ese país. Por eso principalmente pedí á Roberto datos del último censo; pero aunque con su habitual eficacia me envió muchísimos y muy interesantes, ninguno de ellos se refería á este particular. Cada día tengo más // curiosidad de todo lo que toca á la religión, y cada día me admiro más del influjo que tiene en el modo de ser de cada pueblo y nación. Como ya leo poco y vivo en un sitio donde no hay nada que se parezca á una biblioteca ó librería pública, tengo que morir en mi ignorancia, y en mi admiración. Lo que me alhaga es pensar que tu supliras mis faltas en esto como en todo<sup>1</sup>.

Acabo de leer un Real decreto del 18 de Agosto último que trata

- 1 De la enseñanza libre
- 2 De la validez académica de los estudios hechos en la enseñanza libre
- 3 De la asimilación de los establecimientos de la enseñanza libre con los de la enseñanza oficial
- 4 De la colación de grados
- 5 De la disciplina y corrección académica por infracción de las disposiciones anteriores
- 6 Disposiciones transitorias.

Como desde la *revolución de Setiembre* // del año 68 se había insinuado en España una tendencia decidida en favor de la enseñanza libre, con facilidad para obtener grados y títulos literarios y científicos, el gobierno de la *restauración* siguiendo en esto como en todo una política reaccionaria y restrictiva ha procurado anular poco á poco aquellas facilidades y matar la enseñanza libre. Este decreto, producto de las lucubraciones del ministro Pidal *ultramontano* furioso más que en Francia el Duque de Broglie, viene á consumar la obra, ha-

1. Esta curiosidad intelectual por «todo lo que toca a la religión» es una prueba más de lo que comentábamos en la carta nº 29, de que la actitud de D. Agustín no era tan «maniática» ni tan dogmática como suponía su hijo.

En cualquier caso, la última frase de D. Agustín se hizo realidad y para demostrarlo, ahí quedan *Interpretation of Poetry and Religion*, *Reason in Religion*, *Platonism and the Spiritual Life* *The Realm of Spirit* y *The Idea of Christ in the Gospels: or God in Man, a Critical Essay*, entre otras muchas páginas dedicadas al tema.

ciendo casi imposible la enseñanza libre, poniendola infinidad de trabas, siendo la principal de ellas la *inspección diocesana*, ó sea la autoridad del clero sobre todo establecimiento de instrucción; y esto aun respecto de los que se funden como católicos, pues á los que no lo sean se les niega en absoluto el derecho á la incorporación ó asimilación con los del Estado.

Este decreto no dice una palabra acerca de la *reválida* ó admisión de los estudios // y títulos ó diplomas obtenidos en el extranjero, ni creo que haya sobre el particular ninguna disposición oficial. Así es que veo muy difícil la reválida de los tuyos, y me parece que para conseguirla sería preciso hacer una instancia al gobierno y sujetarse á la resolución. Yo procuro informarme bien, y te diré todo lo que sepa, conducente á nuestro objeto<sup>2</sup>. Me ha ocurrido una idea, que me alegraría fuese acertada. Tu puedes reunir todos tus trabajos en verso y prosa que se han impreso en los periódicos de la escuela y del colegio y hacer una edición económica con el título de «*Ensayos de un estudiante*» (ú otro parecido). Un ejemplar de esta edición podría acompañarse con los diplomas ó certificados que tengas á la instancia que se hiciera al gobierno solicitando la reválida por el Estado, previos los exámenes y demás requisitos que se creyeran necesarios. Esta colección sería desde luego una prueba de aplicación // y de suficiencia que á mi parecer inclinaría mucho el ánimo del ministro de Fomento á una resolución favorable. Ahora lo que más importa es que acabes con felicidad tus estudios en Harvard. Lo demás á su tiempo. Pero como el tiempo vuela yo padezco de una impaciencia excitada por la dificultad que encuentro para obtener noticias y datos que si me hallase en situación conveniente, por ejemplo, en Madrid, con oido y con vista, me vendrían á la mano sin buscarlos apenas.

Ya sabrás por tu mama que tu prima Elvira está aquí en casa. Es la única novedad que ocurre.

Yo estoy tal cual de salud y estos días buenos de Otoño los paso bastante á gusto, aunque algo acobardado por lo que sufri en la primavera. Ya procuraré cuidarme, á ver si escapo // del invierno próximo sin catarro ni cosa que lo valga.

Muchas memorias á todos y tu recibelas de esta familia y en particular de Elvira, y no olvides á tu padre

A. Santayana

2. Este adjetivo posesivo, «nuestro», en primera persona del plural nos demuestra que todavía a esas alturas, el propósito de ejercer profesionalmente en España era todavía común al padre y al hijo.

Avila 11 de Enero 86

Querido Jorge.

¿Cuando recibo yo carta tuya? Hace tiempo me dijo tu madre que pensabas escribirme pronto y decirme muchas cosas (relativas á un plan de pasar uno ó dos años en Alemania). No extraño que no me escribas porque se que estas siempre ocupado, ya en tus estudios, ya en distracciones propias de la vida de colegio, donde es inevitable hacer todo lo que hacen los compañeros. Pero despues del anuncio de tu madre estoy esperando todos los dias una carta tuya. De todos modos, cuento con que vendrás este verano á Avila y pasarás aqui algun tiempo. 6 meses faltan para la fecha en que viniste el 83. A ver si estas aqui á mediados de Julio.

Me ha gustado mucho ver tan bien impresa tu traducción de Alfred Musset<sup>1</sup>. Aquí encontrarás tu primer borrador hecho con lápiz.

Yo estoy medianamente de salud. Me hace mucha impresión el frío escasivo. Ha nevado tanto, que podrían andar trineos por las calles, y si no se introduce aquí esa costumbre es porque no duran tanto los // hielos como en Boston. En pocos días de sol claro se derrite la nieve, y aunque luego vuelva á nevar, vuelve también á deshacerse. Pero los días que hace frío son terribles, y según dice mi médico, en este tiempo «todo Dios tose».

No hay ninguna novedad en la familia. La que tu encontrarás es que Elvira está con nosotros, ocupando la salita en que estaba antes M<sup>a</sup> Ignacia. Esta vive en una de las bajas, que se entarimó, pintó y arregló muy bien el año pasado. Santiago peor, pero fuerte en lo general: su afición cerebral no le priva de ninguna de las funciones de la vida animal<sup>2</sup>.

Mucho me acuerdo de ti, y de toda la familia. Lo que siento es que ya nadie me escribe más que tu madre; Bien conozco que en separaciones tan largas se acaban los asuntos de que tratar, porque cada uno está engolfado en cosas enteramente extrañas y de poco interés para el otro de los ausentes. Así es que me conformo y agradezco en el alma que no me falten los periódicos con faja de letra de casa, y de cuando en cuando // alguna carta.

Como he visto que no me conviene andar mucho por la calle, he pensado limar y pulir otro ropero como los dos que viste. Ya le está haciendo el herrero, y en cuanto le traiga, subo el banco á mi cuarto y me pongo á la obra, que no dudo me hará bien, parte por la distracción que me proporcionará, y parte porque me hará sudar, y me abrirá el apetito.

Hoy 12 ha venido de Málaga un cajón para el aguinaldo de Elvira. Trae muchas golosinas que iremos consumiendo por vía de postre. Su tía Eladia, viuda de D. José de Avila, está rica, y aunque tiene seis hijos e hijas, muy mimados,

1. «The May Night», traducción del poema de Alfred de Musset, publicada en «The Harvard Monthly», volumen I, nº 3, Diciembre de 1885, p. 90-101.

2. Ver *Persons and Places*, p. 127, donde Santayana cuenta el origen y evolución de esta afición mental de su tío Santiago.

todavia puede hacer algo por su sobrina, y lo hace. A esta *la ha salido* aqui un novio; pero todavia es dudosos que tenga pretensiones formales.

Poco puedo decirte de Manuel y su familia. Siguen sin novedad. Juanito ha entrado este año en el instituto provincial de 2<sup>a</sup> enseñanza, donde enseñan principalmente latin, griego, literatura, filosofia, geografia, historia. Ahora estudia latin, y las dos ultimas asignaturas. Si á los tres años sale bien de sus examenes podrá entrar en una universidad ó estudiar *facultad mayor* leyes, medicina, canones, teologia, ó en una // academia de ingenieros, administracion militar, farmaacia &. Aqui no aprovechan los jovenes tanto como en Boston; pero el que sale aplicado y de buena disposicion puede adelantar bastante mas que en los dichos tiempos de mi juventud, en la que por la rutina y por la influencia del clero, la enseñanza era muy limitada, y las escuelas y universidades parecian seminarios de curas y no establecimientos científicos. Aunque todavia estamos muy atrasados, hemos adelantado muchisimo en los últimos 50 años.

En su dia me dijo tu madre que habian celebrado el trijesimo cumpleaños de Roberto. El 15 de Febrero nos embarcamos en el Fearless, y alli le vi en el momento mismo de romper á andar, enteramente desnudo, muy blanco, rosado, robusto, espresando en su semblante una alegría angelical. Si yo fuese buen poeta haría una deliciosa composicion sobre el tema de las sensaciones que experimenta un niño en el intento de lanzarse á andar solo por primera vez, aunque no sea mas que dos ó tres pasos.

¿Que hay de Susana? ¿Estas en correspondencia con ella?

Da muchas memorias mias á todos, y tu no olyvides á tu padre, que espera ver pronto letra tuya

A. Santayana

Avila 25 de Enero de 1886

Querido Jorge.

Hoy recibo tu carta del 11. Otra de tu mamá del 10. Esta incluye una que tu la escribiste el 2. Tambien recibo el ultimo numero del Harper's Weekly, anteyer el de The Nation. Hace dias estoy mejor de mi resfriado: de modo que en este momento soy el mas feliz de la familia avilesa, pues precisamente hoy estan algo indispostas Ma Ignacia y Elvira, pero no tanto que me cause pena.

A proposito de la moda del pesimismo te mando unos versos de Campomar, que segun parece está contagiado con el mismo mal, aunque yo lo atribuyo mas bien que á moda, á que se siente viejo, y con un pie en la sepultura. Claro es que en la vejez han de ser mucho menos los instantes de olvido y alegría, que hacen llevadera y agradable la vida.

Comprendo que vienes este verano a España // aunque no se realice tu esperanza de el «Fellowship» ó «Scholarship»<sup>1</sup>. Me parece muy bien tu plan de venir por Gibraltar Cadiz y Cordova. Gibraltar esta muy cerca de Malaga. Creo que hay mucha comunicacion entre estos dos puntos. Dice Elvira que podias hacer una pequena excursion á Malaga para conocer á su tia Eladia, hermana de su madre, que vive allí muy bien con sus 6 hijos é hijas. Ya te enviará señas y noticias detalladas de aquella familia, por si acaso<sup>2</sup>.

Cierto es que si yo tomara al pie de la letra lo que me dice Roberto de tu buen humor, y lo que dice Susana acerca de tus sonetos en un parrafo que Roberto me transcribe, deberia yo pensar que eres el joven mas alegre y feliz del mundo. Pero aunque no llego á tanto, estoy muy contento con qué se hayan disipado completamente los recehos que me inspiraba la primera lectura de tus ultimos versos. // Bien se que no se puede formar juicio exacto del estado del animo de un autor por sus escritos, y que es muy facil equivocarse en este particular. De los libros castellanos ninguno causa una risa tan natural y espontanea como el Quijote. Cuentan que un rey estaba mirando con catalejo los jardines y arboledas del palacio, y vio un estudiante tendido en la hierba riendose á carcajadas, con un libro en la mano; y dijo: «ese esta leyendo el Quijote». Pues bien, su autor vivio con mil trabajos, dificultades y miserias; mientras el autor de Werter era un hombre gordo colorado y comilon, que vivio mas de 80 años, y cuentan que vio llegar la muerte con la mayor indiferencia.

Tampoco yo te digo ahora nada de Susana. Yo quisiera que ella me escribiera aunque no fuera mas que dos letras. No se si estará enfadada connigo por la carta ultima que la escribi, cuando // tu estabas para venir el 83. La hablaba de religion con una claridad que acaso la pareciera brutal; pero fue porque tuve motivos para ello; porque no puedo pasar porque se diga que la religion hace á los hombres mejores ó mas felices. Creo todo lo contrario, que la religion erigida en sistema social hace á los hombres peores y mas infelices que lo son por

1. La esperanza se realizó y compartió la beca con su amigo y filósofo también, Ch. A. Strong.

2. No visitó Málaga ese año, sino al siguiente, 1887, y entonces conoció a la familia de Elvira.

naturaleza. Abundan los egemplos y las pruebas en favor de esta opinion, no solo en España, que es en este respecto el pais mas desgraciado de Europa, sino en todo el mundo<sup>3</sup>.

A Roberto dale muchas memorias mias. No tardaré en escribirle otra vez, asi como á tu mamá — Tu no olvides á tu padre que te quiere de veras.

A. Santayana

3. Santayana acepta plenamente esta idea. Véase, por ejemplo la referencia a Santa Teresa en *Persons and Places*, p. 103, o su tratamiento del tema en *Dominations and Powers*.

CARTA N° 36

Avila 16 de Agosto 1886

Querido Jorge.

El dia 12 recibi tu carta de Paris, fecha el 9. No esperaba carta de Gottingen hasta mañana 17; pero la he recibido hoy, alegrandome doblemente por venir tan pronto y por traer la noticia de tu completo alivio. Aunque estaba con cuidado, tenia bastante confianza en que te probaria bien el cambio de aires, que para los males leves es un gran remedio, y fundandome ademas en el buen animo que manifestabas el dia de tu partida.

Hoy mismo escribo á Boston trasmitiendo tu carta. Incluyo dos que ha traido el cartero para ti. Una de ellas recibi al mismo tiempo que la tuya de Paris, y creyendo abrir esta, abri la otra. Me habia propuesto no leerla, ni casi mirarla, hasta que despues de algunos dias, pensando siempre en ti, me vencio la curiosidad y quise enterarme de su contenido; pero no pude entender mas que algunas palabras y frases sueltas, entre ellas una que habla de Susana. Parece que Miss Juliá es de la escuela de los que creen que es cosa ordinaria y plebeya escribir claro, y de proposito desfiguran la letra, aunque siempre se conozca que podrian hacerla mejor.

Entre papeles y sobres que dejaste á la izquierda del escritorio encontré una cuenta hecha y firmada por Roberto del estado de tus fondos. Me parece que necesita algun suplemento para estar completa. Yo quisiera que me dijeras con entera // libertad y confianza lo que hay en el particular. Tambien me gustaria mucho saber si estas en satisfactoria relacion con tu companero, el que obtuvo la pension, que si no estoy equivocado se llama Strong, y no es quien te espera en la estacion de Gottingen, á quien nombras Houghton<sup>1</sup>.

Toda la familia ha visto tu carta y tus dibujos, asi como D. Pelayo, que vino esta mañana á saber de ti.

Al dia siguiente de tu marcha, tuvimos noticia oficial de que la jubilacion de Santiago estaba arreglada en terminos mucho mas favorables que yo esperaba. Veremos si esto se confirma, que sera para todos un motivo de satisfaccion, aunque M<sup>a</sup> Josefa est<sup>a</sup> muy asustada, y dice que Santiago se muere. En efecto est<sup>a</sup> peor. Hoy ha principiado una serie de 7 baños a chorro que le recomiendan los medicos.

Temo no poner bien la direccion de esta carta. A ver si llega á tus manos sin novedad. No olvides mi encargo de escribir á menudo, y de todos modos enviar me algun periodico de vez en cuando con faja de tu letra. No importa que no sea periodico de la localidad, cualquier otro que á ti te guste leer, en ingles, frances —ó italiano, ó latino—, me vendrá muy bien, siempre que traiga letra tuya.

Memorias de todos. Tu padre

A. Santayana

1. A. B. Houghton, fundador de la revista «The Harvard Monthly», donde colaboraba Santayana. Estudiaba tambien Alemania cuando Santayana y Strong compartían la beca allí. Una descripción de él puede encontrarse en *Persons and Places*, p. 200-201.

CARTA N° 37

Avila 1º de Setiembre 1886

Querido Jorge.

Mal haces mi encargo de darme noticias tuyas con frecuencia. Tu carta ultima es del 13 de Agosto: me decias en ella «llegué á casa sin novedad y ya casi repuesto de la indisposicion que venia sufriendo». Este *casi* hubiera yo querido ver rectificado al poco tiempo, y reemplazado por «enteramente». Si yo supiera que estabas bien de salud llevaria con paciencia tu silencio. Cuando estabas en America sabia de ti por la familia, y no tenia tanta necesidad como ahora de tus cartas.

Yo conteste á la del 13 el mismo dia 16 que la recibí, remitiendote dos que llegaron despues de tu partida. Todavia no se si mi contestacion ha llegado á tus manos, ó si se ha perdido.

Ayer recibi carta de tu madre, fecha // 17 de Agosto, sin novedad.

Hoy recibo la que te remito adjunta. El sobre es indudablemente de tu letra: supongo que se lo habras dado tu á la persona que te escribe, para que no equivocase las señas. Buenas ganas he tenido de abrirla á ver si me daba alguna luz acerca de ti.

Elvira hizo un viaje á Burgos para estar unos dias con su hija politica Luisa, y poco despues de su regreso a Avila con ella y su marido Jesus Perez, se ha ido con ellos á Malaga, donde han destinado á Jesus, despues de estar cesante algunas semanas. Va á ver si lo pasa mejor con su tia Eladia, porque aqui era dificil que se llevase bien con las otras mugeres de la familia, y no ha hecho gran empeño por conseguirlo. Lo raro es que con quien está peor es con Maria Josefa, cuando hace poco tiempo me parecia á mi, // y á todos, que se llevaban perfectamente.

Santiago está cada vez peor: los demas sin novedad particular. Yo tengo la gran suerte de estar muy bien de salud; pero no se me quita el miedo al invierno. Mucho puedes tu hacer para que yo me mantenga firme, dandome la satisfaccion de comunicarme á menudo noticias tuyas, si quiere mi buena fortuna que estas sean satisfactorias respecto á lo unico que me da cuidado, que es tu salud.

Tu padre

A. Santayana

CARTA N° 38

Avila 9 de Setiembre 1886

Querido Jorge.

Pocos renglones te escribo para que sepas que hoy, ahora mismo, 9 de la mañana, recibo tu carta del 6 fecha en Dresde. No he recibido ninguna otra tuya desde el 16 de Agosto que tuve la que me escribiste el 13 á tu llegada á Göttingen. Malos ratos he pasado, acordandome siempre de que no estabas enteramente bien de salud, y temiendo que hubieras recaido con mas grave mal. Y esto de no tener una persona que me de noticias de ti, cuando por pereza ó por estar enfermo no me las des tu directamente es cosa terrible.

Ayer escribí á tu madre una carta llena de lamentaciones. No la habia acabado, cuando vino la familia de Manuel á felicitar á M<sup>a</sup> Ignacia por su cumpleaños (76) y me interrumpio. Me vino bien, porque hoy la mando rectificada con la noticia de que he sabido de ti, y estas bueno.

Tus anteriores dos cartas deben estar corriendo por el mundo, y es probable que no lleguen á mis manos, cuando ya no han venido. Ahora no escribo mas. A ver si me vuelves á escribir pronto. Tu padre

A. Santayana

## CARTA N° 39

Avila 10 de Setiembre 86

Querido Jorge

El mapa que *te gustaria tener*, y te remito adjunto, estaba en el cajón ancho y bajito del centro y base del escritorio. Allí tenía yo los dibujos que hiciste en el mismo escritorio el año 83, algunos muy bonitos, mezclados con otros míos además de varias fotografías. No me imaginaba que pudiese estar el mapa en ese sitio, sino metido en algún libro hasta que un día tropecé con él. Grata sorpresa.

También tengo aquí otro mapa que tu has hecho ultimamente en que están señaladas las ciudades de Alemania donde hay Universidad, con algunas líneas delgadas que indican los trayectos que has recorrido en tus viajes por Europa. Si te gusta tenerle, dimelo, y te le mandaré. Si te es indiferente // me quedaré con él, porque á mi me gusta mucho, por ser un entretenimiento tuyo bien entendido.

Ahora lo que me hace mas falta es que me escribas, y cuando no *tengas nada que decirme*, me mandes algun impreso que tu hayas leido en francés ó en inglés, en ultimo caso, aunque sea cualquier retazo aleman, como un (artículo) (?) de funcion de teatro ó cosa parecida. Lo que mas me gustaría en ese sentido sería alguna guia ó manual de poco bulto, del extranjero en Dresden, escrita en francés ó inglés, algun croquis de la ciudad, ó aunque fuesen *aleluyas*, de las que se hacen para los chicos en todas partes. El caso es que yo vea algo con faja // de tu letra, y color local.

Elvira se fue á Málaga, á fines del mes pasado, después de haber hecho una excursion á Burgos con Jesus, el marido de Luisa. Jesus ha sido destinado á Málaga, y Elvira quiso aprovechar la ocasión de ir á ver á su tía Eladia, con quien vive ahora, segun me dice en carta que recibí ayer. No sabemos el tiempo que estará allí, porque su tía no la ha llamado, ni parece que tiene mucho gusto en tenerla en casa, porque no se lleva bien con sus primas. Ya lo veremos.

A Santiago, que sigue lo mismo, ó peor, le concedieron la jubilación con fecha 18 de Agosto, y estamos ya esperando que lleguen de un día á otro las órdenes para su abono por esta administración de Hacienda. Tampoco sabemos si Santiago y // M<sup>a</sup> Josefa permanecerán en casa luego que estén en posesión de su sueldecito. Puede ser que nos quedemos solos los tres hermanos setentones.

Todos los demás de casa y la de Manuel sin novedad. D. Pelayo viene á menudo á preguntar por ti; pero ayer no vino, y no sabe que he tenido noticias tuyas. D. Cándido<sup>1</sup> nos visitó el domingo, y me preguntó con mucho interés por ti, y por los tipos militares que ya le habían dicho que me mandaste de Alemania. No sé porque Elvira no le ha querido porque es muy buena persona. Creo que Elvira tiene mucho aire en la cabeza. Es de desear que tenga buena fortuna.

A Dios querido Jorge. No tardes en escribirme — tu padre

A. Santayana

1. Pretendiente de Elvira y espontáneo profesor de equitación de Santayana, según cuenta éste último en *The Middle Span*, p. 78-79.

Avila 17 de Setiembre 1886

Querido Jorge, hoy recibo tu carta del 14. La he leido con mucho gusto y estoy contento. A ver si cumples tu palabra de enviarme algo impreso ó grabado, de lo que pasa por tus manos.

En tu primera de Dresde me decias que en otra que me habias escrito, y que se ha perdido, me contabas algo acerca de tu presupuesto anual de ingresos. Pues ya que tuviste intencion de que yo lo supiera, dime otra vez algo sobre el particular. Por de pronto veo que estas en buena correspondencia con Strong, que segun tengo entendido es el sucumbente de la pension.

Tambien me gustaria mucho que me dijeras en que forma vas á hacer tus estudios filosoficos en Berlin: si es que te vas á matricular ó inscribir como alumno en la Universidad, haciendo valer los *papeles* que has recibido de Boston (como yo pensaba que hubieras podido hacer en Madrid); ó si vas á asistir como oyente nada mas, sin aspirar á titulo ni diploma alguno aleman. No dudo que sobre esto me habrias dicho algo de palabra, si yo hubiera estado util para la conversacion<sup>1</sup>.

Me // duele no saber nada en punto tan interesante.

Está bien que hayas recibido cartas de Boston. Yo no tengo tan buena suerte, porque la ultima carta de tu madre es del 17 de Agosto, y ademas me han faltado los periodicos dos semanas. Alguna compensacion hallo en saber de allá por tu conducto.

En esta familia no ocurre novedad. Santiago está lo mismo, y para que deje descansar algo de noche á su M<sup>a</sup> Josefa, parece que ha sido necesario darle opio, dos veces. Está en efecto mas tranquilo; no sabemos si á la larga le hará este remedio mas daño que provecho.

D. Candido estuvo aqui esta mañana y me encargó mucho que te diera memorias. El mismo encargo me hace D. Pelayo. Dice que siente que no vayas á Munich, «capital del reino de Baviera». Creo que esta predileccion se funda en que Baviera es Catolico país, porque D. Pelayo está empeñado en hacerme creer que le interesa muchisimo el Catolicismo<sup>2</sup>, aunque no lo consigue, porque ademas de que la experiencia me enseña á ser desconfiado de las gentes en esta materia // me ha dicho un pariente suyo que tiene motivos para conocerle desde la niñez, que yo con mis escrupulos estoy «tocando el violin» porque el tal amigo dará el Catolicismo y todas las religiones del mundo «por una peseta»<sup>3</sup>.

1. La sordera se lo impedia.

2. Todo este párrafo referente a D. Pelayo aparece señalado marginalmente con una linea vertical, que parece trazada por Santayana, lo que quiere decir que el texto le llamó la atención de alguna manera. Quizá tenga que ver con la opinión expresada en *My Host the World* (p. 156-157) sobre la vinculación platónico-afectiva de la España clerical y nacionalista con Alemania frente a la «anticatólica Inglaterra». D. Pelayo es el más claro representante de este clericalismo y nacionalismo superficiales que vinieron a dar en el «pro-germanismo» durante la Primera Guerra Mundial.

3. Santayana cuenta esto en *Persons and Places*, (p. 212) como si el dicho fuera original de su padre, cuando, al parecer, a D. Agustín se lo contó un pariente de D. Pelayo.

Todavia no está corriente la pension de Santiago, aunque nos habian dicho de Madrid que ya habian venido las ordenes para su abono.

Juanito tiene dos vistas de Dresden, una del teatro, y otra de un gran puente y ha leido en su geografia que tiene 320 mil almas de poblacion.

Miguel me está esperando para salir á paseo. Escribeme pronto, y enviame algo, no te incomode mi machaqueria. No sabes que bien me sienta saber de ti á menudo, y poder formar idea aunque sea muy vaga é imperfecta, del mundo que te rodea, y de como pasas el tiempo.

Tu padre

A. Santayana

P. S. ¡Como te estimaria los retratos de tus amigos Strong y Houghthon, que son los que me has nombrado en tus cartas! Tambien el del sobrino de Sara Lowell<sup>4</sup>.

4. Herbert Lyman, amigo de universidad y ahora companero en Alemania. (*The Middle Span*, p. 2-4). Su tía Sara Lowell había sido intima amiga de Susana en Boston. (*Persons and Places*, p. 80-1).

Avila 31 de Setº.86

Querido Jorge

A tu ultima carta fha 21, contesté á su tiempo. Despues, hace unos dias, recibi un sobre tuyo con tres vistas de Dresden. Estan muy limpias y bien hechas, y me alegra de tenerlas, con las otras dos que me habias mandado antes.

No te escribi en seguida porque no tenia nada particular que decirte, y esperaba de un dia á otro tus señas de Berlin, pensando en evitar que mi carta, dirigida á Dresden, no te encontrase allí ya, y anduviera corriendo el mundo.

Al mismo tiempo que tus visitas recibí una carta de tu madre, fha 12, en que me dice que la has escrito manifestandola tus deseos y los mios de que venga á España<sup>1</sup>. Todo inutil. Dice que esta resuelta á morir en Boston. Yo la he contestado esplicando mi pensamiento. Yo no pretendo que venga á residir definitivamente en España, sino por tiempo indeterminado, más ó menos largo, segun las circunstancias. Creo que no adelantaremos nada; pero me parece que si las dos hijas tuviesen inclinacion á dar una vuelta por este pais, no era una empresa de romanos, porque estan en buena edad, y hay mucha gente que va y viene entre America y Europa, como la cosa mas facil y sencilla. Yo estoy en muy distinto caso, por mi // edad, achaques é impedimentos.

Ya ha venido la orden para el abono de la jubilacion de Santiago ... 18 duros mensuales, á contar desde 18 de Agosto. Nuestro plan es que sigan él y M<sup>a</sup> Josefa viviendo aqui, contribuyendo con algo para sus gastos, para alivio mio, hasta que veamos si le abonan unos 100 duros á que creemos que tiene derecho como cesante desde el dia 27 de Enero en que fue dado de baja en su destino, hasta el 18 de Agosto en que se le concedio la jubilacion. Entonces podrá Ma Josefa tomar la determinacion que guste, sin que yo tenga que darla mas dinero; ó bien irse á Andalucia, ó á otra casa, aqui en Avila, ó continuar en esta, si seguimos llevandonos bien.

Elvira sigue en Malaga, hace tiempo que no recibo carta suya. Toda la demas familia, sin novedad. Creo haberte dicho que Mariquita vive aqui en casa otra vez, y ahora muy contenta, en la habitacion que dejó Elvira. M<sup>a</sup> Ignacia duerme donde tu estabas, hasta que se acabe la obrilla de su habitacion, que resulta ser una gran mejora. Santiago tiene limos, y algunos ratos muy malos; pero todavia no se ha hecho enteramente insufrible. Está lo mismo que cuando tu le viste.

D. Pelayo viene á menudo á preguntar // por ti... Yo me divierto en tentarle la paciencia con la politica. D. Candido tan consecuente con nosotros, á pesar de los desvios de Elvira. Ya usa las insignias de capitán, y cobra el sueldo de este empleo que es 58 duros al mes. Aqui hablamos todos en el sentido de que Elvira hace muy mal en dejar que se le escape esta ocasion de casarse, porque recelamos que no encontrará otra en su vida, por mas aire que tenga en la cabeza.

1. Esta es quizá la única referencia clara que conocemos de que tambien Santayana pidió a su madre que volviera a España.

Yo estoy estos ultimos dias mejor y mas animado, con muchos deseos de saber de ti, y que me mandes aunque sean *aleluyas*, cosa que cueste poco, y tenga, como ya te dije, color local. Pienso encargar un diccionario aleman; á ver si puedo entender algo y andando el tiempo dar razon de Berlin, como si hubiese estado allí. Hace 40 años viví yo en Manila con un dinamarques, muy amigo y dos alemanes uno de Hamburgo, y otro de Berlin. Entonces comprendí algo de la idiosincrasia germanica.

A Dios, querido Jorge, no descuides á tu padre

A. Santayana

### 1.<sup>o</sup> de Octubre

Despues de escrita y cerrada esta carta, la cogio Santiago, y para quitarsela de las manos maltrataron el sobre, queriendo luego componerlo con unos pegotes de papel que la embadurnaron por dentro de tal modo, que por no escribir otra, tuve que llevarla, y ponerla sobre nuevo. Creo que la podras leer.

Avila 7 de Octubre de 1886

Querido Jorge. Ayer 6 recibí tu carta del 3 fecha en Berlin. La he leido con mucho gusto, pues por ella sé lo que deseaba saber, respecto á la manera en que has de seguir tus estudios. Me dijiste una vez aqui que pensabas estudiar filosofia. Supongo que asi como los estudiantes de Medicina pueden optar entre 226 asignaturas que comprende la facultad concretandose á las 50 ó 60 que pueden abarcar, y que mas les convengan, así tambien habra multitud de asignaturas en la facultad de filosofia, supuesto que comprenden letras y ciencias. Ahora bien espero que me diras cuando me esribas y sea tiempo si has pagado tu cuota de 17 marcos, ó sea 5 duros, para figurar entre los estudiantes de la universidad de Berlin, inscritos en sus libros, y que asignaturas hayas principiado á estudiar en sus catedras, ó mas bien á que catedras has principiado á asistir, porque lo que en ella se esplique no ha de ser enteramente nuevo para ti. Me he fijado en lo que me dices respecto al grado de doctor, que no podrias obtener sino á los tres años. Es ahora prematuro formar proposito determinado en este punto. Por mi parte, conociendo que no está en mi mano el timon de la nave // me limitaré á insinuar un deseo, una opinion. Esta es que una vez emprendido un camino no se debe abandonar hasta llegar á su termino. El grado de doctor en filosofia conferido por la universidad de Berlin te seria muy util en todas partes, y en America mas que en ninguna otra, á mi juicio. Aquí en Espana seria una gran recomendacion, porque se tiene un gran concepto de Alemania. Está de moda.

Me dices que la ventanita de tu habitacion da al rio. Yo no se si esto será ó no higienico, sobre todo en invierno. Miralo y piensalo bien. Aquí se recomiendan las habitaciones que dan al mediodia.

Yo estoy estos dias mucho mejor. He principiado á dar paseos largos en el centro del dia, ahora que ya no hace calor. Mi paseo favorito es Vico. Toda la gente conocida de aquel sitio me pregunta por ti, principalmente la tabernera, que es ahora la muger del secretario del Ayuntamiento y maestro de niños<sup>1</sup>.

Toda la familia sigue lo mismo. Maria Josefa mas contenta, por haberse arreglado la jubilacion de Santiago, que ya ha principiado a cobrar.

D. Pelayo // y D. Candido agradecen tus recuerdos. Juan José y Cuadrillero me han dicho que sienten no haberte visto.

Vamos á comer. Son las 12.

Escribeme pronto, querido Jorge. Dime muchas cosas. Hace ya dias que no recibo carta de Boston. Yo escribiré mañana á tu madre y á Roberto.

Tu padre

A. Santayana

1. La familia Campón.

Avila 14 de Octubre 1886

Querido Jorge: hoy recibo tu carta del 10. Veo que recibiste en Berlin la que te dirigí á Dresde fha 30 de Setº, pero no todavía la de 6 ó 7 de este mes, contestación á la tuya del 3. No llegaría hasta el lunes ó martes. Me gusta mucho que hayas pensado darme razon de ti los domingos<sup>1</sup>. Oí decir á Elvira que habías tu dicho que cuando no escribías era porque no tenías nada que decir, porque no habías de llenar una carta con la historia de la hora que te levantas, cuando almuerzas y comes, ó sales á paseo &&. Pues has de saber que esas pequeñeces son las que me interesan á mí. Teniendo noticia de ellas con frecuencia me parecería que te estaba viendo y te acompañaba á todas partes, y á todas horas. Lo demás que quisieras decirme se me dará por añadidura como dice la biblia, y me será muy grato.

Desde que te escribi mis ultimas cartas no he recibido ninguna de Boston, pero si The Nation y Harper. Estos periodicos vinieron el lunes, con faja de letra de tu madre, segun costumbre.

Se me // figura y quisiera equivocarme, que no corren muy buenos vientos en casa, cuando estan tan remisos en escribir y ya me van faltando numeros de los periodicos. Temo que el descontento de Susana sea causa de tristeza en la familia toda<sup>2</sup>.

Aqui no ocurre novedad. Santiago esta ahora un poco mas tranquilo. Dice Mariquita que esto consiste en que María Josefa ha principiado a cobrar su pension. Yo he vuelto á mi costumbre de dar largos paseos; ya he ido á Vico varias veces, y tres tardes á Sonsoles, con motivo de la fiesta. El domingo fui acompañando á Manuel y su familia, y pasamos alli todo el dia pero no me sento muy bien la comida fiambre. El otoño es la estacion que mejor me prueba. A ver si tomo fuerzas para aguantar el larguisimo invierno, y vuelvo á verte aqui con tan buenos animos como este verano.

Mucho me alegraría de que las cosas pasaran como tu me dices que deseas; que pudieras continuar tus estudios en Europa tres años, y pasar alguna // larga temporada en España. Es lastima que tu madre este tan opuesta á venir. Me da en sus cartas algunas razones que como ya te he dicho no me convencen. Yo adivino otras que puede tener y no la gusta expresar claramente. De todos modos, el hecho real y positivo es que no la gusta; pero me acuerdo del testo que yo defendí en mi grado de bachiller en leyes: la ultima voluntad es la que vale. quia voluntas humana deambulatoria est jusque ad mortem. No veo dificil que Roberto se case, porque en su ultima carta me decia que estaba juntando un capitalito para cuando quisiera casarse. En fin, yo no pierdo la esperanza. Ya se que en Avila no estarian bien; pero yo nunca he pensado en que vinieran aqui, á no ser que se establecieran en Madrid, y quisieran venir por algunos dias ó semanas. Si se establecian en Madrid ó en Barcelona, ó en Bilbao, habria habita-

1. Como lo hizo la mayor parte del tiempo que permaneció en Alemania.

2. Descontenta con su situación y vida en el convento del que acabará saliéndose.

cion para mi y yo estaria con ellas todo el tiempo que permaneciesen en España. Si tuvieran el capricho // de vivir en Avila, era cosa facilisima. Santiago y M<sup>a</sup> Josefa viviran en otra casa, como de todos modos tiene que suceder. Las dos viejecitas estarian en una de las habitaciones bajas, la de M<sup>a</sup> Ignacia, que se ha aumentado y mejorado mucho, y todo el piso principal serviria para tu madre, Susana y Josa, cada una en su habitacion aparte, aunque muy cerca. Ahora hay aqui muchos coches, y no cuesta mucho mantenerlos, podrian tener uno regular, para pasearse por las carreteras. Tambien me gustaria mucho vivir con ellas en Bilbao: es sitio que ofrece mucha distraccion. Conozco que todo esto es como soñar el ciego que veia; pero el caso es que no es nada imposible ni muy dificil que el sueño se convirtiese en realidad. Todo depende de una voluntad, que como todas, es *deambulatoria*, jusque ad mortem

A Dios querido Jorge, tu padre

A. Santayana

Enviado por la Institución Gran Duque de Alba

en un libro de la biblioteca de la Universidad de Valencia. Se trata de un manuscrito en tinta negra sobre papel amarillo, fechado en 1912. El manuscrito consta de tres páginas, la primera es una carta dirigida a Santiago y Josefa, la segunda a Susana y Josa, y la tercera a Jorge. La escritura es fluida y legible, aunque con algunas variaciones tipográficas propias del periodo.

La carta a Santiago y Josefa habla de la posibilidad de vivir en Avila o Bilbao, mencionando la cercanía de sus casas y la conveniencia de tener coches. Sugiere que las viejas se muden a una casa más amplia y confortable, y que las personas mayores vivan juntas para facilitar la atención mutua.

La carta a Susana y Josa menciona la necesidad de aumentar la habitación de M<sup>a</sup> Ignacia y la posibilidad de tener un coche regular para paseos.

La carta a Jorge habla de la posibilidad de vivir en Bilbao, mencionando la diversión y la distracción que ofrece el lugar, así como la posibilidad de convivir con las demás personas.

(Sin fecha)

Hoy 21 de Octubre esperaba tu carta del domingo, la que en efecto acabo de recibir y he leido con mucho gusto. Siento no poder decirte lo mismo de los retratos de tus amigos Houghton y Lyman, que no han llegado á mis manos. Enviame otros, si es posible, pues tendre particular placer en conocerlos por sus retratos, ya que no sea por su trato.

Queria haberte escrito hace dias para decirte que el 16 recibí carta de tu madre fha el 3, sin novedad. Me habla mucho de ti, contestando á una indicacion mia, de que me duele que las probabilidades sean de que tu destino es en America, y no en Espana, donde quisiera yo verte en rumbo de ocupar una posicion lucida. Me dice que eso la gustaria tambien, aunque no lo viera, pero que es cosa secundaria, y lo principal, y que mas desea, es que adquieras la instrucion y aptitudes necesarias para ser independiente.

A esta carta contesté yo el mismo dia 16 que la recibí expresando mi sincera conformidad con su pensamiento, y como consecuencia natural y logica mi deseo de que ya que estas en Alemania // y has empezado alli tus estudios no te quedes á medio camino, ni desistas hasta obtener el grado de doctor en filosofia por la Universidad de Berlin. Yo creo que ese titulo te seria utilissimo en todas partes, y mas especialmente en America, porque podria considerarse como el complemento de la instrucion recibida en Harvard, ó como una justificacion del buen concepto que en aquella universidad has merecido. En Espana tambien me parece que te facilitaria mucho la entrada en la carrera diplomatica ú otras ventajas. Veremos el rumbo que toman los sucesos.

Que aparecieras en Avila impensadamente seria siempre con mucho gusto mio; pero no creo que eso pueda ser motivado por una guerra, al menos mientras viva el Emperador Guillermo; porque él ha expresado repetidas veces que tiene la esperanza de que no se turbará la paz en Europa durante el resto de sus dias. Si muere pronto, no sabemos el rumbo que // tomara la politica esterior de Alemania pero yo no creo que el principe imperial ó *Cronpring*, como aqui le llaman, quisiera inaugurar su reinado con una guerra formidable. Y si Alemania no quiere, no habrá guerra, porque esa nacion es ahora como Hercules, que venia sin combatir, enseñando la maza.

Mañana escribiré á Boston, para que reciban noticia tuya del 17.

Gracias por la copia de tu matricula. Veo que Alemania ha puesto de moda los titulos academicos en grandes carteles, porque en el raquitico instituto de Avila, le han dado uno á Juanito de sobresaliente en primer año que tiene mas de un pie en cuadro, y está escrito con letras gordas y de colores.

Hoy han acabado el carpintero y el vidriero la obra de la habitacion de M<sup>a</sup> Ignacia. Mañana principiaré yo la pintura de remate.

No hay novedad en esta familia. Santiago lo mismo. Yo muy animado // á dar paseos largos que me prueban muy bien. Anteayer fui á comer á la Venta de Pinilla, camino de Bejar, pasando el puente, á la izquierda. Está legua y media, de manera que anduve nueve millas. El otoño es la estacion que me aprovecha.

A ver si estoy valiente cuando vengas.

Comunicaré tu recuerdo á D. Candido. Dicen aqui las mugeres, que no debe haber renunciado enteramente á Elvira, porque viene á menudo y pregunta por ella. La ultima vez, yo no le vi, pero me dijeron que habia venido muy abajo, con uniforme nuevo, flamante, de capitán efectivo. Es hombre que me gusta.

Escribeme, dime muchas cosas.

Tu padre

A. Santayana

Al menos el domingo.

A. Santayana

CARTA N° 45

Avila 28 de Octubre 1886

Querido Jorge: hoy jueves esperaba tu carta del domingo, pero me he llevado chasco. En cambio he recibido la que remito adjunta.

Josa me escribe una carta muy cariñosa y la contesto largamente. Parece que en aquella familia no hay novedad. La ultima carta que habian recibido tuya era de Dresden anunciando tu proxima salida para Berlin. Aqui no hay tampoco novedad. Santiago lo mismo. Anoche estuvo aqui D. Candido y le enseñé las 5 vistas de Dresden, que le parecieron muy bien. Le participé tus recuerdos y lo que me dices para él en tu ultima. D. Pelayo tambien estuvo ayer por la mañana, y tambien vio las vistas, y leyó tu titulo de matricula, que entendio á medias. Juanito sacó una copia de él para traducirlo, pero // todavia no lo ha hecho. Yo estoy estos ultimos dias algo acatarrado; pero creo que pronto volveré á dar paseos largos.

Me gustaria que me mandases algunas fotografias de personages principalmente de algunos militares. Supongo que habra reproducciones muy baratas, porque las hay en Madrid en la puerta del Sol, por un real cada una. No son muy buenas ciertamente, pero dan idea de lo que representan.

Confio en que recibiré carta tuya antes del jueves proximo; y mucho sentiré que se pierda alguna de tus cartas. Es extraño que se pierdan porque mis señas son sencillissimas y no se pueden equivocar—

Memorias de toda esta familia, y tu no te descuides, y escribeme pronto.

Tu padre

A. Santayana

CARTA N° 46

Avila 29 de Octubre 86

Querido Jorge: hoy recibo tu carta del domingo 24 que yo esperaba ayer. Tus dos ultimas anteriores han venido en jueves. Me he levantado á las 10, porque estoy muy acatarrado, y quiero salir asi que acabe de comer para dar un paseo largo, á ver si con el ejercicio me quedo bien. Ha principiado á helar por las noches, y los achacosos estamos mal con el cambio de tiempo. M<sup>a</sup> Ignacia tambien está en la cama con resfriado é indigestion. Mariquita tuvo hace dias alguna novedad; pero hoy se ha levantado muy temprano para informarse de como habiamos pasado la noche.

Mañana buscare la carta de Roberto en que me habla de juntar cuartos para cuando quiera casarse, y leere la composicion de tu amigo Houghton; y muy pronto volveré á escribirte. //

Ahora cierra esta carta porque vamos á comer. Estoy muy contento con tu carta, porque ya recelaba que no me hubieras escrito el domingo, y ha sido por eso mas mi satisfaccion, y por los detalles que me cuentas: son los asuntos que mas me gustan, porque, como ya te he dicho, sabiendolos me parece que estoy contigo.

Tu padre

A. Santayana

Avila 4 de Noviembre 1886

Querido Jorge. Cuatro letras para que sepas que he recibido tu carta del 31, (domingo) ultimo. Me la trajeron á la cama como á las 9, y á pesar de mi poca vista y poca luz la leí perfectamente. Me levanto tarde; comemos á las 12 en punto: la comida me pone flojo y perezoso, y se me pasa el dia sin hacer nada. Todo es efecto del frio, que me hace mala impresion y me acobarda. No estoy peor del catarro, pero no se me quita: dicen D. Santiago y el Doctor Pelayo<sup>1</sup>, que todo lo sabe, que en este tiempo de las 10.000 almas que cuenta Avila tienen catarro las 9.000, y que el mio no es nada; pero como soy aprensivo, no me conformo sino á la fuerza y de muy mal humor.

Aguardo con gusto la guia que me anuncias, así como las fotogra-//fias. Todo lo que venga de tu mano me interesa en el alma. Ayer recibí carta de tu madre fha 20 de Octubre, y con sello de New York fha 21. No había novedad. Susana muy descontenta. Tu madre firme en su resolución de no dejar á Boston, donde dice que está el porvenir de todos sus Hijos<sup>2</sup>.

Son las 4 de la tarde: se pone oscuro. Manuel me espera para salir á paseo. Cierro esta carta para llevarla yo al mismo correo, para que vaya en el express, y llegue á tiempo de servirte de recuerdo para que no falte carta á tu padre.

A. Santayana

1. Referencia humorística al médico, que se llamaba D. Santiago y al que era motivo de la burla, D. Pelayo.

2. La madre de Santayana se equivocó, pues sólo Roberto encontró su porvenir en Norteamérica. Santayana acabó en Europa y sus dos hermanas en Avila. El triple subrayado de D. Agustín muestra su interrogante escepticismo a Jorge.

Avila 7 de Noviembre 1886

Querido Jorge: me preguntas en una de tus cartas cuando me ha dicho Roberio que está juntando capital para casarse. Pues en su ultima carta, fha 6 de Agosto hay un parrafo que dice así:

«Yo solo cobrando el mismo sueldo que antes \$1440 — al año; asi es que puedo economizar bastante todos los años, y hacer un poco de capital para cuando quiera casar».

Adjunto remito una copia de tu matricula que hizo Juanito para traducirla en su casa, con su traduccion castellana que ha visto su profesor de latin, y la ha aprobado<sup>1</sup>. Tiene Juanito un magnifico diccionario, mucho mayor de los que habia cuando yo estudié, y veo que ha aprendido en un año mas que yo en dos. No hay duda de que ha mejorado mucho la enseñanza en España el ultimo medio siglo, y eso consiste // en que se ha emancipado, no enteramente, pero en mucha parte, de la tutela clerical, que en mis tiempos la tenia monopolizada. Y si los de mi generacion aprendimos algo, fue privadamente, y á hurtadillas de la Universidad. Es posible que dentro de otro medio siglo se podra aprender en España lo mismo y con la misma facilidad que en cualquier otro pais de los mas adelantados.

Ya he vuelto á leer la balada de Houghton á D. Quijote.

«Ah! fame is dust, my brave old Don!<sup>2</sup>

Hace algun tiempo lei que un literato ingles (no recuerdo su nombre) estaba recorriendo los pueblos de la Mancha, para imponerse en los habitos, costumbres, y modo de hablar de los habitantes aquellos sitios que fueron teatro de las aventuras de D. Quijote, para hacer una traduccion de la obra de Cervantes mas perfecta que las que // hay en ingles. Tambien hay en The Nation un articulo sobre el mismo tema que debe estar escrito por persona muy versada en el castellano. Pero me parece que la traduccion del Quijote á cualquier otro idioma es mucho mas dificil que la de los autores clasicos antiguos ó modernos por estar llena de equivocos, refranes y modismos populares, cuyo sentido no puede darse con palabras equivalentes de otros idiomas.

No estoy enteramente bien de mi catarro. Anteayer fui á la dehesa Palencia, donde estuvimos á merendar una tarde Elvira, Manuel, tu y yo, y tome dos vasos de leche, á ver si me probaba bien con el paseo, para en tal caso repetir la expedicion. No tuve novedad, pero si la leche me hizo algun bien, en cambio el aire frio que reinaba me molesto mucho. Asi es que no volveré mientras el // tiempo no mejore. En el momento de llegar yo á la casa del guarda<sup>3</sup> me salieron al encuentro las tres hijas, y la menor me preguntó la primera y con cara muy ri-

1. Efectivamente, acompañando a la carta, aparece una hoja aparte con el texto en latin y la traduccion, pero no consideramos necesario transcribirlas aqui.

2. ¡Ah, la fama es como el polvo, mi valeroso y viejo caballero!

3. En aquel tiempo ocupaba este puesto «El Tio Alforjas», primo carnal del bisabuelo de quien escribe estas notas —si se me permite la vanidad.

sueña «¿Y el hijo de V., aquel que estuvo aqui una tarde?». Se conoce que ella notó que te habia parecido bien. Creo que nos dijiste que aquella chica era una de las tres unicas guapas que habias visto en Avila. Yo la dije que estabas bueno, bastante lejos de aqui; y que me alegraria muchisimo de que volviera á verte en la Dehesa en mi compañia, lo cual no es imposible que suceda.

Hoy recibo el Harper y The Nation ultimos con faja de letra de tu madre, señal de que no hay novedad.

Me alegra de que puedas leer The Nation, porque sé que te gusta, y me parece un periodico muy util para estudiantes por las reseñas que trae de libros nuevos.

Basta por hoy tu padre

A. Santayana

Avila 11 de Nov. 1886

Querido Jorge, hoy jueves recibo tu carta del domingo, y con ella las cuatro fotografías de Berlin que te ha parecido enviar me, y me gustan. D. Pelayo esta mañana las ha visto tambien, asi como el mapa de esa capital que me mandaste con la guia y recibí el lunes. Figurate si estaré contento. Ya encontrado tu calle en el mapa, y pienso estudiarlo bien para saber las distancias que recorres.

De vuestro proyecto de viaje á Londres te diré desde luego que me alegraré de que se realice. Me gustaría que fuera en buena estacion, y no cuando Inglaterra y mas particularmente Londres esten cubiertos de niebla, aunque bien conozco que no es malo ver un pais en las circunstancias que mas le caracterizan, como Rusia en el rigor del invierno y Egipto en tiempo de inundacion. Tambien me gustaría mas // que hicieseis la travesía desde Amberes, ú otro punto mas cercano á las costas de Inglaterra.

Yo no sostendré que aquella nación sea la mas adelantada. Una vez en la fonda de Madrid hice conversación con un suizo-aleman que comía á mi lado; Me dijo que Alemania era el país mas adelantado del mundo; yo le pregunte si mas que Inglaterra ó los Estados Unidos y me dijo casi enfadado «en las ciencias, si señor». La aplicación del vapor y de la electricidad se deben a Alemania. La imprenta, si, pero creo que la imprenta no fue invención original, sino importada de China, donde se conoce de tiempo inmemorial, por los viajeros europeos de la edad media, como Marco Polo, y otros que de palabra pudieron dar idea de ella á su regreso á Europa. Pero fuera de eso, no se puede dudar que Inglaterra es hoy el país mas importante, por su riqueza, por su industria, por su formidable marina, y por la indole de sus habitantes, á quienes Emerson califica como la primera ó la mejor raza humana<sup>1</sup>.

Mucho puedes aprender oyendo á los profesores que me nombras. No importa que no te quede tiempo para leer. Se queda mas impreso lo que se oye que lo que se lee, y ademas tienes muchos meses de curso, y á la larga podrás leer todo lo que quieras. Dice la guia que se puede pasar un dia muy agradable y aprovechado en el jardín zoológico, donde hay un restaurante de 1<sup>a</sup> clase. Puede ser que vayais tu compañero M. Strong y tu alguna vez; pero si es domingo que sea despues de mi carta.

Pronto volveré á escribirte.

De Boston no he recibido noticias // despues de mi ultima.

En esta familia no hay novedad. Yo siento mucho el frío este año. Procurare defenderte de él lo mejor que pueda.

Tu padre

A. Santayana

1. Santayana heredó de su padre ese afecto por el mundo inglés y a ello dedica muchas páginas de sus libros, pero en particular aquellas que reunió bajo el título de *Soliloquies in England* en las que retrata de modo magistral el carácter inglés.

CARTA N° 50

(sin fecha)

Querido Jorge

Hoy jueves 18 de Noviembre recibo tu carta del domingo, con los retratos del emperador y de Bismarck. Los ha visto D. Pelayo y me los ha pedido para enseñarlos á sus amigos.

Me he levantado muy tarde (á las 11) por haber pasado la noche medianamente, y en afeitarme, limpiar la ropa y las botas; y en comer á las 12, se me ha pasado el tiempo hasta ahora que son las 3 de la tarde; y como quiero dar un paseo hasta Vico para aprovechar el buen tiempo que esta haciendo y no puede durar muchos dias, á ver si esta noche duermo mejor, no te escribo mas hasta mañana, que lo haré con mas atencion, aunque no sea mas que para que te sirvan mis cartas de recuerdo y aviso de que espero las tuyas, con mucho interes, y con miedo de que me falten.

Doyte pues las gracias por la que acabo de recibir y cierro esta deseandote muy buena salud para aguantar los frios que se van acercando,

Tu padre

A. Santayana



Institución Gran Duque

CARTA N° 51

Avila 25 de Nov °. 1886

Querido Jorge: hoy jueves recibo tu carta del domingo 21 con los retratos del Cronpríncipe y su hijo mayor, que están muy bien. Los retratos, las vistas y las guías, están hoy en manos de Kaiser el relojero que manifiesta interés en verlos. No ha venido D. Pelayo todavía, pero creo que vendrá más tarde, porque no suele faltar los jueves a saber de ti. Me sucede lo mismo que el jueves último. Me he levantado muy tarde, por miedo al frío, luego pusieron la mesa, y después me he visto apurado para escribir y poder llevar la carta al correo antes que sea de noche. Así es que seré corto; pero en cambio te remito adjunta la última carta de tu madre, que me ha hecho muy grata impresión, y espero que leerás con gusto. Devuelvemela.

Mucho me alegra de que hasta ahora // te pruebe bien ese país. Dices que todavía no ha hecho frío, aunque las noches son largas. El frío intenso vendrá después; pero creo que no será peor que en Boston. Ya me lo dirás a su tiempo. Puede ser que no se acostumbren en Berlín los *fuinaires* y se pase mal en las Catedrales. Aquí hiela bien por las noches y madrugada, y ya no queda una hoja en ningún árbol excepto en las encinas. Aquí el aire es tan fino, a causa de la altura, que hace más sensible el frío, aunque no pasa muchos grados bajo cero. Por eso yo, que no estoy del todo libre del catarro, no puedo hacer casi nada, como no sea dar paseos largos, y sin parar, para no enfriarme. A ver si puedo asentarme y escribirte más largo otro día. Ahora cierra esta deseandote como siempre, buena salud y resistencia contra nieves y fríos.

Tu padre

A. Santayana

CARTA N° 52

Avila 2 de Dic<sup>e</sup>. 86

Querido Jorge, hoy jueves recibo tu carta del domingo, con la que me devuelves de tu madre. En esta me pregunta si está todavía en casa M<sup>a</sup> Josefa; y sin poder evitarlo me ha ocurrido la idea de que quiera saber si está la casa desocupada, por si se la antoja venir á España, y parar en Avila. Este es el motivo principal porque la carta me causó mas impresión que otras. También he tenido mucho gusto en saber por ella que desea que puedas completar tus estudios en Berlin hasta obtener el grado de Doctor en filosofía, lo cual queriendo tu, deseandolo yo, y estando conforme y propicia tu madre y toda la familia, me parece cosa facil. Que tengas salud y buen animo, y que viva yo para verlo.

Es una escelente ocurrencia que la Nena y su esposo te ofrezcan // su casa en Londres para cuando vayas. Pero supongo que si vas con tu compañero Strong, no podras hacer uso de tan feliz ofrecimiento, por no separarte de él, aunque ambos podreis aprovechar las recomendaciones de aquellos señores.

Tengo esperanza de que esta semana no me sucederá como la anterior, que me proponía escribirte largamente, y no lo hice, por estar acobardado por el frio y mi pertinaz catarro.

D. Candido está amenazado de que le trasladen á otro destino. Manifiesta sentir mucho salir de Avila. Me dice que va á hacer todo lo que pueda por quedarse. Me encarga muchas memorias para tí.

Otro dia te escribiré mas largo

Tu padre

A. Santayana

(Sin fecha de encabezamiento)

Querido Jorge,

Hoy, Viernes, 10 de Diciembre, (ayer equivoqué la fecha)<sup>1</sup> recibo tu carta del domingo 5. Ya estoy contento. Moltke<sup>2</sup> segun el retrato suyo que me mandas, tiene trazas de vivir todavía mucho tiempo, aunque si no me acuerdo mal debe tener casi tanta edad como el Emperador. Aquí hemos leído hace poco el extracto de un discurso que ha pronunciado en el Reicshtadt, (no se si va mal escrito) abogando con gran calor por el aumento de las fuerzas militares, por costoso que sea, porque ante la necesidad de mantener la integridad del imperio, tal como ahora está constituido, contra los enemigos que le amenazan por el Oeste y por el Este, la cuestión económica ocupa un lugar secundario en la política del presente. Yo sigo creyendo que no habrá guerra europea porque todos los gobiernos deben temblar considerando los estragos que // causaría, vistos los tremendos agentes de destrucción de que están armadas todas las grandes potencias.

La misma enormidad de los armamentos que hacen debe prevenir la guerra por lo que dice el refrán latino: «Si vis pacem, para bellum».

Te estimo la explicación que me das de lo que se necesita para obtener el grado de doctor en Alemania, y me lisonjear pensando que no debe ser muy difícil para ti, porque no dudo que en tres años aprenderás el idioma alemán lo bastante para escribir en él una disertación en buen estilo sobre algún tema que hayas estudiado y domines. En castellano podrías hacerla muy bien, casi sin necesidad de ninguna enmienda, y eso que ya podrías haberlo olvidado.

Cuando hayas leído el Fausto de Góethe, ya me dirás, y yo procuraré recordartelo, si podrías hacer una explicación de la segunda parte que estuviese al alcance de nosotros los miserables mortales<sup>3</sup>. La que precede a la traducción francesa que yo tengo es tan difícil de comprender como el testo. Dice entre otras cosas que aunque no se entienda a la primera lectura, a la segunda ya se entenderá un poco, y cuando se haya repetido muchas veces, se acabará de entender y se admirará su mérito. De modo que sería necesario estar leyendo el Fausto toda la vida. Me acuerdo de haber leído en Emerson que es lastima que un genio colosal como el de Góethe no se hubiese desprendido de lo pasado para ocuparse en lo futuro.

Nada ocurre de particular en esta familia. Yo estoy mejor de mi catarro y estoy especialmente, muy contento con tu carta.

¿Ha vuelto Mr. Strong?

Tu padre

A. Santayana

1. Esta carta del 9 de Diciembre, de la que dice que equivocó la fecha, no llegó a manos de Jorge. Parece que se perdió, como se dice en la del 6 de Enero de 1887.

2. Helmuth Karl Bernhard, Graf von Moltke, nacido el 26 de Octubre de 1800. Fue Jefe del Estado Mayor General de Prusia y Alemania, y moriría el 24 de Abril de 1891.

3. El ensayo de Santayana sobre Góethe se encuentra en el capítulo IV de *Three Philosophical Poets: Lucretius, Dante, and Goethe*.

Avila 18 de Dic<sup>e</sup>. 1886

Querido Jorge

El jueves 16, dia de tu cumpleaños, recibí tu carta del domingo 12. No habias recibido todavia, pero creo que las habras recibido despues dos que te escribi, una el jueves anterior, y otra el viernes, que fue cuando llegó á mis manos la tuyas del 5 con el retrato de Moltke. Anteayer 16 no te escribi, porque á poco de levantarme de la cama vinieron Manuel y Manuela, y D. Pelayo, y en seguida emprendimos la marcha para Vico. Yo les habia invitado el dia antes para una comida de pueblo en la cantina, en recuerdo y celebracion de tu cumpleaños. Y en efecto pasamos el dia alegremente: comimos huevos fritos, magros, longaniza, sardinas de lata y queso manchego, todo sazonado con dos cuartillos de vino tinto dulce del que bebimos D. Pelayo la mitad, yo la cuarta parte, y el padre y la hija lo // restante. Por la tarde atravesamos el monte para hacer una visita á la familia del guarda de la Palenciana, donde merendamos una tarde tu, Manuel, Elvira y yo. Llegamos á casa al anochecer, y yo fui con Manuel y Manuela á la suya, dejando á D. Pelayo durmiendo la mona en la camilla de mi habitacion. A mi regreso á casa puse en el correo un paquete con 5 *Liberales* para ti. Ya me dirás si los has recibido. Como lees los debates del parlamento aleman, me gustaria que leyeras tambien algo del debate politico que tiene lugar actualmente en nuestro congreso, ó camara de diputados. Esta tarde ó mañana te mandaré los *Liberales* en que termina la reseña del debate, que debio concluir anteayer, con un discurso resumen de Sagasta, el presidente del Consejo de Ministros.

Me decia tu madre en una carta que se alegraba de que me escribieras // todos los domingos porque asi estaria yo complacido y tu no olvidarias el castellano. Esto deseo yo tambien, y para contribuir á ello te iré mandando alguna lectura. Aunque yo no temo que te se olvide el castellano, porque lo escribes bien. El unico defecto que encuentro en tus cartas es algun descuido en el uso de la h, el cual no dudo que no tendrias en cuanto te fijaras un poco mas: he conocido españoles, que con haber estado algun tiempo en el extranjero cometan muchas faltas de ortografia y de sintaxis pero á ti no te sucede eso, aunque tienes mas motivos, y mas ahora que no oiras una palabra en castellano. Y á propósito, ¿no podrias hacer relacion con algun joven de la embajada?

He pensado en lo que me dices: que te parece que Göethe representa una especie de segundo renacimiento. El primero se refiere (si no me engaño) á la literatura y las artes. ¿Y el segundo? ¿A las ideas, // á las creencias, al modo de explicarse lo sobrenatural, que era propio de la antiguedad pagana? Quisiera que me volvieras á decir algo sobre el tema del segundo renacimiento. A no ser que temas que no he de poder comprender los profundos pensamientos que te sugieren tus estudios filosoficos con vestidura germanica.

Por lo que vas leyendo conocerás que no estoy mal de salud. En efecto, acaso por que estos dias hace templado, yo me siento mejor; pero no se me quita el miedo á las fuertes heladas intermitentes que debemos esperar hasta

bien entrado Mayo.  
Cuidate mucho del frio escesivo, y no dejes de escribirme como hasta ahora  
Tu padre  
A. Santayana

<sup>1</sup> Un escrito de este que contiene una referencia a la Psicología de la violencia. Traducción realizada por los autores en 1973. Ver The Letters of George Santayana, Cambridge, William Belknap Press, 1973.

CARTA N° 55

Avila 23 de Dic<sup>e</sup>. 1886

Querido Jorge

Hoy llega puntualmente tu carta del domingo 19. Me dices que has recibido una carta mia y los *Liberales*. Me parece que te escrito dos cartas y despues te he mandado otros dos *Liberales*, para que tengas completa la reseña del debate politico. A casi todos los grupos republicanos les ha disgustado mucho la actitud de Castelar, tan benevolia para con el gobierno. Ya habras visto lo que dice el Liberal de su ultimo discurso-rectificacion, que califica de comico-lirica. Para que puedas formar juicio por ti mismo, sin la prevencion que debe infundir la critica del Liberal te mando un globo, que es el organo de Castelar, con el discurso comic lirico integro.

Lo unico que no me gusta en // nuestro orador-poeta es que apoye la union de la iglesia y el estado, que Salmeron llama «un complot contra la dignidad humana». En esto no me refiero á los discursos pronunciados en el ultimo debate, sino á otros anteriores, fuera de las Cortes. Este es el motivo, á mi parecer, por el que se levanto tan gran polvareda contra Salmeron cuando hablo en el congreso, aunque no toco á la cuestion religiosa. Me parece á mi que hombres independientes, que no tienen la responsabilidad actual del gobierno, deben ser frances como Salmeron para que sus mismas ideas se propaguen, aunque si alguno de ellos llegase á estar en el poder, prescindiera mas ó menos de su ideal, segun las circunstancias. Aqui el escollo en que naufraga toda mejora, todo progreso, es el *clericalismo*. // Y esto no porque lo haya dicho Gambetta. Las dos guerras civiles que hemos tenido lo dicen bien alto.

Yo no encuentro nada extraño que no tengas facilidad para hablar aleman. Lo mas dificil es entenderlo al oido. Lo demas es cuestion de tiempo y de ejercicio practico.

Yo tambien he tenido noticias de Boston, carta de tu madre fecha el 5, sin novedad; y una fotografia de la casa de Roxbury, por cierto muy confusa: pero tengo para completarla la vista que tu hiciste aqui el 83.

Vamos á comer. Elvira sigue en Malaga, y me encarga que te de memorias de su parte. Ya habla de volver por aqui. Santiago lo mismo, estos dias mas quieto y callado que antes. Los demas buenos, y yo mejorado.

Tu padre

A. Santayana

Avila 6 de Enero de 1887

Querido Jorge.

El dia 10 de diciembre era viernes, y contesté á la tuya del domingo anterior. El dia antes la esperaba, con la pluma en la mano para acusarte su recibo; y aunque no vino te escribi, aprovechando la buena disposicion en que me hallaba para ello. Era jueves, 9. No se que defecto tendria aquella carta, que ocasionara su estravio. Lo siento, no porque te comunicase nada importante, sino porque desanima el recelo de que se pierdan las cartas. Veo que has recibido todas las demás; los *liberales* completos, el *Globo*, y el almanaque.

Hoy recibo la tuya del 2 y la tengo á la vista con la del 26 de Diciembre, á que no he contestado hasta ahora. Y no por falta de intencion, ni de asunto, sino porque á mi encogimiento habitual en tiempo frio, se han unido varios incidentes // menudos, aunque por fortuna no la falta de salud, pues estoy limpio de catarro y bien dispuesto para ir casi todas las tardes á Vico. Me abrigo bien, y sudo en el camino: creo que asi se me ha quitado la tos. Manuel y su familia quisieron celebrar el Santo con una comida en la Palenciana; pero como el dia 1º hizo un tiempo infernal, de nieve y hielo, (que por cierto no me impidio el viaje á Vico) lo dejaron para el dia siguiente 2, (fecha de tu carta ultima). A ultima hora me invitaron á acompañarles, y en efecto fui con ellos. Estuve contento, aunque mientras prepararon la comida me quede helado en aquellos parmos. Luego me repuse.

Uno de los incidentes menudos á que me refiero es que me he mudado con todo mi ajuar á tu habitacion, que está ahora muy templada, por la contiguidad del horno. A la que // yo ocupaba se ha trasladado Ma Josefa con Santiago, para estar cerca de la cocina y tener sol. Mariquita se ha trasladado á la sala y alcoba que deja M<sup>a</sup> Josefa. M<sup>a</sup> Ignacia ha aprovechado tan buena ocasion para maniobrar y mover todo, de modo que en algunos dias yo no podia estar en ninguna parte ni encontraba nada en su sitio. Ahora ya es normal la situacion. Solo me falta acabar de arreglar menudencias para poder hacer algo manual de mis aficiones, porque el taller está inhabitable en este tiempo.

Queria decirte que me he fijado mucho en la noticia que me das en tu carta del 26 ultimo de que comiste el dia de Navidad en casa del profesor Ebbinghaus<sup>1</sup> (apellido puro ingles), con quien ya habias estado de convite otro dia. Y me he fijado en ello con mucha satisfaccion, porque me es muy grato que tan pronto empieces á merecer // el aprecio de los profesores alemanes. Supongo que el Sr. Ebbinghaus es aleman, porque en la carta anterior en que me decias que estabas convidado á comer en su casa, la primera vez, me decias tambien que ibas á verte apurado por no hablar bastante aleman. Y decia yo: ¿como ha de extrañar ningun aleman inteligente que Jorge no hable bien todavia su idio-

1. Psicólogo alemán que contribuyó a diferenciar la Psicología de la Filosofía. Santayana siguió uno de sus cursos en 1887. (Ver *The Letters of George Santayana*, Carta a Williams James del 9 de Enero de 1887).

ma, cuando hace tan poco tiempo que está en el país? Si lo entiende, y se puede dar á entender en él, aunque sea con alguna dificultad, y despacio, ya es mucho, ya se puede confiar en que á su tiempo podrá hacer con lucimiento los ejercicios necesarios para el grado de doctor.— Y que yo vea.

Hace mucho tiempo que no escribo á Roxbury. Deseo dar abundante desquite en lo sucesivo. Que no me lo impida el frío.

Tu padre

A. Santayana



Avila 13 de Enero 1887

Querido Jorge.

Aunque escrita el lunes 10, recibo tu ultima carta hoy jueves 13, un dia antes que otras veces, o sea, lo mismo que las de los domingos. Parece que el clima de Berlin es mas suave que el de Avila, aunque mucho mas al norte. Ya tenia yo esa idea, fundado en lo que he leido. Por algo se multiplica mas la gente en esos paises, y es mas robusta. A ver si te prueba bien, como hasta ahora, y te pones «como un tudesco».

Yo sigo dando mis largos paseos con frecuencia, porque despues que he andado un kilomtero y principio a transpirar (bien abrigado por supuesto) es cuando me encuentro mejor. Ni al lado de la estufa en el casino, ni al brasero de la camilla en casa me encuentro casi nunca á gusto, con calor por un lado y frio por el otro: pero no me debo quejar, cuando veo que Avila está como un hospital, // y esta padeciendo mucha gente de menos edad que yo.

No olvides que te habia pedido hace tiempo retratos de tus amigos. No debe ser dificil obtenerlos. Si no los tienen, pueden retratarse ahí. Supongo que eso costará poco.

He hecho la heroicidad de escribir á Boston una carta de cuatro caras, mas que por otra cosa, por miedo de que dejen de escribirme, privandome de la mejor satisfaccion que tengo, que es saber con frecuencia de la familia. Por la misma razon te escribo en el acto de recibir tu carta, aunque ya son las 12 y me espera la sopa en la mesa, para llevar la carta al correo yo mismo. Si lo dejo para la tarde puede ser que ya no escriba hoy.

D. Candido acaba de salir de aqui. Me encarga que te de expresiones.

Recibelas de todos los de esta casa y manda á tu padre que todavia espera verte otra vez, los dos con buenos animos

A. Santayana

Avila 19 de Enero — 87

Querido Jorge,

Mañana recibiré carta tuya, y te acusaré recibo. Hoy quiero escribirte para que sepas que M<sup>a</sup> Ignacia ha tenido carta de tu madre fha 5. Dice que está buena y solo siente que Susana no este contenta, pero abriga la esperanza de que acudirá á la filosofía cuando se acabe de convencer de que no la hace feliz la religión. Dice tambien que hace mucho tiempo que no recibe carta mia y la pregunta si mi silencio consiste únicamente en el encogimiento de que suelo quejarme cuando hace frio. Tambien quiere saber si esta con nosotros todavia M<sup>a</sup> Josefa, si ha vuelto Elvira á Avila y si las dos hermanas se llevan bien ahora. Todas éstas preguntas vuelve á suscitarme la idea de si pensará venir. Puede ser, porque si tu has de continuar en Europa ya tiene dos á quien venir á ver. Yo la escribi el 11 de este. No podia haber recibido mi carta // pero la recibirá dentro de pocos dias y sabrá por ella que no me habia muerto cuando la escribi, ni estaba enfermo de cuidado, ni pensaba morirme. Y mucho menos lo pienso hoy que me encuentro muy bien. No dudo que M<sup>a</sup> Ignacia, que está hoy muy afanada escribiendo, la contará á tu madre muchos pormenores de la situación de la familia. M<sup>a</sup> Josefa y Santiago, con su Eustaquia, se mudaran de casa á fines de Mayo. Entonces hará un año que están con nosotros, y habrán librado bien de la cesantía. Tiempo será de que nos dejen en paz. Elvira, segun escribe, piensa venir; pero no lo dice claro. Parece que quiere explorar el animo en que estoy. Yo la he dicho que supongo querra pasar el invierno en Malaga para librarse de los frios de Avila; pero que si viene antes, será bien recibida, porque yo siempre soy el mismo para ella.//

Otro asunto.

En una correspondencia de Berlin que trae mi The Times leo: (2 de Enero) «Thereupon the emperor advanced, and with much tenderness embraced and kissed his stalwart son, the crown prince»<sup>1</sup>; ¿Cual es la significacion exacta de esta palabra «stalwart», y porque no está en mi diccionario manual, ni en el Walker's Pronouncing dictionary? Cuando dudo ó ignoro la significacion de una palabra inglesa, casi nunca la encuentro en el diccionario. Así me sucedio con *blackmaking*, cuando la historia de Soblerhero (?) en Boston.

Otro asunto.

En esas bibliotecas habra alguna colección del Punch<sup>2</sup>. En un numero de fines del 72 ó primer semestre del 73 hallarás si tienes gusto en buscarla, una como caricatura que representa lo siguiente Un señor sentado á la derecha, con una taza de te puesta delante en un // velador. A la izquierda dos señoritas en pie, que le miran fijamente con maliciosa (o burlona) expresion. El hombre esta dibujado de perfil, con la nariz un poco remangada, mandibula superior saliente.

1. «En eso avanzó el Emperador, y con gran ternura abrazó y besó a su robusto hijo, el principe heredero ...».

2. Revista inglesa de humor satírico, ilustrada con dibujos humorísticos y caricaturas.

te, y gran bigote. (Un aleman, mestizo de tartaro, segun mi tema) Debajo hay un escrito que dice en sustancia: «Estos señores de la raza latina, nunca aprenden bien ingles. Un amigo mio, italiano, que enseña su idioma, hace que está en Londres el mismo tiempo que yo (14 años) y todavía no pronuncia bien el inglés». Estas palabras estan por supuesto en ingles, con una ortografia que demuestra que el señor aleman lo pronunciaba infamemente. Prueba de que es muy dificil para una persona adulta coger bien la pronunciacion de un idioma extranjero. Aun viviendo en el pais donde se habla. Pero tu estas todavia en edad en que la lengua es flexible y el oido fino.

Hasta mañana, tu padre

A. Santayana



CARTA N° 59

Avila 20 de Enero 1887

Querido Jorge

Hoy, como yo esperaba, he recibido tu carta del domingo 16. Me dices que hace mas frio, aunque no hay nieve, en Berlin; pero que estas bueno. No creo que haga ahí mas frio que en Boston. Sin embargo podrá sentirse mas, si no hay costumbre de adoptar buenos preservativos. Confio en que sabrás cuidarte para que tu salud no se resienta.

Veo que te se hace muy largo el plazo de tres años para estar en Alemania. Muchas veces he pensado con cierta tristeza que estes tan apartado de toda la familia, y acaso sentirias lo que aquí llamamos nostalgia. Luego me he acordado de que yo nunca estuve tan contento como cuando principie á rodar por el mundo, y no paré hasta Filipinas, y esto en un tiempo en que no habia mas comunicacion con ellas que por el Cabo de Buena Esperanza, y tardaban las cartas // cinco, seis, y hasta siete meses, y otro tanto su contestacion. Bien es verdad que yo me hallé en muy distintas circunstancias, pues gane muchisimo en posicion, y tuve muy buena suerte en aquel país, respecto á lo que me podia prometer en Valladolid al lado de mis padres y hermanos. Y tuve la satisfaccion de poder aliviarles á todos algun tanto en su poca suerte.

Yo he aprobado con calor el pensamiento de que obtengas el grado de doctor en filosofia en Alemania, porque opino que cuando se «emprende una carrera, ó se toma una direccion, no se debe parar hasta llegar al termino natural y conseguir el objeto propuesto. Bien sabes que de mi no nacio tu viaje á Alemania, ni hubiera pensado nunca en él, si hubiera sido yo el que habia de dirigir tu instruccion. Pero en el estado en que se habian puesto las cosas, me habia parecido // muy apetecible que llegaras á obtener el grado de que se trata.

Nada te he dicho hasta ahora acerca del plan que tienes para lo sucesivo. No se si tu residencia en Alemania ha de ser continua los tres años, ó si has de pasar temporadas fuera, y si en tal caso vendrias á casa por el verano, que es lo que yo desearia. Dime algo sobre este tema, te lo ruego. Yo estoy bien dispuesto para todo lo que mas te convenga.

Me alegra mucho de que recibas con frecuencia noticias de la familia y de que Roberto te escriba. Ya le pediré yo su nuevo retrato.

Aqui no hay ninguna novedad. D. Pelayo me encarga ahora mismo que te de expresiones. Dice que el se alegraria mucho de que te hicieras aqui abogado, porque te colocarias desde luego muy por delante de la mayor parte de tus coetaneos, atendidos tus anteriores estudios, que no son muy comunes, y en situacion de aspirar á una brillante carrera.

Recibe memorias de todos, incluso Manuel y su familia y tu manda á tu padre.

A. Santayana

(sin fecha de encabezamiento)

Querido Jorge.

Hoy sábado 29 llega tu deseada carta del 23. El sello de Berlin es del 24, y el de Avila de hoy mismo. Ya sabes que mi cuidado es casi únicamente por la salud. Por lo demás estoy tranquilo, sin empeñarme en que las cosas vayan como yo mejor quisiera. Nunca se cumplen nuestros deseos, y puede suceder que esto sea para bien.

Me alegra de que pienses venir este verano. La cuestión financiera se resolverá bien, mediante la economía de tu parte y mi regalillo, que no ha de faltar (si Dios quiere, según la muletilla castellana)<sup>1</sup>. Espero verte bueno y alegre: eso me alargará la vida. No es Avila el mejor sitio de España para el verano, porque algunos días viene el viento seco y caliente pero no es de los peores.

Las mañanas y las noches son frescas: el día se pasa bien en estos cuartos bajos, y durmiendo una buena siesta. D. Cándido tendrá mucho gusto en continuar dandote // algunas lecciones de equitación. Tengo algún escrúpulo de que no te hizo provecho el verano último dormir en esta habitación caldeada por el horno contiguo, porque no te gustaba tener abierta la ventana de noche, según aconsejan los médicos ingleses. Yo estoy pasando en ella el invierno tan perfectamente como no podía imaginar. En fin de Mayo ó principios de Junio se mudarán á otra casa M<sup>a</sup> Josefa y Santiago (es cosa acordada y resuelta). Quedará libre el piso alto, y tendrás tu cama en el mismo sitio que el 83. Allí no se siente nunca calor.

Me han traído de Madrid dos obras del Santayana que buscamos en casa de D. Jacobo. Veo que nuestro antepasado escribió mucho, y fue muy estudioso, y bastante instruido para su tiempo (1743-1745)<sup>2</sup>.

Ya veo lo que es Stalwart<sup>3</sup> y porque // no está en los diccionarios manuales, (por ser anticuada y de poco uso hasta tiempos recientes, como me dices) La había visto esa palabra en los periódicos americanos. Gaitán (?) (el asesino) dijo una vez en el tribunal que él era stalwart, y entendía yo que se podía traducir (acerrimo republicano). Veo que se aplica también á lo físico.

Sigo dando paseos á Vico, muchas tardes, con gran provecho y gusto, pero hoy viene Manuel temprano y yo á salir con él á dar unas vueltas por el mercado grande y poner esta carta en el correo.

Te he mandado un Imparcial creyendo que te gustaría ver lo que hace M. Cumberland. Esto pertenece, creo yo, á la fisiología, que es uno de tus estudios.

Tu padre

A. Santayana

1. A pesar de su escepticismo, D. Agustín utiliza estas muletillas castellanas, lo mismo que hará después Santayana en cartas escritas en los últimos años de su vida a los familiares de su hermana Susana.

2. Al parecer, un hombre de negocios que escribió algún libro sobre comercio internacional, «abogando por una política de aislamiento y autarquía». (*Persons and Places*, p. 11).

3. «Stalwart» se refiere igual a la «robustez física» que a la cualidad espiritual de valentía y lealtad incondicional.

CARTA N° 61

Avila 3 de Febrero de 1887

Querido Jorge. Cuando me dices en tu carta del 30 ultimo, que recibo ahora, que el tiempo es hermoso en Berlin, te encuentras bueno y á gusto. Lo mismo digo yo aparte los muchos años y defectos, no puedo estar mejor. Toda esta familia esta bien, menos Santiago que no adelanta, como no sea hacia el termino probable y fatal de su terrible enfermedad. Elvira escribe anunciando su regreso á Avila cuando consiga Jesus Perez su traslacion á Castilla, que aprovechará la ocasion de su compañía y la de Luisa para el viaje: Siempre me encarga memorias para ti, y en su ultima carta tambien para D. Pelayo y para ...<sup>1</sup> D. Candido.

No tengo carta de Boston, pero no puedo quejarme. Los periodicos vienen con puntualidad.

No estraño que el teniente aleman diga que habra pronto guerra con Francia // porque creo que los alemanes acarician mucho la idea de comerse y beberse todo lo que haya comible y bebable en aquel rico pais. En la guerra pasada se bebieron cuatro millones de botellas de champagne. No les gustaria tanto una guerra con Rusia, la cual, si se realizase seria mas provechosa para el progreso de este viejo mundo que la de Francia. Ese teniente, y los demas militares que piensan como el no haran caso de las palabras que hace pocos dias pronuncio el Emperador y nos trasmisio el telegrafo «No dudo que la llamada de 72.000 hombres de la reserva al servicio activo provocará rumores de guerra; pero yo afirmo terminantemente que no habrá guerra. Lo que nos proponemos es que los soldados de la reserva aprendan el uso del fusil de repeticion y á los 12 dias volverán á sus casas».

Ya se va acercando el tiempo en que pensabais ir á Londres. Dime algo sobre el particular//

Ya vamos á comer y quiero cerrar esta carta y llevarla al correo pronto para quedar espedito y dar esta tarde un passeo á Vico. No sabes que bien me hace este ejercicio. Creo que es para mi una necesidad.

Recibe memorias de toda esta familia y no te olvides de enviarme los retratos de tus dos amigos agrupados contigo.

Tu padre

A. Santayana

1. Recuérdese que D. Cándio era un pretendiente de Elvira no correspondido, aunque aconsejado por la familia; de ahí los puntos suspensivos que usa D. Agustín.

Avila 10 de Febº. 1887

Querido Jorge

Hoy jueves recibo tu carta del domingo 6. Quedamos en que me avisarás cuando esté resuelta la cuestión del viaje á Inglaterra. Me alegraría de que se realizase, si estuviera en Londres la Nena, con su esposo, porque este podría introducirte en partes donde aprendieras mucho acerca de las costumbres y maneras peculiares de los ingleses: ademas de que hay muchísimo que ver y observar en una ciudad de cinco millones de almas.

Anteayer recibí carta de tu madre muy afectuosa. Me habla mucho de Susana: dice que ésta sigue triste y descontenta, aunque goza muy buena salud, y habla de acabar sus días en un convento, si bien antes quiere volver á España y visitar Roma. En tiempos pasados la proponía yo que fuesemos los // dos á Roma, destinando 500 quinientos duros cada uno ál viaje de ida y vuelta. Sería bueno que lo que no se verificó entonces se verifique algún día, con la diferencia de que fuese el hijo en lugar del padre el acompañará a Susana. Yo siempre he llevado sus ideas y devociones, porque en ella no me han repugnado ni parecido mal, acostumbrado como estoy á ver muchas mugeres en el mismo caso, principiando por mi madre que era en esto tan estremada, que no encuentra palabras para expresarlo. Lo que yo no quería, lo que yo temblaba era que te infundiera á ti una preocupación incompatible con todo proceso intelectual. Hay aquí muchas personas, como aparenta ser D. Pelayo, que no quieren oír ni leer ni saber nada, sino por conducto y órgano clerical. Hablando // una tarde del movimiento de la tierra, le decía yo que anda 300 leguas por hora, y me contestó que eso no era creíble, y que todavía hemos de venir á reconocer que la tierra no se mueve, sino que el sol gira á su alrededor como dice la sagrada escritura, que no puede equivocarse. Y D. Pelayo ha cursado once años en la Universidad de Salamanca! Aquella universidad tan celebre en otro tiempo se había convertido en un Seminario de Curas, bajo el imperio de la iglesia<sup>1</sup>.

Te he enviado unos periódicos para que veas las noticias que aquí tenemos acerca de si habrá guerra ó no. Yo me he fundado para opinar que no, mas que en ninguna otra cosa, en las palabras del Emperador. Algo me hace dudar lo que nos cuentan que ha dicho ultimamente, y está // en uno de los Imparciales, á saber, que otra vez que se disolvio el Parlamento, como ahora, se siguió inmediatamente la guerra. No sé el alcance que tendrán estas palabras, que tanto se han comentado. Pero me inclino á creer que no tienen tendencia belicosa. Lo que no dudo es que de Alemania, y principalmente del emperador depende que haya ó que no haya guerra.

1. Contrastá en este párrafo el anticlericalismo teórico y metodológico con esa gran tolerancia que demuestra para con las personas concretas que sinceramente siguen los dictados religiosos; y destaca, sobre todo, esa intención didáctica de evitar los obstáculos del fanatismo al progreso intelectual del hijo.

Se hace tarde, porque me he levantado despues de las 11, luego me llamaron á comer, luego fui al casino para quitarme el frio en las estufas y á mi vuelta á casa, viene Manuel.

Tu padre

A. Santayana.



seguíndole entre sus más variadas ideas y modos de expresión lo que llevó él en su memoria. Y como gilas sueltas en zonas deshabitadas que quedan en la memoria de los que han vivido allí, se desprendió del todo lo que se había quedado de su pensamiento y de su actividad, y quedó en el fondo de su memoria, en su memoria de fondo, una especie de caja fuerte que contiene lo que él consideraba de su vida más importante y más útil, y que no se pierde ni se borra.

Avila 17 de Febº. de 1887

Querido Jorge. Hoy recibo tu carta del domingo 13.

Aunque no nos importa mucho la cuestion de la paz ó la guerra, ni á nosotros los españoles, ni á los americanos, es el caso que como los periodicos no cesan de machacar en ella, tiene por fuerza que preocupar á todo el mundo. Yo creo lo mismo que tu, que es inevitable una guerra entre Alemania y Francia; pero es imposible adivinar cuando, y sigo creyendo y apostando con D. Pelayo á que no será este año. Me fundo, como sabes, en que Francia no está en disposicion de tomar la ofensiva, y Alemania no hará mas que lo que quiera el emperador. Este parece que ultimamente se ha expresado en terminos algo dudosos; pero me atengo a sus palabras, asegurando que no habrá guerra, // si pierdo la apuesta dire que el Emperador Guillermo, no es una persona tan formal como yo decía, y tan amigos como antes.

Me acuerdo mucho de que estará haciendo un frio atroz en Berlin, porque aqui esta nevando mas de lo regular. Yo he perdido algun terreno la ultima semana, y no me encuentro tan bien como antes. Espero que pronto habrá blandura y estaré mejor. Toda esta familia se ha resentido, mas ó menos cada cual de ello. Manuel y la suya no tienen novedad, pero tambien se quejan del mal tiempo. Aunque me complazco en creer que estas bueno, me gustaría que me dijeras como te compones para defenderte del frio y si estan bien templadas las catedras á que asistes.

No hay carta de Boston; pero si periodicos con letra de tu madre: Tambien recibo el Weekly Times. Este habla // poco ahora de Alemania y Francia, y eso poco es mas bien con referencia á la cuestion de Oriente, que es la que en primer termino interesa á los ingleses. Todo ingles tiene al parecer á Rusia montada en sus narices.

Decia en uno de sus articulos de fondo que Rusia con sus enormes armamentos, y su politica de expansion territorial, amenazando siempre descargar el golpe ya por el oeste, ya por el este, ya por el sur, tiene á toda Europa á sus pies. He leido una conferencia que tuvo un reportero frances con el jefe del partido catolico en Alemania. Este, al despedirse dijo que los armamentos de Alemania aunque parecen amenazar á Francia, responden en realidad á los de Rusia «A ti te lo digo nuera, entiendelo tu suegra».

Ahora no hago casi nada en el taller, y leo muy poco. A ver si cambia el tiempo; pero el Heraldo de New York no cesa de anunciar nubes tempestuosas, y, siempre acierta.

Que venga el verano y me encuentres con buen animo para ir algun dia á almorzar huevos fritos en Vico.

Tu padre

Agustín Santayana

Avila 24 de Febº. 87

Querido Jorge

Hoy recibo tu carta del domingo 20.

Me alegra de que el frio de Berlin no te parezca grande. Recuerdo haber oido á una señora que habia viajado por el norte de Europa que alli el frio es mas *grueso* que en España. Aqui, en efecto, es *delgado*, delgadisimo: aqui el aire tiene las tres fff completas, fuerte frio y fino. Sin embargo creo que este año escapare bien. Estoy mejor que la semana pasada.

Aunque sea inutil y pesado, te digo que no me parece nada acertado ir á Londres por Hamburgo. Creo que la travesia es de unas 400 millas, la mayor parte por alta mar, que en este tiempo debe ser borrascosa. Si el buque anda 10 millas por hora tardará 40 horas, bastantes para limpiarse bien, bien, de bilis. De Amberes á Londres habrá unas 150 millas // 15 horas de travesia y unicamente 9 ó 10 de alta mar. El viaje por tierra costaría mas; pero la travesia menos: la diferencia no puede ser grande: yo creo que todo lo mas una £.

Por el correo te mando una guia del Parque del Palacio de Cristal de Londres: una de las cosas mas dignas de verse que hay en el mundo y donde, divirtiendose, puede aprenderse muchisimo. Es como hacer viajes por todas partes del mundo. La guia no es mas que una indicacion que me gustaria te estimulase á no dejar de pasar un dia entero en el palacio, donde ademas de los objetos fijos y permanentes, suele haber teatro y otras distracciones accidentales, y tambien restaurant.

Si que te escribire á Londres, aunque me parecen pocas señas las que me das. A ver si te alcanza alli // un pequeño regalo en pasta que deseo mandarte.

Espero recibir carta tuya estos dias, antes de la del domingo, en que me digas fijamente el dia del embarque y algun otro detalle respecto al viaje, que deseo sea feliz, y sin el mas leve contratiempo.

Aqui todos seguimos lo mismo y me encargan siempre memorias para ti.

Tu padre

A. Santayana

Nada de Boston

mas que los periodicos

P.D.

Despues que recibí tu carta fui á casa de D. Lorenzo, el comerciante que me cambiaba las letras de Manila: le pregunté si me podia proporcionar una letra de cuatro libras para Londres: me dijo que la pediría á Madrid. Ahora al ano--/ checer viene en persona á casa y me trae la carta orden que te remito adjunta, dada por un fraile que hay aqui en *La Santa*, que es ingles, y tiene familia y mucha correspondencia en Inglaterra.

A ver si sirve.

Avila Sabado 5 de Marzo 87

Querido Jorge

El jueves 3 recibi tu carta del domingo 27. Me alegra mucho de que estes tan animado y bien dispuesto para el viaje. Me complazco en pensar que no tendras ningun contratiempo en mar ni en tierra. Como esta carta debe llegar á Londres el lunes ó el martes, te servirá de recuerdo para que sigas en el proposito de escribirme á tu llegada á Londres, para que yo no este con cuidado.

No ocurre aqui ninguna novedad que de contar sea, sino que se ha conseguido por fin que se abone á Santiago haber de cesante desde 27 de Enero que quedó en esta situacion hasta 18 de Agosto que principio á cobrar 18 duros mensuales en concepto de jubilado. Reicibirá M<sup>a</sup> Josefa unos 100 duros, que la hacen muy al caso. Y todavia esta // <sup>1</sup> hay esperanzas de que le concedan una mejora de 6 duros mensuales por haber cumplido 35 años de servicio, si le pasa un cierto tiempo que estaba dudoso. Está M<sup>a</sup> Josefa muy contenta, y ha querido celebrar una comida para toda la familia, mañana domingo. Yo tambien estoy contento por la parte que me toca en los aumentos de Santiago, que me libran de responsabilidad. Me hubiera gustado mas que la reunion se aplazase hasta que yo tuviera noticia de tu llegada á Londres sin novedad. Pero como el tiempo es aqui ahora muy bueno, atendida la estacion, no quiero fomentar ideas tristes, sino alegres.

No creo que pongan dificultad los frailes carmelitas, en entregarte las 4 libras, porque es persona muy formal la que ha facilitado la carta orden D. Lorenzo Gomez, el comerciante mas rico y acreditado de Avila // despues de D. Mariano Aboin, hoy Conde de Montefrio, y á quien ha venido á suceder desde que este se retiró del comercio por su mucha edad y falta de vista.

No he recibido carta de Boston, pero si periodicos. Me alegra de saber que allí no hay novedad,

Tu padre

A. Santayana

1. La inconexión entre el final de una página y el principio de otra debió ser un lapsus de D. Agustín.

CARTA N° 66

Avila 9 de Mzo. 87

Querido Jorge

Ayer recibi tu carta de Bremen, fha el 5 vispera de tu embarque. Yo escribi á Boston anteayer, y decia que el tiempo era bueno en Avila, lo que me hacia confiar en que llegarias sin novedad á Londres. La carta que ibas á escribir á tu madre el mismo dia 5 llegará á sus manos antes que la mia del 7, y asi estaré bien enterada de tus pasos.

En el ultimo numero que he recibido del Weekly Times veo una carta de Gladstone fecha en 21 Carlton-house Terrace — y con este motivo me he acordado de que el año 67 vimos Roberto y yo al Dr. Russel<sup>1</sup> en la misma aristocratica plaza, numº 17, en una casa como palacio.

La Nena y su esposo ¿te presentarán al mismo Sr<sup>2</sup> para que vea al hijo 20 años despues de haber visto al padre?

Mañana ó pasado espero tu carta de Londres. Despues no me escribiras en algunos dias, como no sea para // decirme si has cobrado en el convento de Carmelitas las 4 £. No dudo que los dias que estes en Londres no tendras tiempo para escribir cartas, no sabiendo á donde acudir con preferencia para ver todo lo mas que sea posible en tan poco tiempo en una ciudad tan grande.

Yo no estoy estos ultimos dias tan bien como en los anteriores; pero confio en volver pronto á mi estado habitual. Toda la familia sin novedad.

Tu padre

A. Santayana

1. Conocido en la familia como «Uncle Russell» («El Tío Russell»).

2. En *Persons and Places*, p. 57-58, Santayana nos habla de este señor Russell Sturgis, y de cómo estuvo cerca de él pero no pudo verle.

CARTA N° 67

Avila 13 de Marzo 1887

Querido Jorge

Anteayer 11 recibi tu carta del 8 fha en Londres, quedando muy tranquilo al saber que habias llegado sin contratiempo notable. No me apresuré á contestarte por estar algo decaido de salud y no haber nada particular que comunicarte. Bien quisiera recibir cartas tuyas con frecuencia para seguirte con la imaginacion por los sitios que vayas viendo principalmente los que conoci en las dos semanas que estuve en Londres el 67; pero de ningun modo estrañaré que me escribas poco, porque te supongo agitado y sin tiempo para nada, á causa de la prisa consiguiente habiendo tantas cosas que ver y tan poco tiempo para verlas. Buen tiempo y buena salud, y esto lo primero, es lo que te deseo. Ya me diras si cobras los cuartos en el convento y cuando pensais volver á Berlin. Por hoy nada mas.

Toda esta familia sin novedad. De Boston recibo hoy periodicos.

Tu padre

A. Santayana

CARTA N° 68

Avila 31 de Marzo de 1887

Querido Jorge.

Siento no recibir noticia de ti desde el dia 20 que llegó á mis manos tu carta del 16. Yo no te he escrito porque he estado bastante mal de salud desde la primera semana del mes con catarro, algo peor que el de otras primaveras. Hoy tengo el gusto de poder decirte que estoy ya mucho mejor y con buen animo. Hace mucho tiempo que no escribo á Boston, ni tomo la pluma para nada, hasta que hoy mismo que he tenido que hacerlo por fuerza para escribir mi fe de vida de cada trimestre para poder cobrar mi pension, que sigue corriente, así como la de Manuel y la de Santiago, Maria Ignacia ha sido la que ha escrito á tu madre hace 10 ó 12 dias, diciendola que yo estaba malo.

No te pido mas que dos renglones. Espero que esta carta te alcanzará en Londres. Tu padre

A. Santayana

Avila 12 de Abril 1887

Querido Jorge

El viernes 8 recibi tu carta del 5. Por levantarme muy tarde y enredarseme el dia con Manuel, D. Pelayo y Julita, que esta ahora con nosotros, no te he escrito hasta hoy.

Me parece muy bien que te quedes en Inglaterra lo que falta del año escolar. No me ocurre otra objecion á este pensamiento que la siguiente: ¿Perderas tiempo en aprender aleman? ¿Tendran algo que decir ó pensar los profesores de Harvard que dañe á tu esperanza del fellowship? Si Strong se queda, mas libertad debes tener tu para quedarte, porque no estas ligado como el con la pension. Supongo que en Inglaterra y habiendo de ir á Oxford ó á Cambridge gastaras mas que en Alemania; pero si no es grande la diferencia yo puedo suplirla, y lo hare con mucho gusto. Ya me dirás lo que determinas, y si te quedas y te hace falta dinero te enviaré 10 libras.

Aunque ya hace tiempo que no tengo tos, ni otro sintoma de catarro, no me repongo sino muy poco. Creo que cuando esté mas adelantada la estacion y pueda estar fuera de casa muchas horas, haciendo regular ejercicio, tomare mas fuerzas. Asi me lo dice el medico D. Santiago.

Sigo suponiendo que vendras este verano una temporada, y espero que la pases mejor que el año ultimo<sup>1</sup>.

Otro dia te escribiré mas largo de cosas de familia. De Boston hace tiempo que no recibo carta. Despues de los dos periodicos que tu me enviaste he recibido directamente otros dos con faja de letra de tu madre.

Otra vez que me escribas dime si continuas bien de salud, y si has // ganado en carnes ó en color desde que nos vimos.

Tu padre

A. Santayana

1. Durante el verano de 1886 había sentido molestias digestivas mientras estuvo en Avila, que luego pasaron al volver a Alemania, según cuenta en carta a William James (*The Letters of George Santayana*, p. 23).

CARTA N° 70

Avila 10 de Mayo de 1887

Querido Jorge.

Aqui tengo tu carta fecha en Oxford el dia 1º. Ese mismo dia sali yo de Madrid ya repuesto de la indisposicion que me causó la fresa verde. Sin estar despues malo no he estado del todo bien y por eso no he tenido ganas de escribir antes. Ahora, mas que en eso, tengo gusto en contar los dias que podran pasar hasta que llegues á Avila para reanimar á toda esta familia y á mí particularmente.

Hace dias recibi la carta de tu madre que te remito adjunta (en calidad de devolucion) porque no dudo que tendrás gusto en leerla. En otra anterior me decia que Susana piensa venir este año á España, y que pasaria algunas semanas en Avila conmigo. Yo me propongo escribirla el primer dia que me encuentre bien dispuesto para decirla que si eso fuera verdad // no puede figurarse la importancia que yo daria á su visita. ¡Que bueno fuera que os encontraseis los dos hermanos en Avila, y que se realizase el proyecto de ir á Roma en compagnía!

Maria Josefa se mudará uno de estos dias á otra casa, y en seguida empezaré la obra del corredor, que dará nuevo ser á esta casita.

Ha llegado Manuel, y cierro esta carta con proposito de escribirte otra pronto, para que tu tambien me escribas mas a menudo

Tu padre

A. Santayana

Ayer fui á comer á Vico, y me acompañó D. Pelayo. Pasamos mucho calor.

1. Efectivamente Santayana fue a recoger a su hermana a Gibraltar a fines de ese verano, pero la visita de Susana acabaría convirtiéndose en estancia para toda la vida. Lo que no se realizó fue el viaje a Roma.

CARTA N° 71

Avila 25 de Mayo 1887

Querido Jorge

Aburrimiento o *depresión*, causada por salud mediana y disgustos caseros ha sido el motivo de no escribirte desde el 18 que recibí tu carta fha en Oxford el 14. María Josefa se ha mudado á un cuarto bajo en la casa contigua; y aunque era cosa convenida, al parecer amigablemente, desde hace mucho tiempo, ha llevado á mal esta mudanza. Se han propinado las cuñadas muchos dimes y dirites de mal genero, quedando yo mal con todas. Para remate de fiesta hemos reñido Manuel y yo; de modo que ademas del sentimiento que me produce el no poder hacer mas de lo que he hecho y hago por unos y otros, y de verlos en situacion menos desahogada de lo que desearia, tengo // el de que todos esten enfadados conmigo. Ahora mi mayor gusto será la obrilla del corredor, que yo quisiera ver acabada antes que tu vengas para que te haga mejor impresion la vista de la casita.

Veo que te va muy bien en Inglaterra donde tratas con personas de buena posicion<sup>1</sup>. Me complazco en pensar que haras entre ellas un papel bueno, dominando el idioma, y procurando hacerte agradable.

Hace mucho tiempo que no escribo á Boston. A ver si en estos dias enmiendo mi falta. Hay carta reciente de tu madre, dirigida á M<sup>a</sup> Ignacia, sin mas de particular que hacer mención del viaje de Susana, que no está decidido todavía.

Ayer fui con D. Pelayo á la fuente de la rana, á merendar. Es quien me acompaña todas las tardes // y está mas cumplido desde que presencio la riña con Manuel, de la cual si tengo humor te haré otro dia relacion.

Te pido que me escribas aunque no recibas carta mia: ya no falta mucho tiempo para seguir la correspondencia epistolar, y que tenga el gran placer de abrazarte.

Tu padre

A. Santayana

1. Principalmente la familia Russell.

CARTA N° 72

Avila 27 de Mayo 1887

Querido Jorge. Hoy recibo tu carta fha en Hampton el 24, y he tenido mucho gusto en ello. Te contesto al instante por que me retrasé en mi anterior, y para decirte que la riña con Manuel se ha mitigado, porque Hermenegilda y Manuela, y tambien Juanito vienen á casa con frecuencia. A mi me gusta la paz y la mejor armonia posible entre los hermanos y sus familias respectivas, y me ponen de mal humor las desavenencias. Asi es que ya estoy mas contento viendo que Manuel consiente que vengan su muger é hijos, lo cual prueba que ha reconocido su sinrazon y la inoportunidad de su enfado.

A ver lo que resulta del fellowship y lo que siga de su resolucion, que me alegrare sea lo mas favorable y conveniente para ti<sup>1</sup>. Por // ahora todo va bien, pues estas bueno y en escelente compañia. Mariquita cumplio sus 80 el 6. Tu madre me encargó á su tiempo que la felicitase por su cumpleaños y ella, aunque con dificultad, ha escrito una carta dandola gracias. Lo malo es que todavía no la he remitido; pero lo haré hoy ó mañana y siempre llegará en buen hora á su destino.

Como no estoy en vena y no me ocurre cosa que de contar sea me despido por hoy de ti, deseando que sigas bueno y todo vaya bien.

Tu padre

A. Santayana

1. Aunque sin muchas ganas, Santayana escribió a Harvard solicitando esta «fellowship» de nuevo y le fue concedida, aunque también con cierto recelo por parte de la universidad americana. Ver *The Middle Span*, p. 10.

Avila 5 de Junio 1887

Querido Jorge, hoy recibo tu carta del 2. Si el 10 estas en Londres, no teniendo nada que hacer allí de gran interés, como no sea ver algo que no hayas visto antes, el 15 puedes estar en Cardiff, donde todos los días, ó los mas, entran y salen vapores de Bilbao; el 20 á mas tardar puedes estar en Bilbao, y el 24 en Avila para presenciar la inauguración de la feria del mercado grande. Así hago yo la cuenta; a mi gusto; a ver si sale bien. La obra del corredor va despacio, y dudo que esté acabada cuando llegues; pero no estorba, y así podrás dirigir los *remates*.

Hoy cumple Manuel 54. Mariquita fue á su casa y supo que había ido á comer al campo con su gente. Nuestra desavenencia no vale nada en sí, pero ha venido á poner de manifiesto que Manuel tiene mal humor crónico, al menos con respecto á mí. La única novedad que por ahora resulta es que // él no viene á casa, ni yo voy á la suya, pero las mujeres se ven con frecuencia. Juanito se examinó anteayer y sacó nota de sobresaliente.

No se si te he dicho que Elvira me ha anunciado su venida á Avila, acompañando á Luisa y su marido, que va trasladado á Zamora. Creo que no tardará mucho en venir, y se instalará donde antes estuvo. D. Cándido viene á casa de M<sup>a</sup> Josefa con frecuencia á tomar noticias, y dicen las mujeres que aunque se queja de Elvira, todavía la quiere, y es fácil que tengamos boda.

Hoy en el casino he sabido que el médico español que escribió á Boston cierta carta relativa á Susana, es cuñado de D. José Ocaña, archivero de esta Diputación provincial, hermano de su mujer.

Si vienes por Bilbao podrás hacer una visita de mi parte á D. Juan Smith<sup>1</sup> que vive en el muelle nuevo de Portugalete, con entrada por la calle que hay detrás, numº 20, y si es caso á Ben-//-jamin, su hijo, que viene en otra casa allí cerca, y tiene un hijo que se llama Williams y fue compañero tuyo en la escuela de D. Casimiro. Ahora es un inglés de los muy altos, mucho más que su padre y abuelo. También podrás visitar por tu propia cuenta y por la mia al Sr. Meñaca, y su señora D<sup>a</sup> Dolores, hermana de Escalera. Sus hijos é hijas te obsequiaron mucho el año 72 cuando estuvimos en Bilbao para emprender el viaje á Inglaterra y América. Me parece que viven en la Calle del Correo, ú otra paralela, de las que parten del Arenal. Yo no he escrito ni visto á Victorina; pero lo haremos cuando estés aquí. Esperando nuevas noticias tuyas se despide por hoy tu padre

A. Santayana

1. Anterior propietario de la casa que D. Agustín compró en la Plaza de Santa Ana, en Avila. Santayana después heredó esta casa a la muerte de su padre.

Avila 4 de Novº. 1887

Querido Jorge,

Tu carta del 24 de octubre, fha en Berlin llegó á Avila cuando yo estaba acompañando á Susana en su peregrinación á Alba de Tormes, donde se venera el sepulcro de Santa Teresa<sup>1</sup>. Yo me había curado del flemon y estaba muy bien dispuesto. Salimos de Avila el miércoles 26, en un *carrito* con un caballo: pasamos la noche del jueves y la mañana del viernes en Alba: la noche en Peñaranda, y el sábado á las 10 de la noche entramos en casa. Hubo en el viaje mucho de cómico y algo dramático. Varias veces tiró Susana del caballo por las riendas, esgrimiendo el latigo, y el mozo conductor y yo empujábamos el carrito por detrás, para sacarle del atasco. Tuvimos siempre buen apetito, y estuvimos alegres. La parte dramática consistió en que estuvo Susana tan activa, tan servicial // y obsequiosa conmigo que me hacía sentir demasiado mi torpeza, y me ponía de mal humor por un rato. De las 32 leguas que recorrimos en ida y vuelta (96 millas) yo anduve á pie como 12 leguas, para librarme del traqueteo del carro. El resultado fue llegar á casa molido y lleno de agujetas, y estar unos días muy blando y perezoso para escribir; pero con mejor salud que antes de la peregrinación. Susana se cansó menos que yo, y anteayer martes se fue á Madrid, en el tren que pasa á las 2 de la tarde. La dejamos en el coche reservado de señoras, en compañía de la mujer de Cuadrillero (el que te convidió á los toros en Madrid hace cuatro años). Mediaron cartas y telegramas, y parece seguro que la esperaría la familia Escalera en el andén de la estación del norte en Madrid, como á las 8 de la noche. No quiso ir // en el tren gallego por que no tuvieran que molestarse demasiado en esperarla en hora más avanzada de la noche.

Ma Ignacia está ya casi enteramente bien. El resto de la familia sin novedad.

Las últimas noticias de Boston son del 12 de Octubre. Dice tu madre que están muy solas, ella y J.<sup>2</sup> y su mayor gusto es recibir cartas de los tres que estamos á esta banda del Atlántico.

Dime siquieres que te mande los últimos *Weekly Advertisser*, hasta que los recibas directamente de Boston.

Todos notamos tu ausencia y la de Susana. Yo procuro desechar la tristeza pensando que estas mejor y con más provecho que aquí.

Te mando por el correo dos cartas una de América, otra de Suiza // con los sobres llenos de enmiendas. Ya me dirás si llegan á tus manos.

Memorias de todos y más de tu padre.

A. Santayana

1. (Ver referencia de Santayana a este viaje en *Persons and Places*, p. 81-82).

2. Josefina.

Avila 6 de Nov<sup>e</sup>. 87

Querido Jorge.

Hoy recibo tu carta del 3. Ya se me han quitado las agujetas que me causo la peregrinacion á Alba.

Susana se fue á Madrid el 2, y ayer 5 recibí la carta suya que te remito ad-junta (en calidad de devolucion) porque no dudo que tendras gusto en leerla, y asi sabras de ella lo mismo que yo.

De Boston no tengo carta, pero si periodicos y entre ellos un Weekly Adver-tiser recibido hoy mismo.

En esta familia no hay novedad. M<sup>a</sup> Ignacia buena ya enteramente. Susana compuso lo de Manuel, que ha venido ya varias veces; pero es una compostura ó remiendo que no cambia del todo lo roto, porque el genio y los modales no pueden cambiar. Yo me alegra // de estar en buena armonia con toda la familia y ya se que no se puede pedir peras al olmo.

Me gusta mucho que me cuentes pormenores de tu manera de vivir. Nada me es indiferente en este concepto. Quisiera ademas que me dijeses como te en-cuentras de salud. Aunque me complazco en creer que estarás lo mismo, ó mejor, que cuando saliste de Avila, me alegraria de saberlo de cierto por ti, que poco te cuesta.

Otro dia escribiré mas.

No puedo acordarme de si viste la carta del Marques de Novaliches contestando á la que tu entregaste en la porteria de su casa<sup>1</sup>. Dimelo.

Tu padre

A. Santayana

1. Referencia en *Persons and Places*, p. 21.

Avila 15 de Nov 87

Querido Jorge.

Anteayer recibí tu carta del 10 con la de Susana.

Me gusta mucho que me cuentes lo que haces en Berlin ¿No me podrias enviar algun librito de bolsillo en ingles que diese idea de Kant?

En esta casa no hay novedad. Yo sigo bien. La romeria á Alba me ha probado.

No tengo carta de Boston, pero si periodicos. Tampoco de Susana.

Te remito en calidad de devolucion las cartas del Sr. Novaliches. Puede ser que te importen muy poco ó nada. Yo en esta correspondencia he tenido por objeto principal que // hagas amistad con este Sr. y su familia, que podria serte util, si te conviniese probar fortuna en Espana, y en todo caso muy agradable, por ser de las personas mas distinguidas de este pais.

Creo que tu destino está en America, y no me pesa, porque siempre he dicho que «todo el mundo es patria del hombre y el mejor pais aquel en que á uno le va bien»<sup>1</sup>. Ayer he leido en el Weekly Times que hoy dia los ingleses han llegado á practicar el adajio latino que dice «Ubi bene, ibi patria». Sin embargo me alegraria de que te quedases en Espana, antes que volver // á America para ser uno entre miles de profesores dedicados á la enseñanza<sup>2</sup>: porque me parece que aqui podrias lucir mucho mas, á causa de que son pocos los españoles que reciben la instruccion que tu estas recibiendo.

Este es mi pensamiento, es mi aspiracion; pero bien conozco que no es facil de conseguir, y como se lo poco que ya puedo hacer, estoy dispuesto á conformarme con lo que las circunstancias determinen.

Me he fijado en que tus amigos te digan que te encuentran mejorado en salud y aspecto. Lo mismo hemos dicho Susana y yo á la familia de Boston. A ver si te pones «como un tudesco». Siempre he pensado que el norte de Europa te probará muy bien, sobre todo si haces mucho // ejercicio. Por eso me alegra de que vayas á la Universidad á pie, aunque esté algo lejos.

Ya se ha acabado en Avila la tinta buena. Gracias que M<sup>a</sup> Ignacia tenia un poco de la antigua, y con ella acabo esta carta. Creo que la podras leer. El fabricante de lacres que te presentó D. Pelayo ha inundado las tiendas de tinta tan mala como ves. Si son lo mismo sus lacres, no hay duda de que el hombre hará fortuna.

Otro dia te escribiré mas. Recibe memorias de todos y manda á tu padre

A. Santayana

Te envio por el correo una carta que ha venido estos dias para ti. Con esta van tres. No me dices si has recibido las dos anteriores.

1. Tema central del libro de Santayana *My Host the World*.

2. Justamente en esa época Santayana comienza «a preparar su retiro de la docencia, antes de haber comenzado a dar clases». *The Middle Span*, p. 10.

Avila 6 de Dic<sup>e</sup>. 87

Querido Jorge.

A su tiempo recibí tu carta del 29 ultimo, con la fotografía del Czar. Por cierto que se la llevó D. Pelayo, y desde entonces no ha vuelto por aquí. Puede ser que quiera quedarse con ella para atestiguar su amor al imperio y á la monarquía. Lo de Francia va saliendo del todo al revés de como el se figuraba y quería profetizar. Siempre sucede lo mismo, porque la manía clerical no le deja ver las cosas como son.

Todos los días he querido escribirte, pero no puedes figurarte lo atontado que estoy con las obrejas de la casa, sobre todo por haberme empeñado en hacer yo mismo las vidrieras del corredor. Ya he serrado cortado y labrado 80 palos y estoy trazando 150 escopladuras para que me // me las hagan con maquina, cosa nueva en Avila, y esto porque queden bien, no por ahorrarme trabajo. Al mismo tiempo ando á vueltas con el herrero, que ya tiene acabado la escalera, y con el cantero. Luego los días son muy cortos y de noche no puedo hacer casi nada.

En esta familia no hay novedad, sino que á todos nos molesta el frío aunque hasta ahora no nos ha hecho daño.

De Boston hace mucho tiempo que no recibo carta. Hoy mismo viene el Harper con doble suplemento, pero no la Nation, aunque no creo que dejen de mandarmela, y si no ya te lo diré para que me mandes las tuyas, porque aunque leo muy poco, siempre es lo bastante para refrescarme la sangre que me queman algunos periódicos de aquí, sobre todo el «Siglo futuro» y la Epoca // que suelo ver en el Casino.

Había pensado copiar ó traducir un parrafo del juicio crítico que trae el último Weekly Times acerca de la obra que acaba de publicar el hijo de Darwin, para enviartele y que vieras lo que dice de las ideas y opiniones de aquel gran hombre en punto á religión. Es casi lo mismo que yo he pensado siempre desde la edad de 18 años, afirmándome en ello cada día más. La sustancia es que nuestro entendimiento no alcanza ni puede alcanzar á comprender las primeras causas de lo que vemos, y todas las religiones son fruto de nuestra imaginación e inventiva<sup>1</sup>.

Dice D. Pelayo que yo tengo buen juicio en general, pero tratándose de este punto estoy loco. Pero yo me alegro de estar conforme con hombres como Darwin y como Krause aunque no lo esté con D. Pelayo. // Puede ser que yo esté á veces inoportuno hablando cuando y con quien no debo de religión, pero es una mala costumbre que no he tenido nunca hasta que volví de Boston el 73, y halle á mi país desolado por la segunda guerra civil promovida por el clero, que explota su grande influjo en España, principalmente con las mujeres, y más con los campesinos de las provincias vascongadas, Navarra, Cataluña y Valencia, que además de no saber leer ni escribir, no conocen el idioma castellano, y con

1. Idea que Santayana comparte plenamente y repite en todos sus escritos sobre religión.

su dialecto no pueden comunicarse con el mundo civilizado, sino por la mediacion de sus curas, que tienen buen cuidado de que no salgan de su ignorancia, ni sigan otra conducta que la que ellos les inspiran, con gran exito por cierto, á pesar de ser tambien hombres muy rudos por lo general.

De Susana he tenido dos cartas desde que está en Madrid. A la ultima contestaré mañana.

Tu padre

A. Santayana

Avila 12 de Dic<sup>e</sup>. 87

Querido Jorge.

Me estoy acordando de que el viernes 16 proximo cumples 24 años y quiero ver si recibes esta carta el mismo dia. Yo pienso celebrarlo de algun modo. Es muy posible que me vaya solo á comer en Vico, ó en la venta de Pinilla para engolfarme sin estorbos en mis recuerdos y reflexiones acerca del acontecimiento mas memorable de mi vida que es haber nacido tu y que vivas, con probabilidad de buena suerte.

Sigo con mis obras de carpinteria ya muy adelantadas, y con la misma afición y gusto en el trabajo. Toda la demas familia de Avila, sin novedad. Mariquita es la que ahora está mas abatida: yo creo que á causa del frio, aunque llevamos tres dias de buen tiempo.

Susana me escribio el 27, al parecer contenta. Me daba la noticia de que // el 2 habia muerto el Sr. Russell, y segun noticias que corrian en Boston dejaba dos millones de £. Ahora recibo carta de tu madre fha 24 de Nov<sup>e</sup>, en que me dice que son ocho millones de duros. Yo tenia un alto concepto de aquel señor, á quien vi y hable dos veces el 67. Era un hombre perfecto en la forma, y se conocia al momento que la parte intelectual era superior.

Falta saber si este suceso tiene consecuencias para la familia. Me alegraré mucho de que si las tiene sean favorables.

Ya quisiera haber recibido carta tuya, porque la ultima es de 29 de Nov<sup>e</sup>. Es cierto que yo tarde algunos dias en responderte, por estar aturdido con mis obras. Que estes bueno y contento para celebrar tu cumpleaños es lo que deseas tu padre

A. Santayana

Avila 23 de Dic<sup>e</sup>. 87

Querido Jorge

Dos cartas tengo tuyas sin contestar la del 11 y la del 18, y esto porque sigo muy afanado con las vidrieras del corredor. Afortunadamente no es por falta de salud. Todos seguimos bien.

Me propones enviarme los numeros de *The Nation*, si yo no los recibo de Boston. En *efecto*, me alegraré de que me los vayas remitiendo despues que los hayas leido. El ultimo que ha venido á casa es de 13 de Octubre n° 1,163. Seria lastima no poder completar la colección de este año 87, que no me ha faltado hasta la fecha expresada. Sobre todo quisiera ver el juicio critico de la obra recien publicada del hijo de Darwin, para confrontarla con el de *The Times*.

Con // referencia al modo de pensar de aquel eminent naturalista en punto á religion me dices:

«Esta bien: pero hay que acordarse de que el instinto religioso es mucho mas fuerte en unas personas que en otras, y que los hombres no quieren opiniones verosimiles, sino doctrinas simpaticas» Cierto, ciertísimo. En todos tiempos lo mismo en los pueblos cultos que en las tribus salvajes han prevalecido creencias religiosas, y en muchas partes han sido y son todaya la base fundamental del sistema social y politico. Este es un hecho que salta á la vista recorriendo la historia, y la geografia.

Este es un argumento á favor de todas las religiones, cuya consecuencia logica es una benevolencia y tolerancia racional para con unas y otras. Pero me parece // á mi que un hombre instruido y amante del saber y de la verdad debe aceptar unicamente el fundamento originario de esas creencias que es el asombro, la admiracion que nos causa el espectaculo de la naturaleza, pero de ningun modo las fabulas que se han inventado para esplicar, lo que está fuera de los limites de nuestra inteligencia, las primeras causas.

Me das un gran placer confiandome tus pensamientos, como lo haces en tu ultima carta. Creo que no te equivocabas sintiendote superior á los niños de tu edad, porque pocos habrian podido hacer las composiciones poeticas que hacias á los 16 años. Ahora puede ser que estos algo confuso al penetrar cada dia mas en el inmenso campo de los conocimientos humanos, considerando que dura muy poco la aptitud de // del mas aplicado é inteligente para llegar en ellos á la mitad superior de la escala.

Ha nevado mucho y hace frio; pero hasta ahora no me ha hecho mala impresion y me hallo dispuesto á recrearme con los extraordinarios de pascuas. Lo mismo me parece de todos los demas de esta famillia. Elvira algo enfadada con su tia porque este año no la envia aguinaldo. La veo algo mas blanda con D. Candido, que viene varias noches á pasar un largo rato con nosotros.

Estos dias escribire á Boston y á Susana. Estoy muy atrasado á causa de la obra que me ocupa mucho porque es muy larga, y para mi dificil.

Que sigas bien de salud es lo que mas desea tu padre

A. Santayana

Avila 5 de Enero 88

Querido Jorge

Recibi tu carta del 28 de Dic<sup>e</sup> ult<sup>o</sup> y los numeros que me envias de The Nation. Veo que no tienes novedad. Aquí seguimos todos lo mismo excepto yo que he estado en la cama cuatro dias, desde el 1<sup>o</sup> de pascua, con un *pasmo*, como le ha calificado D. Santiago cogido en los pasillos de la casa un dia que estuve bajando y subiendo para ajustar una vidriera que habia concluido. Ya estoy mucho mejor y casi como si nada hubiera sucedido.

Susana me ha enviado 8 libritos como el Maquiavelo —Dos de Aristoteles— la politica— tres de Kant, y tres de Spinoza. La pedi ademas la teodicea de Sto. Tomas y la ha comprado, pero dice que me la mandará despues que ella la haya dado un repaso. //

Me he fijado en la esplicacion filosofica que haces de los efectos del asombro u admiracion que causa el espectaculo del Universo, efectos del miedo y del deseo. Las practicas religiosas, la oracion, el culto, parece que son consecuencia, si no he comprendido mal tu pensamiento, de un secreto impulso de nuestra naturaleza, como si nos fuera necesario ponernos en comunicacion con la divinidad<sup>1</sup>.

Poseyendo los idiomas cultos antiguos y modernos, leyendo los mejores libros, y oyendo á los mejores profesores ya tienes titulos bastantes para formar juicio acerca de todas las cuestiones que ofrece la ciencia. Desde luego es imposible ver las cosas lo mismo cuando se principia á vivir que cuando se acaba, ó se acerca su fin. Lo que no ofrece duda es que hay siempre causa ó motivo // para todo lo que existe, asi lo que nos parece bueno, como lo que nos parece malo. Lo que yo veo claramente es que cada dia es menos la influencia de la religion en la sociedad humana, y que se busca en la experienzia y en la razon el modo de atenuar los males que experimentamos.

Ahora leo muy poco, porque tengo que atender á mis vidrieras y los dias son muy cortos; pero algo te diré de lo que me parezca Kant, y de otras cosas que lea en la biblioteca economica filosofica que me envia Susana.

Todas las mugeres de la familia me encargan siempre con mucho empeño que te de memorias. Yo lo que mas deseo es que sigas con salud y que estes contento.

Tu padre

A. Santayana

1. Un análisis detallado puede verse en el capítulo III de *Reason in Religion* (Tercer volumen del *The Life of Reason*), p. 28-48.

CARTA N° 81

Avila 26 de Enero 88

Mi querido Jorge

A su tiempo recibí tu carta del 16 y unos días después un número de *The Nation* con sobre de tu letra. Y si que éste me sirvió como fe de vida. Y he creído que debes estar muy ocupado y distraído, como me dices, y me contento con saber que no tienes novedad en la salud, y vas pasando con gusto el invierno. También yo estoy parco en escribir á causa de mi obra, y de que me figuro que mis cartas, cuando hablo en ellas de algo que tenga relación con tus estudios, te han de parecer muy insípidas, engolfado como debes estar en lo mas sublime de la ciencia, leyendo los mejores libros y oyendo á hombres consumados en la cátedra, circunstancias ambas que ayudan á mi pereza habitual para escribir. Ahora // espero que cuando hayas elegido el tema de tu trabajo para Harvard, me digas aunque no sea más que el título ú epígrafe, porque tendré mucho gusto en pensar ¿que dirá Jorge sobre este tema? ¿Acertaré yo ó me aproximaré en algo á lo que él diga?

Estoy contando los días que podrás tardar en venir á Avila, y haciendo cuanto puedo porque me encuentres bueno y no muy deteriorado. A ti no dudo verte mejor todavía que el año último.

Tengo carta de Susana del 15, sin novedad. Dice que no sabe si volverá á América al principio ú al fin del verano, y espera la resolución de su madre<sup>1</sup>. Hoy recibo yo carta de ésta, fha 12, que me da aliento para proponerla, como lo haré, que deje á Susana con su madrina hasta el año que viene. Me // dice tu madre que Susana está contenta, y yo pienso argüirla de esta manera. «Tu dices que lo que mas deseas es que Susana este contenta y deseche la tristeza que tenía en Boston. Pues si está contenta en Madrid, en compañía de Victorina y Mercedes, es claro que debes hacer todo lo posible porque continúe allí algún tiempo más, y no te espengas á que si vuelve tan pronto á Boston, vuelva á acometerla la anterior melancolía». A mí se me figuraba que Susana estaría en Madrid hasta que al cumplirse los tres años de estudios en Europa, especialmente en Alemania, se decidiese tu regreso á América; pero ahora veo que no es así. Lo sentiré mucho. Ahora me parece que estoy más en mi centro, porque á tí te espero ver pronto, y á Susana cualquier día que yo // quiera ir á Madrid como pienso hacerlo á fines de Febrero. No antes porque el frío me acobarda mucho, y por no dejar mi obra de la mano hasta que esté concluida, ó poco menos.

En esta familia no hay novedad. Santiago está más tranquilo y M<sup>a</sup> Josefa tal cual. Manuel y su gente vienen con frecuencia y yo también á su casa. Las hermanas bien, y Elvira lo mismo, aunque algo enfadada por lo de siempre, pues su tía se llama Andana, y yo no puedo más. El último dinero que ha recibido fue 5 duros que la dio Susana cuando estuvo aquí. Pero lo más necesario no la falta. Memorias de todos, que se acuerdan mucho de ti, y tú no olvides á tu padre

A. Santayana

1. El tema fue «El Sistema Filosófico de Lotze», un análisis del idealismo de Rudolf Hermann Lotze que constituyó su tesis de doctorado en la universidad de Harvard en 1889.

2. La realidad fue que no volvió más a los Estados Unidos.

CARTA N° 82

Avila 11 de Febrero de 1888

Mi querido Jorge

En lo que mas me he fijado de tu carta del 5 es en que no sabes si continuaras disfrutando la pension por otro año. Si te la conceden me alegraré porque eso será prueba de que conservas la particular estimacion de la Universidad de Harvard que te ha dispensado hasta ahora. Si no te la conceden puede ser que me alegre tambien. En tal caso mi parecer seria que te quedases en España para ver que probabilidades encuentras de un agradable porvenir.

Tengo esperanza de que Susana se quede aqui un año mas con beneplacito de su madre. Las ultimas cartas que tengo de ella son mas afectuosas que de costumbre y me han animado á proponerla que haga lo posible por que Susana se quede en Madrid un año mas. De ese modo al concluir // los tres años de estudios en Europa y suponiendo que no te conviniese quedarte la cuestion seria si Susana volveria sola, ó continuaria aqui mas tiempo.

No se si te he contado que Susana me ha propuesto proporcionar un cuarto en la casa que habita, donde pudiera yo pasar la noche, comiendo y cenando con las tres, sin pagar nada. Un arreglo parecido te convendria á ti, de modo que con algo que te diese tu madre y lo poco que yo pueda, estarias bien. De este asunto para mi tan interesante hablaremos cuando estes en Avila, y me seria muy grato que estuvieras conforme conmigo.

Me parece bien tu plan de ir á Viena á reunirte con Lyman, y despues á Italia. Puede ser que este viaje no te cueste mucho mas que otro cualquiera // para venir á España. Si de Italia (y no te doleria haber estado allí y no ir á Roma?) vienes por mar á Barcelona, veras los trabajos que se estan haciendo allí para una Exposicion universal, que promete ser magnifica.

En esta familia no hay novedad. Hoy se ha levantado Mariquita al amanecer para ir á misa, sin importarla el frio que hace por la mañana. Yo sigo adelantando en la obra de las vidrieras, que creo estará acabada en fin de mes. Otro dia escribiré mas. Recibe expresiones de todos y escribe pronto á tu padre

A. Santayana

En eso de la guerra sucede como con la enfermedad del Kronprinz. Un dia se está muriendo y otro su estado es satisfactorio. Yo creo que no habrá guerra mientras viva el viejo emperador. Puede ser que me equivoque.

## CARTA N° 83

Avila 2 de Marzo 1888

Querido Jorge. Ayer recibí tu deseada carta del 26 de Febrero. El ultimo numero de *The Nation* que me has enviado es el primero del mismo mes de modo que carta y periodico han tardado mucho. Como yo estoy pasando medianamente el riguroso invierno me ocurre al instante si tu tambien estarás sufriendo mal el que debe hacer en Berlin. Ya sabes que esta ha sido siempre mi mayor preocupacion, tu salud. No me dejes tanto tiempo en duda. Por lo que me dices en tus cartas del tiempo que hace en esa ciudad podria yo creer que hace mas frio en Avila. Aqui todo el mes de Febrero ha estado nevando y helando, y ahora mismo están las calles con mucha nieve. Dos ó tres grados mas de frio para endurecerla un poco mas, y podian andar trineos, como en Boston. Pero // el termometro solo no lo dice todo, y consultando al mismo tiempo el barometro no dudo que resultará que se siente mas frio en Avila que en Berlin.

Creo que habrás acertado en mudarte de casa. Cuando se trata de trabajar es preciso apartarse de la continua distraccion. Y mejor si gastas menos, para poder luego hacer un agradable rodeo en el verano para venir á tu casa. Me alegraria de poder ayudarte para que vieras á Roma, y aun algo del mundo mahometano.

La ultima carta que tengo de Susana es del 3 de Enero. Celedonio<sup>1</sup> me dijo hace ocho dias que la había ido á visitar en Madrid, y le había encargado me dijese que fuera pronto á verla. Buenas ganas tengo; pero ahora es imposible: estoy muy acobardado por el frio, aunque sigo trabajando en casa, y saliendo // despues de comer al Casino á tomar café con leche y leer el *Siglo Futuro* que está haciendo una campaña furiosa en favor del restablecimiento de la inquisicion.

Mis ultimas noticias de Boston, son del 25 de Enero. Me enviaba tu madre un articulo necrologico de M. James Sturgis, cortado de un diario, con encargo de que despues de leerlo se lo remitiera á Susana, como lo hice en seguida. Tenia 66 años. Me dice tu madre que el Sr. Russell no dejo 10 millones de duros como se dijo en un principio, ni 8, como se dijo despues, sino 3. Para ella ha mandado una pension de \$100 al año mientras viva. Yo conoci á todos los hermanos, menos á Samuel, que segun su fotografia, era como los otros hombres hermosos; pero excepto el mayor<sup>2</sup> todos han vivido poco. ¿Será que el clima de // Boston no es tan bueno como el de Londres?

En esta familia no hay novedad. Elvira parece que se va humanizando. Van á poner la mesa y cierro esta carta. Otro dia te escribiré mas, aunque no tenga carta tuya.

Tu padre  
Agustín Santayana

1. Celedonio Sastre, con quien Susana acabaría finalmente casándose y viviendo hasta el final de sus días.

2. El hermano mayor era Russell Sturgis —«El Tío Russell»— que fue quien vivió en Londres, mientras los otros hermanos vivieron en Boston.

Avila 15 de Marzo 88

Querido Jorge.

Anteayer 13 recibi tu carta del 9. Veo que estás bueno y adelantando en tu trabajo. Infiero de tu carta y las anteriores que piensas quedarte por ahora en Berlin, probablemente hasta el verano que emprendas el viaje á Espana, pasando por Italia. Dos numeros de The Nation he recibido directamente de Boston: uno te mandé hace dias; el otro te lo mando hoy. Luego que no los necesites me los devuelves, para que yo se los remita á Susana, como todos los de este año, segun los voy recibiendo. porque me dijo que deseaba verlos por no tener ningun otro periodico de America.

En uno de los numeros que tu me has mandado he visto un articulo referente al ultimo informe ó report publicado por M. Elliot, presidente de la Universidad de Harvard. En los primeros párrafos alude á los auxilios que se dan á estudiantes *necesitados*, mientras que no // no se paga bien á los profesores. ¿Tiene esto algo que ver con lo que me dices respecto á que no puedes contar de cierto con la pension para otro año?

Vienen largos telegramas de Berlin dando noticias de los interesantes sucesos que han ocurrido y ocurren en esa Capital, donde dicen que habia mucha nieve estos dias. Supongo que limpiaran las aceras, como en Boston y se podra andar por las calles. Me alegra de que hagas ejercicio, si no te molesta mucho el frio. Aqui ha cambiado mucho el tiempo, y yo me encuentro ahora muy á gusto, despues del tiempo cruel que hizo en Febrero.

Me escribe tu madre con fha 24 de Febrero, y entre otras cosas me dice: ... «En cuanto á Susana, ya sabes que puede volver con Jorge, si quiere; y si desea quedarse mas // tiempo en Europa que él, yo no me opondria a ello. Lo que deseo es que Susana esté contenta, y si lo está mas en Espana que en America, la aconsejaré que se quede allí, sin pensar en mi gusto, aunque mi gusto no es otro que el de saber como puede ser ella mas feliz...»

Tengo pues esperanza de que os quedareis en Europa otro año, tu para acabar los tres años de estudios que se dijo en un principio, y Susana para volver contigo á America, si al fin has de volver, en el verano del 89.

Asi pasaria yo este verano muy contento, estando los dos en casa mas ó menos tiempo, sin el pesar de que os vayais tan pronto para no volveros á ver. Si no tengo novedad en la salud espero gozar mucho con vuestra compagnia. Es probable que á principios de Abril vaya yo á Madrid, y no es dificil que me quede allí hasta que venga Susana, el 1º de Mayo -//

En esta casa no hay novedad, ni en la de Manuel. M<sup>a</sup> Josefa y Santiago lo mismo. D. Pelayo viene poco, parece abatido; pero todavia se entusiasma con la politica á su modo. Siempre con tan poco acierto.

Yo estoy acabando mi obra, que ya me cansa, y luego pienso dedicarme unos dias á paseos largos, ahora que el tiempo es mas agradable.

Recibe memorias de todos y manda á tu padre

A. Santayana

Avila 4 de Abril 888

Querido Jorge. Desde que acabé mi obra de carpintería, hace una semana, y cuando pensaba dedicarme á escribir cartas y arreglar papeles, estoy mas inutil, porque faltandome el egercicio que me haga sudar, se apodera de mi el frio, aunque no sea ya mucho, y no me deja hacer nada. Por eso no he contestado al momento á tu carta del 26 de Marzo que recibi el 30. Me ha complacido saber que estas tan bien de salud como para aguantar cuatro horas de «planton» al aire libre y con mal tiempo.

Ya veremos si te conceden otro año el *fellowship*. En caso afirmativo claro es que continuarás cursando en Alemania el año proximo. En el negativo será cuando tendras que pensar lo que te conviene hacer. // Mi opinion ya la sabes. Tambien se la he manifestado á tu madre en cartas á que me contesta en 11 de Marzo. No está conforme, en el supuesto de que atendido mi poco valimiento nada puedes prometerte en España que te convenga y te guste tanto como el profesorado en America. Yo pienso escribirla insistiendo en mi parecer, valga lo que valga, y despues que sea lo que Dios quiera, como dicen en Castilla, y algunos añaden «que no será nada bueno». No soy *pessimista*, y me conformo con lo que suceda, considerando que si no es lo que yo deseo, acaso sea para bien.

Tambien Susana está enterada; pero aunque me escribio en 23 de Marzo no se da por entendida. Dice que estaba muy ocupada, visitando iglesias, y ya me escribiría mas largo en otra ocasion. Yo pienso ir á verla un dia de estos, en cuanto // se siente el tiempo, porque estos dias tan pronto nieva como hace sol y estas alternativas causan destemplanza. Susana me dira de palabra lo que piensa. De todos modos pasará aqui el mes de Mayo, pues asi me lo ha prometido, y luego vendras tú, con lo cual pasare un buen verano, *si Dios quiere*, y despues ya veremos lo que tiene dispuesto.

En esta familia no hay novedad, ni en la de Manuel. Santiago y M<sup>a</sup> Josefa lo mismo. Elvira me parece cada dia mas gruesa. Se ha muerto la segunda de sus primas de Malaga, de una pulmonia, y su tia Eladia ha estado muy mala con dolor de costado. Yo creia que en Malaga pais semitropical, no se padecian esas cosas.

Si que puedes enviar directamente á Susana los numeros de The Nation que yo te vaya mandando. Ahora // van tres del mes de Marzo, retrasados, por lo que te he dicho: pero prometo la enmienda.

Recibe memorias de toda esta familia y manda á tu padre.

A. Santayana

¡Que magnifica reseña trae el Weekly Times del reinado del Emperador Guillermo, y de toda su vida!

Si tienes mucha curiosidad de verla te la mandaré, pero supongo que ahí tendras conocimiento del asunto mas que suficiente.

Avila 21 de Abril de 1888

Mi querido Jorge.

El sabado ultimo sali para Madrid y el domingo por la mañana estuve en casa de D<sup>a</sup> Victorina donde vi á las tres sin novedad. Me instaron para que me quedase allí á dormir, y yo acepté al instante, de modo que excepto algunos ratos que salia á paseo por ver las mejoras que se han hecho he pasado en su compañía todo el tiempo, hasta ayer tarde, viernes que me volvi á Avila. He estado muy á gusto, muy contento, y sin novedad en la salud. El unico contratiempo que he tenido ha sido que dos veces se me fue la lengua hablando con Susana de politica<sup>1</sup>. En esto falté a mis propósitos, pero me parece que por eso no me tomará odio, porque hace tiempo sabe mi manera de pensar. //

El dia 3 de Mayo vendrá Susana á casa, y me parece que pasara aqui todo el verano, hasta que vuelva de Galicia Victorina y Mercedes. Estamos en eso. He encontrado tu carta del 16 que llego ayer por la mañana, y me ha interesado mucho por que me hablas con franqueza de lo que piensas. Tenemos tiempo para hablar de ello, y á ver si las cosas se arreglan como yo desearia.

Hoy me da Juanito una carta que ha escrito en frances para ti. Otro dia te escribiré mas. Ahora está aqui D. Candido y me dice que D. Pelayo va á venir. Todo el mundo, nuestro mundo de Avila, está esperandote.

Tu padre

A. Santayana

He visto en Madrid á la Nena<sup>2</sup> y á su marido. Me ha dicho que espera que la hagas una visita larga en su casa, y me ha ofrecido mandarme el ultimo libro que ha publicado, y alguna revista donde haya escrito su esposo.

1. El fanatismo de Susana exigía estas cautelas. Santayana también hubo de utilizarlas, como cuenta por ejemplo en su carta a Mrs. Frederick Winslow desde Oxford del 4 de Noviembre, 1915. (*The Letters of George Santayana*, p. 512).

2. Nena Sturgis era hija de Henry Sturgis, otros de los hermanos del «Tío Russell». Nena se casó con un inglés llamado Middlemore que escribía para la revista «Saturday Review». Santayana nos retrata a este personaje en *Persons and Places*, p. 59 y 60.

CARTA N° 87

Avila 4 de Mayo 88

Mi querido Jorge.

La carta en frances para Juanito que acompaña á tu ultima del 24 de Abril es para mi un nuevo motivo de grande satisfaccion. Si estuviera en Francia y engolfado allí en estudio y en la sociedad no me hubiera llamado la atencion; pero cuando tu idioma familiar es el castellano y tu fuerte el ingles, y cuando estas en Alemania y dedicado al aleman con preferencia, tu carta tan bien escrita es prueba de que has aprendido el frances perfectamente y nada te perjudica el no ejercitarte.

Susana debia haber venido anoche, segun lo convenido; pero anteayer miercoles recibí carta suya diciendome que habia cogido un catarro, ó fluxion á la garganta y no vendria hasta que estuviese bien. Ahora estoy esperando nuevo // aviso para ir á esperarla en la estacion.

Mariquita esta muy mal: tiene una debilidad general muy grande. No quiere hacer ningun remedio, ni hace caso del medico D. Santiago que me ha dicho que la encuentra en un estado *anemico*. A veces la creo de mucho peligro, lo que me causa gran sentimiento y tristeza; pero cuando menos se piensa parece que está mejor, y animosa. Hoy se ha levantado, y ha comido en la mesa con nosotros. Así es que yo espero que por ahora no nos dará el pesar de morirse, aunque pasado mañana 6 va á cumplir 81 años.

Todos los demas estamos buenos: yo lo que siento desde que acabe las vidrieras y ha empezado á hacer buen tiempo es una pereza invencible. No hago mas que solitarios, cosa que ya tenia olvidada. A ver si con largos paseos // me vuelve algo de actividad.

De Boston hace tiempo que no recibo carta, pero si Harpers, con faja de letra de tu madre, limpia y clara. Por Susana se que allí no habia novedad.

Volviendo á tu carta en francés: veo en ella que va á realizarse probablemente, al menos en parte, lo que yo deseaba y deseo para el caso en que no te concedan el fellowship por otro año mas. Eso les gustará mucho tambien á Victoria y Mercedes, pues cuando estuve en Madrid asi lo manifestaron. Susana desde luego se quedará con mucho gusto en España un año mas.

Ahora voy á salir con Elvira para merendar, en la fuente de la rana, huevos fritos y longaniza. Está haciendo casi calor de verano.

Tu padre

A. Santayana

Avila 11 de Mayo 1888

Mi querido Jorge

El sábado 5 á las once y media de la noche vino Susana de Madrid en el tren espresso sin novedad. Elvira y yo la esperábamos en el andén y la acompañamos á casa. Tomamos chocolate con agua y azucarillo y nos fuimos cada uno á su celda y á su cama. Me parece que está contenta en lo posible. Anteayer fuimos Susana, Elvira y yo á la fuente de la rana, donde refrescamos con longaniza, vino, dulces y agua con azucarillo. Volvimos á casa á las 8, que es ahora la cena.

Hemos hablado algunas veces de planes para lo futuro, el futuro proximo, inmediato. Susana dice que no sabe de cierto lo que hará, ni lo que harás tu. Tu madre, en carta de 27 de Abril que recibí anteayer, al mismo tiempo que un Harper y otra carta para Susana, insiste en manifestar repugnancia // á que pierdas el tiempo en España. Ya sabes que yo no tengo un gran concepto de mi pais, pero no tan bajo que crea que en él no se pueda hacer nada mas que perder el tiempo. Yo he presenciado desde que tengo uso de razon los grandes progresos que ha hecho España y sigue haciendo, en lo material y en lo intelectual, y aunque se resiente mucho de antiguos achaques, muestra tener vitalidad para irlos estirando poco á poco y llegar á ser robusta y sana. Y al fin, yo soy español, y tambien lo es tu madre, y me duele pensar que tu hayas de prescindir absolutamente de tu nacimiento y abolengo, hasta el punto de considerar tiempo perdido el que puedas pasar en España. Ya la he dicho á tu madre y la volveré á decir que como no soy pesimista no quiero afligirme pensando en lo que podra suceder poco grato para mi andando el tiempo, y me complazco en el bien presente // que consiste en tener aqui á Susana, y estar esperando que tu vendrás en Julio. Luego veremos lo que el hado tiene dispuesto.

Susana y Elvira van á comprar zapatillas para poder acompañarme en algunos paseos y meriendas, por que con las botas que ellas usan, estrechas y con tacones muy altos, se cansan á los cuatro pasos.

Mariquita sigue en estado *anemico* pero algo mejor que dias pasados. Ella y Susana toman por la mañana temprano leche de burra.

He encontrado en el mapa de Berlin la Louise Platz, y la universidad; pero no el restaurant donde comes; aunque se que debe estar un poco al sur de la gran via Unter den Linden. La distancia debe ser como un kilometro, que no es gran cosa.

Juanito esta traduciendo por escrito tu carta.

Tu padre

A. Santayana

CARTA N° 89

Avila 22 de Mayo de 1888

Querido Jorge.

Veo que estas pasando calor, segun me dices en tu ultima que me ha gustado mucho, porque me parece que tienes gana de verte en Avila pronto, lo que yo deseo, con mas motivo ahora que está aqui Susana, buena y creo que muy contenta. Hemos recibido dos numeros de The Nation con letra tuya; pero es mejor la carta; y para celebrarla fuimos ayer tarde Susana, Elvira y yo á la fuente de la rana, donde merendamos huevos fritos y longaniza con algun traguito. Esta tarde pensamos repetir el paseo, pero llevando la merienda en los bolsillos. El tiempo es hermoso. Calienta el sol; pero á la sombra se está muy á gusto.

De lo de *no perder el tiempo* ya hablaremos cuando sea ocasion de resolver. Me parece que lo que yo pido no es nada desacertado, ni dificil, ni para causarte perjuicio.

En esta // familia no hay novedad. Mariquita es la que está mas debil cada dia. Vamos á ver si la prueba una segunda tanda de leche de burra. Tambien M<sup>a</sup> Josefa esta mala, no se si de cuidado. Yo he decaido bastante, porque no tengo tanto gusto en trabajar como antes, ni el mismo afan por los paseos largos, pero no me duele nada, y el poco ejercicio que hago me prueba bien.

De Boston recibe cartas Susana cada ocho dias y no acusan novedad.

Otro dia escribiré mas. Tu debias escribir mas amenudo ó á Susana ó á mi, para evitar que estemos pensando si te habrás puesto malo, que por lo demas bien se que mientras estes en Alemania no pierdes el tiempo, por muy poco que hagas.

Muchas memorias de todos y un abrazo de tu padre

A. Santayana

Avila 28 de Mayo 88

Querido Jorge.

Anteayer recibí tu carta del 23, y ayer un numero de The Nation y un paquete con la novela rusa Anna Karenine, contentandome mucho que te hayas acordado de haberme ofrecido hace tiempo alguna novela rusa. Ya he leido parte de ella y veo que en efecto manifiesta el autor mucho talento, porque interesa y atrae desde la primera pagina.

Me alegro de que te hayas propuesto venir á Avila mas pronto de lo que antes creias. Eso me agrada por mi mismo y por Susana. Parece que está contenta: sale mucho á las iglesias, á paseo, y á visitas y dicen que ha mejorado y engruesado algo desde que vino; pero creo que le hace falta hablar un poco inglés con quien la comprenda, porque la conversacion con la gente de casa, inclusa la de Elvira, no debe satisfacerla // enteramente. Yo la comprendo, me parece, hablando por supuesto en castellano; pero no puede desahogarse conmigo, por mi sordera y porque sabe que no siento como ella la religion, que es su fuerte; ya se ha confesado y comulgado en la *Santa*. De vez en cuando se me escapa alguna palabra que no debe sonarla bien, en esta materia; aunque por otra parte procuro no contradecirla nunca y la acompaño con frecuencia á la iglesia. Yo quisiera que se quedase aqui mientras yo viva, en grata representacion de toda la familia, con la que estoy unido de corazon, aunque este separado por el mar.

En casa no hay mas novedad, sino que Mariquita esta cada dia mas debil y postrada, sin poder levantarse de la cama, de modo que, atendida su edad, no se puede esperar mas que un triste desenlace. Creo que yo // soy el que mas lo siente, sin duda por ser el mas hipocondriaco; pero hago lo posible por distraerme pensando que ella no sufre ningun dolor, está siempre muy tranquila, y habla bastante con Susana que es la que hace mas compañia, principalmente contandola cosas de su juventud. La familia de Manuel viene ahora mas á menudo. Santiago y M<sup>a</sup> Josefa siguen lo mismo que el año pasado.

De Boston hace tiempo que no recibo carta, pero si periodicos.

Estoy dando la ultima mano á mi obra del corredor, afinacion pasadores y pintura.

Lo que importa mas y yo deseo es verte pronto bueno y contento. Asi se alargará la vida de tu padre

A. Santayana

P.S. En este momento, las 10 de la mañana, recibo un paquete // de libros en aleman, que segun me dice Susana, son las obras completas de un insigne filosofo<sup>1</sup>.

1. Con toda probabilidad, las obras del filósofo Lotze, sobre el que iba a presentar su tesis de doctorado.

CARTA N° 91

Avila 12 de Nov<sup>e</sup>. 88

Querido Jorge.

A su tiempo recibí tu carta de 4 de Octubre con otra de igual fecha de tu mamá. Veo que todos estais muy buenos en Roxbury: que fuiste recibido con muchas flores y alegría. No me habeis dicho nada del fellowship desde tu carta, y ya debe estar eso resuelto. Yo he celebrado muchísimo que hayas merecido esa distinción; pero cuando estaba en duda si te la concederían por segunda vez, abrigaba yo esperanza de que en caso negativo te quedarias un año en España, y tal vez mas tiempo. Ahora ya he renunciado á ella, y me contentare con que consigas lo que mas te convenga en esa Universidad.

La muerte de Mariquita me ha afectado mucho, no tanto por haberla perdido, pues que estaba ya muy decrepitada y cargada de años, sino por haberla presenciado con detalles en extremo melancólicos. He sentido como si // fuera yo el que se moría y luego que la enterraron como si anduviese yo en espíritu escapado de la sepultura.

15 de Nov<sup>e</sup>.

Vuelvo de la estación, donde he dejado á Susana en el coche reservado de señoras. También han ido á despedirla Manuel y Manuela y Elvira. Lleva galletas y un frasquito de vino de la cosecha de Celedonio<sup>1</sup>. Partió el tren un poco después de las 2 y 1/2 y debe llegar á Madrid á las 8. Es casi seguro que la esperarán en aquella estación Victorina y Mercedes. Ayer volvimos á pesarnos y no habíamos ganado ni perdido nada desde la última vez. Susana 79 Kilos. A ver si la prueba Madrid tan bien como Avila. Tendrá más distracciones y mejor trato que aquí; pero echará de menos // las frecuentes visitas y entrevistas de Celedonio, de quien indudablemente está muy prendada, de lo que me alegra, porque él se conduce como estuviera decidido á casarse con ella. Compromiso formal no debe haber todavía, porque me lo hubiera dicho Susana; pero me ha hecho algunas confianzas en el sentido de que es muy probable que pasado algún tiempo en que uno y otro podrán pensarlo bien, se verificará la boda<sup>2</sup>.

Si estoy tal cual de salud no tardaré mucho en dar una vuelta por Madrid.

Nada más por hoy, recibe memorias de toda esta familia y da muchas de mi parte á tu mamá, Josefina y Roberto, y que vuelva yo á ver pronto letra tuya tu padre

A. Santayana

1. Celedonio Sastre poseía una finca en Zorita, un pueblo no muy lejano de Avila, de donde procedía este vino.

2. Sobre los obstáculos para esta boda, ver *The Middle Span*, p. 85-86.

CARTA N° 92

Avila 16 de Dic<sup>e</sup>. 1888

Querido Jorge.

Hoy cumples 25 años: ya eres mayor de edad por la ley que rige en España. En ese país lo eres desde que cumpliste los 21, si mal no me acuerdo. Siempre he tenido presente el día de tu cumpleaños, pero hoy con más motivo, por que marca un nuevo periodo en tu existencia.

Aunque segun todas las apariencias no debo esperar volver á verte, todavia no me abandona esa esperanza.

No me has vuelto á decir nada del fellowship desde la carta que me escribiste á poco de llegar á Boston, cuando esa cuestión no estaba resuelta; ni tu madre me ha hablado nunca de ella. Mucho te estimaría que me informaras de lo que haya ocurrido en el particular.

En esta familia no hay novedad que digna de contar sea.

Susana me escribió hace días que estaba algo ronca, á causa de la grande humedad reinante en Madrid. Supongo // que se habrá cuidado y estará ya bien. No me ha dicho nada desde que salió de aquí acerca del estado de sus relaciones con quien tu sabes, que por cierto no le he vuelto á ver, porque no estaba yo en casa una tarde que vino.

Hoy te escribo casi únicamente para solemnizar tu cumpleaños y pedirte que me digas algo acerca de tu actual situación con respecto á Harvard. Otro día te escribiré mas.

Muchas memorias á todos de mi parte, y tu acuerdate siempre bien de tu padre

A. Santayana

CARTA N° 93

Avila 4 de Dic<sup>e</sup>. 89

Querido Jorge:

Me dice Susana que esta carta podrá llegar á tus manos el dia 16, que cumples 26 añazos. Aquel dia será lunes segun mi calendario y estaras en la universidad, y no en casa. En este concepto pondré el sobre. Me gustaría escribirte el mismo dia 16, pero es probable que vayamos á celebrarlo á Vico Lozano, que está una legua (3 millas), y no dos como cree tu madre. Ayer estuvimos allí Susana, Manuela y yo, y comimos y lo pasamos bien, aunque hacia un viento frio y molesto.

Te deseo salud robusta y ascensos en la universidad, que tengas gusto y medios para venir el verano proximo á vernos; y que yo viva y no este peor que ahora para remozarme con tu visita. Me alegra de que no pienses seguir el ejemplo de Roberto<sup>1</sup>; pero ¿y si te da la ventolera?

Tu padre

A. Santayana

A. Santayana

1. Se refiere a la decisión de casarse.

Avila 29 de Enero de 1890

Querido Jorge

Recibi tu carta del 7.

Me siento muy malo, aunque no se el tiempo que podré vivir en esta situación. No hago testamento porque no es necesario para que tu heredes *por derecho propio* todo cuanto sea mio en el momento de mi muerte. Esto no es mas que la casa, libre enteramente de otra carga que la contribucion para el Estado, que es ahora de \$30 al año, y deberá pagarla quien la habite, ib. los muebles y libros. Dinero habra muy poco ó nada de mi exclusiva pertenencia, porque ya sabes que yo desde hace muchos años tengo impuesta por mi mismo la obligación de atender al presente y al porvenir // de mi hermana Maria Ignacia, y esto sin mas medios que mi pension.

Cuando llegue á ti la noticia de mi fallecimiento debes enviar un poder del Consulado á favor de Susana, con clausula de que pueda sustituirlo en otra persona con el objeto de que practique las diligencias necesarias en el Juzgado de primera instancia y en todos los demás tribunales ó centros en que sea necesario hasta obtener la declaracion de heredero mio en tu favor, y luego tomar posesion de la casa y muebles en representacion y nombre tuyo y cobrar todos los creditos que yo tenga. Esto es preciso en consecuencia para que la casa no se quede sin dueño, y á merced del Fisco y de la Curia, pues ni mis hermanos ni nadie puede heredarla, existiendo un hijo mio, // Es preciso ademas para que no se pierdan los sueldos que tengo yo devengados hasta el dia de mi fallecimiento incluso el valor de una letra de Manila que indispensablemente tiene que llegar aqui cuando yo ya no exista. Con esa letra y la que deba venir despues habra para pagar los gastos judiciales. Si cuando llegue el caso supieras que Susana no está dispuesta á admitir tus poderes, deberias enviarselos á mi hermano Manuel amplios y generales como pudieras haberlo hecho en favor de Susana, y tambien con clausula de poder sustituirlos en otra persona.

Luego tu dispondras lo que mejor te parezca segun las circunstancias.

Tambien tu madre debe enviar poder á Susana para que gestione por si // ó por medio de otra persona la pension de viudedad. Yo la escribiré.

Susana marchó á Madrid el 15 de este mes. Se fue muy harta de Avila y mas harta de *papá y tía*. Esta casa presenta hoy un aspecto tristísimo.

Memorias á todos. Mi parabién á Roberto.

Tu padre te bendice

Agustín Santayana

CARTA N° 95

Avila 14 de Junio de 1890

Mi querido hijo. Aquí tengo tu amable carta del 27 de Mayo. Segun ella hoy cumpliras tres dias de navegacion por Europa. Los plazos se van acortando, y yo estoy conforme y gustoso en que hagas el viaje segun tu plan, si bien me asaltan temores de no volver á verte por mas que parezca que no corro peligro inmediato. Tuve en efecto una temporada de mejoría en que podia trabajar en el banco y dar buenos paseos. Pero despues cai en cama con una calentura que no me han dicho de que causa procedia, y puede que fuera estacional. Luego me fui restableciendo algo, muy poco á poco y en un estado de enfraquecimiento y debilidad que me ha hecho temer un proximo fin. Ahora parece que vuelvo á tomar alguna fuerza y no me falta el apetito. Por esta triste reseña verás que mis temores no // no son infundados, y mi gran deseo de verte es muy justificado.

Hallaras en esta casa nueva decoracion. Estamos solos Susana y yo con las dos criadas. Su venida me ha compensado los grandes disgustos que he sufrido desde que mi salud se quebrantó profundamente con motivo de mi caida el 21 de Octubre. Susana es ahora mi providencia. Todo está bien arreglado y mi animo tranquilo.

Quince dias pronto se pasan, y por eso no quisiera que tomaras esta carta como un apremio, sino como la expresion sincera de mis sentimientos y deseos.

Creo que hallaras carta de Susana, con esta dentro, y no dudo que te dará mas noticias.

Querido Jorge<sup>1</sup>: recibe un abrazo mental y otra vez la bendicion de tu padre  
Agustin Santayana //

Avila, June 16th 1890<sup>2</sup>

My dear George,

I am delighted to say that your father is much better: he is slowly getting his

1. Seguramente por error, aparece «Jorge» escrito con «j».

2. Avila, 16 de Junio de 1890. Mi querido Jorge, Tengo mucho gusto en decirte que tu padre está mucho mejor: lentamente va recobrando sus fuerzas, su paseo diario es ahora hasta San Antonio y vamos a mediodía y nos sentamos a la sombra durante una hora aproximadamente y luego venimos a casa para la comida: no obstante la mejoría, creo que le encontrarás muy aviejado desde que le viste por última vez.

¿Tienes la intención de parar en París? Si es así, ¿te importaría traerme el cierre de un vestido?, por supuesto, si tienes espacio en la maleta y si no es demasiada molestia: si coges un coche, que luego te pagare, y le indicas al conductor bien hacia los Magasins du Louvre o mejor aún, hacia los Magasins du Bon Marché y le das al tendero la muestra que te adjunto, quedarás libre en diez minutos.

Papá tiene idea de que quiere un telegrama diciendo que te encontrabas bien a la llegada — si el viaje ha sido largo, envialo, por favor, si no, haz lo que quieras; siempre que tengamos carta sobre el 22, no estaremos preocupados.

Cariñosamente tu hermana.,

Susie

strength back again, his daily walk now is to San Antonio and we go at midday and sit in the shade for about an hour or so and then come home to dinner: notwithstanding the improvement I think that you will find him much aged since you saw him last.

Do you intend stopping at Paris? If so would you kindly // bring me the shut of a dress, I mean if you have room in your trunk and if it is not too much trouble: by taking a carriage / wh. you will charge to me / and directing the driver either to the *Magasins du Louvre* or better still to the *Magasins du Bon Marché* and giving the salesman the enclosed slip I think you will be quits in ten minutes.

Papá has an idea that he wants a telegram stating that you were well on landing — if the voyage has been a long one please send it, otherwise do as you like; provided we have a letter about the 22nd we won't be anxious.

Affectionately your sister,  
Susie

CARTA N° 96

Avila 2 de Dicº. 90

Querido Jorge:

Hace mucho tiempo que no escribo aunque todos los días me propongo hacerlo para corresponder á tu madre como debo y deseo.

Ahora lo hago para felicitarte por tu cumpleaños, que será el 16.

Tengo esperanza de ir aquel día á comer en Vico como algunos años atrás, porque he recobrado bastantes fuerzas, aunque estos últimos días no estoy tan bueno como cuando escribí á Susana que mando mi carta á tu madre. Hubo un «veranillo de San Martín» magnífico, sin frío ni calor.

Ahora está nevando y helando con furia, pero lo resisto con poco daño.

Me hace mucha falta alguna (—? - ción) higiénica. Si Susana se hubiera humanizado conmigo acaso podríamos ir á Alicante como pensábamos // el año pasado, y no se realizó á buen tiempo por el estado inseguro de mi salud con motivo de la caída, que en efecto tuvo muy malas consecuencias, como sabes.

Está la familia en desgracia. Manuel muy malo; dos médicos le deshaucian. Bartolomé: sigue padeciendo del reuma, y no puede apenas moverse de su silla. Santiago lo mismo que antes, sin habla, sin conocimiento, aunque menos inquieto cada día, y con modorras alarmantes de vez en cuando.

Maria Josefa ha venido á casa con su hermana y su criada, hace ya tres meses; pero está de muy mal humor porque no la doy más dinero, y me ha hecho pasar malos ratos. Ahora hemos adoptado un modus vivendi que consiste en no vernos ni hablarnos sino lo muy preciso, y yo como solo.

Maria Ignacia en su habitación // aparte, casa de Manuel, y me dicen que está muy buena y tranquila.

¡Que bien me vendría una excursión á país templado, á ver si pasaba el invierno sin novedad, y volvía á tener el gran placer de abrazarte en el verano!

Si no puedes venir tendré que pasar mucha tristeza. Yo quiero esperar que vendrás, y no me desengañaré sino cuando no haya remedio.

Ya tengo los cuadros para las fotografías de Berlín.

No espero ver carta tuya hasta las vacaciones de Navidad.

Para entonces la espero y sentiría mucho no recibirla.

Querido Jorge: no olvides á tu padre

A. Santayana

CARTA N° 97

Avila 14 de Junio de 1891

Querido Jorge.

Que llegues bueno á Londres. El tiempo ha sido malo aquí hasta pocos días hace; pero ya hoy es un día de verano, y no dudo que habras completado la navegacion sin gran molestia.

Yo estoy bastante bien de salud, y confio en que pasare el verano todo lo contento y feliz que es posible en mis años é impedimentos.

Susana esta con su amiga la Madorell<sup>1</sup> conforme á su gusto; pero la encontramos muy triste.

M<sup>a</sup> Ignacia ya no está en casa. Vive en la misma que M<sup>a</sup> Josefa, cerca de aquí. Nos hemos vuelto á separar esta vez de mutuo acuerdo.

Yo solo con una criada de 15 años hija de familia de Avila: muy lista y de disposicion. Creo que nos servirá bien.

El barberillo Pio, deseando que llegues.

Resulta que estoy reñido con todas las mugeres de la familia, menos con Elvira; pero la veo muy rara vez por no dar motivo á que se agrien mas los animos entre ellas.

Escríbeme en cuanto llegues á Londres y luego me diras que dia quieres estar en Avila, para esperarte en la estacion sea la hora que sea.

Recibe mentalmente un abrazo de tu padre

A. Santayana

1. «Las de Madorell» eran dos hermanas, antiguas amigas de Susana, de las que nos habla Santayana en *The Middle Span*, p. 84.

CARTA N° 98

Avila 15 de Junio de 1891  
Mi querido Jorge

Me hace mucha falta un traje completo que sirva para todo tiempo, como los he visto á D. Juan comprados en Inglaterra.

No puedo ir á Madrid, y aquí visten muy mal, así en las telas como en las hechuras. He pensado que tu puedes traermelo, sacandome de una gran dificultad. Yo necesito que sirva mejor para invierno que para verano porque este dura muy poco, y yo padezco mas de frio que de calor. Sabes que tenemos tu y yo las mismas medidas, y si hay alguna pequeña diferencia, no me importa. Me gustaria que fuese negro, y sino azul oscuro; pero eso lo dejo á tu elección si aceptas mi encargo. No te mando dinero porque no hallo medio, y me dice Susana que puedes anticipar lo que cueste el traje. Claro es que yo te lo daré aqui. //

A ver si tengo suerte en esta incumbencia que te doy, que no te sirva de molestia. Creo que tenias que verte con el sastre, por lo que dices en tu carta á Susana, y siendo así puedes matar dos pájaros de un tiro.

Ayer te escribí, y por eso no te canso mas  
Tu padre

A. Santayana

Avila 19 de Junio de 1891

10 años A. ab 01 año A.

Mi querido Jorge

Ayer tuve el alegron de recibir tu carta escrita á bordo del «Calabria» el 14, con la noticia de que aquella misma tarde debias llegar á Queenstown, como veo que se verificó sin novedad porque la carta trae sello de aquella ciudad del 15. Al dia siguiente 16 desembarcamos en Liverpool al anochecer luego emprenderias el viaje por tierra hacia tu destino.

Supongo que Maidehead ó Windsor es la residencia de L. Russell<sup>1</sup>, donde acaso no querras estar muchos dias; de modo que si no te quedas en casa de Howar Sturgis<sup>2</sup> vendras mas pronto á casa, de lo que me alegraré mucho, aunque tambien me gusta que disfrutes y conserves la buena relacion del primo.

Si todo sale bien y recibes mis cartas á tiempo no dudo que me traerás un traje, que me hace mucha falta, y // quisiera fuese no de lo mas caro, ni de lo mas barato, negro ó del color oscuro que mas te guste azul ó gris.

Contando estoy los dias que puedes tardar en llegar á los brazos de tu padre

A. Santayana

1. Lord Russell: John Francis Stanley, Segundo Conde Russell, y hermano del filósofo Bertrand Russell.

2. Howard Sturgis, el menor de los hijos del «Tío Russell» que vivió en Londres.

CARTA N° 100

Avila 10 de Agosto 91

Querido Jorge.

Hoy ha venido la carta (L 27.10.9) Muy mal cambio allá: no se cómo está aquí. No suele ser como dicen los papeles.

No te olvides de mi lente. A ver si le encuentras de un cristal solo que no pase ó pase muy poco del diametro de un perro chico.

Memorias á tu amigo, y tu no tardes mucho en venir, porque ya esta Agosto algo avanzado y me queda poco tiempo para que estes con tu padre

Agustín Santayana

En la calle del principe habia antes dos tiendas de optica



CARTA N° 101

Avila 29 de agosto de 1891

Mi querido Jorge.

Ayer recibi tu carta, fecha en Paris el 25: me causó mucha alegría ver que estas tan animado y tan contento gozando de la parte agradable que ofrecen los viajes para un joven en tus buenas circunstancias. Yo pasé el dia todo lo feliz que cabe en lo posible: compre sandia y melon, un pollo, y dos chuletas, si bien el uno y las otras se quedaron intactos para hoy y mañana, porque comi todo lo que necesitaba del puchero que estuvo muy bueno. Hoy recibo carta de tu madre, satisfactoria, sin novedad en Roxbury. Tiene una carta de Inglaterra y una tarjeta de invitación á comer que vino dentro del ultimo numº de The Nation. Te las mandaré á Boston. Te escribo para que sepas que he recibido tu carta y espero otra de Londres, y acaso otra de Liverpool. No mas porque dudo si recibirás éstas.

Tu amante padre

A. S.

Te envío

17 de Septiembre

CARTA N° 102

Avila 10 de Setiembre de 1891

Mi querido Jorge

Anteayer 8 recibi tu carta escrita á bordo el 3. Susana vino el 7 (vispera del dia en que Maria Ignacia cumplia sus 81 años) porque esta se hallaba aqui, y me dijo que habia recibido la tuyas de Londres, que no me dio á leer, y me dijo que te habia hecho daño una merienda que hiciste en el camino de Paris. Veo que el daño fue de consideracion, por ser tan desagradable una diarrea en viaje. Ya en Londres te aliviastes y no dudo que á bordo te pondrias bueno enteramente, digo á bordo del Cephalonia, porque en el Canal nadie puede pasarlo bien. Y ¿porque hiciste provision en el camino de Paris á Calais?

Me alegra muchisimo de que vayan contigo Beal<sup>1</sup>, y la señorita amiga de Susana. Con grande interes aguardo la noticia de tu llegada á Boston; pero no la recibiré hasta que Dios quiera. Si no costara tan caro el telegrafo!

A instancias mias se ha venido M<sup>a</sup> Ignacia á vivir en un cuarto de la casa inmediata á esta (si no estuvieramos sordos nos podríamos hablar al traves de la pared medianera que nos separa); y pasa conmigo todo el dia. Por ahora resulta ser este un arreglo muy feliz. Estamos juntos, pero independientes, y cada uno con todo su propio ajuar.

No hay ninguna otra novedad en la familia. El dia 1.<sup>o</sup> despedí á la criada Victoria porque no la podia ya sufrir, y me asiste una vecina pobre. Mi salud me permite estar enteramente solo como un hermitaño, y es ya un lujo tener todo el dia á M<sup>a</sup> Ignacia, desde muy temprano.

Hasta la vista! me dijiste en el anden. Mucha esperanza tengo de que sea el verano venidero. A Dios; memorias á tu madre, Roberto y Josefina, sin olvidar á Elena.

Tu padre

A. Santayana

1. Boylston Beal, compañero de Santayana de la clase de Harvard de 1886. Compartieron después pensión en Berlín y amistad en Cambridge a primeros de la década de 1890, cuando Beal estudiaba Derecho y Santayana era profesor auxiliar (*Persons and Places*, p. 234 y 236-237).

11 de Octubre, 1891

Querido Jorge

Deseando estoy ver letra tuya. Aquí sigue todo como lo dejaste, inclusa mi salud. Pago el alquiler de la habitacion de M<sup>a</sup> Josefa. M<sup>a</sup> Ignacia se ha venido á vivir á un cuarto de la casa del Gallego, pared por medio de mi alcoba del comedor, de modo que nos podemos comunicar dando golpecitos en la pared. No vendrá á vivir conmigo, por lo menos hasta que este concluida la obra de la cuadra que se emprenderá dentro de un mes, y yo tenga arreglada toda la casa como quiero y me propongo.

Susana ha venido una tarde á buscarme para el paseo, y hemos ido á la fuente de la rana. Me accordé de tus palabras «eso de la Madorell no dura». Tu la conoces bien. Vendrá una tarde á encajonar loza como estaba antes que tu vinieras. Mucho sentí que tuvieras indigestion en el viaje desde Paris; pero me dicen que // que te curó el mareo en el Cephalonia y llegaste bueno á Roxbury.

La generala<sup>1</sup> vino á buscar casa y va á pasar el invierno en Avila, porque Alcalá y Madrid le han probado muy mal. Está desmejorada. Elvira vive sola en una habitacion muy lujosa y la veo reservada y seria. Parece que no se lleva muy bien con los parientes de su marido.

El pobre Juan Antonio sigue lo mismo, algunas noches voy á su casa un rato.

Tengo una criada nueva, Paula, es quieta y laboriosa: guisa bien y tiene la casa limpia, 22 años y no sabe leer ni escribir: la cabeza dura y mucha ansia por cuartos.

M<sup>a</sup> Ignacia viene todas las tardes y cena conmigo, y hoy comeremos juntos, buen puchero, costillas y melon.

Muchas memorias á todos de tu padre

A. Santayana

Tu casa

11 de Octubre.

1. La Generala era esposa del General Pavía, Marqués de Novaliches.

## CARTA N° 104

Avila 2 de Nov. de 1891

Mi querido Jorge.

Quisiera que recibieses esta carta el 16, en que cumples 28 años, en disposición de dar otro té á tus íntimos amigos y *amigas*<sup>1</sup>, como el que diste hace algún tiempo, segun me ha dicho Susana en obsequio principalmente a la Sta del tío Roberto y tu futura, si ha de ser lo que Susana ha previsto. Hace pocos días trajo aqui el cartero una carta con letra suya, pero era para Susana, y esta me dijo que la pedía con mucha expresión su fotografía. Sea lo que Dios quiera como se dice en esta beatísima tierra. Yo no deseo mas que tu felicidad, pero sería muy cruel que por algún motivo no volviese a verte<sup>2</sup>.

Susana fue á Madrid el 15 // Unos días antes salimos juntos á paseo y me dijo que era cosa resuelta su casamiento, si se realizaba el de la niña<sup>3</sup>, pero como este ofrece alguna dificultad, quedamos en la misma incertidumbre. Me dijo también que en caso afirmativo, y si el enlace se ha de verificar en Avila, se vendrá á esta casa para celebrarlo en ella. ¡Como se conoce que ella sabe muy bien que encontraria siempre mis brazos abiertos!

Ya esta otra vez conmigo M<sup>a</sup> Ignacia. Espero que esta vez no me dará tanto que sentir, y acabaremos en paz nuestros días.

El asunto de Elvira no está enteramente concluido, ni se sabe la cantidad anual que le queda; pero si que será suficiente para vivir como en vida de su marido.

A M<sup>a</sup> Josefa se la componen muy bien las cosas y está viviendo // muy á su gusto donde la viste.

Yo sigo con la misma ó mejor salud que en Agosto: ocupado en obrijos en la casa, que no se acaban nunca, porque son mi manía. Todo lo hago con ? proximo.

No dudes que tus visitas anuales me alargan la vida, y yo creo que esto debe ser para ti una gran satisfacción y un poderoso estímulo. ¡Si yo hubiera podido hacer algo por alargar la de mi padre! El murió prematuramente abrumado de penas, y al saber la mayor desgracia, que fue morir mi hermano Pepe en el campo de batalla, en Cataluña, á la edad de 22 años, siendo subteniente de la

1. D. Agustín hace resaltar en esta carta el término «amigas» que escribe con letra más grande y más marcada, en clara referencia irónica al motivo de la fiesta.

2. Este párrafo resultaría sorprendente para cualquiera que hubiera leído la referencia de Santayana al respecto en *The Middle Span* (pp. 121, 122, y 123). Al parecer, la gente en Boston, y muy particularmente Susana, siempre pretendían «casarle» con alguna de las jóvenes que le rodeaban. Esta «tu futura» a que se refiere esta carta quizás sea la «rica heredera» de que habla Santayana en la p. 122; pero leyendo su explicación autobiográfica nos queda muy claro que él jamás pensó en casarse con ninguna chica de Boston y, por tanto, esta referencia en la carta del padre no tiene más fundamento que los devaneos imaginativos de Susana.

3. La hija mayor de Celedonio, que tenía un novio que no gustaba al padre, Santayana nos cuenta todo lo relativo a este tema en *The Middle Span* (p. 85 y 86).

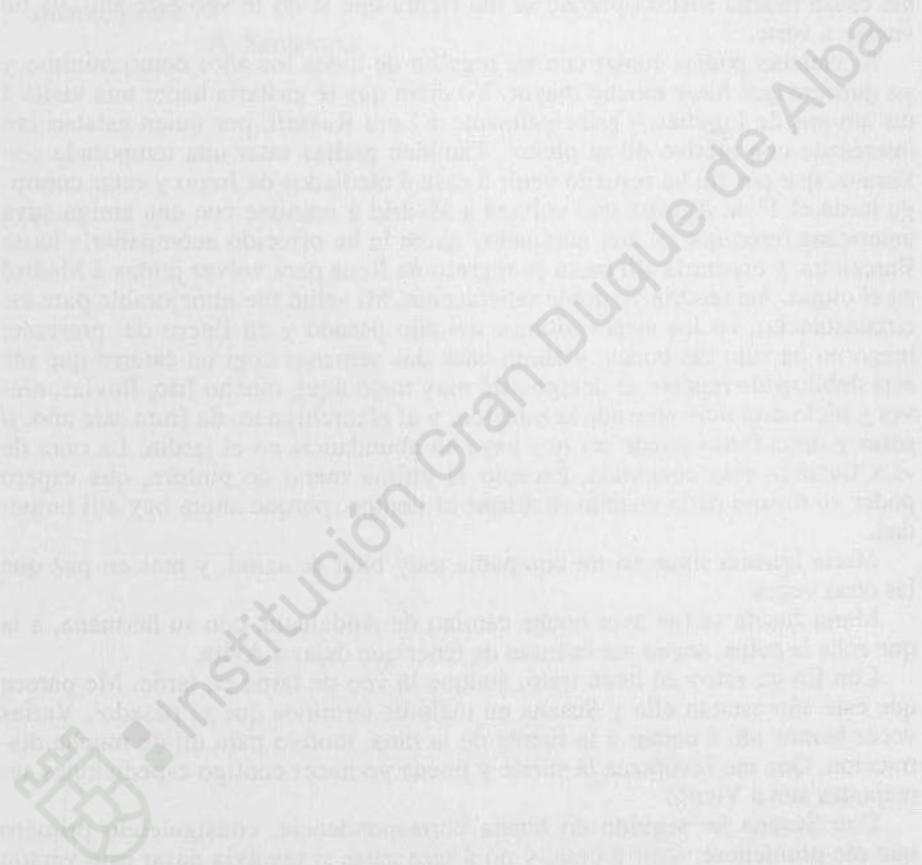
Compañía de Granaderos del Regimiento de San Fernando, de que era coronel el marido de la generala.

Te ruego que me escribas // en las proximas vacaciones. No recibo carta de tu madre hace mucho tiempo. Ciento es que yo soy el que estoy mas en falta, pero mi vista!

Dá muchas espresiones á todos, y tu no olvides á tu amante padre

A. Santayana

Creo que te escribiré el dia 16



Avila 9 de Mayo de 1892

Mi querido Jorge

Ayer tarde estuve en Pinilla en coche con Juan Antonio y uno de sus hijos, el mismo con quien tu recorriste aquellos sitios el año pasado. Me preguntaban «¿Viene Jorge esta verano? Yo les dije que no sabia nada y temia que no vinieras. El padre me decia «digale V. que venga soltero. Yo le prometí comunicarte sus afectuosos recuerdos. La verdad es que casi he perdido la esperanza y esto me causa mucha tristeza porque se me figura que si no te veo este año, ya no vuelvo á verte.

Si vinieras podias contar con mi regalito de todos los años como minimo y yo quisiera que fuese mucho mayor. Yo creia que te gustaria hacer una visita á tus amigos de Londres // principalmente á Lord Russell, por quien estabas tan interesado con motivo de su pleito<sup>1</sup>. Tambien podias estar una temporada con Susana, que por fin ha resuelto venir á casa á mediados de Junio y estar conmigo hasta el 1º de Agosto, que volverá a Madrid á reunirse con una amiga suya americana (creo que es una marquesa) quien la ha ofrecido acompañarla hasta Barcelona, y esperarla allí hasta su regreso de Reus para volver juntas á Madrid en el otoño. Asi tendria yo doble satisfaccion. Mi salud fue inmejorable para las circunstancias, en los meses ultimos del año pasado y en Enero del presente; luego no ha sido tan buena, y ahora hace dos semanas cogi un catarro que me está debilitando mucho: el tiempo está muy malo aquí, mucho frio, lluvias, nieves y hielo esta muy atrasada la estacion, y el alberchigo no da fruta este año, // rosas y otras flores puede ser que haya en abundancia en el jardin. La obra de «La Cuadra» esta concluida, excepto la ultima mano de pintura, que espero poder yo mismo darla cuando se afirme el tiempo, porque ahora hay allí humedad.

Maria Ignacia sigue en mi compagnia muy bien de salud, y mas en paz que las otras veces.

Maria Josefa se fue ayer noche camino de Andalucia, con su hermana, á la que echa la culpa, segun me cuentan de tener que dejar á Avila.

Con Elvira estoy en buen trato, aunque la veo de tarde en tarde. Me parece que este año estaran ella y Susana en mejores terminos que el pasado<sup>2</sup>. Varias veces hemos ido á comer á la fuente de la rana, motivo para mi de mucha distraccion. Que me favorezca la suerte y pueda yo hacer contigo expediciones semejantes aun á Vico!!

Con Susana he seguido en buena correspondencia, consiguiendo primero que me prometiese venir á casa, y no á otra parte si resolvia pasar este verano

1. Sobre este pleito y otros de Russell hace Santayana una detallada referencia en *The Middle Span*, pp. 71-75, Santayana llegó incluso a declarar como testigo a favor de su amigo en el juicio contra su suegra, Lady Scott, por difamación.

2. En su estancia previa en Avila, Susana había ido a residir en la casa de «las de Madorell», para evitar discusiones con Elvira que vivía entonces con D. Agustín.

en Avila, y ultimamente que me ofrezca venir positivamente, aunque por tiempo tasado. Así se me quitará el amargo que me ha dejado verla en Avila viviendo en otra casa.

Me dice tu madre que estas muy bueno, con la cara llena, y lo mismo Roberto. Josefina delgada pero regular de salud. Elena y el niño Jorge buenos. De todo esto me alegra mucho, y solamente me entristece pensar que no vienes ¿No se puede hacer el viaje de Boston a Liverpool en barco mas barato y luego de Inglaterra á Bilbao?

La estacion avanza y cuando yo reciba contestacion á esta carta, si me escribes, ya estaré decidida la suerte. Recibe in mente el mas cariñoso abrazo de tu amante padre

A. Santayana

CARTA N° 106

Avila 11 de Julio de 1892

Mi querido Jorge

Ya que no puedo verte este año me recreo con tus cartas. La mas sabrosa fue la de Paris (25 de Agosto 91) en que me contabas detalles de tu estancia en San Sebastian, Biarritz y llegada á Paris, tu encuentro con el amigo Fullerton, aquella noche ibas al teatro á ver una pieza que contaba 400 representaciones. Bien debia merecer ser traducida á todos los idiomas. Pensabas salir al dia siguiente para Londres.

El 3 de Septiembre me escribiste á bordo del vapor «Cephalonia». Ya estabas mejor de la indigestion causada por las provisiones que habias hecho en Francia, y te reuniste allí con Beal, el que comio un alberchigo en este jardin, y con la amiga de Susana.

Pasan dias y semanas, y el 9 de // Diciembre me escribiste en Harvard. 6000 libras importaron las costas del pleito de Lord Russell! ¡Que cara es la justicia en Inglaterra! Pensabas ir á una cacería, invitado por un hijo de Mr. Forbes!

Tenias tres clases; y he visto que estas «reappointed» como catedratico, ó profesor de filosofia.

Nada extraño que ya en ese nuevo teatro y nuevas y flamantes decoraciones se mitigaran un tanto tus recuerdos de Avila y dejaras pasar tiempo sin escribirme. Pero no olvides que estoy muy aislado y tu afecto y la frecuente comunicación contigo son mi mayor, sino mi unico goce. Por todo lo demás, cosas y personas, pasa por alto mi imaginación con melancolica indiferencia. ¿Me escribiras con mas frecuencia? Todo cuanto me digas me interesa mucho.

Susana, nunca la he visto con // mejor salud que ahora. Yo la pedí que anticipase su venida, anunciada para el 15 de Junio, y á mí ruego vino el 8. Ha sido y sigue siendo de grande alivio para mi en lo moral, porque estando ella en casa espero tranquilo cuanto pueda suceder. Vive animadisima, recibe y hace muchas visitas: yo aguardo de un momento á otro la noticia de que se casa, porque observo que la futura hijastra que parecia ser un obstaculo insuperable está muy blanda y propicia cediendo á los alhagos de su padre<sup>2</sup>.

El miercoles ultimo nos convidó Sastre á ir en coche á un pueblo cuatro leguas de aqui, donde administra hacienda el Duque de la Roca: tuvimos gran almuerzo y gran comida: fueron los seis hijos, y pasamos bien el dia volviendo á casa á las 10 de la noche con hermosa luna. El viernes quiso Susana ir al mercado con una de las // dos criadas, y trajo lo que veras en el adjunto aparte que te mando para que lo enseñes en Millmont St.

Estos dias se baña con mucha comodidad á las once en la habitación nueva. Ha comprado baño de cink y estufa por 7 duros.

1. Cam Forbes. Su relación con él y con su familia viene descrita en *The Middle Span* (pp. 104-106).

2. La hija de Celedonio Sastre —hijastra futura de Susana— acabó cediendo, en parte, ante los deseos egoístas de su padre y no se casó con el hombre a quien quería; aunque tampoco se casó con el hombre que quería el padre y murió soltera. (*The Middle Span*, p. 85-86).

Yo estoy en estado de enfermedad cronica desde fines de Abril; pero no hago cama, y salgo poco ó mucho todos los dias.

Tu ultima carta (29 de Mayo) me ha hecho mucha impresion, aunque ya habia recibido las de tu madre y de Susana anticipandome que este verano no vendrias á Europa. Quiero desechar la idea de no volver a verte, aunque me parece dificil vivir un año mas.

Espresiones á tu mama, Josefina, Roberto, Ellen, á quien deseo un feliz alumbramiento, y tu acuerdate de tu amante padre

A. Santayana

Institución Gran Duque de Alba

CARTA N° 107

Avila 2 de Febrero de 1893

Mi querido Jorge

Susana me da con frecuencia noticias de Boston. Se que tienes una clase de Señoritas y me alegraria mucho de que trajeras una fotografia que las representara en grupo semejante al que tengo aqui en un cuadro de tus antiguos compañeros, en que tu figuras con traje de bailarina.

Tengo mucha esperanza de verte este año, porque he mejorado en salud desde que hace frio. Me preservo de él con estufa, braseros y abrigos y tengo apetito. Como has tenido gusto en venir otros años, desde hace 10, no dudo que le tendras ahora con el gran motivo de ver a Susana en su nuevo estado, mas contenta, blanda y complaciente que en otros tiempos. En el verano pasará temporadas en // Zorita durante las labores de la cosecha, y me parece que te divertiras mucho allí algun que otro dia. Bueno fuera que pudieras tambien ir. La vida del campo alegra y remoza.

23 de Abril

He pasado muy mal los meses de Febrero y Marzo. En lo que va de Abril estoy algo mejor, y creo que con la idea de verte pronto ganaré algun terreno ayudado por el tiempo que debemos esperar. Siempre estoy pensando en ti, y desde hoy con mas motivo, prometiendome poder obsequiarte de modo que estes á gusto en Avila. Medios tengo en la escala de mis recursos que tu conoces y puedes contar con mi regalo de costumbre, aumentando un poco. Buena comida te prometo, y espero que no te faltará. Tengo un criado listo, de 19 años que me sirve mejor // que ninguna de las criadas que ha habido en casa hasta ahora. No sé si necesitaremos una cuando estos aqui, yo las temo.

La situación con respecto á Maria Ignacia es muy desagradable. Ocupa la habitación nueva en lo que era la cuadra, se hace la comida, y pasan semanas sin vernos ni hablarnos. Cuando estos aqui será otra cosa, y espero que no te molestará mucho ni me echarás á mi la culpa.

Tambien veo poco á Susana, engolfada como está en sus nuevas obligaciones, y yo sin salir de casa largas temporadas. Tu si que podrás disfrutar de su trato, y de su nueva familia, al que yo no me puedo acostumbrar por mi falta de oido y de vista, y mi torpeza en general.

Zorita! ¿Te gustara ir á Zorita cuando este allí Susana? A mi me gustaría mucho, si estuviera mas // util.

Mil cosas quisiera decirte, porque pensando verte dentro de dos meses, ó poco mas, estoy muy excitado.

Ayer pedí noticias á Susana y me mando la adjunta carta, que me hizo una impresion muy grande.

Recibe estos mal pergeñados renglones como la expresion aunque sea confusa del inmenso cariño de tu padre

A. Santayana

El jardin está mejor que antes y habra algunos alberchigos, para alegrar la vista con su bonito color aunque no los comas.

CARTA N° 108

Avila 14 de Mayo de 1893

Querido Jorge

Mucho, mucho me ha gustado tu carta fha en Delta Phi Club<sup>1</sup> el 25 de Abril, que Susana me ha enseñado, no solamente por lo buenísimo que contiene para mí, sino en lo que yo me complazco en leer entre sus renglones, muy conforme con mis pensamientos.

Ahora tengo el empeño de que me traiga los retratos de Josa y Roberto que yo hice cuando eran niños. En la ultima carta que he escrito á tu madre la hablo de esto con insistencia. Enrollados los lienzos abultan poco y cabrán en tu maleta. Deseo tenerlos como recuerdo de otros tiempos.

Si que confio en poder dar algunos paseos en tu compañía, no tan largos como podía darlos hace años, y creo que no estoy mas sordo, sino acaso un poco menos á días y aun á ratos. De // vista es de lo que estoy peor. En casa la situación tiene de malo y de bueno, por los terminos á que hemos llegado María Ignacia y yo. No creo que tengas por eso motivos de disgusto, porque á ti te será muy facil llevarte bien con ella, sin que te moleste mucho. De tarde en tarde voy a comer con Susana, una vez al mes, cuando mas. Tambien de tarde en tarde viene á verme con Celedonio y Antonia.

A comer con Elvira voy con mas frecuencia y con mas libertad y confianza. Sigo tratandola como si nada hubiera sucedido, vive en sitio centrico, y á cualquiera parte que vaya por la ciudad tengo que pasar por su casa, y algunas veces me ve desde el balcon.

Ya no tengo mas parientes, y ni mas amigos que Juan Antonio Nieto con quien paso algunos ratos por las tardes. En el rigor del invierno, cuando pasaban semanas sin que yo pudiera salir // venía algunas tardes Elvira á hacernos compañía.

Queria escribir mas, pero me canso pronto y no acabo esta carta sino hoy 15.

A las 24 horas que estes aqui te impondras de todo lo que yo pudiera decirte ahora.

Te saluda con gran deseo de abrazarte tu amante padre

A. Santayana

Mil cosas á tu mamá, Josefina y Roberto.

1. Santayana explica el origen de este famosísimo «club» de Harvard en *The Middle Span*, p. 107-108.

CARTA N° 109

Avila 27 de Mayo de 1893

Querido Jorge

Puede ser que esta carta llegue tarde á Roxbury, porque supongo que saldras algunos días antes del embarque en New York; mas por si llega á tiempo quiero decirte que desearia recibir noticias de tu arribo á Gibraltar que me mandaras el mismo dia y luego en el curso del viaje terrestre del dia que piensas llegar á Avila si acaso antes del 1º de Julio, como yo quisiera, ó despues si te detienes en algun punto del transito. Lo que es el 1º de Julio ya tendre yo buen cuidado de esperarte en la Estación. Hara entonces calor que no invite á largas paradas en Andalucia ó Madrid, cuando todo el que puede escapa al Norte.

No hay aqui novedad y cierro esta carta felicitandote y felicitandome anticipadamente por tu venida sin tropiezo.

Tu amante padre

A. Santayana

## Bibliografía



LAS OBRAS DE JORGE SANTAYANA  
(Ordenadas cronológicamente y acompañadas de la traducción en castellano.  
La edición citada se ha utilizado para el presente trabajo)

*Sonnets and Other Verses.*

New York: Stone and Kimbell, 1894. Sonetos y otros Versos.

*The Sense of Beauty: Being the Outline of Aesthetic Theory.*

New York: Dover Publications, Inc., 1955. El sentido de la Belleza.

*Lucifer: A Theological Tragedy.*

Chicago and New York: Herber S. Stone and Co., 1899. Lucifer: Una tragedia Teológica

*Interpretations of Poetry and Religion .*

New York: Charles Scribner's Sons, 1900. Interpretaciones de la Poesía y la Religión.

*A Hermit of Carmel, and Other Poems.*

New York: Charles Scribner's Sons, 1901. El Ermitaño del Carmelo, y otros Poemas.

*Reason in Common Sense* (Primer volumen de *The Life of Reason* ).

New York: Dover Publications, Inc. 1980. La Razón en el Sentido Común.

*Reason in Society* (Segundo volumen de *The Life of Reason* ).

New York: Dover Publications, Inc., 1980. La Razón en la Sociedad.

*Reason in Religion* (Tercer volumen de *The Life of Reason* ).

London: Archibald Constable, 1905. La Razón en la Religión.

*Reason in Art* (Cuarto volumen de *The Life of Reason* ).

New York: Dover Publications, Inc., 1982. La Razón en el Arte.

*Reason in Science* (Cuarto volumen de *The Life of Reason* ).

New York: Collier Books, 1962. La Razón en la Ciencia.

*Three Philosophical Poets: Lucretius, Dante, and Goethe.*

Cambridge: Harvard University Press, 1910. Tres Poetas Filósofos: Lucrecio, Dante, y Goethe.

*Winds of Doctrine: Studies in Contemporary Opinion.*  
London: J. M. Dent & Sons; New York: Charles Scribner's Sons, 1913. Aires de Doctrina.

*Egotism in German Philosophy,*  
London: J. M. Dent & Sons; New York: Charles Scribner's Sons, 1916. El Egoísmo en la Filosofía Alemana.

*Character and Opinion in the United States, with Reminiscences of William James and Josiah Royce and Academic Life in America.*  
New York: Charles Scribner's Sons, 1920. El Carácter y la Opinión en los Estados Unidos.

*Soliloquies in England and Later Soliloquies.*  
New York: Charles Scribner's Sons, 1922. Soliloquios en Inglaterra y Soliloquios posteriores.

*Poems: Selected by the Author and Revised.*  
New York: Charles Scribner's Sons, 1923. Poemas Seleccionados.

*Scepticism and Animal Faith: Introduction to a System of Philosophy.*  
New York: Dover Publications, Inc. 1955. Escepticismo y Fe Animal.

*Dialogues in Limbo.*  
New York: Charles Scribner's Sons, 1926. Diálogos en el Limbo.

*The Realm of Essence. Book First of Realms of Being.*  
(Edición conjunta de los cuatro «Realms» en un solo volumen)  
New York: Cooper Square Publishers, Inc., 1972. El reino de la Esencia. Libro Primero de los Reinos del Ser.

*Platonism and the Spiritual Life.*  
(En edición conjunta con *Winds of Doctrine*)  
New York: Harper Torchbooks. Harper & Brothers Publishers. El Platonismo y la Vida Espiritual.

*The Realm of Matter. Book Second of Realms of Being.*  
(Edición conjunta en un solo volumen)  
New York: Cooper Square Publishers, Inc., 1972. El Reino de la Materia.

*The Genteel Tradition at Bay.*  
New York: Charles Scribner's Sons, 1931. La Tradición Elegante a Raya.

*Some Turns of Thought in Modern Philosophy: Five Essays.*  
New York: Charles Scribner's Sons, 1933. Algunos Giros ideológicos en la Filosofía Moderna. Cinco Ensayos.

*Obiter Scripta. Essays and Reviews.*

New York: Charles Scribner's Sons, 1936. *Obiter Scripta, Ensayos y Análisis.*

*The last Puritan: A Memoir in the Form of a Novel.* New York: Charles Scribner's Sons, 1936. *El ultimo Puritano.*

*The Realm of Truuth. Book Third of Realms of Being.*

(Edición conjunta con los otros «Realms» en un solo volumen)

New York: Cooper Square Publishers, Inc., 1972. *El reino de la Verdad.*

*The Realm of Spirit. Book Fourth of Realms of Being.*

New York: Charles Scribner's Sons, 1940. *El Reino del Espíritu.*

También utilizado en la edición conjunta de los «Realms» en un solo volumen de Cooper Square Publishers, Inc., 1972.

*Persons and Places: The Background of My Life*

New York: Charles Scribner's Sons, 1944. *Personas y Lugares.*

*The Middle Span* (volumen II de *Persons and Places* ).

New York: Charles Scribner's Sons, 1964. *El Periodo Intermedio.*

*The Idea of Christ in the Gospels: or God in Man, a Critical Essay.*

New York: Charles Scribner's Sons, 1946. *La Idea de Cristo en los Evangelios.*

*Dominations and Powers: Reflections on Liberty, Society and Government.*

New York: Charles Scribner's Sons, 1950, 1951. *Dominaciones y Potestades: Reflexiones sobre la libertad, La Sociedad y el Gobierno.*

*My Host the World* (Volumen III de *Persons and Places* )

New York: Charles Scribner's Sons, 1953. *Mi Anfitrión el Mundo*

*The Poet's Testament: Poems and Two Plays.*

New York: Charles Scribner's Sons, 1953. *El Testamento del Poeta: Poemas y dos Obras Teatrales*

*The Letters of George Santayana.*

(Editadas con introducción y comentarios de Daniel Cory)

New York: Charles Scribner's Sons, 1955. *Las cartas de Jorge Santayana.*

*The Idler and his Works and Other Essays.*

(Editados con prólogo de Daniel Cory)

New York: George Braziller, Inc., 1957. *Colección de Ensayos.*

## OTROS DOCUMENTOS BIBLIOGRAFICOS, Y ALGUNOS INEDITOS, UTILIZADOS

*Animal Faith and Spiritual Life.*

(Colección de ensayos, previamente inéditos, editados por John Lachs junto a otros ensayos críticos sobre Santayana).

New York: Appleton-Century-Crofts, 1967.

*The Birth of Reason and Other Essays by George Santayana.*

(Conjunto de ensayos cortos editados por Daniel Cory).

New York: Columbia University press, 1968.

*Selected Critical Writings of George Santayana.*

(Antología crítica en dos volúmenes editada por Norman Henfrey).

Cambridge: Cambridge University Press, 1968.

*Colección de Cartas a su Padre*

Recogidas en micro-film de la Universidad de Columbia y utilizadas con su permiso.

*Breve colección de cartas abulenses.*

(Recogidas en dos artículos, uno de Cristina Molina Petit en *Crisis* XVIII, 1970 y otro de Pedro García Martín en *Azafea* nº I, 1985). Estas últimas aparecen en la antología final del presente trabajo).

*The Journal of Philosophy.*

Diversos artículos sueltos en esta revista filosófica, entre ellos: «On Syntesis and Memory» (Rejected Chapters form the *Realm of Spirit* con nota preliminar de Daniel Cory).

*Anotaciones.*

Anotaciones marginales que aparecen en algunos libros utilizados por él, que se conservan en las casas de los familiares abulenses de la hermana del filósofo.

## BIBLIOGRAFIA CRITICA SOBRE LA OBRA DE JORGE SANTAYANA

- ALONSO GAMO, José María: *Un Español en el Mundo: Santayana, Poesía y Poética.*  
Madrid: Ediciones Cultura Hispánica 1966.
- ARNETT, Willard E.: *Santayana and the Sense of Beauty* (con prólogo de Irwin Edman).  
Bloomington: Indiana University Press, 1955.
- ARNETT, Willard E.: *George Santayana* (The Great American Thinkers Series).  
New York: Twayne Publishers, Inc. 1968.
- BUTLER, Richard O. P.: *The Life and World of George Santayana.*  
(Traducción española *La vida y el Mundo de Jorge Santayana*)  
Madrid: Editorial Gredos, 1961.
- CORY, Daniel: *Santayana: The Later Years: A Portrait with Letters.*  
New York: Goerge Braziller, 1963.
- SCHILPP, Paul Arthur (ed.): *The Philosophy of George Santayana.*  
Evanston and Chicago: The Library of Living Philosophers, 1940 y 1951.
- SPRIGGE, Timothy L. S.: *Santayana: An Examination of his Philosophy.*  
London and Boston: Routledge & Kegan Paul, 1974.
- LIDA, Raimundo: *Belleza, Arte y Poesía en la Estética de Santayana.*  
Universidad Nacional de Tucumán. Facultad de Filosofía y Letras.

ARTICULOS, ENSAYOS Y COMENTARIOS  
DIVERSOS SOBRE SANTAYANA

ALONSO GAMO, José María: «Evocación de Santayana». Diario «ABC», Diciembre 1963.

BLANSHARD, Brand: «Speculative Thinkers». En *Literary History of the United States* by Robert E. Spiller and Al. pag.1273.

BUTROUX, M. Emile: Prólogo a la edición francesa de *Egotism in German Philosophy* titulada *L'Erreur de la Philosophie Allemande*. Paris: Nouvelle Librairie Nationale, 1917.

CLAVERIA, Carlos: «Filosofía Moderna» (Revista) año IV, num. 13, Octubre 1963. Basado en el texto de una conferencia pronunciada en la Casa Americana de Madrid en diciembre de 1961 y en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid en marzo de 1962.

CONDE DE MARSAL: Relato de su entrevista con Jorge Santayana en «El Diario de Avila», 26 de Septiembre de 1952. Reproducción de un artículo publicado en «ABC» en fechas anteriores.

CORY, Daniel: Prológo a la edición de *The Birth of Reason and Other Essays by George Santayana*. New York: Columbia University Press, 1968.

DIARIO DE AVILA 7 de Octubre de 1952: «Limites del Elogio». Reproducción de una editorial de «La Gaceta del Norte» de Bilbao.

D'ORS, Alvaro: «Santayana, sobre Dominación y Poder». Revista *Arbor* nº 23, 1952, págs. 391-400.

EDMAN, Irwin: «A Stranger in Limbo». Comentario a *Dialogues in Limbo*, en «New York Herald Tribune».

ELVIRA FERNANDEZ, Francisco: «Navidades con Santayana». Artículo de «El Diario de Avila», 10 de Febrero de 1986 y 11 de Febrero de 1986.

GARCIA MARTIN, Pedro: «Jorge Santayana y sus Vínculos Humanos en Avila. Breve Recopilación Epistolar».

Revista *Azafea* nº I, 1985, págs. 357-368. Introducción y cartas reproducidas en la antología final.

HEMPHREY, Norman: Artículo sobre George Santayana en *Encyclopaedia Britannica* Vol. 16, págs. 230-231.

HEMPHREY, Norman: Introducción a *Selected Writings of George Santayana* (2 vols.).

Cambridge University Press, 1968.

HERNANDEZ ALEGRE, Benito: «Avila en la obra de J. R. Santayana». En «El Diario de Avila», 22 de Noviembre de 1982, pág. 2.

HERNANDEZ ALEGRE, Benito: «Jorge Santayana, "el gran americano de Avila"».

En *Avila en la Literatura* (Vol. II, pág. 96).

JIMENEZ LOZANO, José: *Guia Espiritual de Castilla*.  
Ed. Ambito.

JIMENEZ LOZANO, José: «Las Fascinantes Memorias de un Puritano de Avila». Comentario a la traducción española de *The Last Puritan*, en «El País», 14 de Marzo de 1982.

LACHS, John (ed.): *Animal Faith ans Spiritual Life*.

Colección de ensayos críticos de distintos autores sobre diversos aspectos de la obra de Jorge Santayana, acompañando a otros ensayos breves del propio autor. New York: Appleton-Century-Crofts, 1967.

MARICHALAR, Antonio: «El español inglés George Santayana».

En *Revista de Occidente III*, nº. 9, 1924, pág. 360 y ss.

NAGY, Paul J.: «George Santayana and the American National Character». ATLANTIS. Revista de la Asociación Española de Estudios Anglo-Norteamericanos. Vol. 4, nº 1-2. Junio-Septiembre 1982.

PEMARTIN, José: «Semblanza de George Santayana». Revista *Arbor* nº 47, Tomo XIV, págs, 265-281, 1949.

RUSSELL, Bertrand: *Portraits from Memory and Other Essays*.

Traducción española en Alianza Editorial: *Retratos de Memoria y Otros Ensayos*, Madrid 1976 (págs. 93-99).

SALERNO, Goerge: «Santayce-Joyceana»,

Artículo en *James Joyce Quarterly* , vol, 5, nº 2, Winter 1968.

SANTUCCI, Antonio: *Il Pensiero de George Santayana*.  
Torino: Loescher Editore.

SAVATER, Fernando: Prólogo a *El Ultimo Puritano*.  
Madrid: Edhsa, 1981.

SAVATER, Fernando: *Instrucciones para Olvidar el «Quijote» y otros Ensayos Generales*.  
Madrid: Taurus, 1985, págs. 41-67.

STALLKNECHT, Newton P.: «George Santayana». En *Seven American Stylists*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

STALLKNECHT, Newton P.: *George Santayana*. Minneapolis: University of Minnesota Pamphlets on American Writers Number 100. University of Minnesota Press.

TIMES LITERARY SUPPLEMENT: London, August 23, 1923.  
Artículo sobre «Mr. Santayana's Philosophy» anotado por el propio Santayana que se conserva en casa de los familiares del marido de Susana, hermana del filósofo.

THE CONSERVATIVE MIND: «Babbit, More and Santayana». Bodleian Library Photocopy (Shelfmark C. 134)  
Publicación de 1953, págs. 386-395.

## EPITAPH

*O Youth, O Beauty, ye who fed the flame  
That here was quenched, breathe not your lover's name.  
He lies not here. Where'er ye dwell anew  
He loves again, he dies again, in you.  
Pluck the wild rose, and weave the laurel crown  
To deck your glory, not his false renown.*  
(GEORGE SANTAYANA)

## EPITAFIO

*Oh Juventud, Oh Belleza, que alimentásteis la llama  
Que aquí se apagó, no susurréis el nombre de vuestro amante.  
El no yace aquí. Dondequieras que moréis de nuevo  
El ama nuevamente, muere nuevamente, en vosotras.  
Coged la rosa silvestre, y trenzad la corona de laurel  
Para adornar vuestra gloria, no su falso renombre.*  
(JORGE SANTAYANA)



## INDICE

PREAMBULO .....	9
PRIMERA PARTE: El sustrato abulense de Jorge Santayana	
Capítulo Introductorio: Santayana y el Abulensimo	
Jorge Santayana y el Concepto de abulensimo .....	13
Capítulo Primero: La base real de los vínculos abulenses	
Lazos biográficos con Avila .....	19
Capítulo Segundo: La influencia abulense	
Importancia psicológica de las impresiones infantiles .....	33
La ciudad de Avila .....	36
El padre de Santayana .....	45
Su hermana Susana .....	55
Santayana y la mística tradicional abulense .....	66
Capítulo Tercero: Bases para el acercamiento al pensamiento del autor	
Biografía cosmopolita .....	81
Fundamentos culturales .....	84
La dualidad como punto de partida .....	87
La belleza .....	92
La razón .....	95
El escepticismo .....	99
De lo «Esencial» a lo «Espiritual» .....	104
Conclusión	
Conclusión .....	114
SEGUNDA PARTE: Antología y Textos	
Antología abulense: Recreación y análisis de Avila en su obra	
«Avila» (Poema) .....	121

«Avila» (Prosa) .....	125
«Primeros recuerdos» .....	139
«Primer regreso a España» .....	149
«Cambios en Avila» .....	157
<b>Los últimos vínculos de Santayana en Avila:</b>	
Breve recopilación epistolar con introducción y notas.....	173
<b>La correspondencia del Padre de Jorge Santayana a su hijo</b>	
Presentación .....	187
Cartas .....	189
<b>BIBLIOGRAFIA</b>	
Las obras de Jorge Santayana .....	331
Otros documentos bibliográficos, y algunos inéditos, utilizados .....	334
Bibliografía crítica sobre la obra de Jorge Santayana.....	335
Artículos, ensayos y comentarios diversos sobre Santayana .....	336
<b>EPITAFIO (Traducción de su «Epitaph»)</b> .....	339







Institución Gran Duque de Alba

